



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
Programa de posgrado en Estudios Latinoamericanos

El espacio de la ciudad y el tiempo del capital
Acumulación y mediaciones urbanas en el
centro y la periferia

TESIS
QUE PARA OPTAR POR EL GRADO DE
MAESTRA EN ESTUDIOS LATINOAMERICANOS

PRESENTA
FRANCESCA SAVOIA

TUTOR:
LUCIO OLIVER COSTILLA
FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES

MÉXICO, D.F.

MARZO DE 2013



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Alla memoria, sempre viva,

di Elda de Lazzari,

mia nonna

Grazie a

Mio padre e l'orizzonte di Venezia.

Mia madre e l'estate di Roma.

Mia sorella e l'umorismo di Bologna.

Antony e le malinconie di Londra.

Lucio Oliver e Teddy Brett, maestri discreti di utopie.

Città del Messico, nonostante me.

Índice



Prefacio _____ 1

Introducción _____ 4

Abstracto y concreto,
espacio y tiempo,
ciudad e historia.

1. El espacio como forma
La ciudad: centralización de
capital _____ 17

- . La ciudad global
- . La ciudad braudeliana
- . La ciudad abstracta
- . La ciudad y el enigma de la modernidad capitalista
- . El ser de la relación social de capital
- . En búsqueda de la ciudad concreta
- . Los límites de la ciudad global

2. El tiempo como contenido
El capital: contradicción de la
ciudad _____ 75

- . Hacia una teoría de lo urbano
- . Hacia una teoría de la crisis
- . El capital como contradicción viva y su modo de espacialización
- . La forma valor financiera
- . El viraje neoliberal y la regresión histórica

Conclusiones _____ 176

El señorío de la ciudad y el anhelo
de lo urbano

.La metrópoli global: profundización
del centro y dispersión de la periferia

Postscriptum _____ 195

. En búsqueda de un
internacionalismo urbano

Prefacio

Nuestro estudio ni ostenta respuestas, ni resuelve dilemas, sino intenta atravesar una trama de disyuntivas entre dos inquietudes personales, el marxismo, la teoría, y la historia, lo real, y una mediación colectiva concreta: la ciudad. Depósito de praxis histórica en su carácter más tangible, la ciudad elude definiciones y se revela, siempre a trazos, solo desde arriba o desde abajo, asomándose desde el mirador o adentrándonos en sus calles, desde la teoría y desde la práctica. La praxis, y con ella la ciudad, es, y puede solamente ser, unión entre ambas alturas, sin embargo, para caminar el laberinto decidimos tomar distancia y subir al *belvedere*, con todo el riesgo de quedar apresados por el seductor encaje de la abstracción.

Apoyándonos en el método delineado por Marx en 1857, introducimos el espacio como proceso histórico, siendo el presente lo que permite aislar los principios analíticos a partir de la misma realidad social. Individuamos así en la *ciudad financiera del capitalismo actual* el punto de partida, lo concreto, en las categorías de *centralización* y *concentración* su condensación abstracta y en el principio marxiano de *contradicción* la mediación a través de la cual reconstruir la relación entre ambos, entre forma y contenido, como abstracto-concreto.

Solo el análisis de las transformaciones de esta totalidad, la del espacio-tiempo, nos habría permitido acertar la determinación histórica. Nuestro objeto de estudio empezó así a vislumbrarse como búsqueda de una relación necesaria y contradictoria entre el espacio, el de la ciudad, y el tiempo, el del capital, ambos en cambio perpetuo. Había que emprender dos caminos analíticos: en búsqueda de la especificidad urbana y del capitalismo contemporáneos, de la ciudad y de la acumulación por dominio financiero, cada una llena de ramificaciones. Tuvimos que elegir, y para que la elección no fuera arbitraria, necesitábamos de una periodización, construida, como todas, sobre la base de un criterio teórico. El nuestro fue el de Marx, la contradicción entre fuerzas y relaciones sociales, entre progreso y enajenación como rasgo definitorio de la modernidad capitalista, misma que nos permitió aislar la *forma valor* en su acepción mercantil, industrial y financiera como niveles distintos alcanzados por el capital en tanto que poder (de) definir el sentido de la necesidad histórica, de constituirse como eje articulador del trabajo social.

En la primera parte, asentamos el objeto de estudio partiendo de la hipótesis de la *ciudad mundial*, posible esquema interpretativo para el análisis de la espacialización del capitalismo contemporáneo. Rastrear sus deudas teóricas nos permitió adentrarnos en la ciudad braudeliana, la *ciudad dominante*, el eje articulador de la totalidad en tanto que centralización de los flujos

transnacionales de capital dinero. Una perspectiva, la de Fernand Braudel, que nos dejó observar tanto el proceso a través del cual el capital se espacializó en un sistema concéntrico en perpetua expansión y polarización, el mercado mundial, así como la integración de Latinoamérica en la economía mundial a partir de la especificidad urbana de cada anillo: el centro y la periferia.

La imposibilidad de aislar la determinación histórica a partir de un análisis circulacionista, nos obligó a adentrarnos, junto con Giovanni Arrighi, hacia una periodización del capitalismo definida por la articulación entre régimen de acumulación y modo de regulación, el primero correspondiendo a la *forma valor*, el segundo a la *forma urbana*. La búsqueda de la especificidad histórica de ambas nos obligó a un análisis del “ser” del capital, de la polémica entre lo exógeno y lo endógeno como determinante del decurso del capitalismo histórico, polémica que decidimos reconstruir recuperando el debate en torno a los orígenes de la modernidad capitalista, lo que nos permitió señalar cómo distintas periodizaciones implican distintas concepciones de lo que “es” el capital y, junto con ellas, del papel jugado por el elemento “ciudad”. Poniendo en diálogo a Marx con Braudel, el capital se nos mostró como unión, necesaria y contradictoria, entre producción y circulación de valor, permitiéndonos así introducir lo urbano como mediación necesaria a su reproducción ampliada.

Con el fin de destacar el alcance interpretativo de la ciudad entendida no como “lugar” sino como “agente” para la reproducción social del capital, emprendemos un examen de las reflexiones acerca de lo urbano en el ámbito de la teoría marxista, desde las de Marx y Engels, pasando por las intuiciones pioneras de Henry Lefebvre, hasta su recuperación crítica en la contribución de David Harvey.

En calidad de objeto teórico en derecho propio lo urbano se articula con el capital entendido como forma de sociabilidad, cuando todo análisis de la reproducción social implica, al mismo tiempo, un análisis de sus procesos de crisis. Dada la tendencia inmanente al capitalismo de crear el mercado mundial como unidad compleja bajo la división internacional del trabajo, el *desarrollo desigual y combinado* se nos reveló como eje alrededor del cual la valorización del valor asegura su propia continuidad materializándose en el espacio en calidad de relación centro-periferia. Desde aquí, en la segunda parte de nuestro estudio, construimos nuestra reflexión a partir de la búsqueda de un terreno común entre la vertiente crítica de la geografía marxista y la vertiente marxista de la dependencia, entre David Harvey y Ruy Mauro Marini, encontrando en el aporte de Milton Santos acerca de la especificidad urbana latinoamericana la mediación entre ambos ejes analíticos.

Pesquisa que nos obligó, de forma paralela, a examinar el sentido de la crisis en Marx, para así reconstruir el viraje neoliberal –a partir de una concepción del capital como contradicción en proceso–

como proyecto político volcado a re-establecer las condiciones de valorización del valor a partir de una desvalorización generalizada del trabajo social. Por ello también la necesidad de adentrarnos en un examen del capital financiero en calidad de concreción históricamente específica de la forma valor, misma que nos permitió leer el capitalismo contemporáneo como proceso de internacionalización de la producción arraigado en la superexplotación por intermediación financiera.

La especificidad histórica del espacio urbano actual, el *metropolitanismo global*, pudo así leerse como reconfiguración de los mecanismos de extracción, transferencia y concentración de plusvalor de un polo a otro, ella misma mediada por los flujos de capital dinero, los cuales, por un lado configuran la ciudad como eje articulador de la nueva división internacional del trabajo y, por el otro, canalizados en el ambiente construido, la re-configuran, de mediación necesaria para la superación de la crisis, en eje de nuevas contradicciones.

En la última parte de nuestro trabajo intentamos desarrollar, en forma de conclusión abierta, una lectura de lo urbano contemporáneo en términos de re-estructuración de la relación centro-periferia, misma que calificamos como *metrópolis completa de escala internacional*, adaptando a la realidad del capital productivo-transnacionalizado las categorías formuladas por Milton Santos en época de orientación endógena de la acumulación. Un intento de elaboración categorial que, aún en estado embrionario, creemos permitiría evidenciar la especificidad histórica de la metrópolis financiera y del capitalismo actual como *financiarización de la explotación* en situación de crisis permanente. Una perspectiva que nos parece reintroducir, sobre bases sólidas, la utopía lefebvriana acerca de la ciudad como lugar de potencial desafío al poder social del capital.

Antes de dejarlos empezar el recorrido, quiero subrayar cómo esta tesis tiene sus debilidades, siendo, sin embargo, el resultado de un gran logro, el encuentro, mismo que no ha dependido de mí, sino de dos personas: Lucio Oliver, porque en tiempos de crisis, como la que estamos viviendo, hallar maestros, y no meros académicos, es un regalo de la vida y un reto a vivirla con compromiso; la Ciudad de México, por haberme permitido caminar calles, mercados y plazas con personajes de grande humanidad y, como tales, desorientados, estrellados, a veces, destellados, siempre. Todos ellos y ellas, y una sonrisa en particular, saben quiénes son.

Abstracto y Concreto

Espacio y Tiempo

Ciudad e Historia



Estas abstracciones de por sí, separadas de la historia real, carecen de todo valor. Sólo pueden servir para facilitar la ordenación del material histórico, para indicar la sucesión de sus diferentes estratos. Pero no ofrecen en modo alguno, como la filosofía, receta o patrón con arreglo al cual puedan aderezarse las épocas históricas. Por el contrario, la dificultad comienza allí donde se aborda la consideración y ordenación del material, sea de una época pasada o del presente, la exposición real de las cosas.

Marx y Engels, *La Ideología Alemana*.

Introducción

La ciudad es primero intuición: atravesándola, percibo la materialización de algo más, apariencia de lo que, manifestándose sin revelarse, reduce lo concreto de las calles, plazas y edificios a mera abstracción. Es la representación caótica del conjunto, punto de partida que como interrogante, no nos impone ¿Hasta dónde?, sino: ¿Cuáles cruces franquear? ¿Cual laberinto elegir?

Hubo, hay un trayecto en el pensamiento marxista. Para Marx fue un camino penoso a través de obstáculos. Poco a poco, ese recorrido que se volvió célebre se transformó en gran avenida, luego en autopista turística. ¿Quién no la ha atravesado, a pié, a caballo, en automóvil y ahora sobre el programa publicado por las agencias? A lo largo de la autopista hay desviaciones bien equipadas, moteles, sitios de mala nota. Y sin embargo, la sorpresa, todavía hay algo asombroso, casi un descubrimiento, no en la ruta del Sol, sino en el paisaje, en el “ambiente”, en el horizonte¹.

Considerándolo un método, y no una recopilación de axiomas, el rompecabezas elegido ha sido el trazado por Marx para desmembrar a la sociedad moderna y luego recomponerla en algo inteligible. No esperamos con esto llegar a una siempre nueva y siempre definitiva definición de lo que es “la ciudad”, sino trazar un paisaje, un horizonte de análisis, y no una *Weltanschauung*, de “lo urbano”. ¡Traición!, nos objetarán. Apelando al método marxista estaremos desertando de él. Queremos imponer a lo concreto lo abstracto, a la realidad el pensamiento, haciendo de la primera una especie de realización hegeliana del Espíritu, esta vez el de Marx, porque, nos podrían contestar, de lo que se trata es de dejar hablar a la realidad. Nos perdonarán: ¿De que realidad estamos hablando?

La realidad es tanto punto de partida, cuanto punto de llegada y su ser concreto o abstracto depende de nuestra posición en aquel viaje de ida y vuelta que es el método: del objeto representado, a su apropiación teórica como multiplicidad de componentes cada vez más simples y sutiles, descubiertos y por fin relacionados; del todo viviente a la totalidad inteligible, de la representación a la síntesis, vía el proceso de análisis².

Como punto de partida lo concreto es representación sensible, inmediata y caótica, es apariencia y palabra hueca, porque, así como lo intuyo, lo concreto no existe realmente, sino solo en mi representación. Como punto intermedio de análisis es unidad de las determinaciones más generales y abstractas en la cual la representación inicial ha sido descompuesta, para ser finalmente rearticulada en un todo coherente reproducido en el pensamiento. El camino de ida y vuelta, el método, consiste en elevarse de lo concreto inmediato a lo abstracto, y, de éste a lo abstracto-concreto o concreto inteligible. ¿Qué garantiza la legitimidad del trayecto? ¿Sobre cuales bases el proceso a través del cual

volatilizo la realidad en las determinaciones más generales para después recomponerla, la teorización, es revelarse y no construcción de lo que “es”? ¿Como garantizar la correspondencia entre pensamiento y existencia? ¿Cuál relación, en fin, entre lógica e historia?

Lo concreto representado, síntesis de múltiples determinaciones, unidad de lo diverso, genera la ilusión idealista que el movimiento de las categorías corresponda al movimiento de formación histórica de lo real: desarrollo progresivo y lineal de lo más simple a lo más complejo, engendrarse de la conciencia en el mundo. Sin embargo:

[...] el método que consiste en elevarse de lo abstracto a lo concreto es para el pensamiento sólo la manera de apropiarse de lo concreto, de reproducirlo como un concreto espiritual. Pero esto no es de ningún modo el proceso de formación de lo concreto mismo³.

No se trata del concepto que se hace mundo, sino del mundo hecho concepto. El trayecto es la conciencia teórica apropiándose de la realidad en la única manera posible: haciéndola pensamiento. Sin embargo: ¿Si el itinerario fuera solo una sucesión lógica de categorías, como atribuir validez al orden elegido, dado que, como nos recuerda Lukács, cualquiera selección es siempre y necesariamente una interpretación?

El alcance cognitivo del método de análisis dialéctico⁴, como para cualquier discurso, depende de una ontología, de una concepción de la realidad presupuesta. Un método, el dialéctico, que plantea la superación de la dicotomía central al pensamiento Occidental y cuya legitimidad deriva de una aserción básica gracias a la cual la antinomia sujeto-objeto pierde sentido. En la dialéctica, el antagonismo entre la denuncia empirista del prejuicio teórico en defensa de una supuesta entrega a la pureza de los hechos y el idealismo partidario unilateral de la razón abstracta es superado yendo más allá de ambos presupuestos.⁵ La premisa básica es concebir a la realidad como proceso y especificidad histórica, premisa que permite superar el dualismo pensamiento-existencia, junto a las antítesis clásicas tales como sujeto-objeto, abstracto-concreto, forma-contenido, teoría-práctica. Se trata del mundo entendido como actividad práctico-objetiva del hombre histórico⁶, un proceso de configuración de la realidad social y de paralela conformación del sujeto, siendo la misma actividad material un proceso de constitución de sentido en lo real.

En la dialéctica lo que “es” no coincide ni con la concepción positivista de un mundo de objetos fijos que llevan una existencia transcendente, ni con la idealista de una actividad entendida como pura subjetividad. Lo real es la historia en sentido de *praxis*, la objetividad en tanto que *substratum* real y no metafísico y que existe solamente en tanto que es producto del ser histórico-social, el cual, a su vez, se

constituye como sujeto histórico solamente en la medida en que configura la realidad⁷. Aquí, en mi modo de ver, la resolución de la antítesis abstracta se da en la síntesis del concreto histórico.

Concebir a la historia como proceso de producción material de la existencia transfiere el acento del empirismo, con su realidad de hechos aislados, a las tendencias históricas, depuradas de mistificaciones idealistas, de desarrollo de lo real. La primacía de la historia es la realidad como totalidad: no como todos los hechos, sino como una organicidad estructurada según un orden inteligible, cuya invisibilidad inmediata hace de la realidad fenoménica mera apariencia, del concepto mediación y de la totalidad la esencia. La totalidad como principio ontológico deriva en la totalidad como directriz heurística: si lo real es organicidad, cualquier elemento concreto, tomado en la artificialidad de su aislamiento, es mera abstracción y solamente como elemento del conjunto puede ser investigado por lo que realmente es, hecho histórico. El concepto, la teoría, lo abstracto resulta válido solamente en la medida en la cual es inteligible porque parte del conjunto histórico-social.

Lo más simple no puede existir jamás de otro modo que bajo la forma de relación unilateral y abstracta de un todo concreto y viviente ya dado⁸.

Inicialmente apropiado como fragmento de la realidad, lo real es hecho categoría, punto de arranque de un análisis que da direccionalidad, pero sin permitirnos captar su naturaleza. A tal fin hay que cautivar la relación entre las categorías, en nuestro caso el espacio, la ciudad, el capital, a través de las cuales lo inmediato posee una “forma”, un principio de inteligibilidad, y la realidad socio-histórica por medio de la cual esta misma forma posee un contenido, y con éste concreción, el de la ciudad financiera del capitalismo actual.

Este proceder de lo concreto-abstracto a lo abstracto-concreto, de lo real hecho concepto al concepto hecho realidad, implica relacionar el fragmento-categoría con los demás componentes del todo y con la totalidad misma, para así reconstruir el contenido de un fenómeno inicialmente apropiado como forma. Es este el camino crítico de la apariencia a la esencia y de la esencia a la apariencia desglosada.

Sigue otra consideración metodológica de primera importancia: si lo fundamental para la comprensión del fenómeno deriva de su pertenencia a un todo, si cada hecho es comprensible solo en su contexto, será su singularidad histórica lo que da pie a definirlo. La esencia queda en la diferencia, y solamente el análisis de sus transformaciones temporales podrá hacerla manifiesta. Captar la singularidad de la forma implicará captar el cambio de su contenido: del papel y significado de la variable en el interior del conjunto. El movimiento de la historia, la transformación diacrónica, el

tiempo, termina así constituyendo el punto de vista privilegiado a través del cual analizar lo sincrónico, la forma, el espacio, persiguiendo como fin el aislar la diferencia específica, la concreción particular de lo abstracto-general.⁹ En breve, en el trayecto analítico propio del método marxiano, el conocimiento del objeto, de su función en la totalidad y de su naturaleza histórica constituyen la misma problemática:

La radicalidad de la dialéctica marxista es haber transformado todo fenómeno social y todo hombre socializado en un problema histórico¹⁰.

Al mismo tiempo, este ser histórico-concreto de toda categoría, esta relación necesaria forma-contenido, espacio-tiempo, hace de lo concreto la condición de existencia de lo abstracto. Por un lado, nos advierte Marx, la naturaleza abstracta de una categoría genera la apariencia de su trans-historicidad, por el otro, esta misma categoría, y el pensamiento que la captura, asumen plena validez solo dentro de los límites de determinadas condiciones históricas y bajo determinadas relaciones y determinaciones:

[...] incluso las categorías más abstractas, a pesar de su validez –precisamente debida a su naturaleza abstracta– para todas las épocas, son no obstante, en lo que hay de determinado en esta abstracción, el producto de condiciones históricas y poseen plena validez sólo para estas condiciones y dentro de sus límites¹¹.

Lo abstracto tiene, en su mismo carácter de abstracción, un modo de existencia concreta, con lo que la apropiación teórica de la realidad no puede corresponder al orden de su desarrollo: el segundo, aunque aparezca ser resultado es, en realidad, condición de posibilidad de la primera. El trayecto teórico-analítico tiene que ser exactamente el inverso del movimiento histórico, y esto no simplemente porque el presente jerarquiza los niveles de importancia de las problemáticas seleccionadas, definiendo así el campo de posibilidades de producción de significados, sino porque el camino a través del cual el pensamiento se apropia de lo real presupone el proceso de formación de lo real¹². En fin: la historia engendra a la lógica y sus relaciones la estructuran¹³.

Entonces: ¿dónde asentar el punto de partida de nuestro tema: lo urbano contemporáneo? El búho de Minerva inicia su vuelo solamente al caer el crepúsculo. Y, sin embargo, nos mira, casi irónicamente, desde antiguas monedas atenienses, en el tiempo en el cual el nexos social, la totalidad, la historia se materializó, nos dicen por primera vez en Occidente, en una forma de existencia concreta y, como tal, espacializada: la ciudad. Hay que rehuir la fascinación cronológica.

La existencia de las mismas categorías, subraya Marx, de ningún modo comienza cuando se empieza a hablar de ella como tal. Lo abstracto, precisamente en su carácter de abstracción, presupone

las condiciones más desarrolladas de la sociedad: las abstracciones más generales surgen únicamente allí donde existe el desarrollo concreto más rico. Lo más simple pertenece solamente a una forma social compleja, es una categoría teórica solo en tanto que relación prácticamente cierta, en su grado de abstracción, en la complejidad del presente. Será posible partir de lo más abstracto, solo en tanto que plenamente realizado como concreto histórico y, viceversa, de lo complejo, solo en tanto que forma de existencia plena de lo simple y esto porque lo más simple, el pasado, se ha realizado plenamente en lo más desarrollado, el presente. El ahora, lo concreto desplegado, es condición imprescindible para la visibilidad plena del ayer:

La anatomía del hombre es una clave para la anatomía del mono¹⁴.

Conferir primacía analítica a lo contemporáneo es consecuente con hacer de la diferencia, de la especificidad, el punto de vista privilegiado. Parafraseando a Marc Bloch, hay que renunciar tanto al “ídolo de los orígenes cuanto a la ilusión modernista de la auto-inteligibilidad del presente”¹⁵. Si, por un lado, la sustancia histórica de cualquier fenómeno implica su unicidad, por el otro, “el hombre se pasa la vida construyendo mecanismos de los que se constituye en prisionero más o menos voluntario”¹⁶. Fenómeno particularmente evidente en el caso del espacio, donde el tiempo ha quedado cristalizado en formas geográficas articuladas según las exigencias del ahora, formas en las cuales: “el momento pasado está muerto como tiempo pero no como espacio”¹⁷.

¿No es el presente más que a medias la presa de un pasado que se obstina en sobrevivir, y el pasado, por sus reglas, sus diferencias y sus semejanzas, la clave indispensable para toda comprensión seria del tiempo presente?¹⁸

Si el tiempo es tanto un *continuum* cuanto un cambio perpetuo, hay que pensar de forma dialéctica: reconstruir la continuidad a través de la discontinuidad, otorgar a los momentos de cambio un lugar epistémico privilegiado porque lo que llamamos ser humano, sociedad, ciudad, resulta explicable solo si transformamos la antítesis entre pasado y presente en una articulación, buscando los lazos de inteligibilidad entre las épocas en un proceso que se hace visible y explicable exactamente por medio de sus momentos de ruptura. Reconstruir la continuidad en la diferencia, o la diferencia en la continuidad, nos obliga a partir de lo que nos es familiar al fin de aislar aquellos elementos necesarios para volver a lo más lejano y reconstruirlo por medio de su diferenciación respecto de lo que se sitúa más cerca. El riesgo a evitar es imponer regresivamente la atmósfera del presente al pasado, olvidarnos de situar este último en su propio medio, proyectar atrás las categorías explicativas de lo actual, lo que

Bloch llamaba los *virus del momento*. El antídoto: captar la contradicción. Poner el acento sobre el conflicto, el quiebre, es premisa metodológica que excluye toda concepción del desarrollo como evolución lineal y progresiva: nos evita proyectar los rasgos del ahora hacia el ayer, e imaginar las formas anteriores como otras tantas etapas hacia la última, así como nos obliga a un proceso de crítica que niegue la apología de un presente como “fin de la historia”.

En fin, nuestro examen analítico del espacio urbano quiere conferir centralidad a la dimensión temporal¹⁹. Si el tiempo no es simple medida, sino lugar de inteligibilidad de los fenómenos²⁰, el problema teórico conlleva la complejidad de transferir las relaciones de tiempo dentro de las relaciones de espacio, adoptando una perspectiva crítica que impida ver en la ciudad contemporánea, producto histórico, el resultado natural de una supuesta evolución social. De la ciudad concreto-abstracto a la ciudad abstracto-concreto, vía un análisis centrado en la relación entre ciudad y historia social²¹. Un enfoque, el del espacio-tiempo, donde la especificidad de la variable abstracta, la forma urbana, dependerá de su valor relativo dentro de un sistema más amplio, la época histórica.

Este punto de vista, el de la totalidad, mueve nuestro objeto de estudio del espacio en sí mismo, al espacio relativo al movimiento general de la sociedad, donde la relación forma-contenido resulta visible solo en los momentos críticos de su transformación. Mostrar las discontinuidades no consiste, sin embargo, en alinear las formas urbanas en el orden en el cual fueron históricamente determinantes; siguiendo a Marx, nada sería más erróneo, de hecho, que considerar la ciudad política antigua, la corporativa medieval, y en fin la moderna, en su “grafía” mercantil, industrial y financiera, como si fueran todas pasos obligados hacia el presente. La reconstrucción del orden de sucesión histórica de las formas no puede corresponder a su actual orden de importancia, el presente es una relación espacio-tiempo en la cual, coexistiendo diferentes grafías, coexisten diferentes temporalidades. De lo que se trata, en fin, no es de una sucesión histórico-lineal de categorías, sino, de la articulación de estas mismas en la síntesis del concreto histórico más desarrollado, en nuestro caso: la ciudad financiera contemporánea.

Sin embargo, sentenciaba Castells:

Lo que caracteriza a la sociología urbana es precisamente la ausencia de delimitación precisa de su objetivo real²².

Lo dudoso de este juicio surge de la misma constatación que el espacio, la forma, es materialización necesaria del tiempo, su contenido. Siguiendo a Milton Santos, sin espacio no hay historia, así como, sin historia, no habría espacio. La historia, transformación de procesos representativos de la sociedad en un momento dado, no tendría existencia si no tuviera lugar, así como

sin tiempo no habría espacio, siendo este último expresión territorial de procesos sociales, paisaje sin el cual la sociedad no se plasmaría. Castells no se equivoca en negar la especificidad del espacio como objeto, se equivoca en considerarlo un objeto y no una relación, lo cual lo lleva a considerar la coincidencia espacio-sociedad como problema epistemológico.

Toda determinación formal, subraya Milton Santos, se torna realidad *por* el espacio y *en* el tiempo. Gracias al espacio el tiempo histórico existe en forma de materialidad y es como espacio que la sociedad se torna concreta. El contenido corporizado, el *ser* transformado en forma real de *existencia*, es la sociedad “vestida” de formas geográficas, una relación de orden dialéctico, no lineal causal²³. Así como la forma es explicable solamente en relación a su contenido histórico-social, la sociedad depende de una forma, el objeto geográfico, que, encerrando su movimiento, fijando las relaciones sociales, juega, como materialidad construida, un papel fundamental en la reproducción de la sociedad. Perspectiva que abre la posibilidad, como veremos, de examinar la ciudad como proceso de materialización de la temporalidad social y como resultado, debido a la especificidad del tiempo capitalista, de una relación necesaria y contradictoria entre ambos términos²⁴. En breve, hay que visualizar el espacio no como localización pasiva, vacío sobre el cual se impone la historia, sino como agente, como condensación material de procesos históricos creada por, y que a su vez interviene sobre, los mismos.

Esta interdependencia necesaria forma-contenido transforma sí el espacio en una faceta de la realidad social, empero no niega su especificidad, porque de objeto lo transforma en punto de vista, especie de mirador hacia la sociedad misma. La cuestión acerca de su naturaleza objetiva resulta así mal puesta desde un inicio, se trata de considerar no lo que caracteriza el estudio del espacio en sí mismo, sino el estudio de la sociedad a través del espacio como categoría analítica. Tenemos que acostumbrarnos a aprender el movimiento de la sociedad, de la historia, a través de sus “formas” espaciales, las cuales cambian en la medida en que el tiempo social le atribuye un nuevo contenido, así como la sociedad es afectada en su desarrollo por la adquisición de un nuevo paisaje.

Una dificultad más: la inteligibilidad del tiempo social presupone siempre una periodización, la cual, a su vez, se fundamenta siempre y necesariamente en una concepción determinada del proceso del desarrollo histórico. Dar cuenta de la dinámica histórica implica delimitar los puntos de ruptura, optar por una y no otra delimitación de los momentos de cambio cualitativos, por una y no otra transformación como determinación específica, como diferencia esencial del fenómeno estudiado, elección que se fundamenta siempre en un criterio teórico²⁵.

En nuestro caso, la inteligibilidad del tiempo histórico a través del espacio urbano presupone como criterio la concentración, ella misma producto de una centralización de las dinámicas mercantiles-capitalistas por medio de los cuales el valor, como veremos, asegura la producción de un espacio funcional a su propia acumulación. Fue el desarrollo del capitalismo histórico lo que hizo de la centralización socio-económica la diferencia específica de la ciudad moderna²⁶ y es su forma última de desarrollo, la financiera, el lugar privilegiado para observar el carácter contradictorio del tiempo del capital: la modernidad.

Entendemos por modernidad una realidad histórica que, como tal, ha sido y todavía está sujeta a un perenne variar de su significación²⁷. Como subraya Bolívar Echeverría, modernidad y capitalismo no coinciden en tanto que relaciones de sentido, al mismo tiempo empero, la modernidad como proyecto civilizatorio tiene en el capitalismo su concreción y limitante histórica. El capitalismo, vale decir, es, sí, solo una parte de la modernidad, esta última, sin embargo, lo incluye como determinante del todo. Es el capitalismo lo que fija el carácter que la modernidad imprime a las distintas facetas de la vida humana en tanto que forma histórica de civilización definida, en última instancia, por la pretensión de lo humano de constituirse como sujeto afirmándose sobre lo Otro, la naturaleza de lo no-humano, y el otro reducido a naturaleza. Y, en su acepción capitalista, la modernidad es aquel proyecto donde “la inversión de las relaciones de fuerza entre el ser humano y sus condiciones de reproducción” privilegia un cierto tipo de racionalidad, la instrumental, y el modo de historicidad es imaginado rectilíneo y cualitativamente ascendente. Humanismo y progresismo, rasgos definitorios de la aspiración moderna, enraizados ambos en el nivel más elemental de la vida social: la civilización material de Braudel, la producción capitalista en Marx. Nivel que, en la modernidad, se distingue por una revolución incesante de las fuerzas productivas, precedentemente inalcanzable y “aún en rebeldía”²⁸.

En un estadio determinado de su desarrollo, las fuerzas productivas materiales de la sociedad entran en contradicción con las relaciones de producción existentes [...]. Esas relaciones se transforman de formas de desarrollo de las fuerzas productivas en ataduras de las mismas. Se inicia entonces una época de revolución social²⁹.

Descontextualizado de todo el proceso reflexivo realizado por Marx en sus trabajos precedentes, en particular en los *Grundrisse*³⁰, este famoso pasaje ha sido frecuentemente leído como si fuerzas y relaciones de producción constituyeran una dicotomía y no las dos facetas de una misma realidad, la de una historia que procede por contradicción. La antítesis estructura-superestructura surgió de considerar las fuerzas como el aspecto puramente material y las relaciones como el elemento formal, separables,

en principio, las unas de las otras³¹. Independientemente del hecho que se rechace el puro determinismo económico subrayando la actuación de las segundas sobre las primeras³², lo que se termina ignorando es la criticidad del pensamiento de Marx, donde lo esencial no son los elementos de la relación, sino la relación misma y su propia naturaleza antagónica.

Individuos que producen en sociedad, o sea la producción de los individuos socialmente determinada: éste es naturalmente el punto de partida [...] cuando se habla de producción se está hablando siempre de producción en un estadio determinado del desarrollo social, de la producción de individuos en sociedad³³.

En Marx, el proceso de producción material de la existencia es siempre una manera determinada de producir, de existir, un modo de producción es siempre un cierto tipo de sociabilidad. Como para todas sus categorías analíticas, también la de modo de producción se fundamenta, en Marx, en el principio de totalidad, en esa interdependencia necesaria de elementos que pueden ser separados solo en la artificialidad de la abstracción. Las fuerzas y las relaciones de producción son la realidad considerada en su aspecto general, en un caso, y en su aspecto histórico-concreto, el capitalista, en el otro:

[...] las fuerzas productivas y las relaciones sociales –unas y otros aspectos diversos del individuo social³⁴.

Si la producción en general es una abstracción, lo que constituye su desarrollo, nos advierte Marx en los *Grundrisse*

Es precisamente aquello que los diferencia de estos elementos generales y comunes [...] no se olvide la diferencia esencial por atender solo a la unidad³⁵.

Las fuerzas productivas, separadas artificialmente de las relaciones sociales en que se expresan, nos indican la modernidad en abstracto, el proyecto de ordenamiento del caos e incesante innovación volcado a potenciar la autoafirmación de lo humano; son el progreso como fin universal que asume realidad particular solo por medio de formas concretas de organización social, de relaciones sociales de producción, de comunidad histórica en tanto que diferencia específica. El capitalismo es la modernidad “realmente existente”, su modo de concreción histórica, las relaciones sociales de producción, la forma, cuyo contenido, las fuerzas, que, como veremos, ensanchan negándolo, y niegan exaltándolo, es la modernidad, el proceso de configuración de la libertad humana.

La lectura crítica de la modernidad en su especificidad capitalista procede, en Marx, no por el camino de un burdo materialismo donde la realidad es modo de producción económico, sino por el del pensamiento crítico donde el modo de producción económico es realidad, modo de vida, proceso de cambio en el cual la naturaleza y posibilidad real del progreso se hacen contenido de la historia. El capitalismo, en Marx, es utopía negada: como subraya Eric Hobsbawn, no se trata de una simple aspiración ética, “la base objetiva del humanismo de Marx es su estudio del hombre como animal social”³⁶. El progreso, en tanto que afirmación incesante de necesidades es, en Marx, hecho fundador del tiempo moderno exactamente porque implica una conexión necesaria con modos cambiantes de satisfacerlas, ofreciéndonos así una historia³⁷. La misma percepción del cambio presupone el tiempo de la modernidad, una forma de conciencia, la histórica, que pudo hacerse crítica de la utopía humanista solamente sustituyendo, como criterio de periodización, el principio historicista de linealidad con el dialéctico de contradicción.

La crítica de la economía política de Marx es la crítica de la modernidad en su acepción capitalista, desarrollada mostrándonos el proyecto civilizatorio subsumido a un modo histórico, y como tal reversible, de producción y reproducción social: el capitalismo. La modernidad realmente existente es, en Marx, la afirmación del principio mercantil de sociabilidad, cuando el mercado es comunidad cosificada, primero en el dinero, sucesivamente en el capital, en fin en el capital financiero, alturas distintas en el proceso de enajenación del poder social por parte de un sujeto, la sociedad, que ha quedado bajo el dominio de sus propias fuerzas. La modernidad capitalista es la sujeción del valor de uso al valor, del sentido concreto y consciente de la vida social, al abstracto del nexo social cosificado, cuyos momentos de rupturas, y consecuente periodización, coinciden con la redefinición del primero por parte de las exigencias del segundo, con una intensificación del grado de objetivación del lo social en un ente abstracto hecho comunidad, y consecuente agravarse del nivel de suspensión, por parte del ser humano, de la capacidad de imprimir direccionalidad al progreso, de constituirse, en fin, como sujeto.

El conflicto en Marx procede siempre por separación de lo que tiene que formar una unidad para garantizar su propia reproducción³⁸. Siendo todo concreto histórico una relación necesaria entre lo que se produce y la manera de producirlo, la historia procede por medio de la contradicción en el sentido de que, con la modernidad capitalista, la forma histórica de asociación, la mediación necesaria al desarrollo del trabajo social, asume un carácter puramente cuantitativo y, separándose de toda finalidad cualitativa, se constituye en sujeto extrañado, mismo que termina por conformar un límite, una barrera objetiva a la reproducción ampliada de la sociedad. En breve, desafortunadamente leída

como dogma mecanicista, la contradicción fuerzas-relaciones nos habla, en su aspecto más profundo, de este antagonismo, propiamente moderno, entre progreso y enajenación.

El tiempo de la modernidad es de larga duración, se gesta en el espacio del Bajo Medioevo europeo, paulatinamente convirtiendo en mercancía toda riqueza producida en otros espacios y por formas pre-existentes de organización social. El mercado tardará ocho siglos en constituirse como principio último de sociabilidad: el proceso de enajenación del poder social tiene origen en la Baja Edad Media, entre el X y el XVI, emerge, sin embargo, en época manufacturera, con la socialización mercantil simple, entre el XVI y el XVII, y se consolida en la fase industrial, con la socialización propiamente capitalista, entre el XVIII y el XX, hasta llegar a la forma actualmente dominante de configuración social: la financiera.

El tiempo de la modernidad es este largo proceso en el cual el nexo social mercantil, de simple mediación para la circulación y, como tal, instrumento necesario a la reproducción de lo existente, se constituye el mismo en fin, en sujeto, subsumiendo la reproducción de lo concreto real a la acumulación de valor abstracto. Es el camino de transformación del dinero en capital y del capital en sociedad: de la comunidad abstracta entre individuos privados, a la comunidad que abstrae de cualquier sentido otro que sí misma, subsumiendo, y así sacrificando, el sentido de esferas siempre nuevas de producción social a lo abstracto de la valorización del valor.

La modernidad, todavía inconclusa, es el principio mercantil de sociabilidad, un principio abstracto porque efectúa una conexión externa entre individuos privados, y, como tales, carentes, de comunidad, que subordinará primero la riqueza social producida, en la circulación mercantil simple, luego, la fuente misma de toda riqueza, el trabajo vivo, en la mercantil capitalista, y, en último, en la financiera, el mismo proceso de acumulación.

Lo que queremos resaltar es el espacio urbano en tanto que instrumento necesario para la inteligibilidad de este trayecto histórico. Como relación social de producción, la ciudad moderna ha sido el espacio privilegiado de concreción primigenia de las formas de sociabilidad capitalista: la mercantil-manufacturera, la industrial, y la post-industrial financiera. Como fuerza de producción, la ciudad, remodelación incesante del territorio según la exigencia propiamente moderna de constante innovación, representa todavía el artefacto humano por excelencia, el emblema de la creatividad social. Dos dimensiones analíticas, las de fuerzas y relaciones, la del valor de uso y del valor, separables sólo en la artificialidad de la abstracción y dos abstracciones que solamente existen en la unión de su contradicción. La concentración y centralización urbanas, en tanto que criterios teóricos para una posible periodización de la modernidad capitalista, espacializan esta relación contradictoria, misma que

se ha hecho plenamente visible en la última de sus formas históricas de territorialización: la ciudad financiera.

En fin, nuestro punto de partida: la intuición caótica, decíamos al principio, lo concreto más desarrollado, decimos ahora. Aunque, en su carácter formal, la ciudad posea una existencia antediluviana, relativamente a su contenido histórico, a su existencia concreta, la ciudad se ha dejado distinguir en su mismo carácter de abstracción cuando ha aparecido de forma plena en la especificidad histórica de las grandes metrópolis modernas.

La ciudad financiera, la última de las ciudades modernas, será nuestro concreto desarrollado, forma social en la cual, por su mismo grado de adelanto, ha quedado aparente el fragmento de la realidad a aislar en el pensamiento, lo general, la categoría omnicomprensiva de las múltiples manifestaciones históricas del fenómeno urbano: la “centralización”. Nuestro abstracto-concreto, porque ha sido la particularidad de la ciudad financiera la que ha reorganizado las formas urbanas precedentes, dominándolas y dándoles otro sentido. La ciudad financiera, como el capital, una forma social particular que es al mismo tiempo condensación de formas anteriores y heterogéneas. Solo así podremos mostrar lo general en lo particular, lo abstracto como singularidad histórica, y la ciudad financiera como

[...] la iluminación general en la que se bañan todos los colores y que modifica las particularidades de estos³⁹.

El tema de Marx era la sociedad moderna, el nuestro: la ciudad financiera moderna. La introducimos como intuición, la desglosaremos, ahora, como diferencia específica, en tanto que desarrollo pleno, históricamente determinado y, como veremos, contradictorio, de las categorías más generales de un espacio urbano inicialmente apropiado como mera apariencia. Estas categorías, resultarán ser, como arriba mencionamos, las de concentración y centralización, y su espacialización la última de las formas de las metrópolis: el presente de la ciudad financiera.

El espacio como forma

La ciudad: centralización de capital



En Ámsterdam, bajo los pilares de la Bolsa, que es un resumen del universo mercantil, se oyen todos los idiomas del mundo. En Venecia, “si tenéis curiosidad por ver hombres de todas las partes vestidos diversamente cada uno a su usanza, id a la plaza de San Marco o a la de Rialto, y hallarais toda clase de personas”.

Fernand Braudel, *Civilización material, economía y capitalismo*.

La ciudad global

Por manos de sus principales teóricos, en las sociedades capitalistas “centrales”, la ciudad financiera contemporánea ha sido apostrofada como ciudad mundial o ciudad global⁴⁰. Era el 1982 y John Friedmann lanzaba la hipótesis de una nueva jerarquía urbana articulada a una nueva división internacional del trabajo propia de la era del capitalismo global. Años después, al momento de precisar el estado del arte de la así llamada *world city hypothesis*, Friedmann describe la ciudad global tanto como una clase particular de ciudad, cuanto, y sobre todo, como un modelo heurístico. La ciudad es aquí un sistema socioeconómico espacialmente organizado, un lugar, un sitio, una localización.

Como objeto empírico, la *ciudad global* reúne, del lado institucional-organizativo, los cuarteles generales de las corporaciones transnacionales, los institutos de créditos, las sociedades financieras y, del lado productivo, los nuevos *clusters* de servicios empresariales, financieros y comunicativos. La evidencia hablaría por sí misma: New York, Londres, Frankfurt, Tokio, São Paulo, México abarcan distritos empresariales y financieros con un nivel de densidad sin precedencia.

A mitad de los noventas, sin embargo, el que fue una vez decano del urbanismo francés de corte estructuralista, Manuel Castells, vaticinaba la evolución de la nueva centralidad urbana hacia una a-espacialidad del centro. Enfatizando el carácter inmaterial de las nuevas fuerzas productivas, Castells construyó la imagen de la *ciudad informacional*, un espacio de flujos desterritorializado que permitiría el acceso instantáneo a los puntos estratégicos de control. La formación de núcleos discontinuos constituidos por comunidades financieras, culturales e intelectuales preanunciaba, para el sociólogo urbano, la materialización de lo global en lo local y el ocaso de la ciudad tradicional en tanto que forma obsoleta de organización socio-económica para el capital.

En polémica con la tesis, popularizada por el sociólogo francés, de un fin de la centralidad urbana por la neutralización comunicativa de la distancia, y reivindicando la primacía del espacio sobre la del tiempo, Saskia Sassen invirtió la atención hacia la materialidad de la economía de la información. La globalización, singularizada por la creciente dispersión en la actividad económica productiva y la creciente concentración de la propiedad y del control en la financiera, habría alterado la geografía de los lugares estratégicos, haciendo de algunas ciudades las localizaciones llaves para los arreglos organizacionales necesarios a la agrandada movilidad del capital. El primer determinante histórico habría sido la localización privilegiada, en pocas grandes ciudades, de los institutos de créditos transnacionales y las bolsas, instituciones organizadoras del movimiento del capital monetario,

este último necesario a la expansión de la inversión directa y del comercio propio de la internacionalización de la producción de bienes y servicios.

Con la crisis crediticia de los primeros años ochenta y la paulatina afirmación de nuevas instituciones financieras, con la comercialización de varias formas de deuda y la invención de siempre más complejos instrumentos especulativos, el dinero, de medio de pago, privilegió su función de mercancía. Empezaba así la expansión masiva en el volumen de los flujos financieros, progresivamente liberalizados, que llegaron a superar tanto los del comercio, cuanto los de la inversión productiva directa, transformándose en el componente dominante del movimiento internacional del capital. Es en esta segunda fase que la ciudad habría reforzado su posición estratégica en la acumulación mundial de valor.

Enfatizando los procesos materiales de creación del mercado internacional de finanzas y servicios, Sassen aislaba dos lógicas de concentración, ambas responsables por la primacía en la jerarquía urbana de las ciudades globales. La concentración *en situ* del capital financiero, extrema respecto a la dispersión relativa del comercio y de la inversión productiva directa, se habría realizado a través de dos formas organizacionales: los mercados bursátiles y la aglomeración de la producción postindustrial de servicios necesarios a la realización de las operaciones financieras. Si los principales mercados de títulos atestan la creciente concentración de las funciones de comando ejercitada por el capital dinero sobre el valor producido por las otras fracciones del capital, las aglomeraciones de servicios se explican por razones de economías de escala en la producción de bienes de consumo “colectivos” funcionales a la reducción de los costos de circulación en beneficio de la fracción más avanzada del capital, el financiero, cuya valorización depende, de manera siempre más extrema, de la abolición del espacio por el tiempo.

No obstante las diferencias señaladas, tanto en Castells, como en Sassen, la dimensión del mercado mundial ya no sería área interestatal, o sea de reserva del Estado-Nación, sino del espacio urbano, sea este último, en su calidad de objeto empírico, equivalente a la red inmaterial de los flujos de la comunicación global, o a la red material de las urbes globales. La competencia interestatal, característica de la era de los flujos de capital mercancía, habría sido substituida por la competencia inter-urbana para la atracción de mercancía capital, donde la división internacional del trabajo se realizaría gracias a la especialización de cada ciudad en un nicho del mercado financiero. Como unidad de análisis el Estado-Nación habría cedido lugar al sistema metropolitano transnacional, un orden institucional funcional al cambio en la composición del mercado mundial.

Como objeto teórico, la hipótesis de *la ciudad global* aspira a ser un nuevo esquema interpretativo para el análisis de la espacialización del capital: reúne los puntos neurálgicos de su circulación y, en su calidad de centro, articula las relaciones socio-económicas de las regiones sobre las cuales extiende su influencia en un espacio de coherencia que, sin embargo, como discutiremos, no queda satisfactoriamente explicitado en su calidad de elemento funcional a la valorización del valor a escala mundial.

Ninguna propuesta analítica nace del vacío y testar su validez implica considerar sus fundamentos teóricos, frecuentemente encubiertos. La hipótesis de la ciudad global es deudora, a nuestro parecer, de la historia social de *Los Annales* y de la *Escuela de la Regulación*. La noción de puntos cardinales en la circulación mundializada del capital, teatros privilegiados de valorización del valor, implica leer la globalización como nueva articulación entre régimen de acumulación y modo de regulación, y la modernidad capitalista como nueva fase de desarrollo del mercado mundial, cuyas ciudades globales pertenecen a la periodización lenta de la *larga duración*.

La ciudad braudeliana

La *ciudad global* de Friedmann es, a nuestro parecer, derivación empírica de la *ciudad dominante* de Braudel, el centro de logística de la economía-mundo, cuando, por esta última, siguiendo al historiador, entendemos:

Una suma de espacios individuales, económicos y no económicos, reagrupados por ella; que abarca una superficie enorme (en principio es la mas vasta zona de coherencia, en tal o cual época, en una parte determinada del globo), que traspasa, de ordinario, los límites de los otros agrupamientos masivos de la historia⁴¹.

La modernidad capitalista consiste, para Braudel, de una sucesión de unidades socio-económicas definidas, cada una, por una configuración espacio-temporal: un conjunto de áreas geográficas articuladas por vínculos de intercambio y leyes tendenciales de desarrollo caracterizadas por una lenta periodicidad. En este “teatro mundo”, siempre jerarquizado, el nivel superior que dirige y ordena la unidad orgánica es la ciudad dominante, la ciudad de vocación internacional: la *ciudad mundo*.

Una economía-mundo posee siempre un polo urbano, una ciudad en el centro de la logística de sus asuntos: las informaciones, las mercancías, los capitales, los créditos, los hombres, los pedidos y las cartas comerciales afluyen a ella y de ella vuelven a partir⁴².

No obstante el antiguo mito moderno-renacentista de la ciudad eterna⁴³, las ciudades imperiales, las ciudades dominantes se rempazan históricamente la una a la otra. El pasaje del cetro, nos advierte Braudel, es una masa de historia que oscila, es decir, que implica la ruptura de viejas cadenas de dependencia y arsenales de dominación, y el surgimiento de nuevos. Observar la conducta de una ciudad dominante permite, por lo tanto, descifrar la evolución de la economía-mundo subyacente. Más avanzamos en la línea del tiempo, más el centro direcciona esferas nuevas de la vida socioeconómica, así como, más tiende a completarse la armería de la dominación, más se extienden los límites de coherencia de la unidad orgánica y el mundo crece en escala. La historia se espacializa en un sistema socio-económico concéntrico, de paulatina envergadura, a la manera del modelo espacial urbano de Burgess. Al centro la fuerza integradora: concentra la riqueza a favor de sí misma, lugar de elección de la acumulación, centralizando, como otros tantos hilos, aquellos tráfico que, ante de su intrusión, se realizaban a favor de otro amo. El modelo que preside la construcción de toda economía-mundo consiste, en la repetición cíclica, y ampliada, de este proceso de toma de posesión a través del cual el corazón del encaje reordena y orienta a su merced todas las actividades que, una vez embragadas en la estructura del mercado, son encaminadas hacia su puerto y puestas bajo su control⁴⁴.

Ciudad en estado puro, despojada de todo lo que no sea puramente urbano, condenada, para subsistir a obtener todo del intercambio⁴⁵.

A finales del siglo XIV, Venecia, última ciudad medieval, primera ciudad moderna, signa el umbral de la economía-mundo europea. Potencia colonial, la ciudad de San Marcos sale de la Laguna, se apodera de un camino de islas hacia Oriente, y establece allí sus “fondacos”, creando un imperio territorial disperso que consiste de una larga cadena de puestos comerciales en las rutas hacia el Levante, fuente principal de sus utilidades. Potencia mercantil, Venecia, no actúa sola, sino en el medio de una archipiélago de ciudades “estrellas” que de Milán, Génova y Florencia, zona central, se extiende hacia la semi-periferia constelada por los centros alemanes, articulados por Lübeck, y los Flamencos, por Brujas, hasta terminar en los puertos meridionales de Inglaterra. Mas allá una periferia todavía marginal. Un eje Norte-Sur, el de Londres-Brujas-Venecia, que, esta última, supedita a su diálogo preferencial con el Este⁴⁶. Economía de mercado dirigida, Venecia impone a las rutas continentales y

las del mar pasar por ella, impidiéndole actuar por cuenta propia. La centralización de los hilos mercantiles permite la concentración de capital dinero: los flujos monetarios, entre todos la plata de Europa continental, llegan y salen de Venecia, y una parte allí se queda. El secreto: el intercambio desigual. Especie de depósitos universal, *La Serenissima* impone a los comerciantes extranjeros un lugar de reunión y segregación, la trampa proteccionista del *Fondaco dei Tedeschi*, donde vender sus mercancías e invertir obligatoriamente en las importadas por ella, mientras reserva a sus ciudadanos el comercio lejano, el más rentable. Sin embargo no es el *Arsenale*⁴⁷, enorme concentración del poder del capital mercantil, sino *Rialto*, punto de encuentro con el monetario, lo que constituye el corazón pulsante de la ciudad. Es en las cotidianas “reuniones bursátiles” del puente sobre el *Canal Grande* que los grandes mercaderes encuentran los cambistas y banqueros, dos fracciones del capital que tenderán, con el tiempo, a confundirse⁴⁸.

Especie de ciudad inocente; son los otros quienes la solicitan, la invaden y crean su brillo⁴⁹.

A inicio del siglo XVI, con la apertura de las rutas oceánicas hacia las Indias Orientales y Occidentales, el brazo militar-mercantil portugués subtrae el cetro a Venecia y, sin embargo, en lugar de Lisboa, lo consigna a Amberes⁵⁰. A partir de la llegada de la pimienta a través del periplo portugués, cuyo principal mercado es la Europa del norte, Amberes, sustituyendo a Brujas, se convierte en la plaza mercantil de elección de la nueva economía-mundo, ahora de-centrada del Mediterráneo hacia el Atlántico. En el puerto de Escalda llegan navíos portugueses, con sus especias, los ingleses con sus paños, los meridionales italianos y, en fin, los hanseáticos del norte, cargados de aquella plata y cobre que se alejan progresivamente de Venecia en beneficio del nuevo circuito. Nuevamente, la centralidad estratégica deriva de las oportunidades exteriores del comercio lejano, nuevamente la centralización de los hilos mercantiles implica proporcionar el lugar de encuentro entre D y M, entre dinero y mercancía. Como en el caso de su predecesora, aun a un nivel cualitativamente superior, la ciudad flamenca dirige la redistribución de la ganancia comercial a través de la función reguladora del préstamo. A diferencia del caso veneciano, sin embargo, en Amberes la renta financiera es parasitaria, es decir, el juego lo acaban llevando los grandes mercaderes extranjeros.

El *Siglo de Amberes* será el *siglo de los Fugger* de Augsburgo. La importancia de la ciudad deriva de la necesidad portuguesa y española de hallar, en el centro antuerpiense, el capital de préstamo necesario a la empresa colonial. Dueños del metal blanco europeo, primero, e intermediarios del americano, después, los *Fugger* controlarán el comercio de las importaciones portuguesas desde las *Indias Orientales* y, sucesivamente, del saqueo español en *las Occidentales*, apropiándose, bajo forma

financiera, de las ganancias de Lisboa, primero, de Castilla, después⁵¹. Ligada, desde inicio del siglo XVI, a los grandes comerciantes prestamistas alemanes, la corona española requiere de sus créditos para saldar la cuenta comercial con Europa, siendo el despojo americano insuficiente para balancear la compra de bienes primarios y manufacturas flamencas, alemanas, inglesas, francesas, imprescindibles a la *Carrera de Indias* y a la construcción de la *Nueva España*.

Y de efectiva edificación se trata: la fundación de ciudades tiene rol de primacía en la empresa de conquista y re-organización social del extremo occidente. Desviémonos así de las rutas del dinero para entrar en tierras latinoamericanas⁵².

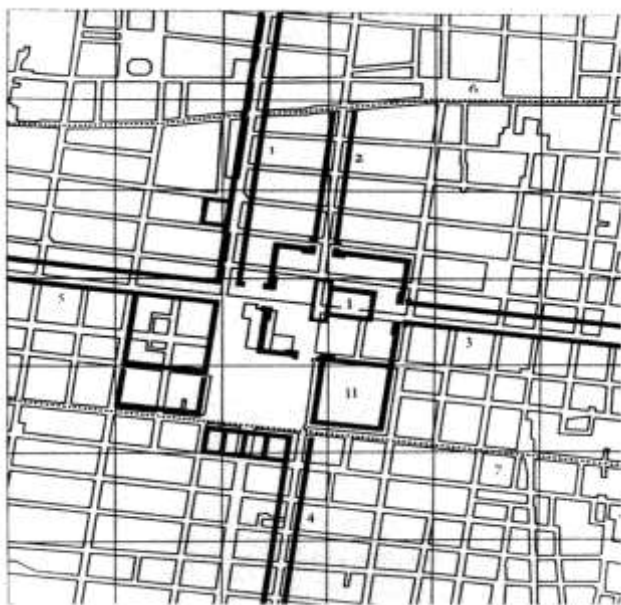
Como subraya José Luis Romero, heredero de la corriente historiográfica de *Los Annales*, la cual, como veremos, atribuye un rol protagónico a la *revolución urbana* en la configuración de la modernidad capitalista, en la América indígena, a diferencia de la Europa tardo medieval, “la corriente principal de la vida fluía por los campos y las aldeas rurales”⁵³. Y, sin embargo: “la vida urbana tiene, en América Latina, una antigüedad de más de dos mil años”⁵⁴. Una envergadura que corremos el riesgo de pasar por alto si, cegados por la luz mediterránea y la estrecha articulación moderna entre urbanización y desarrollo mercantil, fallamos en reconocer que los dos grandes poderíos del valle central de México y del valle del río Rimac eran imperios urbanos, las impresionantes capitales de Tenochtitlán y Cuzco teniendo funciones administrativo-religiosas, mismas que no excluían, sino subsumían, un importante rol de concentración, re-elaboración y re-distribución económica. ¿No es suficiente caminar por las primeras cuadras del México contemporáneo para atestiguar como la organización de la actividad comercial, frecuentemente absurda para ojos europeos, ha mantenido y refuncionalizado, con sus agrupaciones callejeras por tipo de mercancías o centros de suministro, como la Merced o la asombrosa Central de Abasto, modernas Tlatelolco, parámetros pre-hispánicos que, a diferencias de sus canales, se resisten a ser enterrados? La historia urbana pre-colombina es, sin embargo, la de un tiempo profundo, diría Braudel, un tiempo que, como sus piedras, aparece debajo de sucesivas sedimentaciones.

Siguiendo a Jorge Enrique Hardoy, la urbanización pre-hispánica se extendía, en Mesoamérica, desde el centro de México hasta el de Guatemala pasando por los altos valles de Oaxaca, y en Suramérica, desde la costa norte y central de Perú y a través del altiplano andino, hasta Bolivia, caracterizándose, en el momento culminante de las culturas clásicas, por una red de agrupamientos territoriales en función de un centro religioso, los cuales mantenían entre sí vinculaciones comerciales y culturales⁵⁵. Fue en el último siglo antes de la llegada europea que la ciudad indígena adquirió sus

caracteres definitorios, tanto en términos de concepción urbanística como de función socio-económica, con Tenochtitlán y Cuzco como ejemplos sobresalientes⁵⁶.

Una realidad urbana que, sin embargo, cubría una fracción muy limitada del continente, con lo que, será solamente a partir de la colonización que se conformará aquel mundo de ciudades que permitirá la organización en gran escala del territorio y su paulatina integración a la economía-mundo mercantil.

En el área hispánica, debido a la vivencia de la re-conquista en la península y, yendo más lejos, a la tradición mediterránea de organizar la expansión territorial y económica a través de la fundación de baluartes militares y mercantiles, el proceso de expoliación será perpetrado a través de la toma de ciudades pre-existentes y la fundación de nuevas, desde la ciudad-fuerte y de avanzada, primera experiencia urbana hispanoamericana, hasta la ciudad emporio, puerto de enlace con la metrópolis, para su articulación en un sistema jerárquico y centralizado, capaz, como tal, de imponerse sobre un espacio, el indígena, percibido, desde el 1492 hasta el encuentro con Tenochtitlán, como inerte y vacío, y sucesivamente reproducido como prejuicio etnocéntrico y maniqueista.



Ciudad de México: sobreposición de los principales elementos de la ciudad prehispánica y la traza actual. 1. Calzada del Tepeyac, 2. Calzada correspondiente a la Puerta Norte, 3. Calzada del Lago de Texcoco, 4. Calzada de Iztapalapa, 5. Calzada de Tacuba, 6 y 7. Acequias, I. Templo Mayor, II. Palacio de Moctezuma, III. Palacio de Axayácatl, IV. Casa de Nobles, V. Palacio de Cuauhtemoc⁵⁷.

A partir del 1521, con la conquista de Tenochtitlán y la sobreposición de la nueva México, y la re-edificación, en el 1534, de

Cuzco, misma que, a diferencia de la primera, trazada como un cuadrilátero, conservó parte de la traza indígena, el ritmo de las fundaciones se acelera, siendo el criterio de localización de lo que son todavía puntos de avanzada la cercanía de un centro pre-colombino o la densa concentración de la población rural aldeana. En algunos casos, los conquistadores se asentarán por encima de los escombros, y la planta regular cubrirá completamente el antiguo poblado, perdurando, sin embargo, el mercado

indígena y la atracción del lugar –Cholula, Bogotá, Quito, Mendoza–; en otros construirán su propia ciudad a su lado –Lima. En ambos, el proceso de colonización se realizará tomando el control de las rutas y relaciones interurbanas pre-coloniales, procediendo, vale decir, de un recinto a otro, a veces imaginario. Y la ciudad española y la indígena se articularán, la primera subsumiendo a la segunda, formalmente excluida de su perímetro y que, sin embargo, la aprovisiona, como en el caso de México, ostentada por el conquistador como heredera de la heroica Tenochtitlán, un foco de enorme valor simbólico económicamente dependiente de los barrios indígenas circundantes.

Tanto en el Virreinato de Nueva España como en el de Perú, con la excepción de los puertos primigenios de Santo Domingo, Veracruz, Callao y Cartagena, y a diferencia del caso brasileño, la primera red de ciudades se asentará en el interior, y para las mismas quedará prontamente definido el trazado, el damero romano, modelo clásico, empero no exclusivo, de la ciudad colonial. Una ciudad, esta última, concebida como hecho político, sellada por el acta fundacional y concretada a través de la proyección de una forma, un plano, generalmente dibujado de antemano, impuesto e implantado desde el exterior: en el centro axial la Plaza Mayor, a sus lados los símbolos del poder religioso y político, y en cuadras sucesivas los lotes regulares para los pobladores. El espacio urbano hispánico nacía así como espacio abstracto y, como tal, con función primaria de posesión y sujeción del espacio histórico, el indígena. Y, sin embargo, una vez fundada, esta ciudad abstracta se transformará en una realidad social concreta y, nos cuenta Romero, abigarrada.



Planta de fundación de la ciudad de Santiago de León, hoy Caracas, por el Gobernador Juan de Pimentel, 1578⁵⁸.



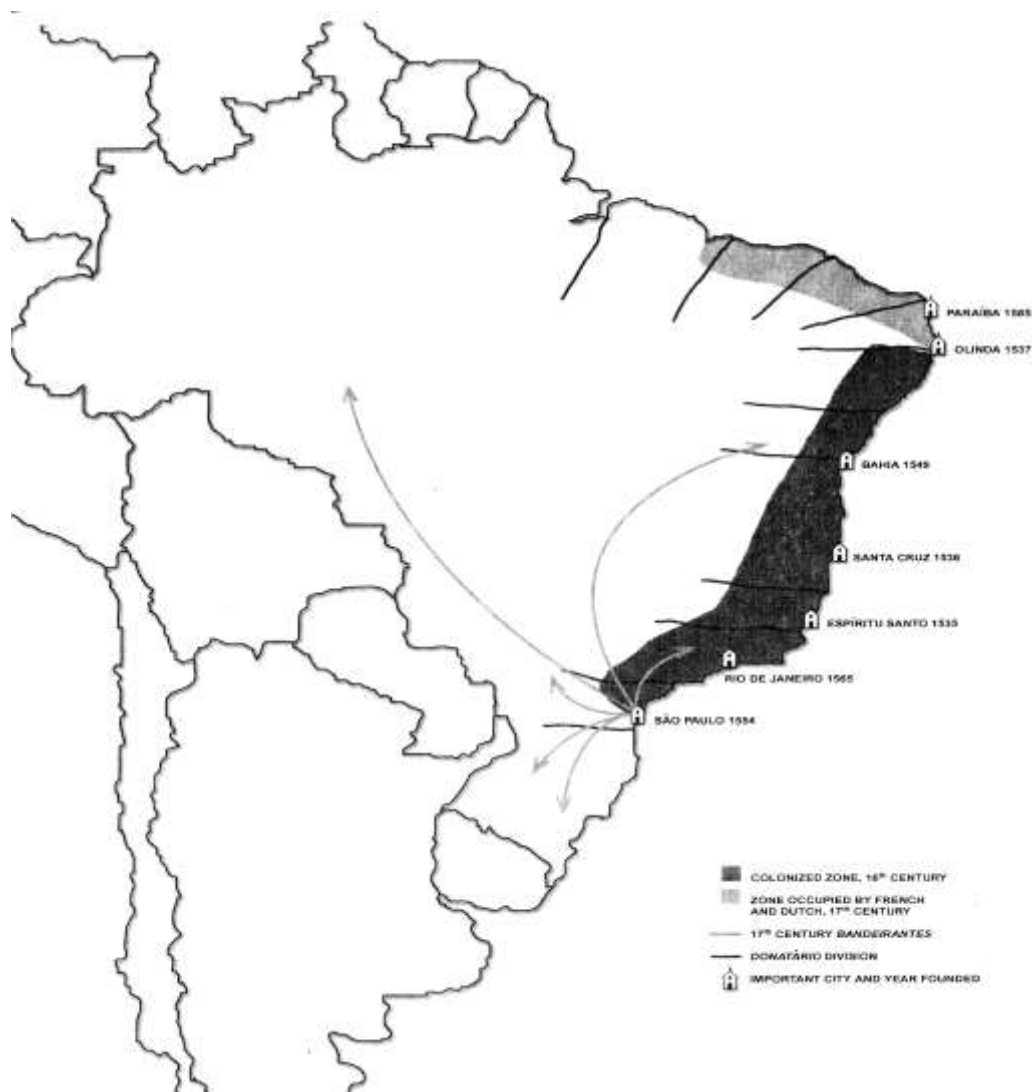
Plano de la ciudad de Lima, 1681, Archivo General de Indias⁵⁹.

Tan pronto como a inicio del siglo XVII, quedará también fijada la jerarquización y la función relativa de esta red urbana primigenia a la especialización productiva regional. Una organicidad, la del área hispana, cuya elevada integración en el comercio exterior, con la explotación minera al centro de la unidad socio-económica, un centro dependiente de abastecimientos exteriores y fundamentado en el trabajo esclavista paulatinamente disfrazado de relación salarial, pronto dispensará a la ciudad mexicana y peruana un precoz rol mercantil, el de centralización del movimiento de bienes y mano de obra. Un modo de organización social y una paralela espacialización territorial que tenderán a permanecer inalterados, con única variante la permuta de jerarquía entre un centro y otro, hasta los procesos de Independencia y la consolidación de aquel modelo primario exportador paralelo al pleno afianzamiento, en la segunda mitad del siglo XIX, del capitalismo industrial en la metrópolis.

Del lado antitético, debido al carácter diferenciado del espacio social indígena, así como a las herencias históricas de cada potencia metropolitana, Portugal, descendiente de una tradición profundamente rural y creador de un imperio esencialmente marítimo, organizará el despojo americano sin conferir primacía a la organización urbana del territorio, también ocupado por poblaciones relativamente nómadas, es decir, a través de la estructura de las donatárias o capitanías, ya experimentadas en la colonización de las islas atlánticas, entregando enormes extensiones rurales, de longitud ilimitada, a la aristocracia terrateniente⁶⁰. En los primeros siglos de la colonia, el proceso de configuración territorial brasileño se centrará en el campo, fundándose, al mismo tiempo, una serie de centros menores con función de puertos defensivos y para el comercio con Portugal y el

establecimiento de *factorías* para el depósito y elaboración del palo de Brasil, objeto de la primera fase de pillaje.

Iniciada la época de la explotación azucarera, esta misma dará origen a un espacio social caracterizado por la concentración del trabajo esclavizado alrededor del *engenho*, típico ejemplo de economía cerrada, conformándose, de esta manera, un hábitat rural anterior a lo urbano, ambos articulados por el comercio exclusivo del producto de exportación. Desde aquí el raquitismo y la escases de las primeras ciudades brasileñas, limitadas a la edificación y parcial ampliación de puertos en los puntos de concentración y envío del cargo mercantil y humano. Establecida, en el 1548, una sola capitanía general, el esquema costero de asentamiento inicial será la base de un proceso de urbanización fundamentado en la creciente diferenciación interna necesaria a la consolidación de la economía azucarera del noroeste, con las fundaciones de Olinda-Recife, Rio de Janeiro, Sao Paulo, y, entre todas, Salvador de Bahía, la capital del ciclo del azúcar, cuya traza irregular reflejará el rasgo medieval de la ciudad portuguesa.



Brasil en el siglo XVI y XVII y ciudades fundadas en la América hispánica antes del 1600⁶¹.



Regresamos a los hilos del poder: en ambos espacios, tanto en el área hispánica, como portuguesa, la red material urbana conduce, por medio de la red inmaterial del dinero, a un único centro. Con las rutas hacia América, recalca Braudel, Amberes irradia el brillo de su espejismo, el de ciudad “española”, y solamente con la bancarrota de los *Fugger* cesará de ser centro del mundo, cuando, con Felipe II, el capital dinero seguirá ahora la ruta europea del Sur, bajo control genovés.

El más curioso ejemplo de centrado y concentración que ofrece hasta aquí la historia de la economía-mundo europea, en el qué ésta gira alrededor de un punto casi inmaterial⁶².

Aprisionada en una legua estrecha de tierra, obligada a resolver sus problemas de aprovisionamiento en el mundo exterior, Génova acoge barcos mediterráneos y atlánticos, transformándose, como otras tantas ciudades mercantiles, en puerto de redistribución. Sin embargo, a diferencia de Amberes, la ciudad de San Jorge no es un mercado pasivo, su capital dinero la salva. Tan precozmente moderna, Génova es un puñado de hombres de negocios instalados en Madrid, Sevilla, Granada, cuyos capitales, a falta de un empleo valioso en su lugar de origen, recurren las sucesivas economías-mundo. La inmaterialidad de Génova le asigna, tanto en Braudel, como en Arrighi, el título de “ciudad capitalista” por excelencia: las inversiones genoveses cambian continuamente de rumbo y el capital dinero se acumula construyendo, explotando y abandonando, así sucesivamente, fracciones del espacio económico exterior. En un primer tiempo interviene en las operaciones mercantiles entre Sevilla y las colonias americanas, sucesivamente las abandona para entregarse directamente a las finanzas internacionales adelantando al Rey Católico el dinero de los prestamistas europeos, concentrado en la *Casa de San Giorgio*. Y a la base de la renta financiera de Génova se encuentra el transporte de la plata americana a través de un sistema por letras de cambio fundamentado en una red internacional de pagos⁶³. Los flujos de reales y plata, acarreados por la empresa colonial, se transforman en Génova en dinero político, en capacidad de movilizar y controlar los flujos de crédito, y, con éstos, los destinos de la primera economía-mundo de escala realmente global. Génova, centralización inmaterial de esta capacidad de control, actúa, como tal, desde un nivel superior al de la economía de mercado, el nivel de la ciudad dominante, el nivel, para Braudel, no así para Marx, como veremos, del *poder social del capital*.

El capitalismo, tal como se lo observa en Ámsterdam, da testimonio a la vez de las experiencias precedentes y de las que seguirán⁶⁴.

Concentración de mercancías, trabajo y servicios, la fortuna de Ámsterdam se basa en una estrategia hipertrofiada de depósito. La masa de bienes almacenados a ser re-exportados, la separación, diría Marx, entre compra y venta, implica adelantos monetarios, y, a partir del siglo XVII, es la clase mercantil holandesa a detentar el capital de préstamo para toda Europa. Por largo tiempo la principal de sus actividades será el comercio de créditos; es la Holanda *del siglo de Oro*, que, subraya Braudel, vive a escala del mundo entero e intenta una especie de explotación permanente del mismo. Nuevamente es el control del comercio lejano a permitir la conservación del dominio sobre el mercado europeo.

América, atacada tardíamente, escapa al control directo de Holanda. En extremo occidente, la experiencia tardía de colonización holandesa se limita al fracaso de la aventura brasileña, iniciada con el saqueo del puerto de Bahía, y proseguida, años después, con la ocupación de la capital de Brasil, cuando la América portuguesa, más frágil de la española, es elegida como porción del territorio donde librar el ataque. La ciudad será pronto recuperada, obligando a los Holandeses, mejor dicho a la Compañía de las Indias Occidentales, la misma que iniciará la colonización de la que es hoy Nueva York, a dirigirse hacia el nordeste azucarero, donde la ciudad de los señores de los ingenios, Olinda, y su puerto, Recife, han conformado una entidad urbana regional que los holandeses ocuparán por cerca de cuarenta años⁶⁵, fundando una entera ciudad, Mauricia, articulada a las islas africanas para la expedición de los esclavos indispensables al Brasil colonial, una experiencia temporalmente insuficiente para que la altamente urbanizada tradición holandesa lograra alterar la fisonomía de un territorio colonial, el del Brasil portugués, esencialmente rural.

De hecho, es en el extremo oriente que Ámsterdam gana el cetro del mundo. Bajo la dirección de la V.O.C., la Compañía de las Indias Orientales, la inserción holandesa en la economía-mundo asiática, a menoscabo de la portuguesa, adquiere el ritmo de una expansión continua, cuya coherencia se debe a la organización de un espacio tripartito de dominio. Si en la semi-periferia europea la sumisión se realiza a través de los mecanismos indirectos del crédito, en la periferia, la construcción incesante de situaciones de monopolio implica encerrar la producción de las especias en un pequeño territorio insular, reservarse el mercado e impedir en otras partes monocultivos similares, en breve, el uso de la constricción violenta⁶⁶.

En la cadena centro-semiperiferia-periferia, el eslabón intermedio, entre el espacio de la acumulación y el de la creación de valor, coincide con las ciudades europeas aprisionadas por la economía de mercado: Estocolmo, Nantes, Burdeos, la misma Londres. Adelantando dinero y órdenes de compra a los mercados menores, estos centros mediadores someten la comercialización de los bienes primarios y manufactureros a las directivas de los circuitos financieros de Ámsterdam.

Relativamente a la periferia, el intermediador para el despojo americano es Sevilla, el control financiero de la cual permite a Holanda apropiarse de parte del saqueo, sin tener que ejercitar el dominio directo de la producción, diversamente las cosas en Asia, donde el capitalismo holandés implica el dominio colonial y, con éste, la fundación de ciudades, entre todas Batavia, ella misma modelo para la edificación de Mauricio.

Y es la plata americana a constituir la clave de acceso en Oriente. Ya en el siglo XVI, primer centro de redistribución de los cereales bálticos, Ámsterdam conquista el monopolio del tráfico entre el Atlántico Norte, proveedor de bienes primarios y manufactureros, y la Península Ibérica, dispensadora del monetario, el metal blanco americano, realizando así, hacia finales del siglo, la conquista silenciosa de Sevilla, plaza dejada libre por los genoveses, gran vía de acceso al *Nuevo Mundo*. Transformando los mercaderes españoles en simples comisionistas, Ámsterdam permite al Norte de Europa introducirse subrepticamente en el comercio de las Indias Occidentales, reservado a la Corona, adelantando no dinero, sino mercancías, que cobra en plata al regreso de las naves, permitiéndole así cubrir su comercio deficitario con el Norte, eje central de su expansión mercantil en Europa, así como obtener el numerario indispensable al control del comercio asiático.

Mientras tanto, en América, en los primeros dos siglos de la colonia, la ciudad formal de la época de las fundaciones, instrumento de dominio político-administrativo y proyecto de segregación étnico-cultural, ha dado origen a la *ciudad hidalga*, a un espacio real de vida social, aquello de la *ciudad barroca de las Indias*, de la ciudad organizada como corte de la oligarquía comercial y minera, ella misma producto del hecho que, como enfatiza Romero, el proceso de colonización ha creado un sistema de privilegio que, a su vez, alterará profundamente el proceso de conformación posterior –con la emancipación política y la consolidación de la economía primaria de exportación– de la sociedad burguesa latinoamericana.

Una especificidad histórica, la *herencia colonial*, debida a la cual, siguiendo a Agustín Cueva, la plena incorporación de América Latina en el sistema capitalista mundial, misma que determinará, a partir de la segunda mitad del siglo XIX, el cambio en las relaciones sociales internas, no ocurrirá a partir del vacío, sino sobre los fundamentos de una matriz socio-económica y de una estructuración espacial pre-existente. Un legado que, sin embargo, insiste el sociólogo ecuatoriano –y parece poner a un lado Romero, historiador argentino, evidenciando, este último, supuestos rasgos feudales de la colonia– no nos permite hablar de dualismo estructural⁶⁷.

Aquí, de hecho, un complejo debate teórico-historiográfico, que tocaremos solo en superficie, aquel relativo al carácter de la sociedad colonial latinoamericana y cuya resolución reside, siguiendo a

la teoría de la dependencia, en considerar a ambos polos de la unidad mercantilista como componentes de una misma totalidad histórica la cual “hizo posible el desarrollo de unos e inevitable el subdesarrollo de los otros”⁶⁸. Una perspectiva cuyo núcleo analítico mora en visualizar el atraso como condición y consecuencia del mismo desarrollo capitalista, con el debate acerca del carácter del sistema colonial constituyendo uno de los temas alrededor del cual se evidenciaron las implicaciones teórico-políticas de diferentes concepciones acerca del “ser” del capital y de la especificidad periférica como modo de reproducción social dependiente de las necesidades y contradicciones del centro.

Fue Gunder Frank quien principalmente sostuvo del carácter capitalista del mundo colonial, por él definido como un sistema de apropiación de excedente, producto de la expansión del mercantilismo europeo en plena fase de acumulación originaria. Una perspectiva que tuvo el mérito de evidenciar la incompatibilidad entre feudalismo y la fijación colonial de América Latina como formación económico-social volcada al comercio exterior. Sin embargo, la impronta circulacionista de la crítica de Frank, y la subestimación de la centralidad del trabajo libre, conllevaba la imposibilidad de estimar tanto las consecuencias así como las condiciones de reproducción de relaciones sociales internas otras a las propiamente capitalistas. Un debate prontamente transferido a la caracterización del capitalismo industrial latinoamericano y, con éste, al carácter de su burguesía nacional, mismo del cual surgió una vertiente crítica, la “neo”-marxista, y, con ella, un marco conceptual volcado a articular, a partir de la recuperación del capital según Marx, los determinantes endógenos y exógenos de la dependencia⁶⁹. Una perspectiva dialéctica del subdesarrollo, desde la cual el condicionamiento ejercitado, en la esfera de mercado, por los países hegemónicos depende del mismo carácter de las relaciones de producción periféricas, de la conformación histórica, vale decir, de un mercado interno dividido cuyo último determinante reside en las necesidades de reproducción del centro y cuyas consecuencias derivan en la reproducción interna de un bloqueo permanente al desarrollo.

Ahora, el mundo colonial consistió en un proceso de desacumulación interna cuyo eje articulador fue el control metropolitano sobre la circulación de una masa de valor extraída a través de la institucionalización de unidades económicas, agrícolas y mineras, caracterizadas por el bajo nivel de desarrollo de las fuerzas productivas y relaciones sociales de explotación de tipo regresivo. La masa laboral, aquella población indígena que, principalmente en los centros urbanos, se hará paulatinamente mestiza, ha primero provisionado a la ciudad hidalga de la mano de obra necesaria para su construcción y, sucesivamente, con la institucionalización del “cuatequil” en México y la “mita” en Perú, vale decir, con el trabajo forzoso disimulado de relación salarial⁷⁰, ha conformado el sistema complementario de abastecimiento de fuerza trabajo y bienes primarios necesarios al auge del latifundio rural y, sobre

todo, de los centros mineros, ejemplos, estos últimos, de producción para el mercado exterior y deficiencia productiva interna: los mexicanos de San Luis Potosí, Zacatecas y Guanajuato, el opulento Potosí boliviano y aquellas Villa Rica y Ouro Preto que cambiarán el eje socio-económico de Brasil.

Tratándose, desde sus inicios, de una producción para el mercado exterior que condiciona toda la actividad económica interna, dichas relaciones de explotación fueron el instrumento por medio del cual las colonias hispano-lusas quedaron integradas en el ciclo de reproducción mercantilista del capital mundial y así subsumidas a los intereses de los grandes centros comerciales del viejo mundo. Un proceso cuya organicidad nos impide hablar de feudalismo, sino de un modo de extracción de excedente que Bagú caracterizará, a nuestro parecer correctamente, de *capitalismo colonial* y cuya herencia reside en haber instaurado el umbral de un mercado interno escindido y, con ello, de un espacio urbano diferenciado.

En la red urbana colonial de centros mineros, puertos y emporios transitan, de hecho, tanto las importaciones de la metrópolis, así como los productos del despojo, habiéndose constituido, de esta forma, dos circuitos mercantiles. Por un lado el exógeno de los puertos de importancia continental, Veracruz, Acapulco, Cartagena, Santo Domingo, La Habana, Portobello, Panamá, Callao, directamente articulados a la metrópolis y a los centros plateros, rutas destinadas a los cargos de bienes de lujo metropolitanos reservados a los colonizadores y al fruto del despojo minero; red por medio del cual la oligarquía minera y la vinculada al mercado exterior de los primeros productos agropecuarios retiene parte del valor transferido a la metrópolis, reinvirtiéndolo en el negocio inmobiliario principal de la época, el latifundio, y conformando, de esta manera, la base de la vinculación histórica entre capital comercial y oligarquía terrateniente. Por el otro, el endógeno de las ciudades del interior, Puebla, Bogotá, Quito, Tucumán, Córdoba, Asunción, donde circulan los bienes de consumo necesarios y, paulatinamente, una elaboración manufacturera⁷¹ que la preferencia metropolitana por la peninsular no logrará impedir y cuyo eje mercantil permanecerá, sin embargo, puramente regional.

En el entrecruce de ambos circuitos⁷² se colocan, en primer lugar, las dos grandes capitales del virreinato que, centralizando las arterias entre las áreas de despojo mineras y los centros portuarios, monopolizan el tráfico mercantil de alto rendimiento. México se ha inmediatamente consolidado como punto nodal de una ruta que, longitudinalmente subsume el sur agrícola al norte minero, y latitudinalmente, uniendo Veracruz con Acapulco, permite a la metrópolis peninsular situarse, a su vez, al centro de una red que se extiende del hemisferio occidental al oriental de la economía-mundo. Por su lado, Lima ocupa el centro de los tráficós entre las minas del Alto Perú y Sevilla a través del control del puerto de Portobello, el único, junto con el Callao, a ser autorizado para el comercio del Cono Sur con

la metrópolis. Y será la variante clandestina de la ruta de la plata a signar la fortuna de aquellos centros mercantiles que, a través del contrabando asentado en las costas coloniales portuguesas y alimentado por los intereses de ingleses y holandeses en búsqueda de una entrada autónoma a Las Américas, la que signará la fortuna de nuevos puertos de importancia internacional, entre todos el de Buenos Aires, y de su gran burguesía comercial criolla.

En el caso de Brasil, con el descubrimiento del oro de Minas Gerais y el principio de la decadencia del ciclo azucarero en el noroeste, el nuevo eje socio-económico se ha trasladado hacia la explotación de las tierras altas cercanas a la costa central. Con el auge minero, el eje centralizador del despojo se desplazará hacia el sureste, donde el proceso de urbanización empieza a extenderse hacia el interior más próximo, la explotación de las venas fluviales implicando la concentración del trabajo esclavizado en el latifundio minero y en centros urbanos para el asentamiento de los señores de las minas y las autoridades de la metrópolis. Se conformará, de esta manera, un primer sistema urbano interno que, junto al de São Paulo, originariamente un centro misional convertido en base de operación para la cacería de indios, quedará directamente articulado con las grandes concentraciones costeras, en primer lugar Río de Janeiro, permitiéndole remplazar a Bahía como capital del país.

Tanto en la hispánica como en la portuguesa, esta inserción mercantil de América en la modernidad capitalista a través de dos redes urbanas internamente diferenciadas, la exógena y la endógena, fijará los posteriores procesos de estructuración socio-económica, conformando la que veremos ser una organización del territorio desigual y combinada, misma que analizaremos en la segunda parte de nuestro trabajo. Y será este arraigo colonial de América Latina en la economía-mundo el que va a precipitar, con el advenimiento de la segunda fase de la industrialización europea, la crisis de la sociedad hidalga, la ascensión al poder de una oligarquía mercantil comprometida con la terrateniente y la consecuente conformación de un espacio social donde a la rígida jerarquización formal de la colonia sub-entrará otra tanta jerarquización económica, misma correspondiente a la consolidación del modelo primario exportador.

Circulación interna y externa de la América hispánica y portuguesa⁷³.

En el centro y en la cúspide de esta compleja economía de mercado que, como vimos, ha logrado cubrir ambos hemisferios: Ámsterdam. No solo ciudad, sino condensación de una superestructura mercantil que regula los eslabones inferiores del espacio económico subyugando,

primero, los espacios de circulación y redistribución, mediados por las ciudades regionales europeas y los grandes centros mercantiles americanos y asiáticos, y, a través de los mismos, cada vez más en profundidad, los espacios de producción, la periferia de ciudades del interior sin la cual dominaría en el vacío. El poder de la abstracción se fundamenta en lo concreto: los bienes primarios de los países bálticos, la plata y el oro de América y las especias de Asia, todos reunidos y articulados entre sí en un espacio de coherencia superior, la altura, repetimos, del *poder social* del capital según Braudel, aquél del capital dinero.

Con Ámsterdam es la última vez que un imperio del comercio y del crédito existe sin el sostén de un verdadero Estado moderno territorial. Espacio conformado por una red de ciudades, las Provincias Unidas son una unidad socio-económica, para la época, extremadamente urbanizada, y, para estándares futuros, extremadamente descentralizado. No nos encontramos frente a un Estado débil: los intereses mercantiles obligan a las burguesías urbanas a conformar un bloque único de poder, logrando así desempeñar el papel de razón de Estado. Es la plena equivalencia entre dinero y Estado, entre poder económico y político. A partir de la segunda mitad del siglo XVIII, el bloque dirigente se apartará del comercio en dirección del crédito, la renta y la especulación. Cuando el poder social se habrá convertido en una fuerza siempre más separada de la masa de la sociedad, la financiera, y el poder político habrá logrado la plena autonomización en el Estado moderno territorial, Ámsterdam, la última ciudad dominante sin Estado, habrá finalmente cedido el cetro a Londres⁷⁴.

Todo el espacio económico inglés se somete a la realeza de Londres. La centralización política, la potencia de la monarquía inglesa, la elevada centralización de la vida mercantil, todo contribuye a la grandeza de la capital⁷⁵.

Desde inicios del siglo XVIII, no solamente toda Inglaterra está en Londres, sino Londres está en toda Inglaterra. Todas las mercancías, autóctonas y exóticas, llegan a Londres y de Londres se redistribuyen internamente a través de una circulación interior que conforma una unidad viva. Hemos llegado a la sustitución del espacio de dominación urbana por el mercado nacional⁷⁶ que redefine y reconstituye lo urbano a partir de la producción fabril. En el curso de la consolidación de la modernidad capitalista, aún en tiempos distintos, el destino de los espacios económicos europeos fue el de fundirse en unidad nacional, lo cual, sin embargo, no aseguró automáticamente la transferencia de la dirección económica de la ciudad al Estado. Los Estados territoriales, lugar de potencia, permanecieron por largo tiempo alejados del espacio de la riqueza, ámbito del viejo nacionalismo urbano, del cual Ámsterdam fue última sobreviviente. Fue la conformación del mercado interior lo que permitió al Estado, éxito político precoz, alcanzar el éxito económico tardío, y así substituir a la ciudad en su calidad de actor

preeminente en la economía-mundo creando una nueva centralidad, la urbano-industrial del Estado-nación. La conformación del territorio nacional como superficie política económicamente coherente implicó una compleja articulación de factores comúnmente identificada como *Revolución Industrial*, fenómeno histórico de enorme complejidad que, como tal, escapa a definiciones⁷⁷. Hablar de “revolución” implica, sin embargo, la posibilidad de discernir una discontinuidad cualitativa, coincidiendo, esta última, con la novedad del *desarrollo*, es decir, de un crecimiento de conjunto garante de su propia continuidad, cuya multiplicidad de causas pertenecen al tiempo largo de la historia, siendo el tiempo corto de la revolución solo el momento de aceleración, de plena visibilidad del proceso. La gran novedad de la acumulación (del capital diría Marx, no así Braudel, como veremos) tiene en la demanda y producción interna, en el mercado nacional, su propia condición de posibilidad. ¿Sus determinantes? Para Braudel, endógenos, relativo a transformaciones estructurales en la organización interna de la producción, pero también, exógenos, relativos al hecho que “Inglaterra triunfó en su revolución estando ya en el centro del mundo, siendo *el centro del mundo*”⁷⁸. A fin de cuenta, se trata del:

Áspero debate entre quien explica el crecimiento capitalista únicamente por las virtudes de una evolución interna y los que lo consideran construido desde el exterior, por una explotación sistemática del mundo, debate sin solución, porque las dos explicaciones son buenas⁷⁹.

La compleja evolución endógena hacia la subsunción real del trabajo da cuenta de la autonomización del capital productivo respecto del mercantil. ¿Es el advenimiento, con el industrial, del capitalismo “verdadero”? Con la industria, admite Braudel, el capital se transforma, adquiere volumen y afirma su importancia invasora, sin embargo, insiste, el capitalismo es una vieja historia que tiene atrás, y delante de sí una serie de experiencias clásicas que tienden a repetirse. La prueba de la continuidad queda, para Braudel, en lo que permitió a la producción crecer a la medida de los enormes mercados del mundo. Como en los casos antecedentes, así para la Inglaterra de la Revolución Industrial, el propulsor último del ascenso fue el comercio de larga distancia, y con él, aquella superestructura mercantil asociada al capital de préstamo y, por lo tanto, a la voluntad política del Estado; todos elementos constitutivos, repetimos, del *capital* según el historiador francés, todos dependiente de la imposición temprana de un centro: Londres.

En el siglo XVIII, a la cabeza de la unidad de intercambio mas vasta que el mundo haya jamás conocido, Londres aleja de Europa el centro de gravedad del comercio internacional, dirigiéndolo a ultramar, hacia el tráfico con las colonias americanas y con el protectorado de la India, periferias

obligadas a abastecerla de materias primas de bajo precio a cambio de manufacturas que, perdida competitividad en el mercado europeo, invaden el colonial.

Y es a partir de la segunda mitad del siglo XIX, con la segunda revolución industrial y la entrada del capitalismo en su fase monopólica e imperialista, que el interés de los sectores mercantiles coloniales de establecer relaciones directas con los centros de comercio europeos, entre todos, los ingleses, provoca el quiebre definitivo del monopolio comercial de la metrópolis colonial. La ciudad latinoamericana es ahora el espacio vital para la consolidación de aquella burguesía comercial criolla que, desde sus murallas, dirigirá los procesos de emancipación política subsumiendo a sus propios intereses los ejércitos de masas campesinas y populares, los mismo que han animado la ola insurreccional indígena y rural y, en menor medida, urbana a finales del siglo XVIII, e impidiendo, de tal manera, el desemboque de la reforma del XIX en revolución social. Será el advenimiento de la *ciudad patricia*, donde la segregación hidalga ha cedido el paso al compromiso de finales del siglo, a través de un largo proceso de enfrentamientos hegemónicos, entre la burguesía mercantil criolla y la tradicional oligarquía terrateniente, esta última asentada en la continuidad de las relaciones serviles y esclavistas propias de la explotación minera y agropecuarias, aún paulatinamente impulsada, por el llamado internacional a la exportación, hacia una relativa modernización del campo y sus relaciones productivas⁸⁰.

El proceso de apertura a la economía de mercado ha tendido, de hecho, como contraparte un movimiento general de expansión de la propiedad latifundiaria, tanto en países, como México, Cuba, América Central, Perú, Bolivia, donde la experiencia de la gran propiedad territorial es un hecho ya en el primer siglo de la colonia, así como en aquellos países, como Argentina y Chile, donde es de aparición relativamente tardía.

Se trata de la re-funcionalización del sistema económico pre-existente, el mismo consolidado en más de tres siglos, proceso que afecta *in primis* a los centros productivos agrícolas y mineros, produciéndose, de esta forma, un desvertebramiento y recomposición del circuito urbano comercial. Las ciudades latinoamericanas, en primer lugar las capitales y los grandes puertos articulados al circuito comercial internacional, recibiendo el impacto de la ofensiva mercantilista, centralizan la nueva unidad socio-económica y cambian de fisionomía, asumiendo los rasgos multitudinarios de México, Buenos Aires, Santiago de Chile, Valparaíso, Lima, Salvador de Bahía, Río de Janeiro, São Paulo, con la clases altas generalmente ocupando el centro, la *Ciudad de Los Palacios*, y los sectores populares aquellos suburbios que empiezan a conformar un lindero inestable entre lo urbano y lo rural. Las otras, las ciudades regionales limitadas a atender el mercado interno, articulando el circuito de los

bienes primarios y artesanales para el consumo de los sectores populares, mantendrán la fisonomía colonial de Cuzco, Quito, Monterrey, Guatemala.

El circuito mercantil colonial queda refuncionalizado, las ciudades volcadas al exterior asumen el papel de centros nacionales de distribución de importaciones de productos manufacturados destinados a las clases acomodadas y de concentración del producto agropecuario y minero para la exportación, con consecuente presencia de un importante núcleo burgués extranjero siempre más acoplado al criollo. Y alrededor de esta red exógena se concentra también la incipiente manufactura nacional, y la primigenia penetración de la inversión extranjera directa, inicialmente volcada a establecer las condiciones territoriales para la sucesiva penetración industrial. Será el capital extranjero el llamado a re-espacializar este circuito urbano exógeno a través de la construcción de redes ferroviarias y será la ciudad la encargada de asistirlo en sus necesidades permitiendo el establecimiento entre sus murallas de las filiales de los grandes bancos foráneos: el Banco de Londres y Brasil en Río de Janeiro, el Banco de Londres y Río de la Plata en Buenos Aires, el Banco de Londres y Sur América en México.

Y aquí el punto: es nuevamente el “capitalismo del dinero”, aunque no lo provoque directamente, lo que hace posible la empresa⁸¹. Toda la Inglaterra industrial tiene necesidad de crédito y letras de cambio, todo el sistema liliputiano de bancos privados locales recurre a los de la capital como garantía de sus adelantos y, estos últimos, al Banco de Inglaterra, prestador de último recurso, pivote de todo el engranaje. Concentrado en el *Stock Exchange*, centro único y sofisticado, el capital dinero circula continuamente a través de los circuitos obligados que articulan el Banco Central con el gobierno, con las empresas industriales y comerciales, con los mismos sectores populares ingleses, quedando desigualmente re-distribuido entre las clases, así cómo, en el tiempo, entre las regiones, y, ya a finales del siglo XIX, alimentará también a los circuitos artificiales de la especulación, dando origen a la sangría de capital nacional dirigido a la inversión extranjera directa. Ahora: ¿Quién garantiza al garante? Es el dominio del mercado mundial lo que respalda, a fin de cuenta, la solidez de todo el sistema.

De hecho, será la firmeza de la libra esterlina, lograda tan temprano como en la época isabelina y sucesivamente mantenida, con el patrón oro, hasta finales del siglo XIX, el elemento decisivo de la grandeza británica. Una estabilidad garantizada, en un primer tiempo, el de patrón plata, gracias a la llegada masiva de metal blanco de Potosí y del centro de México en la Torre de Londres, cuando España concesiona a Inglaterra el transporte del monetario necesario al abastecimiento financiero de Amberes; en un segundo, el del patrón oro, gracias al saqueo de las minas de Minas Gerais, las mismas

que han sellado la grandeza de Río; y, en un tercero, cuando la definitiva llegada al centro del mundo permite al crédito fácil instalarse por encima del metálico y, con la multiplicación de los medios de pago, la emisión de papel moneda fiduciario por parte del Banco Central. De la cotización del cambio en las principales plazas mercantiles, y, con ésta, de la balanza comercial, depende de hecho, la llegada continua de enormes subsidios extranjeros que, a partir del viraje financiero de Ámsterdam y sus inversiones en títulos de deuda ingleses, permiten la expansión económica del Reino Unido. Una política económica de endeudamiento a largo plazo, emprendida a partir de la segunda mitad del siglo XVII y que se mantiene ininterrumpida hasta época contemporánea; una expansión constante de la deuda pública, cuyos intereses son puntualmente liquidados gracias al superávit comercial y a la extracción fiscal, permitiendo así mantener estable el valor de la moneda, gran razón de la larga preeminencia británica. Concluye Braudel:

Es la victoria de la riqueza artificial. ¿Pero no es lo artificial la obra maestra de los hombres?⁸²

Alejémonos de los datos históricos. Desde Venecia, la última medieval, hasta Londres, la primera industrial, la ciudad dominante braudeliana, la *ciudad mundo*, permite la socialización de la forma valor controlando, tanto en extensión como en profundidad, sus formas de espacialización. El instrumento último de ambos movimientos es el dinero en su función de capital de préstamo, el capital dinero. Centralizando los hilos del mercado mundial, y llegando así a concentrar el poder social del instrumento monetario, la ciudad dominante constituye el centro operativo de una superestructura que, como veremos, coincide, en Braudel, con el espacio de lo que para él es el capital. ¿En que consiste este espacio superior y abstracto si no en el espacio de la forma financiera de valorización?

Dejamos estas consideraciones teóricas en suspenso y regresamos, “descendiendo por el curso de la historia con botas de sietes leguas”⁸³, a la hipótesis de la ciudad global. Los principales exponentes del paradigma, John Freedman, Saskia Sassen y Manuel Castells insisten en que las ciudades globales constituyen un fenómeno histórico sin precedente⁸⁴. No obstante la posición de sus teorizadores creemos que la hipótesis de la ciudad global no logra aislar la especificidad del nuevo sistema de ciudades, si no en términos puramente cuantitativos. Aparte de las obvias diferencias en la escala de las transacciones y en el desarrollo de las fuerzas productivas que las posibilitan, concentrar espacialmente los flujos de capital dinero y constituir, por la misma razón, los centros nerviosos de la economía-mundo no parece diferenciar cualitativamente las ciudades globales actuales de sus antecedentes históricos braudelianos, al contrario, las coloca en un tiempo extremadamente dilatado que abarca de la ciudad tardo medieval a la informacional, pasando por la barroca-mercantilista y la

moderno-industrial. La ciudad global resulta así coincidir, aunque a un nivel mayor de complejidad y extensión, con otra localización centralizada, característica de toda economía-mundo, de los flujos transnacionales de capital dinero. En la hipótesis de la ciudad global, con el neoliberalismo del siglo XX, habríamos regresado al, o mejor dicho, nunca habríamos dejado el mundo de ciudades del Bajo Medievo.

La ciudad abstracta

¿Si centramos, con Giovanni Arrighi, nuestra atención en el *modus operandi* del capital financiero, y, en particular, en su forma de espacialización, es, empero, realmente posible hablar de una discontinuidad cualitativa, tanto relativa a la lógica de acumulación, “ser” del capital, cuanto a la forma de concentración y centralización, “ser” de lo urbano?

La tesis que sostengo es que la historia del capitalismo se encuentra, de hecho, en un punto de viraje decisivo, y, sin embargo, que la actual situación no sea tan novedosa como podría parecer a primera vista⁸⁵.

Arrighi entabla así sus consideraciones acerca de la naturaleza del cambio que, a partir de los años setentas del siglo XX, habría caracterizado la manera de operar del capital. Reconociendo una radical reestructuración en la organización de los procesos de producción e intercambio, Arrighi conviene en identificarla como fase de transición hacia un nuevo régimen de acumulación ajustado al florecer del capital financiero. Al mismo tiempo, sin embargo, busca dar cuenta de esta transición en términos de modelos de recurrencia y evolución que abarcarían la existencia entera del capitalismo. La expansión del horizonte espacio-temporal permite al autor conceptualizar fenómenos aparentemente originales, cual el dominio actual de las finanzas, en términos de tendencias cíclicas de desarrollo. Como con Braudel, la fascinante reconstrucción del capitalismo histórico lograda por Arrighi es la de un movimiento continuo de socialización del valor, donde los momentos de discontinuidad y reestructuración coinciden con la reconstitución del proceso sobre nuevos y más amplios fundamentos. Sin embargo, con mayor énfasis que el historiador, Arrighi, sociólogo y economista, centra su preocupación en mostrar como cada reconfiguración del capital se ha logrado sobre la base de la preponderancia, cíclica, de su forma financiera. Identifica, así, cuatro épocas “lentas” de la modernidad, caracterizada, cada una, por un agente capitalista primario y un proceso de acumulación de capital a escala del mercado mundial⁸⁶.

Hacer de la expansión financiera el criterio analítico de periodización histórica implica una lectura del capitalismo según la dialéctica continuidad-discontinuidad. El instrumento teórico es el *ciclo sistémico de acumulación*, cuando el mismo

Indica una fundamental continuidad en los procesos de acumulación del capital sobre escala mundial en la época moderna. Sin embargo, constituye también fracturas fundamentales en las estrategias y en las estructuras que han dado forma a estos procesos en el curso de los siglos⁸⁷.

La continuidad, como veremos más adelante, concierne a la lógica subyacente a los procesos de formación, consolidación y desintegración del valor, o, si queremos, el modo de reproducción del capital. La discontinuidad atañe a la reestructuración de las estrategias y estructuras organizativas, entre las cuales las espaciales urbanas, para la entrada del proceso de valorización en otra fase cualitativa de desarrollo. La mediación entre régimen de acumulación y modo de regulación, entre continuidad y cambio, es la expansión financiera: consecuencia de la crisis e instrumento necesario para su, temporal, superación.

La consolidación del capitalismo histórico consiste de la progresiva sustitución de estructuras de regulación de siempre mayor envergadura, tanto en la extensión territorial, cuanto en la capacidad organizativa, capaces, como tales, de inducir y subsumir bajo propio control las condiciones de acumulación. El proceso es descrito en términos de control de las fuentes más abundantes de capital dinero por parte de un nuevo bloque de agentes gubernamentales y empresariales. Debido a que la acción reguladora del capital financiero implica su concentración y, esta última, su espacialización, un nuevo centro termina organizando, desde arriba, el orden capaz de promover una fase de expansión capitalista de alcance mayor de la precedente. Un empirismo aparente, siendo fundamentado en una determinada concepción de lo que constituiría el “ser” de la relación social de capital.

Tanto en Arrighi, como en Braudel, la reproducción en escala ampliada del sistema resulta paralela a un proceso de subsunción de siempre más vastas redes mercantiles a un único centro, capaz, como tal, de reorganizar y controlar el espacio inferior en el cual las mismas redes operan. Tanto en Arrighi como en Braudel, centrarse en el modo de reproducción del capital implica mostrar una relación necesaria entre extensión, en el espacio, de la circulación y la formación de un poder social concentrado situado en un nivel superior al de la economía de mercado. Este espacio superior es el *espacio del capital*. En ambos autores, el capital es la concentración de la capacidad de imprimir direccionalidad a la sociedad, y como tal, si la financiera resulta ser su forma privilegiada de concreción, la ciudad dominante la de su espacialización.

Ahora, hay, a nuestro parecer, una coincidencia analítica entre esta ciudad-forma y la forma-Estado, así como ha sido desarrollada, esta última, por la vertiente socio-política de la Escuela de la Regulación⁸⁸. Según esta última, la centralidad de la categoría “Estado”, aquí concebido como *forma social*, en la consolidación histórica del capitalismo deriva de la *ley del valor*, misma entendida como el principio primario de sociabilidad propio de toda sociedad de mercado.

Al fin de esclarecer este punto hay que empezar a adentrarnos en el laberinto del valor recorrido por Marx.

La riqueza de las sociedades en las cuales predomina el modo de producción capitalista se presenta como un “enorme cumulo de mercancías”, y la mercancía individual se presenta como su forma elemental⁸⁹.

Este es el *incipit* de El Capital. La mercancía es el átomo de la sociedad mercantil-capitalista, el código de barras de su mecanismo último de socialización: la *forma valor*⁹⁰.

La mercancía es forma de la riqueza, herramienta de progreso, solamente en la medida en la cual es *valor de uso*, solamente en la medida en la cual tiene relación con la satisfacción de una necesidad. Sin embargo, en una sociedad de productores privados atomizados, en una sociedad que, como tal, carece de control consciente y colectivo sobre sí misma, la determinación de la necesidad social, adviene, y puede advenir, solo mediatamente. Porque no puede haber una relación de convertibilidad directa entre lo particular y lo social, lo producido y lo socialmente necesario, la determinación de la necesidad se realiza exteriorizando el carácter social de la producción; el particular, vale decir, adquiere carácter universal *post festum*, siendo el mercado el instrumento de vinculación colectiva en el cual:

Los trabajos individuales obran como parte del trabajo social en su conjunto solo por medio de las relaciones que el intercambio establece entre los productos del trabajo y, a través de los mismos, entre los productores⁹¹.

El mercado es la mediación necesaria, el nexo social gracias al cual:

La dependencia mutua y generalizada de los individuos recíprocamente indiferentes constituye su nexo social. Este nexo social se expresa en el *valor de cambio*, y solo en éste la actividad propia y el producto se transforman para cada individuo en una actividad y en un producto para el mismo⁹².

El origen de toda las contradicciones de la *forma valor*, en su forma dinero, capital o capital dinero, reside en esta separación originaria entre lo concreto y lo abstracto, y entre lo particular y lo

social; su especificidad mercantil en el hecho que, por un lado, la convalidación social del producto depende de su intercambiabilidad, y, por el otro, la naturaleza particular del mismo impide su presentación inmediata como *valor de cambio*. Si por un lado, los productos individuales del trabajo quedan socialmente convalidados como valores de uso sólo en la medida en la cual, encarnando el mismo universal, pueden ser tramutados en valores de cambio, por el otro la determinación mercantil del valor social⁹³ será posible solamente a partir de la aceptación histórica del trabajo abstracto como sustancia universal de los trabajos particulares, en otros términos, del tiempo de trabajo como medida de valor. Regresaremos en el segundo capítulo a la especificidad de la *forma valor como capital* y a la subsunción del mercado al proceso de valorización de valor. Por ahora, permanecemos, con Marx, en el plano de la forma valor en abstracto, el de la circulación simple.

Para que lo particular pueda asumir identidad social, el movimiento de adecuación nos advierte Marx, debe asumir una forma en la cual pueda existir como encarnación directa de lo social:

El individuo debe producir un producto universal: el valor de cambio, o considerado éste en sí, aisladamente e individualizado, dinero⁹⁴.

El trabajo concreto, para expresarse de manera directamente social, debe obtener la forma de trabajo abstracto y el poner en acto la abstracción necesita de una mediación real. La determinación social del valor conlleva, vale decir, la corporización del nexo social en una sustancia particular, mercancía universal en relación unívoca con la cual las particulares expresan su relación de intercambiabilidad, y, con ésta, su carácter social. Para que lo particular asuma una forma de existencia abstracta, lo abstracto tiene que asumir una forma de existencia concreta. La enajenación del proceso social engendra su propia cosificación, el mercado conlleva la necesidad del dinero.

Que la producción se haga social no inmediatamente, en la esfera de la producción de valor, sino mediatamente, en la de la circulación, abre la posibilidad, a su vez, de un desajuste entre el tiempo de trabajo real objetivado en el producto particular y la cantidad de trabajo a invertirse de acuerdo a la reproducción social. Al mismo tiempo, gracias a la objetivación de la relación mercantil en dinero, este desequilibrio constante obtiene la forma en la cual moverse: la forma dinero, vale decir, permite regular la inevitable divergencia entre las condiciones privadas y las sociales de producción. Porque las oscilaciones de los mercados expresan, de hecho, la condición de alienabilidad del valor de uso en términos de su relación de intercambiabilidad con el dinero, es decir, en términos de oscilación de precios, el dinero constituye el nexo social adecuado y, como tal, imprescindible, para un modo de producción donde:

La regla se puede hacer valer solo como ley de la ausencia de reglas obrante a la ciega⁹⁵.

El dinero expresa un modo de convalidación social de la riqueza producida separado del proceso real de su producción y conducente, en principio, a la distribución eficiente del trabajo social. El dinero no es signo de valor, mera reducción de las distintas magnitudes a un común denominador, sino una determinación cualitativa, la concreción necesaria de la abstracción, del nexo social mercantil, el mismo así convertido en mercancía universal, cuya razón de ser reside en la ausencia de control centralizado en la organización de la producción social. Porque inevitable, la resolución al desequilibrio no puede residir en poner la forma dinero bajo el control directo de la sociedad. Esta identidad implicaría, de hecho, la posibilidad de establecer a priori la necesidad social de lo producido, la exacta antítesis del mecanismo de sociabilidad mercantil, y, con ésta, la abolición misma de la forma social-dinero⁹⁶.

En breve, el dinero es la separación del carácter necesariamente social del trabajo en una relación del mismo con una forma de sociabilidad que existe frente a él como cosa y que, como nos aprestamos a ver, abre la posibilidad de la antítesis y la contradicción en esta misma separación entre lo particular y lo social, entre valor de uso y valor.

Esta doble y *distinta* existencia [de la mercancía] debe pasar a ser *diferencia*, y la diferencia debe pasar a ser *oposición y contradicción*⁹⁷.

Una vez enajenada y separada de su forma concreta de existencia –la del valor de uso–, la relación social –el valor abstracto– asume una forma concreta de existencia con leyes propias de movimiento. Con la autonomización del proceso de convalidación social en dinero, la contradicción básica de la forma valor entre lo particular y lo social, entre lo concreto y lo abstracto, no queda superada, sino desplazada a un nivel superior, el del nexo social escindido, del valor surgido del mundo de la riqueza real, del valor abstracto, y como tal, en potencia, siempre realizable e ilimitado, frente a la fragmentación de una riqueza confinada por el horizonte particular de la necesidad. De simple mediación, la *forma dinero* se convierte en sustancia, en *forma dinero-capital*, en otras palabras, la estructuración de la sociedad obedece ahora no a un interés socialmente definido, a lo concreto del valor de uso, sino al imperativo abstracto del valor, cuya única finalidad, en cuanto tal, puede solamente ser la de su propio incremento cuantitativo: la valorización del valor. La conversión del dinero en dinero-capital es esta transmutación de la mediación en finalidad social, es la aceptación

histórica de lo abstracto como necesidad concreta, un proceso fundamentado en la desposesión de la sociedad del control sobre sí misma, y por medio del cual la contradicción ente concreto y abstracto tiene que leerse como antagonismo entre una comunidad de individuos libremente asociados y la sociedad de mercado. Regresaremos a la especificidad de la forma valor como dinero-capital. Lo que por ahora queremos subrayar es la contradicción de la *forma valor* en su sentido más abstracto y general. En lugar de ser una artificiosa construcción metafísica, la contradicción valor de uso-valor representa:

La forma más general en la que se resumen las verdaderas condiciones existenciales y tendencias evolutivas del orden social burgués⁹⁸.

Aislar la mercancía como forma social básica deriva del develamiento, por parte de Marx, de un modo de integración social que se erige sobre la base del carácter necesariamente mediado del trabajo social. Es la necesidad de la mediación la que engendra el antagonismo entre dos formas de existencia de la necesidad social, la concreta o consciente del valor de uso y la abstracta y enajenada del valor. Podemos así entender el desarrollo del capitalismo histórico como grados superiores en la cosificación de la forma y en la consecuente desaparición del movimiento mismo, de las relaciones sociales, debido a lo cual los sujetos perciben que:

Aquella misma división del trabajo que los conforma como productores privados independientes hace independiente de ellos el proceso social de producción y sus relaciones adentro de este proceso, y la independencia de las personas la una con la otra se integra en su sistema de dependencia omnilateral e impuesta por las cosas⁹⁹.

Principio de sociabilidad en antítesis al control consciente y colectivo de la sociedad por parte de sus productores, la expansión y profundización de la *forma valor* implica, de hecho, un desarrollo del nexo del individuo con el conjunto que es al mismo tiempo una profundización del grado de independencia de este nexo respecto de los propios individuos. Al mismo tiempo, porque compela a producir en y para la sociedad, la *ley del valor* abstrae de la particularidad y hace depender la reproducción individual de la universalidad y multilateralidad de las relaciones, propagando así la interdependencia recíproca universal. Desde aquí su potencial progresivo. Y, sin embargo, el carácter social de la existencia termina presentándose a los individuos no como su estar recíprocamente relacionados, sino como su estar subordinados a relaciones que subsisten independientemente de ellos. El movimiento, la relación social, se ha desvanecido, mientras que el objeto, el nexo social cosificado

se ha transformado en *poder social*. No se trata de “falsa conciencia”, sino de una forma ideológica dependiente de un horizonte social real.

El valor como potencia autonomizada es consecuencia de un proceso real de cosificación de la dependencia mutua y generalizada de individuos recíprocamente indiferentes que, como tales, han enajenado bajo la forma de objeto su propia relación social. Lo que ha sido enajenado es la dimensión del *valor de uso*, la posibilidad de una producción consciente de lo social. Al mismo tiempo, porque el carácter social de la producción, una vez extrañado, implica su necesaria cosificación, los productores se enfrentan no solo ideológicamente, sino fácticamente, a su propia producción como si se enfrentaran a una relación material, independiente de ellos. De instrumento para la satisfacción de necesidades sociales concretas, el nexo social objetivado subsume paulatinamente estas mismas necesidades al fin de su reproducción y el carácter histórico de la sociedad adquiere el de una sociedad transfigurada en necesidad abstracta, la cual, como tal, *no puede no* entrar en contradicción con la reproducción de la vida social concreta.

En su carácter más abstracto, la intención de Marx es leer el tiempo de la modernidad, y sus niveles concretos de “sedimentación” –comercial, industrial, financiera– en términos de una renovada contradicción entre el carácter siempre más social de la producción y el carácter siempre menos inmediato, y como tal abstracto, de esta naturaleza social. Cada “nivel” representa la forma en la cual la contradicción puede moverse y resolverse, temporalmente, sin asegurar nunca un estado de equilibrio, y, al mismo tiempo, cada “nivel” implica un aumento del grado de cosificación de la relación social y, con ésta, del poder social del fetiche.

La forma valor es, por lo tanto, el instrumento analítico que permite mostrar como, en cualquiera de sus grados de adelantos, la objetivación del nexo social expresa la existencia del valor como algo distinto y extraño a sus productores, sea el valor abstracto autonomizado dinero, capital o capital-dinero y el valor de uso subsumido producto, trabajo o capital productivo. Una separación que, enraizada en las relaciones de producción, conlleva, en la circulación, la apariencia de independencia del valor de la “cosa” de la relación social: del dinero respecto de las condiciones de producción, del capital respecto del trabajo, del capital-dinero respecto de la producción real de valor.

La necesidad de transformar lo particular, sea esto producto, trabajo o capital productivo, en valor universal, porque solo bajo esta forma, como mercancía, capital y capital-dinero, lo particular adquiere su nexo con la sociedad, muestra la enajenación del carácter social de la producción bajo la forma de una condición objetiva que existe de manera siempre más exterior frente a los individuos y que pesa sobre ellos como una fatalidad.

El dinero, el capital y el capital dinero no son una “cosa” sino una forma cosificada, en la cual, sin embargo, ha desaparecido todo carácter de relación. En el dinero, en el capital y en el capital dinero, el valor ha asumido, en niveles paulatinos, una existencia autónoma fuera y, en apariencia, independiente del valor de uso, cuya finalidad, puede solamente ser la de permanecer en sí y cuyas condiciones de posibilidad pertenecen a un proceso de creciente despojo de sus productores reales.

Aclaremos. No se trata de un esquema diacrónico de evolución social, sino de grados distintos de concreción de la misma contradicción básica, los cuales, articulándose entre sí en lo concreto del capital desarrollado, entran, a su vez, en contradicción el uno con el otro.

Que el trabajo se torne social en el mercado implica que la proporción entre valor concreto y valor abstracto, o, desde otro punto de vista, la determinación de la validez social del valor de uso –de la necesidad social del producto, del trabajo o del mismo capital productivo–, aún determinada, con la llegada del capital, en la esfera de la producción, se expresa, en la circulación, por una relación de proporción, o desproporción, entre cosas –entre mercancía y dinero, capital invertido y ganancia, producción y capitalización– quedando regulada por la expresión cosificada de estas proporciones –en precio de mercado, tasa media de ganancia y tasa de interés de mercado– donde la preponderancia de un mecanismo de coordinación social sobre los otros atesta el dominio histórico de una forma capital sobre las otras.

Regulada “ciegamente” por el nexo social cosificado, la escisión entre valor real y valor abstracto se desarrolla como desproporción entre producción y circulación, como imposibilidad de convertir lo particular en su forma social. En breve, cualquiera sea el grado de autonomización del valor, la separación originaria entre necesidad abstracta y necesidad social se manifiesta en los momentos de violenta erupción de la crisis de realización, cuando, lo que es una contradicción inmanente al modo de organización social no se revela como tal, sino, en calidad de desproporción entre cosas, entre mercancía y dinero, asumiendo, con la forma valor capital, el carácter de crisis monetaria, a entenderse, por la misma, la disrupción momentánea del valor como mecanismo descentralizado de coordinación social.

Prescindiendo de los diferentes caminos abiertos al capital para superar esta contradicción básica¹⁰⁰, el desarrollo capitalista, entendido como proceso de creciente despojo de la sociedad concreta, tiende a engendrar la disrupción, temporal y reiterada, de sí mismo como forma de sociabilidad. Y es a la necesidad abstracta de reproducción del nexo social, en breve, al capital, que la sociedad tiende, una y otra vez, a sacrificar sus necesidades concretas. En la crisis monetaria, subrayará Marx, se presenta en toda su pureza, la contradicción fundamental propia de la *forma valor* y, con ésta,

la necesidad de reunir lo que ha sido separado con la institucionalización del carácter privado de la producción: la riqueza y su necesaria forma social.

En breve, en el fundamento de toda crisis capitalista hay que ubicar esta relación contradictoria entre la naturaleza social del trabajo y la forma enajenada de esta socialización. Regresaremos, en el segundo capítulo, al desarrollo de esta contradicción básica entre valor de uso y valor, entre la dimensión concreta de la necesidad social y su transfiguración como necesidad abstracta y a la crisis como tensión inmanente al capitalismo. Por ahora nos hemos limitado a subrayar como el capital según Marx sea una forma de sociabilidad donde la relación de dependencia mutua y generalizada queda sometida a la ciega acción del nexo social cosificado.

Con el capital, al estar recíprocamente siempre más relacionados los individuos, el desarrollo de las capacidades y necesidades universales se convierte de forma ascendente en su estar subordinados a relaciones que, de hecho, subsisten independientemente de ellos. El capital es el nexo siempre más estrecho del individuo con el conjunto y la renovada independencia de este nexo respecto del individuo, donde el carácter social de la producción, exactamente porque existe como relación natural externa, termina por dominarla y por entrar en antítesis con la misma. El desarrollo de la contradicción entre particular y universal, concreto y abstracto, valor de uso y valor aparece así como desglose analítico del proceso histórico de profundización del conflicto moderno entre socialización y enajenación.

El ser alienado es el modo de determinación del individuo singular como miembro del cuerpo social, en el sentido, vale decir, de la comunidad. Una comunidad, el capital, aparente, porque es mediación social bajo la cual los individuos no forman, de por sí, alguna comunidad de interés, y, como tal, resultan incapaz de resolver, en última instancia, la contradicción básica de la modernidad entre socialización y libertad¹⁰¹.

Este proceso paulatino de separación entre los productores y la naturaleza social de su producción, o, si queremos, entre individuos y sociedad, es una tendencia implícita en la lógica del nexo social mercantil capitalista que amenaza, al mismo tiempo, la reproducción del orden social. Si en la lógica del capital la superación de la crisis implica un aumento del grado de separación y, con éste, del nivel de cosificación del nexo social, en la formación histórico-social burguesa esta misma no se ha realizado como ineludible necesidad, sino como resultado de la construcción histórica de procedimientos sociales volcados a hacerla viable. El Estado ha sido, y todavía es, el principal de los mecanismos sociales que han exorcizado la posibilidad del quiebre.

Por Estado tenemos que entender la cosificación de la relación social de capital en una entidad que, siendo institucionalmente diferenciada, pero no separada, de la sociedad de productores privados,

proporciona viabilidad a relaciones de interdependencia que son otras tantas relaciones antagónicas de dominación, asumiendo un poder regulador para la proyección fáctica, e ideológica, de una sociabilidad, la capitalista, inexistente. El Estado en abstracto es la *forma-Estado*, el Estado, es decir, como forma social, la elaboración del principio general de dependencia personal, de comunidad, en una forma general de dependencia material convertida en autónoma y autorreferencial, en apariencia de comunidad¹⁰². En fin, es el estado de la sociedad mercantil capitalista a explicar la necesidad del Estado político, concepción ésta, la del Estado ampliado, fundamento de una lectura del capitalismo histórico como unión entre *modo de regulación* y *régimen de acumulación*.

Desde sus orígenes, la modernidad ha implicado la autonomización, aparente, de la sociedad política en una entidad separada de la sociedad civil, en una esfera de mecanismos institucionales capaz de asegurar, indirectamente, la coherencia de la esfera en la cual el nexo social ejerce su dominio directo: la económica. La forma-Estado, principio de regulación, excluye, como tal, un Estado como mero aparato de dominación de clase, concibiéndolo como el espacio en el cual se hace visible, y por medio del cual se resuelve, la contradicción fundamental de la ley del valor, la enajenación, así como ésta se desarrolla en la relación social de dinero, capital productivo y capital dinero. Desde la perspectiva de un “estado” de la sociedad como fundamento de la forma-Estado, los cambios de esta última podrán ser explicitados solamente en función del grado de autonomización logrado por el nexo social y, como tal, por el grado de integración y subordinación de la sociedad a la ley del valor. En conclusión, en la vertiente socio-política de la regulación, es la contradicción del valor lo que fundamenta los cambios de formas estratégico-organizativas que permiten distinguir tanto las distintas fases de la modernidad capitalista, cuanto, con éstas, las distintas formas de Estado.

Ahora, a nuestro parecer, tanto en Braudel como en Arrighi, la forma-Estado es forma-ciudad, es decir, para ambos, la mediación del poder social cosificado implica su espacialización en un “lugar” concreto separado de, y superior, al espacio de inmediatez de la ley del valor.

En ambos autores, la espacialización de la mediación es la ciudad mundo, o, si queremos, en ambos, la forma-Estado es forma-ciudad. Podríamos decir que, si el dinero, el capital y el capital como dinero son, en Marx, objetivación de la abstracción, así la ciudad dominante es, en los principales teóricos de la economía-mundo, su petrificación. Sin embargo, se trata de una conceptualización del espacio urbano que, a nuestro parecer, otorga preferencia a la continuidad sobre la contradicción, ignorando la sensibilidad histórica de la *teoría política de la Regulación* y adhiriendo a una concepción de la ciudad que, por su “esencialismo”, podríamos definir weberiana.

En Weber, donde la investigación urbana es parte del más amplio proyecto de búsqueda de la racionalidad moderna occidental, la ciudad es asentamiento comercial y fortaleza, concentración de opuestos, aglomeración definida por una actividad económica organizada alrededor del intercambio y por la presencia simultánea del poder político-militar. El “ser” de la ciudad es esta articulación entre *oikos* y fortificación, entre dos centros, dos dinámicas antitéticas, de organización social, la económica y la política, la del libre desarrollo y de la forma de autoridad, encargada de su reglamentación y aprovechamiento. Toda ciudad es esta unión de mercado y dominación y, como tal, comunidad política¹⁰³. En Weber, sin embargo, y éste es el punto que queremos resaltar, la ciudad es *tipo ideal*, un modelo heurístico reconstruido sobre la base de una particularidad histórica hecha abstracción general, premisa que busca en la forma la “esencia” a-temporal del fenómeno, en lugar de considerar el cambio de contenido, la diferencia específica, como el ser histórico y, por lo tanto, necesariamente cambiante, de lo abstracto. El “tipo ideal” es la forma abstracta a la cual es reducido un determinado fenómeno, en este caso lo urbano, aislando aquellos rasgos considerados esenciales en una determinada época de su desarrollo, para después poder examinar las particularidades históricas del fenómeno a través del análisis comparativo. No obstante Weber busque resaltar, como Marx, la especificidad histórica, el método del primero resulta antitético al del segundo, para el cual la forma no es algo externo al contenido, sino surge y se modifica contemporáneamente al movimiento del mismo, y no puede, por lo tanto, ser exhaustiva, en su carácter de mera abstracción, de sus concreciones histórico-particulares. Ahora, como en la comunidad jurídico-corporativa de Weber, así en la socio-económica de Braudel o de Arrighi, lo que “es” la ciudad no parece cambiar a través del tiempo, sino permanece, en calidad de su función reguladora, cualitativamente idéntica a sí misma. Aunque cambien quienes detentan el poder socio-económico, y la extensión de las cadenas de dependencia, la concentración del poder social no asume una razón de ser distinta a través de las distintas fases de la modernidad capitalista, y la ciudad dominante resulta así ser una entidad a-histórica, una forma, un concreto-abstracto, o, si queremos: una ciudad abstracta.

La ciudad y el enigma de la modernidad capitalista

No obstante la preferencia por la continuidad, en lugar de la diferencia específica, hay que subrayar que, en Braudel, la forma-ciudad, así como la forma-Estado en Marx, es síntesis del poder social del capital. Por esta misma razón, la fusión Estado-capital, mejor dicho, el hacerse Estado del capital, y,

como tal, su hacerse ciudad dominante, fenómeno cuya origen fue singular al ámbito europeo, signa para Braudel, e igualmente para Arrighi, el inicio de la modernidad capitalista.

Llegados a este punto, nos es imprescindible una digresión. Los dos autores participan, de hecho, de la polémica en torno al origen del capitalismo histórico, un debate que nos ha acompañado, y atormentado, en el curso de toda nuestra investigación sobre la dimensión urbana del capital. El fin es mostrar, aun brevemente, como cada toma de posición se articule a una específica interpretación, por parte del historiador o del teórico social, de lo que “es” el capital, de su *modus operandi* y del papel atribuible, en éste, al elemento “ciudad”¹⁰⁴. Lo que quisiéramos mostrar es, no sólo, que el debate acerca del origen del capitalismo es cualquier cosa menos fútil, sino también sirve a demostrar el merito de Braudel, así como de toda perspectiva que se coloque en el plano de la economía-mundo: haber subrayado la centralidad del elemento “ciudad” en la configuración y consolidación de la modernidad capitalista.

Interpretar el espacio urbano como régimen de regulación, implica, tanto en Braudel, como en Arrighi, fichar el nacimiento del capitalismo no en el siglo XI, con Henry Pirenne, no en el XVIII, con Maurice Dobb, sino, aún por razones relativamente distintas, en el siglo XV–XVI, con Perry Anderson y José Luis Romero.

Inspirador de la vertiente historiográfica de los *Annales*, de la cual Braudel será la figura principal, Henry Pirenne fundamentó su tesis cerca de la génesis comercial de la modernidad capitalista en la simbiosis entre mercado y “renacimiento” urbano sucesivo a la ruralización feudal, la cual, a partir del siglo VII, aunque no había significado la desaparición material de la ciudad, sí implicó el fin de la centralidad institucional que caracterizó a esta última en la Antigüedad clásica¹⁰⁵. A partir del siglo XI, con la sustracción al Islam de sus baluartes marítimos, el inicio de la reconquista territorial de España y las empresas comerciales de las cruzadas, el Mediterráneo regresa bajo el dominio de Occidente y alrededor de sus orillas reflorece el mundo urbano. La modernidad nace, para Pirenne, en este pasaje del mando del campo a la ciudad. Alrededor de las murallas de la *civitas*, ciudad episcopal, y del *burgus*, fortaleza laica, tenderán a concentrarse las colonias comerciales en un movimiento ascendente que dará origen a la ciudad de mercaderes. Sus residentes asumirán el nombre de *burgenses* para distinguirse de los *castrenses*, los habitantes del burgo viejo, hasta absorberlos con un nuevo cerco de murallas y conferir a la ciudad como tal una identidad propia, sede de privilegios y fundamento de su autonomía política y centralidad económica¹⁰⁶. La nueva red de ciudades se extenderá a partir de aquellos centros urbanos que sobrevivieron la época feudal, gracias a la preservación del comercio con Oriente¹⁰⁷. Sobre la base de esta red urbana primigenia se consolidarán, en el siglo XIII, los dos

espacios económicos, los dos espacios de “civilización”, que dividirán por siglos el primer Occidente, Europa: el meridional de las plazas mercantiles italianas del Mediterráneo, y el septentrional de los centros flamencos y hanseáticos del Mar del Norte y del Mar Báltico. En una u otra zona florecerán las superciudades, cuya articulación “esboza el esqueleto o, mejor dicho, el sistema sanguíneo del cuerpo europeo”¹⁰⁸. Todos los relatos, acerca del origen de la modernidad capitalista, compuestos bajo la perspectiva de la historia social, enfatizan la repartición del primer Occidente, Europa, en dos zonas de coherencia, un norte más industrial y un sur prevalentemente mercantil, distribuidas alrededor de dos redes de ciudades. A partir del XIII, la primera se articula alrededor de Brujas y Lübeck y la segunda alrededor de Venecia cuyo dominio de las rutas orientales signará, por largos siglos, los límites de Occidente. Los primeros pasos de la modernización, dirá Braudel, son muy anteriores al clásico renacimiento de fines del siglo XV. Esta presencia de una superestructura urbana multi-polar que abarca las actividades subyacentes, y las obliga a ubicarse en una economía de mercado de la cual las ciudades son “*los instrumentos, las paradas y las beneficiarias*”, es lo que permite a Braudel sostener la existencia de una especie de proto-capitalismo ya a partir de la Baja Edad Media¹⁰⁹. Sin embargo, y aquí la diferencia con Pirenne, el tráfico mercantil se “coagula” a favor de una única ciudad dominante solamente a partir del siglo XV, y es la presencia de esta ciudad lo que atesta una red de mallas suficientemente teñidas como para dar vida a una verdadera economía-mundo, a un espacio jerárquico donde las rutas del valor resultan encanaladas hacia el dominio de un polo económico sobre el otro. Por esta misma razón, lo que para Pirenne es modernidad capitalista, es para Braudel, solamente un prólogo. El cambio cualitativo se dará solo con Venecia, la cual reducirá la Europa del Norte a semi-periferia de un centro que, hasta el advenimiento de Ámsterdam, será Mediterráneo.

Desde el momento de su publicación la perspectiva de Pirenne fue objeto de una amplia polémica acerca del origen de la modernidad; una polémica centrada en las dinámicas de disolución del feudalismo, ella misma articulada al debate acerca de lo que constituiría el “ser” de la relación social de capital: ¿Economía de mercado o modo de extracción de excedente?¹¹⁰ Según sus críticos, la tesis de la “génesis comercial” de la modernidad adheriría a una lectura circulacionista, esencialmente extraña al marxismo, del cambio histórico, donde la producción de valores de cambio y no la extracción de excedente, es decir, la mercantilización del producto independientemente de la reducción del trabajo a mercancía, constituye no sólo la condición necesaria, sino también la suficiente para atestar la presencia histórica del capital. Fue Maurice Dobb, considerando que la expansión del tráfico mercantil había históricamente implicado, en determinadas áreas, la profundización de modos pre-capitalistas de explotación, el que argumentó, en abierta polémica con Pirenne, cómo el renacimiento comercial no

permita atestiguar la presencia del capitalismo tan temprano como en el siglo XI. Este último, después de un largo periodo de gestación, habría emergido solamente con la definitiva consolidación del trabajo libre, en el siglo XVIII. Pirenne había fichado el capitalismo con lo que fue su largo periodo de gestación, del siglo X al XVI, y no con el cambio cualitativo, temporalmente sucesivo, implícito en la subsunción, primero formal, en la fase manufacturera, y sucesivamente real, en la industrial, del trabajo al capital. Según Dobb la larga transición se habría dado por determinantes endógenos, por contradicciones inherentes al modo de producción feudal entre relaciones sociales, a leerse “servidumbre”, y fuerzas de producción, y no por factores externos, por ejemplo la reapertura de las rutas comerciales y el surgimiento, a partir del siglo XI, de la economía de mercado. Perspectiva, la de Dobb, desde la cual, siendo el determinante de la transición capitalista un proceso de acumulación originaria exclusivamente centrado en el campo, encuentra por resultado que la centralidad de la ciudad tiende a desaparecer.

Esfuerzo central de Perry Anderson es mostrarnos cómo, a partir del siglo XVI, cuando la fase mercantilista entra en su época de consolidación, y la economía mundo supera sus límites continentales, la misma amplitud de la empresa obliga la burguesía urbana a la articulación con el poder político pre-constituido: el monarca del Estado absoluto, el patricio de los señoríos. La constitución del mercado urbano regional había necesitado del señor feudal, el mercado nacional y extra continental del siglo XVI necesita de la monarquía absoluta. La burguesía mercantil, sociedad civil todavía excluida de la coparticipación directa en los asuntos del Estado por la restricción del nexo social mercantil al mero territorio urbano, necesita del poder político-militar presupuesto del Estado para asegurar la generalización territorial de la ley del valor. Las monarquías absolutistas fueron el instrumento violento imprescindible para la implementación de políticas mercantiles que aseguraron el proceso de acumulación primitiva, y, con éste, las condiciones materiales necesarias a la sucesiva dominación social del capital. Proceso durante el cual la centralización y autonomización del poder en el Estado fue instrumental para la institucionalización del principio de coherencia social tanto a nivel nacional, el mercado interno, cuanto a escala internacional, el externo, o mercado mundial. Un proceso de compulsión que se expresó, en los conflictos para la conquistas de mercados, en la lucha interna contra las barreras feudales y en la externa contra las pre-capitalistas.¹¹¹ A medida que crece el volumen y extensión de la economía de mercado vemos surgir una comunidad de interés entre la burguesía mercantil y el poder político-militar. Es la primera la que necesita la violencia del poder para la consolidación territorial de nuevas área económicas, es el segundo el que, gracias a la extensión ininterrumpida del mercado, logra emanciparse como poder suprasedñorial transfiriendo gradualmente

su dependencia de la aristocracia militar terrateniente a la nueva elite socio-económica capaz de proporcionarle los recursos monetarios necesarios a su autonomía política y autoridad militar: el fisco, la administración y el ejército. El poder abandonará así gradualmente la concepción tradicional de la autoridad basada en el linaje, la sangre, la religión y la guerra para adoptar aquella ensayada por la burguesía en la ciudad, la moderna, con sus preocupaciones fiscales y administrativas. Tiene así lugar la transferencia del esquema político burgués de la ciudad al Estado, explicable a raíz del afianzamiento del grado de autonomización del nexo social mercantil, o si queremos, lo cual es lo mismo empero desde la perspectiva de los grupos históricos, a raíz de la afirmación del poder social de la burguesía. La ciudad-Estado se hace Estado-ciudad, el principio de organización urbana de la vida social se extiende al entero territorio nacional, y, transformando la ciudad de anomalía a naturalidad, modifica la forma de vida urbana en condición de clase, y el entero territorio nacional en ciudad dominante. Proceso que, gestándose a partir del siglo XV, se completa, según Anderson, solamente en el siglo XVIII¹¹².

Dada esta necesidad de una comunidad política presupuesta para la afirmación del nuevo orden social, José Luis Romero califica aquella que es en Anderson una larga época de transición como *sociedad feudoburguesa*, categoría que, característica de la época de capitalismo mercantil, permite al historiador argentino vincular la economía de mercado con el surgimiento de la primera forma de Estado, la absolutista, en manera tal de considerar esta última no como el último régimen de dominación feudal, perspectiva popularizada por Anderson, sino como forma de dominación política moderna esencialmente en el interés de la burguesía. Al mismo tiempo, la cuestión, levantada por Dobb, de la relación entre economía de mercado y persistencia del carácter feudal de la organización político-social es concebida por Romero en manera tal de restituir importancia, con el Estado, al papel central de los centros de poder urbanos en la constitución de la civilización burguesa, papel que la polémica historiográfica le había sustraído virando la investigación hacia las relaciones de dominación serviles propia del mundo rural. Sin embargo, identificando la diferencia específica de la modernidad capitalista con el fin del carácter presupuesto de la comunidad política, debido al advenimiento del capitalismo industrial y a la definitiva consolidación del poder social del capital, Romero, como Anderson, termina fichando el momento de discontinuidad cualitativa, solamente en el siglo XVIII¹¹³.

Según Braudel, Arrighi e implícito en la Teoría de la Regulación, no es posible hablar de capitalismo, contra la tesis de Pirenne, a partir del siglo XI y la mera expansión del nexo social mercantil, pero tampoco, contra de la tesis de Dobb, es necesario esperar la profundización de la ley del valor con la mercantilización del trabajo y el advenimiento del capitalismo industrial manufacturero del

siglo XVIII. Como para Pirenne, el siglo XI signa el fin del Feudalismo, como para Dobb, la mera afirmación de la primera economía de mercado no nos indica la socialización de la relación de capital. En acorde con Anderson, la modernidad capitalista se habría consolidado con la formación de un elemento coadyuvante y centralizado de la vida social: la forma-Estado. Sin embargo, a diferencia de Anderson, y en acuerdo con Romero, la modernidad es de impronta renacentista, y por lo tanto urbana, y no de “deformación” absolutista y, por lo tanto cortesana. Al mismo tiempo, a diferencia de Romero, la modernidad capitalista no solamente se gesta, sino asume su carácter definitivo, en el espacio de la ciudad, cuando las dos Europas, la báltica y la mediterránea, se reúnen bajo el dominio de la primera ciudad mundo. La modernidad burguesa, en resumen, empieza ya a partir del siglo XV-XVI, no necesita esperar la plena autonomización del Estado burgués del siglo XVIII.

Como mencionamos, Braudel, y con él Arrighi, ubican el capital en un nivel superior, la *zona de contra-mercado*, horizonte que se eleva sobre los tráficos comerciales a fin de darle forma y asegurar así su reproducción en escala ampliada y que coincide, no con la subsunción real del trabajo al capital, sino con la subsunción del capital mercantil al capital dinero, y con éste, de la sociedad a una forma de poder acendrada. Sería por lo tanto posible hablar de capitalismo, ya a partir del siglo XV, gracias a la primera presencia histórica del espacio del capital, la del Estado como forma social, la de una zona central, capaz de tejer una red de mallas suficientemente ceñida para constituir una verdadera unidad orgánica. Esta región polar, y este es el punto que queremos resaltar, será por siglos una ciudad. El cambio cualitativo reside aquí no en la transición del feudalismo al capitalismo, sino en la de un capitalismo difuso a un capitalismo concentrado, donde el determinante es, como en el caso de Romero y de Anderson, la detención directa del poder por parte de elites comerciales-financiera. Sin embargo, esfuerzo central de Braudel, y en menor medida de Arrighi, es mostrarnos cómo, aun en correspondencia del proceso de lenta conformación del espacio económico nacional, los Estados territoriales estuvieron lejos de constituir la condición *sine qua non* de consolidación del capitalismo. Desde el siglo XV, con el acentramiento de la primera economía mundo europea a favor de Venecia, y hasta comienzo del siglo XVIII, con el declive de Ámsterdam, fueron, de hecho, las ciudades dominantes las fuerzas que designaron y dirigieron una jerarquía de producciones e intercambio ordenándola, por primera vez, en una unidad económica, Europa, que, a partir de las expansiones oceánicas del siglo XV, se constituye en fuerza propulsora de una economía-mundo de escala realmente global. Solamente en el siglo XVIII, con el advenimiento de la hegemonía inglesa y la creación de un mercado interno nacional, el Estado territorial se habrá hecho ciudad, asumiendo la centralidad explicativa que le atribuyen Anderson y Romero. Sin embargo, gracias a las ciudades

dominantes, la modernidad capitalista no tendrá que esperar la definitiva separación entre la City y Westminster. Hasta bien entrado el capitalismo industrial la ciudad es Estado¹¹⁴. Es de común aceptación subrayar el hecho que, como enfatizan Anderson y Romero, la burguesía, sociedad económica todavía excluida del poder político, buscó el apoyo de un poder presupuesto para ampliar su propio horizonte de dominio. Empero este poder es de orden político-militar, no socio-económico. Lo que se tiende a poner en segundo plano es que el Estado territorial, sociedad política todavía excluida de la dirección socio-económica de la sociedad, necesitó del poder social presupuesto de la ciudad. La burguesía de la comuna medieval ha cedido el paso a las familias burguesas del rey, los Bardi, Peruzzi, Medici, Fugger, sin embargo, los Medici son Florencia, los Fugger, Amberes, los Bardi Génova. El poder de esta elite, es decir, se fundamenta en el poder social del capital-dinero, el cual puede hacerse Estado solo porque es ciudad, una forma de regulación que, por largos siglos, actuará no simplemente a favor de las grandes familias de mercaderes, sino a favor de la institucionalización del capital en tanto que forma histórica de civilización.

El Estado absolutista representó el brazo armado necesario para superar lo que Marx llamaría la contradicción MDM, el conflicto entre la necesidad de expansión del valor de cambio, hecho nexo social, y las barreras representadas por formas sociales organizadas según el sentido presupuesto del valor de uso. Los mecanismos socio-económicos necesarios a la superación de la contradicción pertenecieron, sin embargo, y por siglos, a la mente urbana. En conclusión, aunque por largo tiempo, la burguesía mercantil no detenta directamente el poder del Estado territorial, el valor ha asumido una forma de existencia particular, cuya apariencia, necesaria, de autonomía le confiere realidad objetiva y, como tal, poder social. Esta existencia cosificada del nexo social, en Braudel, y aún en Arrighi, no es el Estado territorial, sino la ciudad dominante.

El ser de la relación social de capital

Regresamos ahora a consideraciones de orden teórico para movernos, de la centralización urbana, espacio de regulación del capital, hacia la lógica de capital, régimen de acumulación.

Tanto en el modelo de Braudel, como en el de Arrighi, el espacio de reproducción del capital es el del mercado mundial y el tiempo el de larga duración, cuando ambos abarcan el desarrollo de la modernidad capitalista en su totalidad, espacial y temporal, y, porque hacen de la continuidad el matiz a través del cual distinguir los elementos constitutivos del capitalismo, se articulan a una específica toma de posición cerca de lo que constituiría el “ser” del capital. La misma posibilidad de hablar

consistentemente de una historia unitaria del capitalismo que abarque, en el tiempo, desde sus inicios renacentistas hasta el Occidente contemporáneo, y en el espacio, desde la cuenca mediterránea hasta una economía mundo realmente global, es decir, la perspectiva de la “marcha lenta”, implica, de hecho, conferir preferencia teórica a la “‘plasticidad’ y ‘eclecticismo’ del capital, en lugar que a las formas concretas asumidas por el mismo en distintos lugares y en distintas épocas”¹¹⁵.

Inspirado por Braudel, Arrighi reinterpreta la fórmula general del capital de Marx, DMD’ como criterio analítico de periodización histórica. La continuidad reside, para el autor, en la repetición de los ciclos en los cuales el valor, de universalidad abstracta (D), al fin de su propia valorización (D’), llega a ser inmovilizado en la particularidad de una forma histórico-concreta de inversión (M), hasta el momento en el cual, agotada esta fuente transitoria de valorización, regresa a su forma plena de existencia como pura flexibilidad, libertad de elección, liquidez¹¹⁶. Cada ciclo sistémico de acumulación queda definido por este movimiento de ida y vuelta del valor a su forma abstracta de existencia, lo cual permite partir la historia de la modernidad capitalista según épocas fijadas, en sus extremos temporales, por el auge del capital financiero¹¹⁷. De rasgo específico de la contemporaneidad, el predominio de la forma financiera sobre otra forma de existencia del capital queda concebido como tendencia recurrente del *sistema-mundo*, señal de otoño de cada época, momento en el cual el regreso del capital hacia la forma monetaria, o, si queremos, del capital a su forma absoluta de existencia como valor abstracto, deriva de la crisis de cada estadio “material” de valorización:

En otras palabras, las expansiones financieras son consideradas sintomáticas de una situación en la cual la inversión de dinero en la expansión del comercio y de la producción ya no absuelve a la tarea de incrementar el flujo de dinero hacia el estrato capitalista con la misma eficacia de las transacciones financieras. En una situación de este tipo, el capital invertido en el comercio y en la producción tiende a regresar a su forma dinero y a acumularse en manera más directa, como en la fórmula abreviada de Marx D–D¹¹⁸.

En este modelo de reproducción, la centralidad del capital financiero deriva de la flexibilidad de la forma dinero para moverse de una a otra esfera concreta de inversión según los imperativos impuestos por los niveles de ganancia. Esta misma flexibilidad atribuye al capital financiero el rol de mediación necesaria para la reproducción, en escala ampliada, del proceso de valorización. Un modelo de reproducción, el de Arrighi, donde la continuidad en la lógica de acumulación y la concepción del capital financiero como “nivel superior”, gravita alrededor de la recuperación, por parte del autor, de la siguiente insistencia de Marx:

La propiedad del dinero de ser mercancía universal frente a todas las otras, corporización de su valor de cambio, lo convierte al mismo tiempo en la forma realizada y siempre realizable del capital; en la forma de aparición siempre válida del capital¹¹⁹.

Como él mismo subraya, Arrighi rescata una de las cualidades del capital destacada por Marx: la capacidad de acumulación del valor abstracto independiente de la naturaleza concreta de los valores de uso –mercancías o actividades productivas– que constituyen su instrumento, temporal, de valorización. Es esta necesaria propensión del capital a entablar una relación rigurosamente instrumental con el mundo de la necesidad concreta lo que hace del dinero la forma privilegiada de existencia del capital.

Para evitar equívocos, especificamos: el dinero como forma de existencia del capital no implica, obviamente, la identidad entre esta forma de capital y la forma dinero. Escribe Marx en los *Grundrisse*:

[...] el capital como dinero parece ser la regresión del capital a una forma inferior. No obstante, se trata solamente del mismo que es puesto en una particularidad, que existía ya antes de él como no-capital y que constituye uno de sus supuestos. El dinero reaparece de nuevo en todas las relaciones posteriores pero ya no opera entonces como simple dinero¹²⁰.

Para entender la diferencia específica entre el dinero y el *capital dinero* tenemos que movernos de la forma valor en abstracto a su concreción histórica, es decir, de la contradicción estática entre concreto y abstracto, a la misma en movimiento, a la contradicción entre acumulación y reproducción, motor de desarrollo del capitalismo histórico, donde la especificidad mercantil, capitalista y financiera de la forma valor se revela como paulatina subsunción al valor abstracto de valores de uso que corresponden a niveles siempre más complejos de la vida social. El dinero como dinero es en Marx la:

Forma universal de la riqueza a la cual se contraponen todo el mundo de las riquezas reales¹²¹.

El dinero es la fijación de lo social en una sustancia cuyo poder deriva de ser la “forma, siempre lista, absolutamente social, de riqueza”¹²², lo que alimenta su conversión, de simple mediación, a poder social privadamente incautado. Es la petrificación del valor en tesoro, la cual, por ser ilimitada cualitativamente, impulsa el “*trabajo de Sísifo*” de superar siempre nuevas barreras impuestas por la exterioridad del valor de uso. La circulación del dinero para obtener más dinero, D–M–D’ es aquí producto de la necesaria expansión del mercado, una necesidad que, a su vez, conlleva el desarrollo de una forma de circulación paralela y funcional a la de las mercancías: la del dinero. En la circulación de

dinero la mercantilización de la mediación coadyuva su separación del mundo de la riqueza real y su conversión en una forma autónoma de existencia del valor, en la cual:

Esta contenido ya de manera latente su carácter determinado de capital¹²³.

Es el advenimiento histórico del capitalismo comercial y el dominio de la forma mercancía de capital. Pre-condición para el surgimiento del capital industrial, el capital mercantil, el *dinero como dinero*, el dinero en su tercera determinación, entretiene con lo real una relación puramente negativa. La contradicción entre necesidad concreta y su determinación social se expresa aquí, y por primera vez, como separación entre los dos términos de la relación: por un lado, la necesidad abstracta de valor, una vez apartada del mundo de las riquezas reales y acumulada como sustancia universal de valor, pierde sentido social, por el otro, su regreso en el mundo de lo concreto, lo disuelve como forma universal frente a los distintos modos particulares de la riqueza. La superación de esta contradicción es el capital, el dinero ya no sustraído de, sino puesto en circulación para obtener más dinero, el *dinero como capital*:

[...] la vuelta de lo acumulado a la circulación como momento y medio de la acumulación¹²⁴.

En la *forma capital*, a diferencia que en la forma dinero, el valor puede reproducirse en escala ampliada en su mismo carácter de universalidad abstracta. La clave es la circulación de una forma particular de valor de uso, el trabajo, cuya reducción a valor de cambio, a cantidad medible en términos de tiempo, implica el advenimiento histórico del trabajo libre: el despojo del productor directo de sus medios de objetivación, la puesta de ambos bajo control del dinero y la consecuente conversión de éste en capital vía la apropiación de tiempo de trabajo excedente. Con el capital, insiste Marx, la mediación ya no pone simplemente la forma, sino también el contenido. Subsumiendo, ya no el producto, sino la misma esfera de la producción, la mediación, de mera traducción de valores predeterminados en unidad colectiva, pasa a la determinación de estos mismos valores, producción de esta unidad. El capital productivo es la subsunción real del particular a lo social, de la necesidad concreta a la abstracta, vía la determinación del tiempo de trabajo socialmente necesario por la necesidad de tiempo de trabajo excedente. Con el capitalismo industrial, la forma productiva de capital subsume la mercantil, en otros términos el tiempo de trabajo abstracto se consolida plenamente como mecanismo de coordinación social solo una vez convertido el plust tiempo de trabajo en necesidad social.

Ahora, si en el caso de la forma valor como dinero el valor de uso, la dimensión de la necesidad social, mantiene una relación de exterioridad respecto a la relación económica, si en el capital la forma, en tanto que relación de explotación, entra en antagonismo con el valor de uso, en el *capital como dinero* forma y sustancia coinciden. A ser reducido a mercancía es el mismo capital, el cual se intercambia exactamente por su valor de uso en cuanto tal, vale decir, por ser capacidad futura, privadamente incautada, de valorización.

En el capital hecho mercancía, la forma valor, el nexo social, es nuevamente cosificado en dinero, un dinero, sin embargo, que cumple ahora, la función propia del capital: la del valor valorizándose. En el *capital como dinero* el “ser” del capital queda incorporado al movimiento del título de propiedad hecho mercancía, con lo que el proceso de socialización, regulado ahora por el mercado de capitales, permite el incremento de valor abstracto en la misma esfera de la circulación. Marx introduce así la forma financiera de capital como último grado en la separación de la relación social de los sujetos de la relación, de la forma de la sustancia, de la necesidad de valor abstracto de la necesidad concreta, en este caso, del valor que se valoriza independientemente del valor realmente valorizado, y paralela conversión de la valorización en proceso ficticio.

Es en el *capital como dinero* que el valor adquiere la capacidad extrema de operar autónomamente del valor de uso, desde aquí su carácter de forma privilegiada de existencia del capital: elaboración plena del valor en su forma abstracta de existencia. En este sentido, el *capital como dinero* es realización plena del dinero como capital, vale decir, del dinero en su tercera determinación “encarnación del valor de cambio puro, de la cual se ha borrado el recuerdo mismo de otro valor, el de uso”. Insiste Marx en los Grundrisse:

Se presenta, aquí, en toda su pureza, la contradicción fundamental contenida en el valor de cambio y en el modo de producción social correspondiente al mismo¹²⁵.

La autonomía, de hecho, es solo aparente. Así como:

[...] el dinero es la pura abstracción de esas riquezas, y por ello, fijado de esta forma es una pura ilusión¹²⁶,

de la misma manera, la capitalización es una forma ficticia de valorización, cuya reproducción depende de la producción real de valor.

Sin embargo, así como subrayaba Marx desde los tiempos de los *Grundrisse*, el *capital como dinero* es una forma valor cuya especificidad histórica reside en mediar la determinación de la necesidad social de los capitales productivos:

Dentro del capital mismo, una de sus formas adopta nuevamente la posición de valor de uso, enfrentada a la otra como valor de cambio. De este modo, pongamos, por caso, el capital industrial se presenta como productor frente al comerciante, que aparece como circulación. Por consiguiente, el primero representa el lado material, y el otro el lado formal, o sea la riqueza como riqueza. [...] Luego, el banquero frente a los industriales y comerciantes; la sociedad por acciones frente a la producción simple; el financista como intermediario entre el estado y [la] sociedad burguesa en el nivel más alto”¹²⁷.

Debida a la función social de mediación del capital financiero, su apariencia de autonomía, como todas las de la esfera de la circulación, es dotada de real factibilidad, produce, vale decir, consecuencias reales en términos de despojo social. Regresaremos, en el próximo capítulo, al capital financiero como desarrollo históricamente específico de la contradicción valor de uso-valor, a leerse, él mismo, como profundización de la forma valor en tanto que modo de extracción de excedente y a su manifestaciones en la esfera de la circulación, punto clave para entender el viraje neoliberal, es decir, el dominio actual de la forma financiera de capital.

El punto que queremos subrayar ahora es, sin embargo, la insistencia de Arrighi en el hecho que en D-D', en la circulación de capital-dinero, el capital cumple el movimiento de reproducción sin las mediaciones de procesos económicos, industriales o comerciales. Arrighi hace de la expansión cíclica financiera el criterio teórico de su periodización histórica porque recupera la noción de Marx de la forma universal e inmaterial del valor abstracto y, con ésta, de una forma plena de autonomización del nexo social, ella misma producto de una situación de crisis. La diferencia con Marx es que, según nuestra lectura, en Arrighi, así como en Braudel, este énfasis no implica, y aquí el aspecto que queremos resaltar, centrarse en la contradicción, sino en la continuidad, lo cual, a su vez, deriva de centrar el enfoque analítico de las relaciones sociales de producción, modo de extracción de excedente, a las de circulación, movimiento del valor hacia formas de existencia que le abren opciones, siempre nuevas, de valorización. Desde esta perspectiva, focalizada, como subrayan los autores, en el “espacio de flujos” de las organizaciones empresariales-financieras, el capital productivo real queda concebido, y así lo explicitan ambos, como simple momento, y no como rasgo definitorio, del desarrollo capitalista. No acaso en Marx la fórmula general del capital implica la partición de M en C (capital constante) y V (capital variable), cosa que Arrighi pone deliberadamente a un lado en consonancia con

su hacer del capitalismo productivo un simple momento de especificación del capital, y no la fase de concreción de lo que “es” el capital. La elección es problemática.

Como subraya el mismo Arrighi, la reconstrucción de la historia del capitalismo, propia del paradigma de la economía-mundo, según un modelo de recurrencia y evolución donde los ciclos sistémicos de acumulación son parte de un único proceso histórico de expansión tiene sus límites, y los mismos tienen que ser ubicados en el nivel en el cual se ubica el “ser” de la relación social de capital.

Esta admisión nos obliga a abrir un paréntesis acerca de la compatibilidad teórica entre los dos mentores de Arrighi: Braudel y Marx. La relación entre la corriente historiográfica francesa designada bajo el término de *Escuela de los Annales* y el marxismo, en nuestro caso acotada a la confrontación entre los dos “gigantes”, es una cuestión abierta, en si misma tema de investigación¹²⁸. No nos estamos aventurando en el campo de la historia de las ideas, de hecho, creemos que de la posibilidad de “forzar un dialogo entre Braudel y Marx en torno al tema de la definición del ‘capitalismo’”¹²⁹ dependa la posibilidad de dar respuesta a nuestra preocupación: construir una perspectiva analítica de la ciudad abstracta, de la centralización como forma, capaz de aislar la especificidad de sus concreciones históricas, en nuestro caso particular la ciudad financiera contemporánea, vinculándola al proceso contradictorio y, a nuestro parecer, inconcluso, de configuración de la modernidad capitalista¹³⁰.

En búsqueda de la ciudad concreta

Como argumenta Bolívar Echeverría, Braudel y Marx ejemplifican, de hecho, la dificultad de discernir una continuidad en el discurso historiográfico sobre el capitalismo como rasgo esencial de la modernidad. Debajo de este objeto de análisis, así como, añadimos nosotros, de una ciudad como forma de espacialización privilegiada de la modernidad capitalista, se encuentran multiples ideas del capital que, en el mejor de los casos, no corresponden, y, en el peor, entran en contradicción entre sí, lo cual nos ofrece una imagen del capitalismo histórico y, con éste, de la ciudad, como un rompecabezas imposible de armar.

Tanto en Braudel, como en Marx, insiste Echeverría, analizar un fenómeno significa considerarlo históricamente, lo cual implica, en ambos, un proyecto de construcción de una interpretación razonada del proceso histórico a través de las cuales dar cuenta, analíticamente, del particular. Tanto en Braudel, como en Marx la teoría de la historia, y, con ésta, la posibilidad de la universalización, se fundamenta en una condición histórica de factibilidad: el advenimiento de la modernidad capitalista en tanto que movimiento unitario¹³¹. Porque presupuesto del análisis, el

desarrollo del capitalismo, determinación central de la modernidad, acota las preocupaciones teóricas de ambos. Sin embargo, Braudel dedica su obra principal a los siglos de consolidación del mercantilismo, mientras el centro del análisis de Marx inicia donde se interrumpe el primero, es decir, en el siglo de consolidación del capitalismo industrial.

Aparentemente, los distintos enfoques temporales dependerían de diferentes intenciones teóricas: por un lado un Braudel preocupado con la superficie, el espacio histórico-geográfico de la economía mundo, por el otro un Marx volcado a lo recóndito, sus condiciones de existencia. Por un lado la expansión de la ley del valor, por el otro la consolidación de la mediación vía la subsunción de espacios siempre más profundos de la vida social. Lo que queda implícito en esta confrontación, según Echeverría, es, sin embargo, algo más complicado de una simple antinomia entre un Marx, científico social, empeñado en desenredar las condiciones de posibilidad de la realidad histórica, y un Braudel, historiador, disuadido a recomponer un relato coherente del acontecer de esta misma realidad.

Desde el supuesto de la discordancia entre el “capitalismo” de Braudel y el “capital” de Marx, se ha tendido a considerarlos autores en disputa por la interpretación del decurso de la modernidad. Por un lado, diríamos nosotros, un Braudel circulacionista, teórico de la continuidad, por el otro un Marx productivista, teórico del cambio. Sin embargo las cosas resultan más complicadas, y, como tales, más interesantes: los dos discursos –como la eterna polémica entre lo exógeno y lo endógeno, el mercado y la producción, las relaciones territoriales y las relaciones de clase, reformismo y revolución– en lugar de contraponerse, en realidad, se complementan.

Según el filósofo ecuatoriano, el término de encuentro entre Braudel y Marx reside en el “campo conceptual común mínimo”¹³² a través del cual ambos intérpretes de la modernidad delimitan su unidad de análisis: una idea del capitalismo como realidad generada por la vida económica mercantil y, sin embargo, hostil a ella. Tanto en Braudel como en Marx, el largo proceso de maduración del capitalismo consiste en la relación, contradictoria, entre un mercado entendido como proceso de creciente socialización, y un proceso, paralelo, de separación de esta sociabilidad de sus artífices. Tanto en Braudel, como en Marx, prosigue Echeverría, el cambio histórico consiste en una especie de ascensión en el grado de complejidad de la vida social, donde el plano del valor de uso, fuerza productiva en el sentido amplio de proyecto de autoafirmación de lo humano, implica el progresivo distanciamiento del comportamiento social de este nivel concreto, elemental, particular y, por lo tanto restringido, y su subsunción a instancias organizativas bajo las cuales este mismo nivel pasa a regir de manera indirecta, mediada, abstracta y, por lo tanto, abierta. El capital es la plena realización de esta subordinación del valor de uso al valor abstracto, un progreso cuantitativo que implica la reducción

cualitativa del fin al medio, del sentido al instrumento. ¿El punto de desencuentro? Lo que en Braudel es sobre-posición de niveles de la vida social, y, con estos, de tiempos históricos, es, en Marx, totalidad.

Tanto el “capitalismo” de Braudel, como el “capital” de Marx poseen tres niveles de concreción, cada uno ámbito de presencia de lo social, cada uno, añadiríamos nosotros, asociado a una temporalidad y a una espacialidad distinta. Tres niveles, el natural, el mercantil, el capitalista o el del valor de uso, valor de cambio y valor valorizándose, cada uno coexistiendo con el otro en la modernidad, cada uno, en su tiempo, modo de producción, forma dominante de civilización. Sin embargo, en Braudel, las tres lógicas de presencia histórica de la modernidad se limitan a sobreponerse jerárquicamente, en una especie de simultaneidad de los tiempos históricos. En Marx pertenecen a una misma dinámica, donde la totalidad reside en la subsunción de los niveles inferiores, y, en tanto que formas dominantes de socialización, históricamente precedentes, al nivel superior y más reciente, en el cual coexisten como formas de socialización por él dominadas. La posibilidad, en Marx, de mostrar la articulación entre los tres niveles, jerarquizados en el presente de la modernidad capitalistas, sucesivos en el proceso de su consolidación histórica, depende, como subraya Echeverría, de haber hecho de la teoría de la enajenación el fundamento de su discurso crítico, e, insistimos, de haberla mostrado como proceso concreto de desposesión.

Para fundamentar el contraste: lo que en Braudel es negación es, en Marx contradicción ampliada¹³³. Desde aquí el hecho que cada uno vuelva la mirada hacia esferas distintas de la vida socio-económica: la productiva, para Marx, la de las grandes ganancias comerciales y especulativas, para Braudel. En Braudel, el capital es una superestructura mercantil, nivel último en la jerarquía temporal y espacial de la economía-mundo, parasitario de la esfera intermedia de la economía de mercado, e intrínsecamente indiferente a la inferior de aquella vida material donde se produce el valor intercambiado. El capital braudeliano se sirve de los mecanismos propios de la circulación simple negándolos, la mera ampliación en escala de la ley del valor, y la consecuente posibilidad del intercambio desigual, constituyendo la condición necesaria y suficiente de acumulación. Por lo tanto, para Braudel, la relocalización de los procesos generadores de ganancia de la circulación a la producción y el nacimiento, a mediados del siglo XVIII, del capitalismo industrial, es simple coyuntura debida a la degeneración de los términos de intercambio. En Marx se trata de la realización plena de lo que es el “capital”. ¿La diferencia es irreconciliable?

Se tiende irreflexivamente a reducir, el capital de Marx a la esfera de la producción. Hay que matizar. Como en el caso de Braudel, así en Marx el espacio del capitalismo, modo histórico de

organización social articulado según el principio de la ley del valor, es el de la circulación. Como en el caso de Braudel, insiste Echeverría, así en Marx, el capitalismo reina en la esfera de la circulación y desde la misma domina el conjunto de la vida social. Como para Braudel, así para Marx, las condiciones de validez de la formula general de capital, DMD', se realizan solamente a través de la negación de la circulación simple. La diferencia, a nuestro parecer, es que, en la dialéctica de Marx, esta negación, es, al mismo tiempo, su reafirmación, contradictoria, a un nivel superior.

Si en Braudel la posibilidad del intercambio desigual deriva del "atraso" del espacio sobre el cual se extiende la relación mercantil, y, por lo tanto, de condiciones externas implícitas en la inmadurez de la ley del valor, en Marx, la acumulación depende de su perfeccionamiento, es decir, como subraya Echeverría, de la invención histórica, y el consecuente descubrimiento lógico, del intercambio desigual entre el precio de la fuerza trabajo y el valor del trabajo vivo, de la transferencia del intercambio desigual de la esfera de la circulación a la de la producción. Dependiendo de la reducción del trabajo a mercancía, el capital representa, en Marx, la posibilidad histórica de la valorización del valor vía la extensión de la ley del valor a esferas siempre más profundas de la vida socio-económica. En Marx el capital no es un nivel superior separado de la circulación mercantil, sino la afirmación contradictoria de la misma como circulación de capital, cuya reproducción depende, en principio, de condiciones internas a sí misma.

Según una interpretación dogmática de su sentir, Braudel y Marx, mencionábamos, pueden parecer intérpretes de una perspectiva circulatoria y exogenista, el primero, productivista y endogenista, el segundo. Sin embargo, así como la primera lectura se ha centrado en la inmediatez de la apariencia, en el nivel fetichizado de la economía de mercado, la segunda en otra cosificación, la de una producción entendida como fuerza y no como relación social. Tanto Marx como Braudel, subraya Arrighi, miran a aquellas zonas de opacidad sin las cuales la economía de mercado es inexplicable. El primero, sin embargo, centró sus análisis en el subsuelo, el de la esfera de la producción de plusvalor, el segundo en otro laboratorio secreto donde, igualmente:

'admittance is only on buisness', sin embargo es situado al plano superior. Aquí el poseedor de dinero encuentra no el poseedor de la fuerza trabajo, sino aquel del poder político¹³⁴.

La elección de Braudel, como la de Arrighi, depende de evidenciar la centralidad, para el proceso de valorización, de la concentración, en un espacio histórico-geográfico jerárquicamente superior, el espacio del poder social del capital. En Marx, el enfoque hacia el espacio del "taller" centra la atención sobre los procesos que fundamentan este poder, lo cual evidencia la dependencia de los

niveles superiores de los inferiores, y nos preanuncia el carácter ficticio de un movimiento de valorización, y, con éste, de un espacio de dirección, en nuestro caso, la forma-ciudad, necesariamente articulado a los segundos. Podríamos decir que Braudel nos proporciona el espacio como condición de visibilidad del tiempo: la ciudad dominante en tanto que centralización de las funciones de control necesarias a la reproducción y, como tal, al desarrollo histórico del capitalismo. Marx nos indica en el tiempo la llave explicativa del espacio: estas islas que emergen verticalmente de la esfera horizontal del mercado porque concentran la más alta proporción de riqueza producida, resultan explicables solamente relacionando este espacio superior, y temporalmente reciente, de concentración del valor con el espacio inferior, y temporalmente anterior, de su producción.

La complementariedad entre los dos relatos depende, por lo tanto, de comprender la naturaleza del capital como unión de circulación y producción para así superar una dicotomía que impide, de hecho, la comprensión del *modus operandi* del capital en tanto que proceso de valorización, y, con éste, de lo urbano como su mediación necesaria. Solamente desde la comprensión de lo que implica la circulación del capital será, por lo tanto, posible visualizar sus formas de espacialización como una de sus condiciones de posibilidad, las cuales, cambiantes en el curso de la historia, permiten resaltar tanto la especificidad de la actual forma financiera de valorización como los de su mediación espacial. De la contradicción implícita en la relación capitalista entre producción y circulación dependerá, es decir, la posibilidad de mostrar la dialéctica entre continuidad y discontinuidad histórica, y con ésta la mediación urbana en tanto que diferencia específica.

Regresamos a nuestros interrogantes iniciales. La secuencia Venecia-Génova-Hamburgo-Ámsterdam-Londres-New York nos muestra la modernidad capitalista como continuidad ascendente. La globalización: ¿Solamente un nivel más en la aceleración de la unidad mercantil? ¿Y la diferencia específica? ¿Es New York, no solo nominalmente sino realmente, una Nueva Ámsterdam? ¿Fue Londres, a fin de cuentas, otra Venecia?

La posibilidad de articular espacio y tiempo, ciudad e historia, forma y contenido, depende, insistimos, de adherir a una lectura del capital como desarrollo de una contradicción valor de uso-valor que se concretiza vía la progresiva separación, por parte del segundo término, del primero, que logra dominar. Separación que deriva en una aparente autonomización del movimiento de circulación de la producción y, con ésta en una crisis del nexos social cosificado del cual depende la reproducción del sistema. Lo que hay que investigar es cómo la superación, temporal, de esta contradicción haya históricamente implicado la consolidación de formas de socialización siempre más concentradas, y enajenadas, las ciudades dominantes, cuya capacidad de regulación se fundamenta en procesos,

ampliados, de desposesión. Será este énfasis en un capitalismo entendido como modo de reproducción vía la sucesión de procesos ampliados de acumulación originaria lo que ha de permitirnos una lectura de la ciudad dominante en términos de afirmación del poder social del capital. Hay que aventurarse, es decir, en una lectura “dialéctica” del centro: concentración del poder social del capital que permite su reavivación en el tiempo, y, al mismo tiempo, instrumento de desposesión de una parte de la sociedad del poder sobre las condiciones objetivas de su propia reproducción, el espacio incluido. El centro: espacialización de la contradicción entre progreso y enajenación, donde la ciudad-abstracta, modo de regulación funcional a la reproducción ampliada del poder social del capital, es siempre una ciudad concreta, una manifestación históricamente específica de esta contradicción.

Los límites de la ciudad global

Regresamos ahora a la hipótesis de la ciudad global. Podemos concluir que, según esta última, la triada New York-Londres-Tokio del largo siglo XIX-XX es otra reproducción, en escala ampliada, de la Liga Hanseática del largo siglo XIII-XV. En la hipótesis de la ciudad global, en el caso específico de la contemporaneidad, fichada a partir de los años setentas y la debacle del Fordismo¹³⁵, la creciente movilidad transnacional del capital habría implicado un nuevo modo de articulación entre diferentes áreas geográficas dirigido por nuevos modos de centralización de los flujos transnacionales de mercancía capital y, con estos, de concentración del valor acumulado. En la era de la “globalización” última configuración de la economía-mundo, el espacio del capital sería el espacio articulado por la red de ciudades, donde el sistema de Estados-naciones, ámbito privilegiado del análisis regulacionista, habría cedido lugar a un archipiélago de centros tecnológicamente desarrollados y jerárquicamente posicionados según el segmento espacial puesto bajo su dirección: el centro, la semi-periferia, la periferia. Aunque partícipes todos de un sistema metropolitano global que nos remonta a la urbanización total presagiada por Henry Lefebvre, los principales núcleos urbanos, quedan distribuidos en ciudades globales, nacionales y regionales.

El espacio metropolitano mundial resulta aquí jerarquizado acorde al espacio económico supeditado a cada nudo. La primacía es ocupada por aquellos centros cuya función de control atraviesa diferentes escalas de espacialización del capital: de lo regional a lo nacional, hasta llegar a lo mundial. Estas ciudades serían las medulas que articulan los diferentes espacios del capital en la totalidad coherente de la nueva economía-mundo y atestiguarían la dependencia de la economía de-centrada

propia del post-Fordismo de una creciente centralización espacial de las funciones de dirección y control.

La hipótesis abre por lo tanto la necesidad, sin poder, a nuestro parecer, satisfacerla, de teorizar los principales núcleos urbanos en términos del proceso mundial de valorización. En la hipótesis considerada, la diferencia, cuantitativa, en intensidad de los flujos de intercambio y grado de centralización de las funciones de control, parece no haber desembocado, a fin de cuenta, en ninguna distinción cualitativa. Esta debilidad analítica reside, como hemos argumentado, en las premisas teóricas de la tesis de la *ciudad global*, las mismas que le impiden aislar la diferencia específica, el contenido cambiante de una concentración que, dejada en la temporalidad a-histórica de toda forma, puede solamente ser ciudad abstracta, y, como tal, inexistente.

Sin embargo, el problema con la propuesta es aún más grave: de hecho excluye de sus preocupaciones teóricas la necesidad, discutiblemente desarrollada en la perspectiva braudeliana, de relacionar el nuevo modo de regulación, y, con ésta, la nueva configuración espacial, con las exigencias del nuevo régimen de acumulación, el financiero y, porque sufre de empirismo, la espacialización mundial del capital, deducible de la hipótesis, termina degenerando, a nuestro parecer, en prejuicio dualista.

Según el esquema, en la nueva división internacional del trabajo, el peso de la actividad económica se habría trasladado a los centros financieros, sitios de procesos de decisión y control, confiriendo a estos últimos estatus de “primacía” en la jerarquía urbana, y relegando a rol marginal los núcleos, industriales y comerciales, dispersos tanto a nivel regional, dentro de las grandes áreas metropolitanas del centro, cuanto, a nivel internacional, en la periferia.

En geografía urbana, el término “primacía” refiere una situación relativa al interior de una unidad de análisis más amplia, unidad que, en la época fordista, época de dominio del capital productivo industrial, coincidía, en el análisis sociológico, con el Estado-nación. La primacía, la capacidad, es decir, de imprimir direccionalidad al sistema económico nacional, ha sido históricamente asociada a la concentración de población, actividades económicas de avanzada y producto interno bruto en una sola ciudad, generalmente la capital. En época fordista el grado de asociación entre control y aglomeración diferenciaba, sin embargo, la urbanización periférica, en particular la latinoamericana, de la europea y estadounidense, generalmente consideradas, estas últimas, ejemplos de un orden urbano más balanceado que la primera. Con el advenimiento de la “globalización”, según los teóricos de la hipótesis de la ciudad global, esta diferenciación habría sufrido amplias modificaciones. Asistiríamos así, en el centro, al acercamiento a niveles de jerarquización similares a los periféricos. El fenómeno

sería debido al creciente distanciamiento entre ciudades industriales-mercantiles, que, como tales, han perdido su centralidad económica, y las que, gracias a su localización en los flujos financieros, han reforzado su integración en la red transnacional. Una polarización de las funciones de control a la cual correspondería una creciente polarización de aglomeración, fenómeno debido a la concentración de la actividad económica de avanzada y del producto interno bruto, característica de la producción de servicios altamente especializados y de las operaciones financieras generadoras de ganancias masivas.

A esta reversibilidad del “centro” correspondería, en la “periferia”, una profundización de tendencia. Debido a la reorientación de la actividad productiva hacia la exportación asistiríamos aquí a la formación de nuevos polos de aglomeración poblacional y productiva afuera del centro urbano principal, las zonas manufactureras y primarias para el mercado exterior, cuyos clásicos ejemplos son el cinturón de maquilas de la frontera México-EE.UU. y las ciudades satélites de las regiones especializadas en el agro-negocio. Al mismo tiempo, sin embargo, la entrada masiva de inversión extranjera directa asociada a la privatización de las empresas estatales, a la apertura de la bolsa al capital foráneo y a la titulación de la deuda, habría implicado la creciente concentración del capital financiero, y, por lo tanto, de las funciones de control, en aquellos centros donde se encuentran sus instituciones económicas vitales, en el caso de América Latina: los mercados bursátiles de São Paulo, Ciudad de México y Buenos Aires.

En breve, en la época de la economía orientada hacia la exportación y de servicios, tanto en el centro, como en la periferia, la creciente polarización urbana dependería de una primacía relativa a una unidad espacial más amplia que la anterior: ya no el Estado-nación, sino la esfera transnacional de los flujos de las finanzas. La primacía sería ahora resultado, en última instancia, de la localización preferencial de la forma más avanzada de capital: el *capital dinero*. Los flujos económicos del capital transnacional habrían creado una nueva forma de centralidad, la de un sistema urbano transnacional que articula entre sí estas ciudades globales y que atraviesa tanto las viejas fronteras políticas del Estado-nación, cuanto las viejas divisiones territoriales centro-periferia, norte-sur¹³⁶. Por un lado la descentralización y dispersión del capital productivo y comercial, por el otro la concentración creciente de las funciones directivas ejercitadas por el capital financiero. La imagen que derivamos, es la de una división internacional del trabajo como mera compartimentación y no como relación entre las partes, como totalidad.

A la base de esta lectura se encuentra, nuevamente, una degeneración del esquema de espacialización mundial del capital desarrollado por Braudel. En aquel encaje concéntrico que es la economía-mundo braudeliiana, los distintos círculos se compenetran por el hecho de mirar a un mismo

punto, y se mantienen distintos por el hecho de ocupar niveles diferentes. Más nos alejamos del núcleo, mas las órbitas concéntricas se distinguen por una extensión creciente del espacio ocupado y por un alejamiento paulatino del tiempo del mundo, del modo de vida de avanzada, impuesto por el primer anillo.

La zona central es, para Braudel, el mercado interno, cuando por esto último entiende una estructura mercantil-capitalista auto-centrada, es decir, garante de su propia continuidad, lo cual implica la estrecha asociación entre hegemonía económica y potencia política. El centro es metáfora espacial del capital, el capital es forma-Estado y la forma-Estado espacializada es la ciudad dominante. El anillo siguiente, la zona de los “brillantes segundos”, es el área donde se instalan las colonias mercantiles extranjeras que atestiguan, con su propia presencia, la inferioridad de la ciudad o del país que las hospeda. La semi-periferia es metáfora espacial del valor de cambio, y el valor de cambio espacializado son las ciudades regionales articuladas en la economía de mercado. El último anillo es el de la inmensa periferia, donde la inserción en la economía-mundo implica una condición de atraso respecto a las modalidades a través de las cuales la ley del valor se mantiene vigente en los niveles superiores. Un universo a *contrapelo*, el del valor de uso, que camina al margen del tiempo marcado por las agujas del reloj central. Es la masa de las actividades elementales, el nivel de la vida material, el reino de la producción de valor, atrapada, cautiva, fijada al suelo y por lo mismo, nos anticipa, más fácilmente manejable desde arriba. En Braudel, el esquema tripartido del desarrollo desigual no es exclusivo del despliegue en la superficie de la economía-mundo, salpica el mismo centro, donde, como subraya el mismo historiador, el pasado revive, casi siempre inaccesible en los frenesís imperturbables del ahora.

Hay periferias por todo el mundo [...] el centro, repitámoslo, esta estratificado, dividido, contra él mismo. Y las periferias también lo están¹³⁷.

En Braudel, el atraso de los territorios periféricos, la historia a contrapelo del subdesarrollo, los pozos fuera del tiempo del mundo son los escombros sobre los cuales se levanta el progreso, el desarrollo, el presente, en fin, la centralidad. Braudel no es un marginalista, la economía-mundo no es una simple envoltura que se extiende sobre realidades entre sí desarticuladas, sino una división social del trabajo donde cada nicho es espacialización, en periferia, semi-periferia y centro, de uno de los componentes de la economía moderna, producción, economía de mercado, capitalismo, o, en Marx, valor de uso, valor de cambio, valor valorizándose. Porque los tres modos de organización social, subsumidos jerárquicamente el uno al otro, forman la “lógica unitaria del acontecer económico en la

vida social de la modernidad capitalista”¹³⁸, el señorío de cada uno puede existir como tal solamente en la unidad de su recíproca articulación, lo cual implica, a su vez, que la reproducción de la unidad se fundamenta en la reproducción de la “regresión histórica” que hay de uno a otro extremo del espectro. A la manera de Gunder Frank, citado por el mismo Braudel, el subdesarrollo es la otra cara del desarrollo, o como tal, puede solamente producir más de lo mismo. Los límites de su análisis surgen una vez que Braudel se apresta a responder la pregunta que, nos recuerda Echeverría, anima toda su investigación: ¿Cómo identificar las palancas que permiten a un estrecho centro imponer su cadena de subordinaciones? ¹³⁹

La hipótesis de la ciudad global, al contrario, concibe los esquemas tradicionales de espacialización del capital, a saber centro–semi-periferia–periferia, como meras dicotomías, terminando así por transferirlos a la antítesis urbana entre el espacio homologado de los flujos financieros e informativos y el espacio fragmentado de regiones y ciudades aparentemente excluidas de estos mismos flujos y avances tecnológicos. La hipótesis reduce así su preocupación en desenredar los hilos que articulan los principales nudos del sistema urbano transnacional, relegando a un margen los territorios, ciudades y poblaciones que escapan, supuestamente, de la red tejida por el capital financiero.

Alongside these new global and regional hierarchies of cities is a vast territory that has become increasingly peripheral, increasingly excluded from the major processes that fuel economic growth in the new global economy [...] We can think of these developments as constituting new geographies of centrality that cut across the old divide of poor/rich countries, and of new geographies of marginality that also cut across the poor/rich country divide¹⁴⁰.

De la misma manera, así como en el sistema de ciudades no parece haber relación alguna entre el centro-red y la dispersión periférica, igualmente, en la ciudad como sistema, no parece haber relación alguna entre el espacio de los privilegiados y el de los excluidos, si no la reducción de estos últimos a formas de explotación propias de la era precapitalistas, en la perspectiva de Sassen, a una especie de lumpenproletariado, en la de Castells, a mera fuerza trabajo migratoria, en la de Freedman.

Sao Paulo and the affluent metropolitan classes of Brazil do not require the country’s disempowered poor as either producers or consumers. In that sense, I would argue, more than 50 per cent of Brazil’s population is economically irrelevant and, at worst, constitutes a drain on the economy [...] The fragmented periphery –only nominally integrated with the space of accumulation– is of course the source of large scale labor migrations to the powerful control centers of the world economy¹⁴¹.

A nuestro modo de ver, en la hipótesis de la ciudad global, el espacio del capital es concebido dualísticamente porque así es pensado el capital: como dicotomía y no como relación social de dominación. El empirismo de la perspectiva considerada se fundamenta en una concepción fetichista del capital financiero que, a su vez, confluye en la cosificación del espacio urbano. Ni el primero es reducible a mero título de propiedad, ni el segundo a mero sitio de condensación de sus movimientos. No es suficiente afirmar, como hace Sassen, que la dispersión territorial de la producción crea una necesidad creciente de control organizacional ella misma funcional al mantenimiento de la concentración de la propiedad y de la apropiación de valor. Lo que se tiene que demostrar es cómo esta centralidad espacial depende de la dominación de las otras esferas económicas inferiores y la dinámica a través de la cual esta dominación asegura la reproducción del proceso de valorización a escala mundial.

No obstante los esfuerzos en detallar los mecanismos organizacionales a través de los cuales opera la nueva división internacional del trabajo, la hipótesis de la ciudad global evade considerar si, y en qué sentido, la centralización de los flujos financieros y, por ende, el orden metropolitano global, sea funcional a la reproducción ampliada de la dominación del capital dinero sobre las otras formas de capital y ésta a la reproducción ampliada del poder social del capital sobre el trabajo vivo. La hipótesis no alcanza considerar así la articulación entre el espacio de la producción real de valor, el de su comercialización y, en fin, el de su valorización ficticia, es decir, la articulación, entre el espacio del capital productivo, el del capital mercantil y, en fin, el del capital dinero.

Mostrar la red urbana transnacional como nuevo centro de acumulación requiere considerar las ciudades globales como “dispositivos” de un proceso de valorización visto como totalidad, “titiriteras” de los innumerables hilos del capital que dirigen su movimiento según las necesidades de su forma más avanzada, la ficticia, ella misma condición actual de reproducción de la relación social de capital como estado de crisis permanente. A tal fin, el capital financiero es, y tiene que ser mostrado, principio de socialización, y, en cuanto tal, modo de extracción de excedente que responde a las necesidades actuales del proceso de valorización y que tiene en el espacio urbano el instrumento privilegiado de su concreción histórica. En breve: hay que pensar a la ciudad no como mera localización, sino como agente del capital.

Exactamente porque hace a un lado la preocupación marxista acerca de la relación entre valorización ficticia y valorización real, en la hipótesis de la ciudad global, la dominación de los núcleos primarios en la jerarquía urbana sobre los inferiores parece caer en el puro funcionalismo o, en

el peor de los casos, en el determinismo tecnológico¹⁴². Contemporáneamente, no obstante la insistencia en un supuesto fin de las antiguas divisiones nacionales y territoriales, el dualismo de la ciudad global excluye la posibilidad de una base objetiva para una futura comunidad de interés entre las “muchas periferias”. Este nuevo horizonte de análisis implicaría, a nuestro parecer, no una nueva geografía de la marginalidad, sino una *nueva geografía de la desposesión*, fundamentada, esta última, en desenredar la articulación entre las muchas periferias con un centro espacialmente diluido en trama urbana, y siempre más concentrado en términos de derechos de propiedad sobre la riqueza social producida. No hay, por lo tanto, espacio analítico, en la hipótesis de la ciudad global, para sustentar la utopía de Lefebvre: la urbanización como espacio de socialización, una nueva Comuna del 1871 sustitutiva de la “vieja fábrica global”, donde entrever la posibilidad, aun remota, de una oposición internacional al capital mundializado.

El tiempo como contenido

El capital: contradicción de la ciudad



Desde sus inicios, la ciudad ha sido una defensa contra el terror al tiempo

Harries K., *Building and the terror of time.*

Planteamiento general

Anticipamos las conclusiones de este capítulo: la ciudad financiera, la que veremos consolidarse como *metropolitanismo global*, centraliza los mecanismos de transferencia de capital dinero acumulado de una región a otra, y, como tal, como centro que direcciona el desarrollo combinado y desigual del capitalismo, es mediación necesaria a la reproducción del capital a escala global.

De este modo, Lombard Street se ha convertido en el gran centro de transferencia de los capitales inactivos de una parte del país en que no pueden emplearse rentablemente a la otra parte, en que existe demanda para ellos¹⁴³.

Y es así en la ciudad financiera que el aumento exponencial de las artificialidades del capital opaca lo real:

[...] Por lo demás, aquí todo aparece al revés, pues en este mundo hecho de papel no se revelan nunca el precio real y sus factores, sino solamente barras, dinero metálico, billetes de banco, letras de cambio, títulos y valores. Y esta inversión se pone de manifiesto sobre todo en los centros en que se condensa todo el negocio de dinero del país, como ocurre en Londres; todo el proceso aparece como algo inexplicable [...]¹⁴⁴.

La ciudad financiera: petrificación de la abstracción, condensación de lo inmaterial. Al fin de explicitar esta paradoja, una de las tantas del capital, habrá que adentrarnos en la conceptualización del capital financiero delineada por Marx, misma que, a nuestro parecer, tiene como eje la noción de proceso social, más que la de bloque de poder. El énfasis de Marx, vale decir, no recae directamente en la hegemonía ejercida por una fracción de la clase capitalista sobre la otra, la financiera sobre la industrial, aunque incluye y asiente teóricamente esta dimensión económico-política, sino en la forma financiera como mediación social estrechamente asociada a la dinámica de reproducción y crisis del proceso de acumulación, dinámica a partir de la cual resulta a la vez posible mostrar los mecanismos de configuración del bloque de poder dominante. Un proceso cuya naturaleza habrá que explicitar mostrando la contradicción a él inmanente. Una perspectiva que, insistimos, implica atribuir centralidad explicativa al valor como forma social y al capital financiero como su concreción históricamente específica¹⁴⁵.

Como argumentaremos, esta lectura del capital financiero, centrada en el sistema de crédito y en su degeneración especulativa, permite mostrar el viraje neoliberal como institucionalización de un

sistema de coordinación social, el monetario y financiero liberalizado, cuya contradicciones, las cuales amenazan la reproducción del sistema por el enorme impulso dado, con la liberalización de los circuitos del capital dinero, a la acumulación ficticia, son contrarrestadas por medio de un proceso de generalizada desvalorización de la riqueza real socialmente producida. La re-organización del espacio del capital ha sido una de las principales mediaciones y secuelas del dominio de la forma financiera de capital, misma que mostraremos como un proceso de socialización generalizada de mecanismos regresivos de despojo.

Hacia una teoría de lo urbano

En la madurez de la economía política clásica, el valor ya había sido reconocido como categoría básica de análisis¹⁴⁶. La especificidad de la crítica de Marx residió en mostrar el cambio de significación histórica de dicha forma, que se revela plenamente como tal, como mediación social, solamente en el presente de la modernidad capitalista. Leemos en una nota marginal de los *Grundrisse*:

[[En el desarrollo, pues, se revela no sólo el carácter histórico de las formas que, como el capital, pertenece a determinada época histórica, sino que determinaciones tales como el valor, que se presentan como puramente abstractas, ponen de manifiesto la base histórica de la que han sido abstraídas y solamente sobre la cual, pues, pueden aparecer en esa abstracción [...] El concepto de valor es enteramente propio de la economía más reciente, ya que constituye la expresión más abstracta del capital mismo y de la producción fundada en éste. En el concepto de valor se delata su secreto]]¹⁴⁷.

La ciudad capitalista moderna es la forma valor concentrada y centralizada y, como tal, la concreción históricamente específica de una abstracción que esconde atrás de si desposesión.

Escribía Lewis Mumford:

La ciudad, así como se revela en la historia, es el punto de máxima concentración de la energía y de la cultura de una comunidad. En ella se focalizan los rayos que irradian desde múltiples surgentes de vida, ganando así en sentido y eficacia social. La traza y la forma de la ciudad expresan en una manera visible los desarrollos de la vida asociada y perpetúan en una forma estable los desarrollos transeúntes de la historia. La ciudad es el símbolo de las relaciones sociales integradas [...]. En la ciudad el patrimonio de la civilización aumenta y se multiplica¹⁴⁸.

Poco más de cuarenta años antes, Engels recordaba su asombro juvenil frente a la majestuosidad de Londres:

Esta colosal centralización, esta reunión de tres millones y medio de hombres en un solo punto, ha centuplicado su fuerza, ha elevado Londres a la categoría de capital comercial del mundo, ha creado los gigantescos docks, ha reunido miles de naves que siempre cubren el Támesis [...] Pero las víctimas que todo esto ha costado se descubren sólo más tarde. Si se camina un par de días a lo largo de las calles principales, abriéndose paso, a duras penas, entre la multitud y la serie infinita de coches y carrozas, si se visitan las partes peores de la ciudad mundial, entonces solamente, se nota que estos londinenses deben sacrificar la parte mejor de su humanidad para alcanzar todas las maravillas de la civilización, en las que abunda la ciudad; que mil fuerzas latentes han debido quedar irrealizadas y oprimidas, a fin de que algunas pocas se desarrollaran plenamente y pudieran multiplicarse mediante la unión con otras ¹⁴⁹.

Así como en teoría social los conceptos son el producto de los fenómenos histórico-sociales que tratan de explicar, igualmente, toda concepción teórico-objetiva del espacio, él mismo realidad histórica, resulta engendrada por las prácticas y procesos materiales propios de la reproducción de la vida social. Cualquier discurso sobre lo urbano deriva, vale decir, de la *producción de lo urbano*¹⁵⁰. Marx aisló la centralidad de la forma valor gracias al advenimiento del modo de producción capitalista y al dominio pleno del trabajo abstracto; aunque la ciudad le preexistió, la sociedad moderna industrial fue pre-condición histórica necesaria para individuar en la concentración y centralización las categorías analíticas que permitieron capturar lo urbano en su significado teórico e historicidad específica.

La historia de la sociología urbana ha sido, de hecho, la de una sub-disciplina en búsqueda de un objeto de análisis y de un aparato conceptual propio. De la misma manera en la cual la teoría social como “ciencia” autónoma institucionalmente validada tuvo sus raíces en las grandes transformaciones de mediados del siglo XIX, igualmente, la primera e influyente tradición de estudios sobre la ciudad surgió a raíz de la aparición, a inicios del siglo pasado, de las metrópolis, y utilizó los mismos parámetros con los cuales la teoría social de corte liberal había construido su objeto de estudio: una modernidad entendida como proceso de rápida transformación y leída a través del modelo durkheimiano de cambio por desequilibrio entre largas dinámicas socio-económicas portadoras de avance y normas de integración cultural-ideológica garantes de cohesión¹⁵¹. La disrupción de jerarquías, roles e instituciones tradicionales, reflejada en el espacio heterogéneo de ciudades industriales en enorme expansión, era percibida bajo el ansia de amenazas a la reproducción del orden social y exorcizada a través una concepción funcionalista de la sociedad como organicidad tendente a la integración y la fe en la teoría social como instrumento de intervención vuelto a la defensa de la

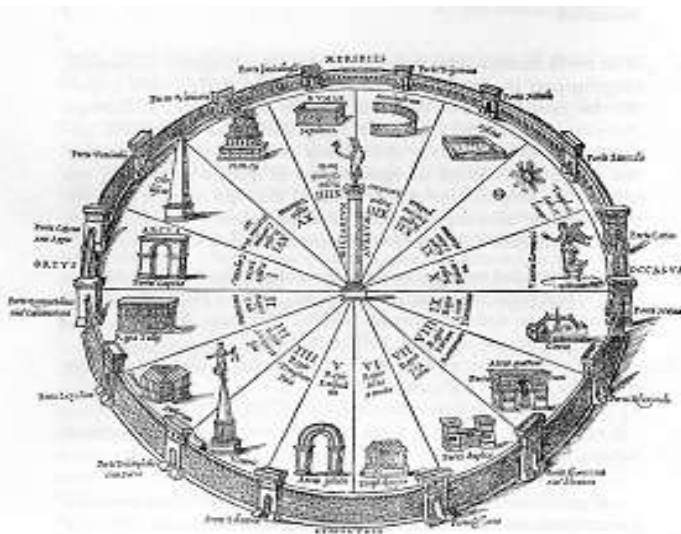
“civilización”. La sociología urbana estadounidense, por largo tiempo paradigma dominante, optaba por una lectura positivista intenta a separar ciudad y sociedad (léase capitalismo) a través de argumentaciones de corte funcionalistas que implicaban el individuo como unidad de análisis y la analogía entre estructura social y forma natural; un organicismo biológico de individuos asociados que derivó en la reificación de los procesos sociales como atributos propios de la organización espacial, la urbana en primera instancia¹⁵². Fetichizada en fuerza material con capacidad de imposición sobre los procesos históricos, la ciudad dependía de una lógica interna de desarrollo y no de una estructuración por fuerzas perteneciente a la sociedad en general.

El énfasis parsoniano sobre el equilibrio y la adaptación, la consecuente ausencia de toda consideración respeto del antagonismo y la apropiación privada de las fuerzas productivas sociales, ciudad incluida, aisló los primeros estudios urbanos del pensamiento marxista. Sin embargo, cuando el marxismo¹⁵³ empezó a interesarse por la ciudad, la misma tendió a ser identificada como mero epifenómeno de un proceso social clave a ella subyacente: la sociedad capitalista industrial. Si, con el marxismo, los estudios sobre la ciudad ganaban en criticidad, la ciudad desaparecía como realidad empírica y constructo teórico con posible identidad propia.

De hecho, con excepción del trabajo juvenil de Engels y de sus estudios sobre el problema de la vivienda, las reflexiones sobre la ciudad de los fundadores del materialismo histórico –concentradas, principalmente, en la *Ideología Alemana* y en las *Formen*– nunca constituyeron un cuerpo teórico propio de tal objeto, sino una serie de fragmentos introducidos en relación al tema más amplio del desarrollo capitalista. Como subraya Eric Hobsbawm, no encontramos en Marx una conceptualización lineal-universal del desarrollo, una filosofía de la historia, sino el aislamiento del antagonismo y de la contradicción como “sustancia” del proceso histórico, cuyo variar de “formas” confiere a la historia inteligibilidad¹⁵⁴. Como subraya Lefebvre, los lineamientos del materialismo histórico, esbozados desde una crítica al idealismo filosófico, consisten de proposiciones generales y abstractas a través de las cuales el despliegue de la “idea” es develado en su carácter profano de producción de lo real. Desde aquí, tanto en la *Ideología Alemana*, como en las *Formen*, para la reconstrucción del pasado a partir de la especificidad del presente, Marx había elegido como “tema” una forma de existencia histórico-concreta: la ciudad¹⁵⁵.

La categoría clave es la de división social del trabajo, ella misma una fuerza y relación social de producción, un modo de integración económica por medio del cual el trabajo asume carácter social permitiendo así la expansión progresiva de necesidades, y una forma de asignación del derecho de apropiación del trabajo producido por medio del cual este mismo es situado al margen de los

productores. En la *Ideología Alemana*, la ciudad es condición de la abolición de la producción individual separada y el surgimiento de la producción social, en tanto que el advenimiento de la forma urbana corresponde aquí a la primera y fundamental división social del trabajo, testimonio del “pasaje de la barbarie a la civilización”, la que se produce entre trabajo intelectual y material, entre funciones de dirección y producción, materializada en la separación ciudad-campo. Concebida como fuerza social, la ciudad concentra los instrumentos de organización socio-económica del territorio a través de la cual esta separación se reproduce en la unidad de una relación antagónica. Ya en la *Ideología Alemana*, la historia procede por subsunción del trabajo a una fuerza social exteriorizada, a una división social del trabajo intuida como proceso general de enajenación. Sin embargo, solo una vez descubierta la llave explicativa de la valorización del valor en la explotación del trabajo libre, solo una vez aislada la diferencia específica de la forma valor como capital, fue posible, para Marx, presentar a la ciudad como lugar privilegiado de acumulación. Así, en las *Formen*, el desarrollo de la división social del trabajo corresponde a un cambio en la relación de propiedad y en el modo de extracción de excedente¹⁵⁶ que, a su vez, implica el profundizarse del dominio de un espacio social sobre el otro: ruralización de la ciudad antigua, antítesis mercantil entre ciudad y campo, urbanización industrial de lo rural. El proceso de afirmación de lo urbano consiste en una sustitución paulatina de lo natural por lo social, vale decir, de la relación inmediata entre el trabajo y sus condiciones de objetivación por la mediación social exteriorizada. En las *Formen* la categoría más abstracta y general, cuyas diferenciaciones específicas develan el proceso histórico, es la de “comunidad”: principio de sociabilidad donde el modo de apropiación, originariamente, es supuesto y no resultado del proceso de trabajo, una situación primigenia que implica el control de la colectividad sobre las condiciones de su reproducción y, con éste, la transparencia de las relaciones sociales¹⁵⁷. Cuando la comunidad se espacializa como forma concreta, asumiendo existencia separada y diferenciada de sus miembros, el cuerpo social será subsumido bajo la égida de una ciudad: rota la inmediatez de la relación de propiedad, la ciudad se hará mediación. El modo de apropiación es aquí todavía inseparable de una *comunitas* presupuesta, ella misma producida: la ciudad. Dependiendo su reproducción como propietario de la pertenencia a una colectividad, el trabajo no ha sido separado de su propio trabajo: el primero no ha sido convertido en trabajador y el segundo en capital. El trabajo como tal, el trabajo como valor de uso, como fuerza viva, es, él mismo, fuerza y relación de producción.



prohibiciones de instalar las mercancías en el *ágora*, al lado de la Atenas política hay el Pireo y Roma no puede subsistir sin el puerto de Ostia. Sin embargo, aunque la reproducción del mundo de ciudades de la Antigüedad dependa del mercado, el mercado no se ha todavía hecho comunidad y, como tal, no se ha hecho ciudad. La ciudad determina el modo de distribución de la riqueza producida, y lo hace por medio de relaciones políticas de dominación. El mercado es instrumento de circulación de una riqueza que responde a una consideración otra que la de maximización de ganancia: la reproducción de la *res pública*¹⁵⁸. No por casualidad los lugares destinados al comercio son caracterizados por la heterotopía, así como los mercaderes y artesanos estigmatizados por la exclusión de la ciudadanía. Representación ideal de la Roma imperial, este plano renacentista es testigo de la centralidad del elemento político-religioso.



Desde sus albores medievales, la historia del renacimiento urbano será historia de integración de la mercancía en la ciudad. Isla en el mundo rural, especie de excepción, monstruosidad mercantil en antagonismo con la propiedad terrateniente, la ciudad medieval se cierra primero sobre sí misma. Sus símbolos: las murallas que concentran y defienden el espacio mercantil separándolo de la dispersión rural. El nacimiento del "burgués" requiere de su existencia colectiva, de una ciudad que es ella misma cuerpo burgués y, como tal, sede de privilegios feudales¹⁵⁹. Las defensas, empero, no alcanzan. De la ciudad desprenderá la capacidad asociativa del dinero, que, por largo

tiempo, ignorará al campo, limitándose a configurar un embrionario sistema de ciudades. Este sistema, sin embargo, será, él mismo, instrumento de desarrollo del poder social del dinero, el cual despojará al trabajador rural de sus condiciones de reproducción y, con el advenimiento de la propiedad mobiliaria y privada, impulsará la instalación de la producción manufacturera en el campo. Barrera corporativa, la ciudad la excluye y, desde el campo, la industria primigenia re-actúa sobre la ciudad, rompiéndola como forma y reproduciéndola como algo nuevo. Surgirá la ciudad manufacturera, preludio de la industrial. La primera había transformado la aldea en ciudad, la segunda desborda a la ciudad, desgarrándola. En esta imagen de Flessinga, ciudad de la Hansa, las murallas atrapan el comercio, alrededor del cual se erige el nuevo centro, la plaza del mercado, circundada por las *Halles*, las corporaciones de mercaderes.



Disuelta la relación de propiedad del trabajo sobre la tierra, en el campo, y sobre el instrumento de trabajo, en la ciudad, la dicotomía ciudad-campo cederá lugar a la urbanización generalizada. Roto el carácter presupuesto de la mediación, franqueado, en palabras de Lefebvre, cierto “umbral de abstracción social”, trabajo y medios de producción quedarán reunidos, primero formalmente, luego realmente, bajo la égida del capital, abstracción concreta. La valorización del valor, necesariamente ampliada por su carácter abstracto y, en principio, ilimitada por haberse independizado de un sentido social presupuesto, sustituirá a la ciudad como principal mediación social. De concreta, la comunidad, ahora enajenada, se habrá hecho abstracta y como tal opaca, invisible en su carácter mismo de mediación. Al mismo tiempo, de premisa

para su génesis histórica, la ciudad será ahora producto del capital. Con el capitalismo, aunque no desaparezca como vehículo de procesos históricos, la ciudad ha perdido, tanto en Marx como en el marxismo, estatus de tema histórico. Es una interpretación adecuada, según Lefebvre, del lugar ocupado por la ciudad en la sociedad industrial: de fuerza social mediadora de cambio a entidad modelada por fuerzas sociales enajenadas, donde la contradicción ciudad-campo se articula a, y ha quedado así redimensionada por, el antagonismo capital-trabajo. Porque había desaparecido históricamente como principio de totalidad, la ciudad tenía que desaparecer como categoría analítica y, sin embargo, esta misma desaparición había engendrado, siempre para Lefebvre, una nueva dialéctica, la entre sociedad industrial y sociedad urbana. En este plan de Chicago del 1909, producto del congreso en el cual la palabra “urbanismo” apareció por primera vez para describir una nueva “ciencia”, el esfuerzo de ordenamiento del caos expresa, en forma de grilla urbana, la nueva centralidad: ya no de la ciudad concreta, sino del poder abstracto del espacio formal, el espacio del capital¹⁶⁰.

Lo que hemos querido destacar no es un proceso lineal y evolutivo de desarrollo, sino una conceptualización de lo urbano como punto nodal del proceso de paulatina subsunción del sentido concreto de la dimensión social de la existencia, propio de la Antigüedad y del Feudalismo, al abstracto de la dimensión económica mercantil-capitalista hecha sociedad, realmente cosificada e ideológicamente fetichizada. En las *Formen*, la ciudad es, para Marx, la mediación de la génesis y consolidación de la modernidad capitalista, con el advenimiento de la cual, la primacía de la mediación urbana queda substituida por la mediación capital. Este movimiento de subsunción del valor de uso al valor, al final del cual, como subraya Lefebvre, “todo se presenta como fuerza productiva del capital y ya no del trabajo”¹⁶¹, corresponde, subrayamos nosotros, a una conceptualización del desarrollo histórico desde el punto de vista del modo de extracción de excedente, donde el capitalismo es resultado de un largo proceso de desposesión del trabajo de las condiciones autónomas de su objetivación; un despojo institucionalizado en el derecho de paulatina apropiación privada de la riqueza socialmente producida. Desde aquí la célebre contradicción fuerzas-relaciones del *Prefacio de 1859* donde el cambio procede por agotamiento de la capacidad productiva bajo las pre-existentes formas sociales y la superación de esta contradicción, posibilitada por su lógica interna solamente a partir de la forma de sociabilidad capitalista, vía la reorganización de la organicidad hombre-naturaleza a través de nuevas y superiores relaciones de apropiación. El cambio histórico es, en Marx, el momento de disolución y redefinición de la forma de sociabilidad, de la mediación entre el productor, sus formas productivas y lo producido. La continuidad reside en el proceso de creciente oposición entre trabajo vivo y trabajo muerto, presente y pasado, tiempo y espacio, y de su sucesiva re-conjunción bajo premisas que amplían la falta de control del primero sobre el segundo y su cosificación en fuerza enajenada.

Como subraya David Harvey la historia procede, en Marx, por acumulación originaria y reproducción ampliada: redefinición del concepto de excedente vía la institucionalización de nuevas relaciones sociales de producción, cuya condición es la apropiación y concentración previa de trabajo pasado y de trabajo vivo, para la inserción de ambas fuerzas sociales bajo formas volcadas a la extracción de mayor plusproducto. Desde esta perspectiva, fundamentada, insistimos, en la centralidad analítica del concepto de “mediación”, la ciudad aparece como una *forma objetiva de existencia social* cuya comprensión implica una utilización dialéctica de las categorías, donde las mismas no representan elementos estáticos, sino relaciones dinámicas¹⁶², donde el

espacio urbano, vale decir, es tanto producto como agente del capital. Perspectiva que nos sugiere considerar la relación entre sociedad capitalista y organización espacial no en términos de causa-efecto, sino como articulación necesaria y, veremos, contradictoria.

A finales de los años sesenta, fue Henry Lefebvre, el primero en vislumbrar la posibilidad de un renovado análisis marxista de la ciudad¹⁶³. En Lefebvre ciudad y sociedad capitalista contemporánea no son sinónimos, sino dos facetas, aún inseparables, entre sí conflictivas de una misma realidad: un proceso de desposesión históricamente específico que se ha materializado en el cambio de la relación entre ciudad y campo. Con el capitalismo desarrollado renace la antigua explotación del segundo por parte de la primera, centro de acumulación de excedente, teniendo, sin embargo, lugar un nuevo desplazamiento del conflicto, aquello entre el excedente acumulado y extrañado, el capital, y una ciudad hecha territorio. Con la consolidación del capitalismo, el antagonismo ciudad-campo se ha convertido, para Lefebvre, en contradicción urbana; el *punto crítico*: un proceso de paulatina concentración y centralización que ha derivado en el estallido de la “ciudad” como forma social.

Por un lado la explosión del tejido urbano, propia de la era capitalista industrial, invadiendo el campo, anuncia el inicio de la superación de la antigua oposición. Por el otro este mismo proceso ha implicado su implosión como centralidad. El atenuarse de la oposición morfológica ciudad-campo corresponde a un intensificarse de la división del trabajo social entre urbanidad y ruralidad, entre espacios de dirección y espacios difusos de circulación del valor. La nueva centralidad consiste en la presencia de lugares y momentos privilegiados necesarios a la multiplicación y complejización del intercambio, a una creciente socialización identificada, en su “esencia”, con el proceso mismo de urbanización. Es el centro de la razón urbanista, que, pasando por encima de lo urbano como condición de vida, lo reproduce como mera utilidad abstracta, separando los productores de la producción del espacio, de la *ciudad-obra*, la cual, una vez mercantilizada y reducida a *ciudad-producto*, ha convertido la praxis urbana en un poder social privativamente incautado que, como tal, engendra una mayor concentración de poder social¹⁶⁴.

La nueva forma urbana, esta relación contradictoria entre expansión y concentración, hace de la ciudad lefebvriana más un instrumento de la irracionalidad del espacio formal que de la forma valor como capital. El fin de Lefebvre es atestiguar la crisis de la ciudad como “cosa” y entrever el retorno de lo urbano como *praxis*. Aun

enajenada y degradada, la práctica urbana, fundamentada en la simultaneidad, la confluencia, el encuentro, es una, la fundamental en Lefebvre, de las condiciones objetivas por medio de la cual reconstruir el control de la sociedad sobre sus condiciones de reproducción a partir de las conquistas materiales del desarrollo histórico. Utopía sin duda, pero, como en Marx, razonada y, en Lefebvre, espacializada. Como en Marx, así para Lefebvre, la ciudad desaparece con el advenimiento del capital, mejor dicho, entra en crisis y en esta crisis, como toda crisis, ocasión de transparencia, deja aprehender su especificidad:

En la actualidad, la ciudad moderna, al convertirse en centro de decisión, o, mejor, aún, al agrupar los centros de decisión, intensifica, organizándola, la explotación de la sociedad entera. Ello significa, no que la ciudad sea lugar pasivo de la producción o la concentración de capitales, sino que “lo urbano” interviene como tal en la producción (en los *medios* de producción)¹⁶⁵.

La contribución central del “filósofo de la ciudad” reside, de hecho, en haber abierto la posibilidad de atribuir a la ciudad el *estatus* de objeto teórico por medio de un análisis donde la misma desaparece como fetiche reapareciendo como mediación, lo cual, a su vez, indica el camino para un análisis de lo urbano centrado en la crisis y los mecanismos de reproducción del capital. Mostrando al marxismo el camino de regreso a la ciudad, una vez traspasada la entrada, Lefebvre parece poner a un lado, sin embargo, los principios de análisis marxistas. La dialéctica explosión-implosión es por él reducida a una mera dicotomía valor de uso-valor de cambio, sin alguna referencia al antagonismo entre producción y acumulación de valor, vale decir, a la dialéctica valor de uso-valor valorizándose. Lefebvre no nos muestra los mecanismos concretos a través de los cuales la ciudad media la reproducción de una sociedad cuyo principio de coherencia y contradicción reside en la explotación industrial del trabajo vivo y, como tal, a diferencia de la de Marx, su perspectiva abandona la crítica para confluir en la norma. La ciudad de Lefebvre –en este sentido profundamente braudeliano– más que mecanismo de desposesión, es utopía negada, una especie de confrontación permanente entre el París de Hausmann y la Comuna del 1871.

Fue Manuel Castells y la popularidad alcanzada por su intento de sistematización de la “cuestión urbana”¹⁶⁶, el que revirtió la intuición de Lefebvre tachándola de historicista y oponiéndole un marxismo de corte funcional estructuralista¹⁶⁷. Para Castells las mediaciones, ciudad incluida, carecían de sentido en

sí mismas, necesitándose evidenciar la situaciones estructurales que las crean. La solución al problema de la relación espacio-historia –cuyo camino, trazado por Marx y Engels, había sido re-abierto por Lefebvre– implicaba, según Castells, centrarse en determinaciones estructurales objetivas, expresiones de una situación histórica concreta, para así demostrar una posible coincidencia entre unidad espacial y unidad social y sustituir la autonomía puramente institucional, y por lo tanto ideológica, de la sociología urbana por una sociología general aplicada al estudio de la estructuración espacial de los procesos sociales.

En la perspectiva estructuralista de corte althusseriana la totalidad es un sistema de niveles diferenciados, articulados todos entre sí y, cada uno, pertenece a una estructuración espacial específica donde, en calidad de determinante en última instancia, lo económico constituye el principio de unidad. Porque lo económico no es concebido como forma social, como proceso, sino como hecho objetivo mecánicamente productor de articulación entre otras tantas instancias, el espacio, el mismo producto de una estructuración a él exterior, es reducido a “lugar”, a conglomerado en el cual esta articulación se halla circunscrita. Implícito el dualismo, propio del marxismo estructuralista, entre sociabilidad y base material, origen de la falsa dicotomía entre historicidad y ciencia de la sociedad, y de la opción de Castells para construir una “ciencia de lo urbano”.

Dada la imposibilidad, propia de la perspectiva estructuralista, de concebir la totalidad social como relación dialéctica entre distinciones puramente analíticas, la ciudad quedaba reducida a una acumulación de funciones, explicables sobre la base de las ventajas que la concentración proporciona a la estructura capitalista industrial. Para Castells, la articulación entre la ciudad y la estructura socio-económica mostraba la primera como: “expresión espacial a nivel de formas, del proceso de centralización de la gestión y centralización de la ejecución, y esto tanto desde el punto de vista de la producción, como desde el punto de vista del consumo”¹⁶⁸.

La imposibilidad para el estructuralismo marxista de teorizar la totalidad y, con ésta, el espacio, en términos de una forma de sociabilidad producida por y, ella misma, productora de un antagonismo social objetivo, confluyó en una fetichización de la estructura y en el economicismo propio de numerosos y sucesivos análisis “marxistas” sobre una ciudad reducida a mero soporte de tramas sociales. En particular, en las contribuciones propias de la economía política urbana, la conceptualización economicista del modo de producción y la consecuente identificación entre ciudad y

sociedad industrial conllevó considerar la primera en los términos empiricistas de unidad productiva: agrupación de medios de producción, fuerza trabajo y consumidores de mercancías.

Desarrollada a partir de una crítica al conservadurismo funcionalista, la teoría urbana de inspiración althusseriana permitía sí mover el énfasis de un espacio reificado, vehículo de una interacción individual y competitiva conducente a la mejor de las ciudades o sistema de ciudades posibles, a un espacio producido por relaciones sociales generadoras de un desarrollo intra-urbano e inter-urbano desigual. Sin embargo, develar la forma urbana como mero asentamiento espacial del capital implicaba caer en el mismo error del adversario: considerar a la ciudad como mero instrumento para una lógica económica que necesita de una creciente aglomeración¹⁶⁹. Así en autores como Paul Singer¹⁷⁰, la ciudad era, fundamentalmente, el resultado de decisiones de localización, tanto de los medios de producción como de la fuerza trabajo, determinada por la capacidad de la clase capitalista de controlar racionalmente las fuerzas de producción en manera tal de minimizar sus costos. En la base de esta lectura de lo urbano había, a fin de cuentas, una reificación del capital como fuerza y una consecuente limitación del análisis a la esfera productiva.

Sin duda alguna, la distinción entre trabajo y fuerza de trabajo, y el consecuente descubrimiento de la categoría de plusvalor, constituye el eje alrededor del cual Marx identifica la especificidad histórica del capital. Sin embargo, el parteaguas teórico de haber aislado en la apropiación de plusvalor el origen de la ganancia no implica que el análisis de Marx se centre exclusivamente en la esfera de la producción. Una interpretación de este orden ignora, en nombre de la cosificación del capitalismo en industrialización, cómo el mismo es una forma social que arraiga en el antagonismo, desplegándose, contemporáneamente, en el marco de la intercambiabilidad entre equivalentes. La “paradoja” capitalista implica, vale decir, al capital como unidad necesaria y contradictoria entre circulación y producción, la cual, insistimos, presupone la centralidad analítica de la *forma valor*.

Según la interpretación productivista, todo el sentido del análisis de Marx giraría alrededor de la teoría del valor-trabajo, culminación del recorrido analítico del producto al mercado y, de éste, al capital. Marx procedería por etapas, del valor de uso al valor de cambio y, de éste, al valor valorizándose, en cada una de las cuales la categoría antecedente quedaría abandonada en nombre del mayor potencial explicativo de la sucesiva. Sin embargo, el razonamiento de Marx es acumulativo, no lineal. Lo que

cuenta no son las categorías en sí, sino la relación entre ellas¹⁷¹. La ley del valor-trabajo es, en Marx, la especificidad histórica de la forma valor como capital, es decir, la relación, como veremos contradictoria, entre necesidad (valor de uso), su necesaria determinación social (valor de cambio) y la subsunción de esta determinación al sentido social abstracto (valor-valorizándose).

Gracias a la importancia atribuida a las categorías de totalidad y mediación por la “heterodoxia” del marxismo crítico, el esquema diacrónico esbozado por Marx en las *Formas* sirvió de principio teórico organizador para una sociología urbana empeñada en recuperar y superar la herencia de Lefebvre. A partir del conocimiento de los desarrollos ulteriores del capitalismo y de sus nuevas formas de socialización, la ciudad será ahora analizada desde el punto de vista del rol por ella cumplido en la realización plena del capital en tanto que poder social históricamente determinado.

Como vimos, en Marx, la ciudad mediaba la reproducción de la unión entre trabajo y sus condiciones de objetivación, entrando así en contradicción con la valorización del valor y esfumándose como objeto teórico específico con la consolidación del capitalismo. En la nueva perspectiva, desarrollada desde el punto de vista privilegiado del capitalismo desarrollado, la ciudad mantenía el carácter de mediación delineado por Marx, ahora sin embargo ejercitada para la reproducción de la contradicción capitalista. Había, por lo tanto, que acompañar el marxismo no sólo hacia el momento urbano, sino adentro de los mismos meandros del nuevo tema histórico: la ciudad contemporánea. A tal fin, en lugar de aplicar a la ciudad los principios de análisis marxistas, se trataba, ahora, de conferir al marxismo una dimensión urbana, demostrando cómo la valorización del valor, realizándose en el espacio, resulta afectada por su misma forma de espacialización.

Empeñado en construir un marco conceptual capaz de superar la limitación empírico-descriptiva de la geografía convencional, también David Harvey delineó las bases de su aporte teórico a partir de la preocupación estructuralista acerca de la relación entre desarrollo urbano y modo de producción. Si, como en el caso de Castells, el primero indicaba la forma por medio de la cual los procesos sociales se manifiestan en un medio espacialmente estructurado, empeñado en una recuperación del anti-economicismo de Marx, Harvey centró su atención en la articulación necesaria entre producción y el modo de sociabilidad a través del cual sus elementos, trabajo y medios, y, con éstos, las actividades en que ha quedado compartimentada la división social del trabajo, quedan relacionados entre sí, fundándose en una totalidad coherente. Concebido

como parte integrante de la base económica, el mecanismo de coordinación social, la forma valor, permitía centrar el análisis en la manera en la cual el modo de producción “produce” las condiciones de su propia perpetuación¹⁷².

En *Urbanismo y desigualdad social*, el texto inaugural de su cambio de paradigma hacia un análisis marxista de la ciudad¹⁷³, la reflexión de Harvey partió de la centralidad analítica de la categoría de excedente, para así asentar la especificidad de lo urbano en su modo de fijación territorial:

Si no se da una *concentración* geográfica del plusproducto socialmente determinado no habrá urbanismo. Allí donde es patente el urbanismo, su única explicación legítima consiste en un análisis de los procesos por los cuales se crea, se moviliza, se concentra y se manipula ese plusproducto social¹⁷⁴.

La integración espacial alrededor de un centro urbano y la concentración del plusproducto estaban íntimamente relacionadas. Harvey recuperaba, de esta forma, el aporte fundacional de Gordon Childe¹⁷⁵, según el cual lo urbano implica una concentración permanente del plusproducto socialmente definido en un punto del espacio y, por lo tanto, en su génesis y transformación, es tanto resultado de un desarrollo de fuerzas productivas necesario a la generación de un excedente, así como instrumento de relaciones sociales de dominación suficientes para su transferencia, apropiación y concentración.

Las formas cambiantes del urbanismo dependían, para Harvey, del grado en el cual el excedente fuera producido de una manera susceptible de ser concentrada, y la importancia de cada ciudad de la localización respecto a su circulación geográfica. Para el geógrafo británico, aquí deudor de la escuela de Pirenne, el objeto de estudio ya no era simplemente la ciudad, sino el sistema de ciudades entre las cuales circula el plusproducto social. Concebida como sistema jerárquico, la forma urbana proporcionaba los canales espaciales para una integración económica que consistía en la transferencia de excedente de los eslabones más bajos de la cadena, hacia los centros de apropiación. Una circulación en espiral que atravesaba tanto la diferenciación espacial interna a las grandes metrópolis, como, y sobre todo, el metropolitano inmerso en el mercado mundial. Es decir, la ciudad cumplía, en Harvey, la función determinante de:

Centro generativo alrededor del cual se crea un espacio efectivo del que se *extraen* crecientes cantidades de plusproducto¹⁷⁶.

Este último, sin embargo, no era todavía calificado en su historicidad de *plusvalor*. Como reconocía el mismo autor, desde la perspectiva de Marx, centrada en la primacía de los mecanismos de generación y apropiación de valor, es el modo de extracción de excedente lo que define los mecanismos de coordinación social que actúan desde la esfera del mercado. En Marx, vale decir, es la forma capitalista de explotación la que cumple el papel relacional entre producción y circulación.

En sus primeras reflexiones, no logrando demostrar el sentido en el cual la concentración de plusproducto en el espacio fuera necesaria a la misma reproducción de una forma determinada de organización social, la capitalista, aquella en la cual el plustrabajo ha asumido la especificidad histórica de plusvalor, el análisis de Harvey permanecía en un plano todavía descriptivo, general, circulacionista. Perfectamente consciente de los límites de su primera aproximación a un análisis marxista de la ciudad, a partir de *Los límites del capitalismo*¹⁷⁷, su obra teórica fundamental, la reflexión del geógrafo se coaguló en torno a las implicaciones espaciales de la *circulación de plusvalor*, es decir, del modo de reproducción, necesariamente ampliado, del capital.

En tanto que proceso histórico, subraya Harvey, la forma capitalista de organización social se ha concretizado en configuraciones espaciales de alta complejidad, por medio de las cuales el paisaje “ha quedado esculpido en forma indeleble e irreversible de acuerdo con los dictados del capitalismo”¹⁷⁸, la dificultad teórica seguía consistiendo en especificar un concepto básico de análisis por medio del cual construir una argumentación suficientemente abstracta, capaz, como tal, de abarcar la multiplicidad de fenómenos propios de la estructuración capitalista del espacio. Tal concepto básico era la *forma valor*, el mecanismo descentralizado de articulación de los trabajos particulares en trabajo social, la exteriorización del proceso a través del cual el trabajo concreto es puesto como *trabajo abstracto*, desde aquí: “la ley del valor no puede ser comprendida más que dentro de la relación producción/circulación”¹⁷⁹.

En una sociedad donde la producción no se halla sujeta al control colectivo, no existe relación necesaria alguna entre la cantidad de trabajo que la sociedad invierte en la producción y el reclamo social que aquella producción viene a cubrir. El haber develado el ser del capital en la relación de plusvalor permitió a Marx mostrar como la satisfacción de la necesidad social, auténtico sentido del equilibrio de mercado, no era un *a priori*, sino un resultado histórico determinado por el modo de extracción de

excedente. Con el capitalismo, la forma valor se había convertido en *ley del valor trabajo*, con lo que, dada las condiciones de producción capitalista, el mecanismo descentralizado de coordinación social consistía en la *circulación de plusvalor*. Por lo tanto, lo que había que examinar era cómo la circulación de capital produce, y a su vez resulta mediada, por una particular forma de integración espacial. Solamente así habría sido posible especificar, lo que el geógrafo nombraba como *fijación espacial* de las contradicciones immanentes al capitalismo.

Todo análisis de los mecanismos de funcionamiento de una forma de sociabilidad es, al mismo tiempo, un análisis de sus procesos, contradicciones y de su disrupción: la reproducción y la crisis son entre sí inseparables¹⁸⁰. A partir de la obra mencionada, la validez del espacio urbano como objeto teórico en derecho propio se configuró, en la reflexión de Harvey, como mediación central de los procesos de gestación, desarrollo y superación de la crisis capitalista. Una perspectiva que, gravitando alrededor de la articulación entre producción y circulación de plusvalor, y, por lo tanto, entre la dimensión endógena y la exógena de toda *formación económico-social capitalista*¹⁸¹, introducía, a su vez, un análisis de la localización, la marxista, organizada alrededor de la categoría de *desarrollo desigual y combinado*, la cual permitía combinar la dimensión socio-económica del capital con la espacial y la teórico-abstracta del modo de acumulación con la histórico-concreta del imperialismo, o, en palabra de Harvey, del *metropolitanismo global*.

Hablamos de una compleja construcción categorial, la relativa, vale decir, a discernir la articulación entre *forma urbana*, *forma capital* y *dialéctica centro-periferia*. Combinando la vertiente crítica de la geografía marxista con la vertiente marxista de la dependencia, Harvey con Ruy Mauro Marini, intentaremos mostrar la ciudad como mediación necesaria a la producción de una integración territorial, la capitalista, entre *formaciones económico sociales espacializadas* de desigual desarrollo relativo, misma que, a su vez, explica la especificidad de la forma urbana central y periférica, ambas producto y mediación, según el aporte fundamental de Milton Santos, de una sola totalidad: la red urbana global. Veremos cómo esta *integración vertical* centraliza la forma capital históricamente dominante, subsumiendo múltiples periferias a un centro, cuya aparente dispersión, la del metropolitanismo global contemporáneo, coadyuva, en realidad, la ahondada concentración del poder social del capital: la financiera.

A tal fin, sin embargo, necesitamos primero esclarecer el carácter contradictorio del movimiento del capital. Desde aquí un enredado tema de discusión: la crisis como

elemento permanente del desarrollo capitalista o, como resaltaremos, el capital como *contradicción viva*. Lo que nos impone abrir otra digresión histórico-teórica, la relativa a la polémica en torno a la presencia o no de una teoría de la crisis en Marx. Las indicaciones de Marx en torno al tema abren la posibilidad, como nos aprestamos a ver, de visualizar el espacio global, el de la economía-mundo, como espacio congénito del capital, cuando por el mismo habrá que entender una división internacional jerarquizada del trabajo social donde la forma urbana centraliza los mecanismo de extracción de plusvalor jugando así el rol de “elemento activo en la dinámica temporal de la reproducción social capitalista”¹⁸².

Al mismo tiempo, en calidad de forma construida y, como tal, depósito de plusvalor, el espacio capitalista, ciudad incluida, encarna la contradicción endémica al capital entre producción y circulación reproduciéndola como disyuntiva entre la necesaria fijación del plusvalor en el espacio y la necesidad de un movimiento continuo que garantice su reproducción ampliada. Si tanto la continuidad como el cambio implican la persistencia de determinadas formas, la relación entre conflicto e integración, entre producción y circulación de plusvalor puede aquí leerse como relación espacio-tiempo, siendo la ciudad, *acumulación privilegiada de tiempos históricos*¹⁸³, el lugar que asegura la unidad, la continuidad del capital, y el capital, en tanto que contradicción, crisis permanente, el canje temporal que coadyuva la necesaria transformación del espacio urbano.

Hacia una teoría de la crisis

El tema del carácter de la crisis capitalista es, en sí mismo, un debate de complejas implicaciones teóricas que, a su vez, reflejan el contexto histórico de origen y los determinantes político-estratégicos de cada línea interpretativa. La reconstrucción del debate que delinearemos nos permitirá aislar el sentido del capital como reproducción ampliada de contradicciones, perspectiva fundamentada, insistimos, en la centralidad de la *forma valor* en el análisis de Marx¹⁸⁴.

En la historia de la economía política, disciplina que se formó al compás del capitalismo, el valor vinculado al tiempo de trabajo constituyó el concepto clave para el planteamiento del debate en torno al origen de la ganancia, debate alrededor del cual Marx construyó su propia obra teórica. Desde el punto de vista de la economía burguesa

se trataba de justificar las relaciones de distribución existentes para así demostrar la necesidad social del beneficio y, con ésta, el carácter progresivo de la acumulación capitalista. Sin embargo, cuando el capital, y con éste el trabajo libre, estableció su dominio sobre la sociedad, la teoría del valor-trabajo abría la posibilidad de admitir la producción de un plusproducto apropiado por las capas no productoras de la sociedad. La solución de los clásicos de la economía política residió en considerar a la propiedad misma, a la par del trabajo, como fuente de valor y así delinear la dinámica a través de la cual el intercambio de equivalentes proporcionaba beneficios a los tres factores –tierra, trabajo y capital– de manera proporcional a sus costos.

Las dificultades teóricas implícitas en articular la ley del valor-trabajo con la divergencia entre valor y precio movieron el centro del análisis de la distribución a la circulación y, con ésta, la sustitución de una teoría objetiva del valor por una subjetiva. Con la economía neo-clásica, las categorías de la economía política quedaron así transformadas en leyes universales del comportamiento humano y la teoría, convertida en ciencia objetiva justo a partir de su subjetividad, asumió el carácter a-histórico de la “economía pura” centrada en el equilibrio de mercado¹⁸⁵. Reducido todo problema económico a este principio único, la teoría neo-clásica resolvía *a priori* y, como tal dejaba en suspenso, las cuestiones avanzadas por los clásicos, las correspondientes al problema del origen del valor y el de su distribución vía el intercambio. Presupuesta la identidad entre precios y valor, admitidas, vale decir, las necesidades sociales tal como se presentaban en el mercado, la circularidad de la argumentación excluía del cuadro la producción de excedente, identificando la reproducción del capital con la reproducción simple.

Volcada a presentar el estado de cosa como racional e ineluctable, la economía burguesa se conformó así como teoría de los mecanismos de mercado que utiliza modelos abstractos y, como tales, estáticos, de equilibrio. Aunque el equilibrio exprese una tendencia que bien puede alejarse de la realidad, su demostración teórica es suficiente para erigirlo como límite interpretativo de lo real¹⁸⁶.

A diferencia de las teorías burguesas, enfocadas en la tendencia al equilibrio, intrínseco o políticamente encauzado¹⁸⁷, y, por lo tanto, en la ausencia de límites inmanente a la reproducción del sistema, los análisis marxistas parten de un desequilibrio necesario entre oferta y demanda, y entre producción y circulación, diferenciándose, sin embargo, entre los que enfatizan la incapacidad o capacidad del capital de auto-perpetuarse y, con ésta, la naturaleza de las condiciones de y, por lo

tanto de los límites a, su reproducción. En el primer caso, propio de la perspectiva del *sub-consumo*, la expansión del proceso de valorización y su misma interrupción dependen de factores externos, en el segundo, propio de la lectura de la crisis por *sobreacumulación*, proceden vía la profundización de contradicciones internas que, a su vez, crean las condiciones para su superación moviéndolas a un nivel superior. Implicando una diferente lectura de los mecanismos de reproducción del capital, cada perspectiva corresponde, a su vez, a una diferente conceptualización de la articulación entre desarrollo capitalista endógeno y exógeno¹⁸⁸.

Como argumenta José Aricó, la polémica relativa a la crisis atravesó, desde sus orígenes, un entero abanico de enfrentamientos estratégicos articulados al contexto histórico de ascenso, reflujo y derrota del movimiento obrero y a los momentos distintos de desarrollo capitalista, pugnas que confieren a la historia del debate un carácter ambiguo, con posiciones políticamente enfrentadas que frecuentemente compartieron las mismas premisas epistémicas. De hecho, será sobre la base de la caracterización de la existencia o no de límites a la reproducción del capital que el marxismo terminará por bifurcarse en una serie de corrientes¹⁸⁹.

Fueron las crisis de sobreproducción, mismas que, a partir del siglo XIX, parecían repetirse periódicamente, las que proporcionaron la contra evidencia histórica sobre la base de la cual los radicales del socialismo pequeño burgués, según el apodo que les confirió Marx, negaron el mecanismo autoregulator del mercado, convirtiéndose así en los fundadores de la teoría del *sub-consumo*. El socialismo utópico sostenía la imposibilidad de la reproducción del capital por la inequidad de relaciones de distribución que disminuían paulatinamente la capacidad de consumo del trabajo, apelando, así, a la necesidad de reformas en este ámbito¹⁹⁰, en ausencia de las cuales los problemas de realización aparecían inevitables y el capitalismo una forma de organización encaminada al estancamiento, perspectivas ambas fundamentadas en considerar al consumo como determinante del conjunto de la producción¹⁹¹.

Con el advenimiento de la concentración industrial monopólica, el incremento de las ganancias obtenidas vía el control de los precios y la consecuente contracción del mercado, los problemas de realización quedaron desplazados a un nivel cualitativo superior, el de la incapacidad del sistema para absorber el excedente potencial¹⁹². A partir de la desproporcionalidad entre bajo consumo y alta producción, la expansión de la capacidad productiva era vista como una elección irracional y el capitalismo un modo de producción tendiente al estancamiento, cuya contra-evidencia histórica era explicada

apelando a fuentes externas de realización. El mercado mundial quedó así elevado al rango de instrumento central a la reproducción del capital, mecanismo gracias al cual el exceso de ahorro en las naciones de capitalismo desarrollado quedaba absorbido por la inversión hacia el exterior y la exportación de mercancías. El imperialismo aparecía aquí como la etapa más elevada del sub-consumo¹⁹³.

Internamente a las filas marxistas, la discusión sobre la capacidad o incapacidad del capital de auto-perpetuarse se desarrolló solamente a finales del siglo XIX y concomitante con la restructuración del capitalismo sucesiva a la crisis del 1879, el quiebre de la esperanza en un nuevo despliegue revolucionario, la progresiva incorporación del partido socialdemócrata alemán al Estado prusiano y la publicación, en 1885, del segundo volumen de *El Capital*. El revisionismo de la II Internacional rechazó la lectura subconsumista del derrumbe por creciente polarización entre las clases y pauperización del proletariado –perspectiva erróneamente atribuida a Marx¹⁹⁴– fundamentando la reproducción ilimitada del capital en los mecanismos de autorregulación monopólicos. El proceso de creciente socialización de la producción quedaba así colocado en el origen de una inevitable transición al socialismo, con lo que, transformado el marxismo en filosofía de la historia, era posible legitimar la exclusividad de la lucha democrática a través de una concepción fatalista y mecanicista de la revolución¹⁹⁵. La detracción de Bernstein a la capacidad de previsión de Marx convergía así con el marxismo ortodoxo de Kautsky, compartiendo ambos una lectura de las tendencias históricas como leyes naturales de desarrollo, lo que convirtió la crítica de Marx a la economía política en una interpretación teleológica de la historia, epistemológicamente arraigada en el materialismo vulgar. Desde aquí los ejes clásicos de la socialdemocracia: positivismo teórico y reformismo político.

Gracias a la aversión a considerar el marxismo como una filosofía de la historia y a la unicidad, en el entorno marxista de la época, de una preparación teórica construida independientemente del canon socialdemócrata, Lenin logró recuperar la criticidad del método de análisis de Marx, volcado a la utilización de la teoría abstracta para el examen de la situación histórico-social concreta. Empeñado en el esfuerzo de llevar los principios de análisis marxista al terreno de lo político, Lenin enfocó su análisis en las contradicciones objetivas de las relaciones entre las clases, moviendo así el enfoque del economicismo implícito en un uso reduccionista de la categoría “modo de producción” a la totalidad de la reproducción, y atribuyendo, de esta manera, centralidad explicativa a los esquemas de Marx¹⁹⁶, hasta entonces ignorados por la II

Internacional. Desde aquí, tanto su polémica con los populistas rusos y su temprana diferenciación de los marxistas legales, así como su posterior enfrentamiento con la ortodoxia socialdemócrata.

Frente a la tendencia, hasta entonces preponderante, de restringir al subconsumo las dinámicas de una hipotética crisis capitalista, la historicidad crítica del joven Lenin, así como, en la fase pre-bélica, el reformismo socialdemócrata, movieron ambos, aún por razones diametralmente opuestas, el acento del análisis de lado de la oferta en manera tal de demostrar la capacidad del capital de auto-perpetuarse para así argumentar, en el primer caso, la necesidad de organizar el proletariado urbano y continuar justificando, en el segundo, el parlamentarismo. La situación del mercado dependía del capital, no del trabajo, siendo los mismos gastos en nuevas inversiones productivas los que determinaban la demanda de bienes de consumo¹⁹⁷. Así como habían sido delineados por la teoría del *sub-consumo*, los problemas de realización carecían de sentido, siendo el mercado interior un resultado de la ampliación de la división social del trabajo y la acumulación capitalista, que se efectúa primariamente sobre la base del crecimiento de los medios de producción. Contra toda teoría del derrumbe, el sistema capitalista no derivaba en un estancamiento necesario, sino contenía en sí mismo las condiciones de su propia reproducción.

Sin embargo, si Lenin había desarrollado su crítica a los populistas rusos¹⁹⁸ a partir de la consideración central de que la anticipación de ganancia (valor) y no la satisfacción del consumo (valor de uso) era el fin del capital, recogiendo así la contradicción capitalista según Marx entre la tendencia al desarrollo absoluto de las fuerzas productivas y los límites impuestos por las relaciones sociales dentro y por medio de las cuales ésta se realiza¹⁹⁹, los marxistas legales rusos –precursores del neo-armonicismo socialdemócrata alemán– terminaron por eliminar del todo el problema de la realización. Desde una lectura simplista de los mecanismos a través de los cuales el capital crea su propia demanda, la ampliación del mismo quedaba exclusivamente determinada por sus necesidades internas de crecimiento, y, estas últimas, de un desarrollo, en principio ilimitado, de las fuerzas productivas, ellas mismas capaces de crear sus propias oportunidades de colocación. Una vez separada la producción del consumo social y articulándola exclusivamente al productivo, el problema de la necesidad (valor de uso), central en Marx, quedaba eliminado²⁰⁰. Del lado opuesto, la perspectiva crítica de Lenin permitía mostrar cómo la paradoja capitalista de la “producción para la producción misma” revelaba tanto la misión histórico-progresista

del capital, como su realidad de contradicción entre acumulación y necesidad social, cuya superación pertenecía a la dimensión política²⁰¹.

Introducido al debate por la socialdemocracia rusa, al modelo de reproducción social capitalista delineado por Marx en el tomo II quedó sucesivamente atribuida, por su fracción occidental, una centralidad explicativa tanto por quienes, desde la filas del reformismo, rechazaron la teoría del *sub-consumo* sobre la base de una “correcta” interpretación de los esquemas para así continuar sosteniendo la indefinida perpetuidad del capitalismo y la opción por una vía gradual al socialismo, así como por quienes, desde la izquierda comunista radical, la revitalizaron negando la validez de los mismos, prediciendo el próximo advenimiento de la crisis definitiva y avocando la imprescindibilidad de la acción revolucionaria de masa²⁰².

El centrismo socialdemócrata²⁰³ recurrió a los esquemas y a su supuesta teoría del equilibrio para sustentar tanto prácticas reformistas en el interior, como el ascenso al colonialismo, entonces imperante, hacia el exterior. La creciente centralización y concentración del capital dejaba pronosticar, para los teóricos alemanes, la tendencia hacia el sobre-imperialismo, este último capaz de garantizar, aun todavía sobre la base del trabajo asalariado, la llegada de una completa regularización de la producción social. Con el arribo del “capitalismo organizado”, el capital financiero cumplía, desde esta perspectiva, una función socializadora que abría la posibilidad de transitar pacíficamente al socialismo vía una estrategia de reformas sociales alcanzadas vía el acceso de la clase trabajadora al Estado, a realizarse, obviamente, por vía electoral. La crisis militarista era así concebida como una perturbación momentánea de la legalidad económica, debida al dominio coyuntural de la fracción financiera parasitaria, la cual, según esta corriente, tenía que combatirse por medio de una alianza estratégica con el ala progresista de la burguesía.

En oposición a la apologética armonicista del capitalismo, el problema de los comunistas de izquierda pasaba así a la identificación de los límites del capital. Desde aquí la revitalización, por parte de Rosa Luxemburgo, de la teoría del subconsumo. A la tesis de una reproducción en escala siempre más ampliada dentro del mismo sistema, Luxemburgo opuso, por primera vez en el ámbito marxista, la del derrumbe, sosteniendo la invalidez de los esquemas de Marx una vez introducido en ellos el aumento de la composición orgánica. Replanteó así de manera radical la cuestión del imperialismo sosteniendo la imposibilidad, en el marco de la mera relación capital-trabajo, de la plena realización del plusvalor acumulado. La reproducción implicaba,

para Luxemburgo, la presencia necesaria de una fuente de demanda efectiva totalmente extraña a dicha relación. Esta dependencia forzosa del dominio sobre áreas no capitalistas imponía un límite externo que, paulatinamente agotado, cargaba cada crisis de una gravedad creciente, permitiendo así preanunciar la llegada de un bloqueo definitivo a la reproducción del sistema²⁰⁴.

Las tesis teórico-políticas del reformismo alemán encontraron sus fundamentos economicistas en la teoría de los ciclos de Bauer, el cual sostuvo la invalidez del análisis de Luxemburgo argumentando cómo una “correcta” lectura de los esquemas demostraba lo que la marxista polaca había negado. El error de Marx no residía en las conclusiones, sino en las premisas demasiado estrechas, cambiando las cuales era posible demostrar la compatibilidad entre la creciente composición orgánica del capital y la reproducción ampliada²⁰⁵. Era ésta una interpretación de la crisis como producto de fases cíclicas, cuyo carácter recurrente, pero transitorio, demostraban la ausencia de límites internos a la reproducción.

En esta misma época Lenin, ahora empeñado en el embate contra la II Internacional junto con los comunistas de izquierdas y, sin embargo, adverso a cualquiera teoría economicista del derrumbe, leía la expansión del mercado exterior, no bajo la perspectiva subconsumista de condición *sine qua non* para la realización de mercancías, sino en los términos marxianos de tendencia inmanente a una circulación, la capitalista, continuamente buscando superar confines preestablecidos y, relativamente a la especificidad imperialista, como elección estratégica para contrarrestar la tendencia a la baja de la tasa de ganancia vía la exportación de capitales. Fase superior del capitalismo, el imperialismo constituía para Lenin, no una tendencia histórica necesaria, sino la distorsión monopólica de una minoría oligárquica, de aquella fusión, vale decir, entre capital industrial y bancario constitutiva del capital financiero.

Consumada la revolución de octubre, la izquierda radical comunista se separará definitivamente de la socialdemocracia²⁰⁶. La pugna política entre los dos frentes se centrará en la caracterización del proceso de reestructuración capitalista, los anversos mostrando, sin embargo, importantes coincidencias teóricas. Si el énfasis sobre el pasaje de la fase concurrencial a la monopólica demostraba, para los socialdemócratas del *capitalismo organizado*, la tendencia a la estabilización del sistema, para el frente comunista evidenciaba la posibilidad de la formación de una voluntad colectivamente organizada que en el interior se expresaba como *capitalismo de Estado* y, compitiendo como economía nacional en el exterior, implicaba el ingreso a un estadio de crisis

general. Ambas perspectivas consideraron el sistema financiero y el Estado como instrumentos no coyunturales de regulación del capital, realizando así un cambio de paradigma tanto en la periodización del capitalismo como en el conjunto de las problemáticas a tratar, ambos de amplia influencia en los debates sucesivos a la segunda guerra mundial sobre el carácter de la crisis y del así llamado “Estado de bienestar”.

En este último caso, en la búsqueda de una crítica marxista al nuevo vigor del capitalismo de post-guerra, Baran y Sweezy recuperaron la caracterización de la nueva fase de desarrollo capitalista articulándola a los lineamientos teóricos del subconsumo. En oposición a la teoría burguesa del equilibrio, donde la crisis es una interrupción momentánea de la “normalidad”, la perspectiva marxista del “capitalismo monopolista de Estado”, diferente de la de Lenin, enfatizó la tendencia a la expansión de la capacidad productiva del capital a crecer a una tasa superior a la demanda efectiva por ella generada. Según el nuevo paradigma, la época monopólica era presa de problemas de realización debidos al “excedente creciente”, una tendencia considerada a la base del intervencionismo estatal posbélico en el ámbito de la producción y el consumo, este último garante, en particular, de la integración de la clase obrera a ampliados mecanismos institucionales de regulación del conflicto de clase. La perspectiva se articulaba así a la línea de los partidos comunistas europeos de este entonces, a la búsqueda, vale decir, de una “vía democrática al socialismo”, misma justificada argumentando la necesidad de la apropiación colectiva, por vía pacífica y parlamentaria, de una creciente socialización de la producción públicamente regulada en el interés del capital privado. Una elección que, si por un lado apreciaba los cambios objetivos operados en la re-estructuración fordista del capitalismo, por el otro, eludía de su horizonte político una crítica radical acerca de la organización capitalista de la producción social y los mecanismos de extracción de plusvalor.

Dejando la reconstrucción histórica y adentrándonos en el análisis, no obstante las antagónicas razones políticas, tanto del lado de los críticos, como de los sustentadores del derrumbe, el error teórico fundamental residió en atribuir a los esquemas de *El Capital* una función explicativa de la crisis, misma para la cual, argumenta Román Rosdolsky, no fueron elaborados por su autor, perteneciendo a la etapa más abstracta del proyecto de Marx. Tanto en el tomo I como en el II, Marx, hace notar Bolívar Echeverría, nos muestra el proceso de reproducción desde el punto de vista más general y abstracto, el del capital social tomado como unidad; en el primero analizando el proceso productivo de valorización, en el II este mismo así como resulta

siendo mediado por la circulación. Es solamente en el tomo III, que Marx asume el punto de vista del capital social como entramado concreto histórico. El volumen II corresponde, vale decir, a la mediación teórica necesaria para transitar del volumen I al III, de la producción de capital a lo concreto de su reproducción como multiplicidad de capitales, y, como tal, mediada por la esfera de mercado²⁰⁷.

Los esquemas, insiste el comentarista de los *Grundrisse*, no son representativos en Marx de una solución histórico-concreta al problema de la realización, sino evidencian cómo la dimensión del valor de uso interviene en la reproducción del capital desde un punto de vista general y abstracto. Mostrándonos cómo la valorización del valor, aún aconteciendo en la esfera productiva, depende de la disponibilidad, en la de la circulación, de valores existentes bajo una forma específica de utilidad y en proporciones determinadas, Marx nos quiere mostrar cómo la dimensión de la *necesidad social* constituye una barrera siempre presente para una forma de organización social, la capitalista, que no la tiene como fin y que, sin embargo, se encuentra a ella vinculada.

Se trata de una contradicción básica, la que se da entre valor de uso y valor, cuyo movimiento histórico concreto implica, sin embargo, mover el análisis del punto de vista del capital en abstracto a lo concreto de la multiplicidad de capitales, de la ley de la acumulación a su manifestación como ley de competencia. Desde aquí, subraya Rosdolsky, considerar a los esquemas explicativos del carácter de la crisis significa confundir lo abstracto con lo concreto, la lógica con la historia, terminando, al mismo tiempo, por atribuir a la relación de capital según Marx una armonicidad que no le pertenece.

En los esquemas, el fin de Marx no es investigar la necesidad, sino las condiciones del equilibrio, para así dejarnos intuir como la crisis tendrá que manifestarse como interrupción temporal de la *forma valor*, como desproporcionalidad entre valor producido y su convalidación social, entre producción y circulación, cuando el origen del desajuste tiene que buscarse más allá de la relación valor de uso-valor de cambio: en el *proceso de subsunción del valor de uso al valor valorizándose*.

Por *forma valor*, como ya mencionamos, tenemos que entender el mecanismo descentralizado de coordinación social por medio del cual, en toda sociedad de productores independientes y recíprocamente indiferentes, el trabajo privado asume el necesario carácter social. Es la centralidad atribuida por Marx a la *forma valor* la que nos permite comprender: “porque Marx presenta el capitalismo después de la mercancía

y la moneda y bajo el ángulo de la transformación del dinero en capital”²⁰⁸. Sólo partiendo de esta centralidad categorial es, de hecho, posible entender el sentido en el cual el método crítico de Marx procede de lo más abstracto y general para distinguir su especificidad histórica y así reconstruirlo como concreto inteligible: de la circulación simple a la producción y, de ésta, a la circulación ampliada, o modo de reproducción del capital. Del punto de vista del capital, donde la *ganancia* es mera suma de valor a intercambiarse, al punto de vista del trabajo, donde la *plusvalía* es proceso de creación de valor explicable solo en términos de profundización y consecuente negación del intercambio de equivalentes. Del imperativo de las leyes de mercado al antagonismo social de las leyes de capital, para así demoler el fetichismo de las primeras.

Lo más abstracto y general, el mercado, era el mismo una contradicción entre dos formas de determinar la necesidad social, la del valor de uso y valor de cambio. Individuada por los clásicos como mera dualidad, Marx explicitó la *forma valor mercancía* como contradicción, para así centrar el análisis en la especificidad de la misma así como había históricamente derivado, con la mercantilización del trabajo y el advenimiento de su doble naturaleza –valor de cambio para el trabajo y valor de uso para el capital– en la contradicción propia de la *forma valor capital* entre valor de uso-valor valorizándose. Volcado a justificar lo existente, el punto de vista burgués no podía concebir al mercado como contradicción y, desde luego, tampoco extender ese principio a la esfera de la producción. Sin embargo, como anteriormente discutimos, el intercambio de mercancías sobre la base de equivalentes en tiempo de trabajo no arrojaba de por sí algún beneficio. Desde aquí el impasse teórico de elegir entre la ley del valor-trabajo y la divergencia precio-valor. Como vimos, la solución neo-clásica había sido negar a la segunda eliminando a la primera, optar por la ideología del equilibrio de mercado y hacer desaparecer del cuadro el antagonismo de clase.

A partir de la naturaleza contradictoria del valor en su forma pura, la mercancía, Marx señaló la especificidad de la misma como capital en una fuente de valor, el *trabajo libre*, que, despojada de sus medios de objetivación, engendraba el excedente social bajo la forma de trabajo enajenado. Era el hallazgo de la categoría de *plusvalía* y del origen de la ganancia en la esfera de la producción, fundamentado en admitir la posibilidad de una mercancía cuyo valor de uso excediera su valor de cambio. El capital no implicaba una relación de equivalencia, sino la apropiación, en la producción, de plustrabajo impago, mismo que, una vez considerado bajo su forma fenoménica de ganancia, permitió demostrar cómo, en el capitalismo, las relaciones de precios

dependían de las relaciones de valor, aunque de una forma más compleja de la circulación mercantil simple.

La *ganancia*, nos advierte Marx, es una manifestación del plusvalor que, en su calidad fenoménica, esconde la realidad de la explotación. La relación social de la plusvalía queda, vale decir, fuera del horizonte de visibilidad inmediato, planteándose a los capitalistas como mera cantidad de valor cuya magnitud depende del margen entre precio de venta y costos de producción²⁰⁹.

En toda sociedad de mercado, la satisfacción de la necesidad social se manifiesta en una situación de equilibrio, donde los precios de las mercancías gravitan alrededor de su valor comercial, expresión cosificada, en el capitalismo, del *tiempo de trabajo socialmente necesario* para su producción²¹⁰. Bajo condiciones de producción capitalista, el valor de mercado atestigua una *composición social media*, resultado de la generalización de relaciones de producción que aseguran un determinado nivel de excedente²¹¹. Transfigurado en *precio de producción*²¹², el valor de mercado permite a los capitales particulares que se desvían de las condiciones medias realizar un valor de magnitud distinta al que obtendrían dada su *composición orgánica*, mecanismo que favorece a los capitales más desarrollados, mientras la relación inversa rige para los que cuentan con una componente trabajo superior a la media.

El hecho de que la competencia favorezca los sectores más productivos hace que el capital fluya constantemente, de áreas estancadas, hacia las que están en rápido desarrollo en búsqueda de *ganancias extraordinarias*, las mismas que se vuelven a perder a causa del aumento del flujo de inversiones. La plusvalía total queda así distribuida en proporción directa a la magnitud del valor invertido e indiferentemente al plusvalor efectivamente engendrado por cada capital. Es esta búsqueda constante de beneficios extraordinarios en la circulación la que coadyuva, en la producción, el desarrollo relativo de la componente capital respecto a la componente trabajo, y con ésta, la expansión en la escala de la acumulación a través, como veremos, de un incremento en la productividad del trabajo social que tiende a la generalización de mecanismos de extracción de plusvalía relativa; un proceso por medio del cual se producen nuevas condiciones medias de producción, un nuevo valor de mercado y, en fin, la nivelación temporal de la tasa de ganancia.

Mostrando cómo la competencia consiste en el movimiento del capital entre las distintas esferas de la producción atendiendo el alza y la baja de la cuota de ganancia, Marx demostraba cómo, bajo condiciones de producción capitalista, la diferencia

precio-valor atestigua el movimiento del capital social volcado a conseguir la expansión de su propio dominio sobre el trabajo. El mercado, por lo tanto, era la “*naturaleza interna del capital*” manifestándose como “necesidad exterior”²¹³, un movimiento continuo que excluía cualquiera clase de equilibrio estático, donde el juego de la oferta y la demanda mediaba la socialización de un determinado grado de despojo²¹⁴. En otros términos, no eran las condiciones de mercado a determinar la relación precio-valor, sino esta dependía de la generalización social de condiciones de producción capaces de satisfacer la necesidad social, así como esta quedaba determinada, en la producción, por la necesidad de plusvalor.

El capital para Marx es esta determinación de la reproducción social, el valor de uso, por la reproducción de plusvalor, el valor valorizándose, mediada por el mercado, el valor de cambio. Perspectiva desde la cual el ámbito del trabajo no queda simplemente identificado, como en los esquemas, con la dimensión cuantitativa del capital variable, sino con un proceso más amplio de reducción de los productores a un estado de necesidad, relativa y/o absoluta, misma de la cual depende la reproducción del excedente. Como veremos, es desde este matiz cualitativo que Marx desplaza los fundamentos de la crisis de cuestiones de realización, relativas a la circulación, *a la dependencia del capital de lo que “no es capital”*, a la producción, lo que le dejará entrever la inevitabilidad de desequilibrios de mercado, ellos mismos, sin embargo, a entenderse en términos de mecanismos reguladores de una distribución del trabajo social volcada a asegurar la continuidad de la acumulación ampliada sobre la base del incremento de la explotación del trabajo.

Por lo tanto, reducir el tema de la reproducción a una cuestión de equilibrio de mercado negaría, atribuyéndole la perspectiva propia de la economía burguesa, el mismo sentido del capital según Marx. Este último, Marx subraya incesantemente, es proceso histórico y como tal, y como bien había intuido Lenin, una *contradicción viva* cuyo fundamento se encuentra en la producción y cuya dinámica reside en la subsunción de la necesidad concreta, el valor de uso, a la necesidad abstracta, el valor valorizándose, vía la intermediación del mercado, el valor de cambio. Desde aquí también el imperativo, por parte de la perspectiva marxista, de centrarse en “aprehender el conjunto del ciclo económico, con lo que adquiere nuevo interés la dialéctica entre producción y circulación”²¹⁵.

Como señala Echeverría²¹⁶, los primeros intentos desde el marxismo de demostrar la presencia de barreras inherentes a la reproducción capitalista sufrieron de

las debilidades teóricas implícitas en haber ignorado la estructura del método de Marx. Centrado en los esquemas, y no reconociéndolos como parte de la organicidad de un pensamiento que procede por aproximaciones abstractas hacia la reconstrucción del concreto-histórico, el marxismo desvirtuó el sentido crítico del análisis de su fundador: si el socialismo lo transformó en la imagen distorsionada de un sistema capaz de garantizar, por su propia fuerza, su perpetuidad, del lado comunista, aun con debidas excepciones²¹⁷, la búsqueda de fundamentos objetivos para la oposición revolucionaria tendió a caer en el fatalismo economicista o, en el caso particular de Rosa Luxemburgo, primera sostenedora, en el ámbito marxista, de la presencia de límites objetivos a la reproducción, en una errónea conceptualización de lo “externo” al capital.

La centralidad de la contribución de Luxemburgo consistió, si seguimos al filósofo ecuatoriano, en haber señalado la dependencia del capital de la presencia de un ámbito “no-capitalista”. Sin embargo, por haber interpretado a los esquemas de Marx, y la realidad pura delineada en ellos, como concreto-histórico, la teórica marxista terminó por concebir a este “otro” como dimensión territorial, y como tal exógena, y no endógena u ontológica, vale decir, constitutiva del mismo “ser” del capital. Una perspectiva, la de Luxemburgo, desde la cual el territorio de la reproducción ampliada del capital sólo puede ser conceptualizado en términos de dualismo entre sociedades capitalistas y pre-capitalistas, en lugar que expresión espacial unitaria de una forma de organización social concebida como totalidad, como proceso de reiterada subsunción de toda forma de reproducción social a las necesidades de reproducción de la forma plusvalor, proceso que produce polaridades.

No obstante, el punto central, subrayado por Rosdolsky, y recuperado por Marini²¹⁸, permanece, es decir, lo de entender el papel cumplido por los esquemas en la construcción teórica de Marx, un papel que Marx no alcanzará a desarrollar en plenitud, y a partir del cual es posible entender como el contenido del volumen II, temporalmente posterior a los otros volúmenes de *El Capital*²¹⁹ haya sido elaborado en plena sintonía con el plan originariamente elaborado por Marx, mismo que habría tenido que terminar con la consideración del mercado mundial y la crisis²²⁰. Una reflexión necesaria para alcanzar una conceptualización de la espacialización del capital como *desarrollo desigual y combinado*.

De hecho, aquí podemos situar una de las contribuciones centrales de la reflexión de Marini, construida a partir de la búsqueda teórica de la articulación entre los esquemas de reproducción de Marx y los temas fundamentales de los volúmenes I y

III, es decir, respectivamente, la ley general de la acumulación y su manifestación como ley de competencia. Como señala Harvey, la falta de un enlace explícito entre los que serían tres niveles distintos de concreción de la contradicción capital-trabajo constituiría una laguna que demuestra la ausencia, en Marx, de una teoría de la crisis plenamente delineada²²¹. Dicha conclusión, sin embargo, tiene que ser matizada.

Para el Marx de los esquemas, como mencionamos, mostrar la íntima conexión del valor con el valor de uso implicaba mostrar como la reproducción del capital se entrelaza con la utilidad social. Desde aquí el trato del valor producido en forma de producto de valor y la consecuente división del aparato productivo en dos grandes sectores, el de medios de producción y el de medios de consumo²²². Los esquemas evidencian, de esta forma, como la interrelación entre los componentes de valor en la producción, capital y trabajo, implica, en la circulación, una relación de intercambio entre las grandes clases económicas de la sociedad, donde cada sector obtiene una parte de sus elementos de producción en la forma materialmente apropiada sobre la base exclusiva del intercambio de equivalentes.

En los esquemas, vale decir, la reproducción del capital, tanto la simple como la ampliada, implica el presupuesto de identidad entre valor de cambio y valor de uso. Este equilibrio de mercado, a su vez, presupone una productividad e intensidad del trabajo constantes, con lo que el modelo de reproducción social aquí delineado conjetura, como subrayó Luxemburgo, una concepción del capitalismo como modelo estático. Y, sin embargo, la especificidad histórica del capital según Marx deriva de ser una forma de extracción de excedente fundamentada en la ampliación de la capacidad productiva del trabajo social; como enfatiza Marini, es mostrándonos el capital como medio histórico para el desarrollo de la productividad que Marx deriva las grandes tendencias que rigen la reproducción social capitalista²²³. Desde aquí, considerar a los esquemas como representación del movimiento real del capitalismo histórico implicaría que el Marx del volumen II estuviera renegando de toda su construcción teórica anterior.

La elección de Marx, sin embargo, ha sido deliberada. Siguiendo a Marini, partir del presupuesto de identidad entre valor producido y valor realizado significaba abstraer de factores cuya inclusión habría impedido alcanzar la finalidad de los esquemas: la de aislar el papel cumplido por la circulación en la reproducción del capital, para después demostrar el proceso de acumulación así como se expresa en calidad de competencia intercapitalista a escala global, las contradicciones del capital determinando el carácter de la división internacional del trabajo. En la misma concepción teórica de Marx, por lo

tanto, el uso de los esquemas habría podido ser aplicado a la realidad concreta del capitalismo histórico solamente una vez modificado sus presupuestos, con lo que la argumentación de Marx acerca de la reproducción capitalista y, con ésta, de la crisis se desarrolla, podríamos decir, por ausencia, indicándonos al mismo tiempo su propio espacio de concreción histórica: la economía mundial.

A partir de consideraciones relativas a la ley de la acumulación (volumen I de *El Capital*), Marini reconstruye cómo ambos factores mencionados, productividad e intensidad del trabajo, actúan, aún de manera distinta, sobre la relación entre valor y valor socialmente convalidado, entre producción y circulación, ambos permitiendo al capitalista individual la obtención, por medio de cambios en el grado de explotación del trabajo, de una plusvalía extraordinaria, misma que tiene consecuencias distintas sobre la economía en su conjunto, transformándose, a través de los mecanismos de competencia intercapitalista (volumen III), en un potencial factor de transferencia de valor intersectorial, el resultado dependiendo del sector económico en el cual se concentra el cambio (volumen II) y, con éste, la socialización de la forma dominante de explotación a nivel del conjunto socio-económico.

Tanto el aumento de la productividad como de la intensidad del trabajo por encima de las condiciones medias permite la generación de una plusvalía extraordinaria, cuya apropiación, en el mercado, bajo forma de ganancia extraordinaria, implica la realización de una masa de valor acrecentada. Al mismo tiempo, los cambios en el grado de explotación definen la relación de distribución capital-trabajo, la cual sobre-determina la producción por medio de la configuración de la demanda social.

Desde el punto de vista de una economía cerrada, del capital como realidad “pura”, como tendencia histórica, las conclusiones a las que llega Marini modificando los supuestos de los esquemas es que, en caso de una mayor explotación del trabajo localizada en los sectores medios de producción y bienes de subsistencia, sea ésta derivada de una mayor productividad o intensidad, las dificultades de realización de una masa de valor acrecentada obligan a ambas ramas a direccionar la organización de la producción hacia mecanismos de extracción de *plusvalía relativa*, por ser, este último, el único mecanismo llamado a permitir un aumento del consumo del trabajo paralelo a su desvalorización y, con ésa, la expansión de la escala de la acumulación. Relativamente al equilibrio intersectorial, por lo tanto, la supresión de la plusvalía extraordinaria tiene lugar solo cuando el cambio hacia una mayor productividad del trabajo se concentra en el sector dedicado al consumo de los trabajadores²²⁴, por

conllevar, este último, la generalización social del nuevo y acrecentado grado de explotación, el relativo, el que es propio de una formación social de capitalismo avanzado, aquella en la cual la forma de extracción de excedente asegura las condiciones de su propia reproducción. Del lado contrario, el sector productor de bienes de lujo, dependiendo de una demanda, la de los capitalistas, derivada exclusivamente de la plusvalía, puede asegurar la realización del valor acrecentado sin verse limitado por la necesidad social. Con lo que, su especificidad reside en poder violar la ley del valor ejerciendo, de esta forma, un efecto depresivo sobre el conjunto de la economía. La precondición es una situación donde privan salarios bajos y ganancias extraordinarias, una sociedad donde la esfera baja de la circulación presenta poco dinamismo. En otros términos, el mantenimiento de la plusvalía extraordinaria a nivel del conjunto económico tiene lugar solamente si los sectores medios de producción y de subsistencia se caracterizan por la magnitud extensiva o intensiva del trabajo²²⁵, por una forma de organización productiva donde la acumulación, dependiendo de la remuneración del trabajo por debajo de su valor, de la *superexplotación*, frena el incremento de la productividad social, generalizándose, de esta manera, un estado absoluto de depauperación que, a su vez, constituye un límite interno a la reproducción del conjunto.

Tomada como unidad de análisis una economía abierta, el capitalismo como configuración histórica, dichas conclusiones abren la posibilidad de considerar el mercado mundial como un proceso de transferencia de plusvalor asentado en una división internacional del trabajo entre formaciones económico-sociales de diferente desarrollo relativo, donde la repartición del plusvalor entre los polos depende de, y a su vez reproduce, esta disparidad y la correspondiente configuración endógena de clase y, sobre la base de ambas, el carácter del ciclo de reproducción interno: auto-centrado en el centro, y como tal enraizado en la expansión del mercado interno y, con éste, en el equilibrio intersectorial, de-centrado en el caso de la periferia, y como tal definido por un demanda social dividida y, con esa, por una separación intersectorial, que hace depender la reproducción del conjunto del mercado externo, subsumiéndolo así a las necesidades y contradicciones de un eje articulador exógeno.

La lectura que acabamos de presentar nos muestra, en conclusión, que, una vez modificados sus supuestos, los esquemas de Marx conducen a un análisis de la reproducción capitalista como un proceso que necesariamente comparece a escala global. Una vez considerados parte de la construcción teórica integral de Marx, el uso de los esquemas para el examen de la realidad histórica lo habrían llevado, concluye

Marini, hacia una teoría del mercado mundial, del imperialismo, del Estado y de la crisis, así como indicado en el plan originario del 1857. Es exactamente éste el camino tomado por la vertiente marxista de la dependencia, vale decir el que discurre por conceptualizar el modo de reproducción capitalista como dialéctica, como relación necesaria y contradictoria, entre producción y circulación, siendo el fin visualizar lo que queda reducido, en la perspectiva luxemburguiana, a una relación de exterioridad entre extremos –el capital y lo “no capital”– como polaridad cimentada en la división jerarquizada del trabajo social; un arreglo espacial gracias al cual la forma más avanzada, el centro, supera sus contradicciones internas a través de mecanismos de transferencia de plusvalor fundamentados en, y a su vez reproductores, de relaciones endógenas de producción de carácter regresivo, en la periferia.

Por lo tanto, aunque aceptemos, con Harvey, la idea de la ausencia en Marx de una definitiva teoría de la crisis, creemos que la lectura de Marini nos indica cómo el camino esbozado en *El Capital* fuera exactamente aquel buscado por el geógrafo, es decir, el que ha de llegar a demostrar la configuración desigual y combinada del espacio como proceso estrechamente vinculado al desarrollo del capitalismo histórico. El punto hacia donde queremos encaminarnos es cómo este *espacio geográfico poco uniforme* produce y, a su vez, resulta mediado, por especificidades urbanas distintas y complementarias: la central y la periférica.

A tal fin, necesitamos partir del centro, aquí entendido no como *lugar* sino como *forma*, proceso, tendencia histórica del capital en tanto que realidad “pura”. El fin es visualizar cómo el sentido profundo de la *crisis en Marx* corresponde al mismo sentido del *capital según Marx*.

De lo que se trata en la crítica de Marx, subraya Jorge Tula²²⁶, es de captar una contradicción “insondable” desde el punto de vista de la economía burguesa, el del mercado, aquella entre las necesidades abstractas de la valorización y las concretas de la sociedad. Una contradicción inteligible solamente a partir de la *ley del valor*, cuyo núcleo explicativo es el tiempo de trabajo. La crítica de Marx a la economía política consistió, como vimos, en una profundización y derrocamiento de la teoría burguesa del valor por medio del cual mostrar las categorías económicas en calidad de antagonismos histórico-sociales.

En Marx, subraya Echeverría, la historia pertenece a la forma –la relación social– mientras que el contenido –lo supra-histórico– es categoría económica solo en calidad, el mismo, de determinación específica, cuando, subsumido a una forma de

vinculación social, interviene sobre el desarrollo de la misma por medio de una relación necesaria y contradictoria. Insiste Echeverría: lo que esta relación forma-contenido permite evidenciar es, de hecho, el papel fundacional del *valor de uso* en el análisis de Marx, el mismo que hace del capital un modo histórico y, como tal transitorio, de determinar el proyecto de sociedad²²⁷. El valor de uso no consiste, en Marx, en la mera utilidad, categoría extra-histórica que lo haría caer más allá de la economía política, sino en la utilidad socialmente determinada. El valor de uso es el proceso de reproducción del sujeto social, lo trans-histórico y, en este sentido, abstracto-general, subsumido y explotado por el proceso sobrepuesto de acumulación, lo histórico y, en este sentido, concreto-particular; un proceso por medio del cual el primero, la dimensión cualitativa de la organización social, el “proyecto” político, es reducido a una finalidad puramente cuantitativa y, como tal, abstracta, la del valor valorizándose, y este último asume, a su vez, un modo de existencia cualitativo, y como tal concreto, el de un proyecto de sociedad cedido, exteriorizado y, añadimos, espacializado.

La dimensión del valor de uso posee así para Marx, como es el caso para todas sus categorías, un sentido relacional: es un estado de lo real y, al mismo tiempo, un proyecto de revolución que consiste en la posibilidad, por parte del sujeto social “de resumir la función sintetizadora de la socialidad”, enajenada como capital²²⁸. Hay que matizar. Porque lo concreto ha sido realmente subsumido a lo abstracto, y lo abstracto se ha hecho concreto, porque las abstracciones tienen, en el capitalismo, realidad concreta, el discurso crítico, el discurso de Marx, es “construcción sistemática de lo que no puede ser sabido por el saber adquirido de manera capitalista”²²⁹. La propuesta metodológica de Marx de ir de lo abstracto a lo concreto deriva, vale decir, de la misma estructura vigente en la sociedad capitalista: la estructura lógica del pensamiento de Marx es, al mismo tiempo, la estructura histórica del capitalismo, la primera constituyendo la expresión conceptual del dominio real de la abstracción²³⁰.

Porque en el capitalismo existe una conexión real entre concreto y abstracto, a diferencia del dominante, el significar revolucionario no puede proceder de modo afirmativo, sino su “afirmación sólo puede existir como negación”²³¹, como crítica de la conciencia reificada, como develar el contenido que ha sido enajenado como forma, y que resulta visible como estado de lo real, y posible como proyecto, sólo indirectamente, a partir, esto es, de las contradicciones implícitas en la articulación entre dos formas antitéticas de organización social: la concreta y la abstracta.

Desde esta lectura, si queremos filosófico-crítica, la crisis, en su sentido más elemental, es el momento en el cual la necesidad cuantitativa de plusvalor, lo abstracto, se erige en contra de la ampliación cualitativa de la necesidad histórica, lo concreto. Es este sentido profundo, no inmediatamente visible, sino sólo por medio de las interrupciones que genera, lo que constituye el sentido “vivo”, vale decir, ni lógico-determinista, ni político-voluntarista, del movimiento de la sociedad capitalista: el contradictorio. Y fue este camino, el de la criticidad, el que fue recuperado por la así llamada teoría de la *sobreacumulación*.

Era el advenimiento, con la eclosión de la crisis del 1929, de la tercera fase del debate histórico sobre la posibilidad o menos del derrumbe capitalista, un debate desligado, en los años de derrota del movimiento obrero y consolidación de la reacción fascista, de fines inmediatamente políticos. Y, sin embargo, este divorcio de la militancia, como subraya Tula, no quitaba radicalidad a un programa de estudio, el de Henryk Grossmann, realizado a partir de una crítica a los presupuestos subconsumistas de la crisis. Hay momentos para el marxismo, en que, citando a Antonio Labriola, “entender la reacción es como continuar la obra de la revolución”²³².

Fue Grossmann el que recuperó, en el ámbito de la teoría económica, la centralidad explicativa de la *forma valor* y, con ésta, la elección, por parte de Marx, del criterio más abstracto para la reconstrucción conceptual del capitalismo en tanto que proceso histórico de real abstracción²³³. Participe de la perspectiva burguesa según la cual la forma valor expresaba una mera relación cuantitativa, el debate marxista, como vimos, había descolocado el eje de la crisis del proceso de acumulación al de realización, lo que, a su vez, suponía una concepción dualista y exógena de la relación entre producción y circulación. Al contrario, Marx había logrado reconducir el desarrollo capitalista a un principio último de inteligibilidad, la acumulación de plusvalor, y esto a partir de restituir el papel económico al valor de uso, mismo a través del cual logró de-fetichizar a la economía de mercado. La forma valor asumía, con Marx, una dimensión cualitativa, la de una relación contradictoria entre valor de uso y valor, una dimensión que le permitía colocar el proceso de despojo al origen de la crisis y mostrar esta última como un proceso de separación violenta entre valor producido y valor socialmente codificado, entre producción y circulación.

Ya en los *Grundrisse*²³⁴, Marx subraya cómo la relación social de plusvalor, poniendo el tiempo de trabajo excedente como condición del necesario, implica la tendencia a reducir a un mínimo la participación del trabajo vivo, única fuente de valor,

respeto al objetivado. El desarrollo capitalista tiende así a desligar la creación de la riqueza del tiempo de trabajo empleado en ella, articulándola al estado general de las fuerzas productivas sociales. Sin embargo, si el capitalismo independiza, por un lado, su propia reproducción del tiempo de trabajo, por el otro, siendo su propio fin la valorización del valor y no el valor de uso, sólo puede reproducirse manteniendo al tiempo de trabajo como principio de organización social²³⁵. Una contradicción interna que, aquí delineada en su sentido general y profundo, no nos habla, señalamos, del reconocimiento, por parte de Marx, del fin, bajo el capitalismo, de la validez de la ley del valor-trabajo, y, con éste, de un próximo derrumbe, sino del desarrollo capitalista como *contradicción en proceso*, misma por la cual si hay en la obra de Marx una teoría del derrumbe, no se trata, señala Aricó, de “cualquiera” teoría del derrumbe²³⁶.

Es en el tercer volumen de *El Capital* que Marx considera en detalle la así llamada *tendencia a la caída de la tasa de ganancia*²³⁷. Bajo el capitalismo, el desarrollo generalizado de la productividad social exige como su propia condición material, y produce como su propio resultado, una producción en escala cada vez mayor, y, con ésta, el aumento absoluto de la plusvalía social. Sin embargo, dado el retroceso relativo de la componente viva de trabajo respecto a la objetivada, este incremento absoluto es paralelo a su mengua progresiva. El mérito de Grossmann residió en evidenciar cómo, desapercibida por los capitalistas en calidad de relación de valor, la tendencia a la caída de la tasa general de ganancia no conlleva a la crisis sino por medio de los efectos que tiene sobre lo perceptible²³⁸.

Inmediatamente invisible y de por sí incalculable, la tendencia se manifiesta, de hecho, como creciente imposibilidad por parte del trabajo vivo de valorizar al objetivado según el ritmo de acumulación existente; desde aquí la ilogicidad, desde el punto de vista capitalista, de seguir invirtiendo. La crisis no dependía de proporcionalidades a ubicarse en las relaciones de mercado, sino de una desproporcionalidad inmanente a la esfera productiva entre el valor objetivado en capital y sus posibilidades de valorización, en breve, entre capital fijo y circulante. No se trataba de un problema, parcial y temporal de realización, sino de la paradoja de la *sobreacumulación*.

La ley, subrayaba Marx, no podría ser más sencilla en su logicidad abstracta, indicándonos, sin embargo, una contradicción profunda y cualitativa inherente al capital: la tendencia al quiebre del proceso de acumulación dado el grado de desarrollo alcanzado por la productividad social. Por crisis, en su sentido más insondable, había

que entender, en conclusión, el proceso por medio del cual el carácter “progresivo” del capital como impulso al desarrollo ilimitado de las fuerzas productivas encuentra sus límites en el capital como relación social de despojo, y esto porque *el valor que es para sí mismo* encuentra su barrera interna en el proceso de paulatina desvalorización del valor de uso.

Como el capital por un lado les pone una *barrera* específica y por el otro los empuja por encima de *toda* barrera, es una contradicción viva”, subrayaba Marx²³⁹.

El cuidado de Marx en subrayar el carácter tendencial de la ley y la importancia por él atribuida a los factores compensatorios²⁴⁰, comprueba, por un lado, la ausencia, en su razonamiento, de cualquier conceptualización mecanicista del derrumbe, por el otro, central para nuestra reflexión, permite concebir el desarrollo desigual y combinado del espacio capitalista como categoría clave para articular la perspectiva crítica del centro con la de la periferia y así visualizar las especificidades urbanas, enlazadas entre sí, propias de cada polo.

Como nos disponemos a considerar, desde el centro, la integración territorial capitalista corresponde a un proceso continuo de reorganización de la economía mundial que, permitiendo la obtención de ganancias extraordinarias, constituye una forma de estabilización ante el problema de la hiper-acumulación²⁴¹. Es la perspectiva crítica, la de Harvey, construida desde el punto de vista del capitalismo avanzado, del centro, como forma social cuya comprensión necesita de la categoría analítica *modo de producción*, esta última concebida, sin embargo, no como sistema de leyes evolutivas, sino como tendencia histórica, aquella de un modo de organización social, el capitalista, de impulso totalizante y centralizador. Una forma que, como toda abstracción, tiene, en Marx, una existencia histórico-concreta y como tal espacializada: el centro como producto, concentración, lugar.

Desde el punto de vista de la periferia, la integración espacial expresa la dependencia del valor que se valoriza del valor de uso, de lo abstracto sobre lo concreto, del “capital sobre lo que no es capital”, de los espacios de capitalismo más avanzado sobre los de menor desarrollo relativo. La categoría es la de *formación económico-social*, la cual permite aprehender la especificidad de lo concreto en el marco del movimiento totalizador de la historia, donde los elementos particulares interactúan en y quedan sometidos a las tendencias del todo²⁴². Aquí, la contribución crítica de Marini.

La categoría de *superexplotación*, mecanismo “otro” respecto a las tendencias histórico-clásicas del capital, permite una conceptualización dialéctica de la dependencia, donde la dicotomía entre mecanismo exógeno –el espacio de la totalidad, de la circulación– y endógeno –el de la particularidad, de la producción– queda teóricamente superada. En la *dialéctica de la dependencia*, el capital social, dividido en fracciones nacionales caracterizadas por niveles distintos de productividad, se constituye como unidad de clase en el mercado mundial, a través, vale decir, de mecanismos de transferencia de plusvalor que presuponen, y a su vez reproducen, una división internacional del trabajo volcada a la explotación diferenciada y conjunta del trabajo²⁴³.

Lo que examinaremos es cómo la circulación concreta, material del capital implica y produce una configuración espacial coherente con la extracción, transferencia y concentración de plusvalor de una polaridad a otra. Aquí la argumentación básica: la forma bajo la cual el plusvalor circula en el espacio altera el proceso de universalización de la ley del valor trabajo, coadyuvando, por medio de la formación de localizaciones privilegiadas, la transferencia del plusvalor desde zonas de desarrollo esparcido –la periferia– hacia zonas de desarrollo intenso –el centro.

Producto de la circulación de la plusvalía, esta configuración espacial integrada y polarizada es, por lo tanto, no solo epifenómeno, sino agente del capital y, como tal, mediación para la superación temporal de su contradicción profunda, misma que no se revela inmediatamente, sino sólo de forma indirecta, por vía intelectual, en tanto que explicativa de procesos que se manifiestan en la esfera de la circulación, la de la economía mundial, y que, sin embargo, no pertenecen al plano cuantitativo-abstracto de la circulación, sino al cualitativo del antagonismo social, al plano, como veremos, de las relaciones sociales de producción y actual conformación, a escala del mercado mundial, de una clase capitalista siempre más homogénea y, a nivel productivo, de un trabajo siempre más desigualado, fragmentado y dividido.

Como fundamento de la realidad empírico-fenomenológica, a partir de la cual, sin embargo, no es directamente detectable, la ley del valor es también el principio explicativo de su crisis y, en tanto que inmanente al proceso de acumulación, la crisis tiene que ser entendida como el propio movimiento histórico del capitalismo a través del espacio. Una *contradicción viva y espacializada*, el capital, que, en principio inagotable, encuentra sus principios de continuidad en su paulatina profundización y un antagonismo creciente entre finalidades antitéticas, la del valor de uso y del valor que se valoriza, y entre territorios, la periferia y el centro, que nos indica, con Lenin, el límite

político de su perpetuación, y, con Luxemburgo, el agravamiento de contradicciones objetivas, aquellas tendencias históricas que abren la misma necesidad de la elección política: los hombres crean su propia historia, pero siempre a partir de condiciones determinadas.

El capital como contradicción viva y su modo de espacialización

Una vez descubierta la especificidad del capital en el despojo del trabajo, no sólo fue posible para Marx declarar, como vimos, la irreductibilidad de las relaciones de producción capitalistas a las relaciones mercantiles, sino también mostrar como las segundas sufrían una transformación con el advenimiento de las primeras, quedando a ellas subsumidas en calidad de mediación necesaria en la reiterada acumulación de plusvalor²⁴⁴.

Solamente si el *tiempo de trabajo* regula la producción, la circulación logra mediar lo socialmente necesario. La condición previa es la separación entre productores y propiedad, una acumulación originaria –constantemente reiterada en el curso del desarrollo capitalista– sin la cual la dimensión de la necesidad social, el *valor de uso*, persiste como barrera externa a la reproducción de un modo de sociabilidad, el mercantil, organizado alrededor del *valor abstracto*, cuya finalidad, como tal, puede solamente ser “la del incremento, la del aumento de sí mismo”²⁴⁵.

Con el advenimiento del trabajo “libre”, del trabajo despojado del control sobre sus medios de objetivación, “*el valor de uso de lo que se cambia por dinero se presenta como una relación económica especial*”²⁴⁶, aquella en la cual lo que el primero obtiene en términos de equivalente a sus necesidades concretas corresponde, para el segundo, al acceso a la forma universal de riqueza: al control sobre el tiempo de trabajo. La clave queda en la naturaleza del valor de uso, ya no producto sino trabajo despojado de sus condiciones de reproducción, *fuerza trabajo*, cuya determinación social, el entrar en contacto con el dueño de los medios de producción por medio de una relación mercantil simple, implica ceder capacidad generadora a cambio de una magnitud determinada de valor, y establecer a la primera como poder ajeno²⁴⁷.

Con la venta de la fuerza trabajo, lo que el capitalista recibe como *capital*, el trabajador se limita a intercambiar por *dinero*, convirtiéndose “en copartícipe del disfrute de la riqueza universal hasta el límite de su equivalente”²⁴⁸. Puesto como

trabajo necesario, el trabajo conlleva la producción necesaria de un excedente, por medio del cual, en forma de equivalente, el *valor de cambio*, el valor ha quedado convertido en *capital*:

valor de cambio que vale para sí y que difiere del valor de uso, en tanto se *reproduce continuamente*²⁴⁹.

El hecho de que el trabajo no sea excluido cualitativamente, sino sólo cuantitativamente, del disfrute de la riqueza social “constituye un elemento fundamental de civilización sobre él que se basa la justificación histórica, pero también el poder del capital”²⁵⁰. De este límite, de la proporción entre tiempo de trabajo necesario y excedente, depende, de hecho, la masa de valor adueñada por *la propiedad* a través del consumo de trabajo ajeno. Un límite cuantitativo que, subraya Marx, se transforma en cualitativo, en algo más, vale decir, de una relación puramente económica que procede reduciendo la dimensión del trabajo a la componente variable del capital e, ignorándola en su dimensión antagónica de trabajo vivo, reduce el antagonismo de clase al conflicto corporativo salarial y, paralelamente, la dinámica de la crisis capitalista a un fenómeno de subconsumo.

Ahora, insiste Marx, el principal aporte histórico del capital es el de crear este *trabajo excedente* y que se cumple cuando la producción de lo que va más allá de las necesidades de reproducción de la sociedad se ha ella misma consolidado como necesidad social. Como otros modos de explotación, también el capitalista presupone un plusproducto y, por lo tanto, un cierto desarrollo de las fuerzas productivas capaz de generarlo. Sin embargo, con el capitalismo, el perpetuo desarrollo de las capacidades productivas no es mero resultado, sino supuesto de la reproducción social. El capital:

No está fundado sobre el desarrollo de las fuerzas productivas con vistas a reproducir y a lo sumo ampliar una situación determinada, sino que es un modo de producción en el cual el mismo desarrollo libre, expedito, progresivo y universal de las fuerzas productivas constituye la premisa de la sociedad y por ende de su reproducción; en el cual la única premisa es la de superar el punto de partida²⁵¹.

Lo que aquí nos interesa considerar es cómo, una vez dadas las relaciones de producción capitalistas, la esfera de la circulación logra mediar esta *producción para la producción misma*, siendo nuestro fin el de dilucidar la trayectoria espacial de esta

circulación, la del plusvalor, y la consecuente conformación de espacios desiguales y combinados.

Como vimos, la competencia para la obtención de ganancias extraordinarias constituye el mecanismo descentralizado de coordinación social propio del capitalismo, por permitir canalizar el movimiento del plusvalor hacia líneas de actividad que aseguran sostener, ampliar y profundizar la acumulación. El proceso de conformación de la tasa general de ganancia nos muestra cómo la integración del mercado corresponde a la penetración de la relación de capital en siempre nuevas esferas del valor de uso, tendencia por medio de la cual el capital “se amplía a sí mismo”²⁵² intensificando la división social del trabajo y, al mismo tiempo, subsumiendo la creciente complejidad del conjunto socio-económico a su propia reproducción.

El capital consiste en este movimiento continuo por medio del cual la separación constitutiva de la forma valor entre valor de uso y valor socialmente codificado, entre producción y circulación, entre, a fin de cuentas, necesidad social y su determinación histórica, queda constantemente transformada, de límite presupuesto, y como tal externo, al modo de reproducción social, en modo de reproducción del capital²⁵³. Insistiendo en esta simbiosis entre producción y circulación, propia del advenimiento del capital desarrollado, de la subsunción real del trabajo al capital, del valor de uso al valor que se valoriza, Marx nos muestra cómo “la tendencia a crear el *mercado mundial* está dada en la idea misma de capital”²⁵⁴, y, al mismo tiempo, nos permite desglosar el mercado mundial como “unidad compleja bajo la división internacional del trabajo”²⁵⁵.

Esta última categoría cumple un papel fundamental en la búsqueda de una teorización capaz de superar la fragmentariedad explicativa de los fenómenos espaciales, entre ellos el de la urbanización²⁵⁶, cuando, por espacialización del capital podemos entender una repartición territorial del trabajo social dependiente, y a su vez productora, de la expansión, diferenciación y complejización del mercado mundial²⁵⁷.

Debido a la división social del trabajo, la que Marx llamó *determinaciones formales del capital* –capital mercancía, capital dinero y capital en proceso productivo– “divergen temporal y espacialmente, como procesos particulares, recíprocamente indiferentes”²⁵⁸, permaneciendo, al mismo tiempo, como supuesto y condición recíproca. El capital, vale decir, es tanto la unión necesaria de circulación y producción, así como la diferencia que las separa en el espacio y en el tiempo, cuando la categoría de *capital circulante* nos indica “la *ininterrumpida continuidad* del proceso”, mientras que, del lado contrario, la de *capital fijo* corresponde al tiempo en el cual el plusvalor,

permaneciendo atrapado en una de las fases de su movimiento vital, detiene el proceso de reiterada acumulación. Desde aquí el carácter contingente de la reproducción y la necesidad de una mediación garante de su continuidad, la organización unitaria del espacio. Esta última, en el capitalismo, asume un carácter desigual, fenómeno debido a la manera en la cual la forma capital dominante en un determinado periodo histórico se articula, y subsume a su propio ciclo de reproducción, introduciendo nuevas grafías espaciales y refuncionalizando las antiguas, la división del trabajo social interna a cada formación socio-económica.

Fue sobre la línea de la teoría marxista de una reproducción, la capitalista, en escala necesariamente ampliada e intensificada, la cual se concretiza en un mercado de naturaleza continua y en permanente expansión, que David Harvey direccionó su pesquisa teórica alrededor de dinámicas endémicas a la estructuración del espacio a partir de la tendencia del capital a eliminar aquellas “barreras que quedan al *margen de sí mismo*”²⁵⁹. “*La circulación se efectúa en el espacio y en el tiempo*”²⁶⁰, subrayaba Marx, un tiempo aquí externo a la relación capital-trabajo y al cual corresponde, a su vez, un espacio como barrera externa y que, precisamente por su exterioridad, el capital tiende, por su propia naturaleza, a superar.

Brotando del capital en tanto que producción fundada en el valor de cambio, la circulación, mecanismo que, como vimos, coadyuva la reproducción ampliada, termina por perturbarla en calidad de tiempo restado a la repetición continua e ininterrumpida del proceso. En este caso, la integración territorial responde, en primer lugar, a la necesidad de reducir el tiempo de circulación aumentando su velocidad, y, de esta forma, tendiendo a suprimir el espacio. Desde aquí la paradoja propia de la espacialización capitalista: la necesidad de *anular el espacio por medio del tiempo*²⁶¹ conlleva el necesario engendramiento de estructuras espaciales, cuando por estas últimas podemos entender la fijación del plusvalor en un paisaje físico creado a propia imagen del capital.

Una forma de integración territorial que Harvey define como una estructura jerárquica de espacios relativos integrados en una red material de intercambio²⁶², misma que cumple una doble función: por un lado permite al movimiento geográfico del capital universalizar la ley del valor trabajo²⁶³, por el otro, esta misma configuración espacial, engendrando localizaciones privilegiadas, altera la universalidad de la ley.

La argumentación de Harvey consiste, vale decir, en integrar la dimensión espacial en la ley de la competencia marxiana a partir de considerar a la primera una

forma particular de transferencia de plusvalor, asentada en la ventaja que la situación espacial proporciona en términos de reducción de costos de circulación y producción, y que se traduce, como en el caso de una productividad superior a la media, en ganancias extraordinarias. Una competencia, la que persigue las situaciones espaciales más favorables que, supuesta la libre reubicación del capital, tendría el mismo efecto de la generalización de una más alta productividad, es decir, igualar la tasa de ganancia hasta el punto de producirse una situación en antítesis a la acumulación ulterior. El presupuesto de este desenlace²⁶⁴ es, sin embargo, un plano cerrado, un espacio como límite externo y agotable, un espacio no capitalista, así como aquél delineado por Luxemburgo, y no un espacio creado y re-creado por el propio capital²⁶⁵.

En contra de toda teoría del equilibrio espacial²⁶⁶, la argumentación de Harvey nos indica cómo la reproducción del capital presupone la producción de un espacio desigual y combinado, por asegurar, este último, la transferencia de plusvalor de uno a otro escalón de la jerarquía a través del control sobre las situaciones por medio de las cuales se promedia el valor social. La exclusividad espacial es sinónimo de dominación, según Milton Santos, y ésta de transferencia de plusvalor, desglosa Harvey. Como argumenta Marini, si la expansión de la relación de capital sienta las condiciones para una mejor aplicación de la ley del valor, al mismo tiempo crea todos los presupuestos para que “jueguen los distintos resortes mediante los cuales el capital trata de burlarla”²⁶⁷. Uno de estos mecanismos es la configuración capitalista del territorio.

Producto de la distribución internacional del trabajo social, el espacio desigual y combinado del capital puede analizarse según el esquema centro-periferia, la representación espacial propia de la *dialéctica de la dependencia*²⁶⁸, una especificidad de desarrollo que, resalta Vania Bambirra, no niega las tendencias histórica del capital, encontrándose íntimamente conectada a las necesidades de reproducción del sistema en cuanto tal²⁶⁹. Y la dialéctica de la dependencia es, insiste Milton Santos, una *dialéctica del espacio*, un antagonismo entre fuerzas de concentración y fuerzas de dispersión, donde los cambios de situación relativa no dependen de los subsistemas, sino de la totalidad, de las exigencias espaciales del núcleo motor²⁷⁰.

El centro y la periferia son espacios geográficos diferenciados pertenecientes a un solo proceso de configuración territorial, el funcional a la actividad económica de más alta valorización, a la forma capital dominante en una determinada época histórica: mercantil, industrial o financiera. Un proceso por medio del cual se producen y reproducen dos espacios socio-económicos específicos, cada uno correspondiente a un

distinto ciclo de reproducción capitalista, auto-centrado, el uno, de-centrado, el otro, materializándose, respectivamente, en una forma espacial homogénea e internamente articulada, el centro, y en una forma heterogénea y dispersa, la periferia.

Otro punto teórico a resaltar es que esta configuración desigual y combinada del espacio se transcribe en *espacios de dominación* y *espacios dominados* de diferentes escalas –entre países capitalistas de diferente desarrollo relativo, entre ciudad y campo, entre ciudades perteneciente a la misma red urbana– todos articulados entre sí en la unidad del proceso de valorización a escala global. La polaridad centro-periferia, vale decir, atraviesa cada subsistema, asegurando, de esta manera, la relación entre todos los lugares y la totalidad social. Con lo que, en el capitalismo, la “geografización de la sociedad”²⁷¹ implica que los cambios internos, sea el subsistema local, regional o nacional, y como veremos, la misma ciudad, dependen de una unidad orgánica más amplia, en última instancia, la de escala internacional.

Ahora, desde el punto de vista general y abstracto, el de la tendencia histórica del capital a crear la totalidad del sistema mundial, el centro es el espacio del valor que se valoriza, del capital, la periferia el de la producción del valor, del valor de uso. La mediación que coadyuva la subsunción del segundo al primero es el espacio de los flujos de plusvalor, una red de infraestructuras constreñidas por aglomeraciones capaces de controlar sus propias interrelaciones: la red de ciudades que constituye el esqueleto socio económico de todo el conjunto económico social mercantil-capitalista²⁷².

Debido a este carácter auto-centrado, es el espacio urbano aquel al cual, en la modernidad capitalista, tanto en su vertiente mercantil, como industrial y financiera, corresponde la función de eje articulador de la totalidad social, una función ejercitada en manera tal que asegure la transferencia de plusvalor de los espacios de producción a lo de su concentración a través del control sobre localizaciones territoriales privilegiadas. El punto a resaltar es que el privilegio de la localización y, con éste, el mecanismo de transferencia varía con el variar de la forma dominante de capital.

Desde el punto de vista de lo concreto, el del efectivo desarrollo del capitalismo histórico, durante el mercantilismo la urbanización permaneció primariamente ligada a actividades de intermediación, el privilegio de localización correspondiendo al control sobre el circuito comercial con funciones exógenas y el mecanismo de transferencia consistiendo en la abierta violación de los términos de intercambio, en la colonia por medio del dominio político y administrativo. Es sólo con el advenimiento del capital desarrollado que la violación de la ley del valor va gravitando alrededor de la violencia

económica. En el centro, la selectividad espacial en la localización de la actividad de más alto rendimiento, la industrial, pasa a depender de la necesidad de reducir los costos de circulación y producción, conformándose un espacio urbano homogéneo que concentra las funciones de producción y consumo. En la periferia, la economía primario exportadora implica una red inter-urbana unitaria caracterizada por la polaridad, misma que se reproducirá, ahora a nivel intra-urbano, al momento de reorientación endógena de la actividad económica, con el advenimiento del proceso de *industrialización por sustitución de importaciones*.

En ambos casos, los mecanismos de transferencia de plusvalor operarán, en la periferia, a nivel de las relaciones internas de producción y, en ambas épocas, será la red urbana el instrumento que la conformará como una unidad socio-económica caracterizada por la separación entre el espacio de la producción de valor y el de su realización, la diferencia es que, nos indica Marini, en el primer caso esta separación será en función del mercado exterior, en el segundo del mercado interno.

Una totalidad espacial, la economía mundial, que, en cada época, es producto histórico de la circulación material concreta del plusvalor, cuyas exigencias espaciales varían, decíamos, según la forma por él asumida: la móvil de capital mercancía y capital dinero y la relativamente fija del proceso productivo. Desde aquí la periodización histórica sirve para mostrar la articulación necesaria entre la transformación de la dialéctica centro-periferia y las cambiantes necesidades espaciales del plusvalor. Una periodización marcada por cambios sucesivos en la división internacional del trabajo y procesos paralelos de modernización productiva, a causa de los cuales nuevas fuerzas impactan sobre situaciones espaciales pre-existentes, cuya inercia tiene un papel activo en el momento de la transformación económica. Por un lado son los requerimientos territoriales de la forma históricamente dominante de capital lo que hace que algunas formas espaciales desaparezcan y otras tantas permanezcan como *reliquias del pasado*, refuncionalizadas por el presente de la valorización, haciendo así del *espacio una acumulación desigual de tiempos*²⁷³. Por el otro, es esta intervención activa del espacio, donde “factores históricos y actuales se conjugan”²⁷⁴, lo que provoca que la especificidad capitalista de cada subsistema, su menor o mayor desarrollo relativo, tenga un carácter único y acumulativo.

La creación de un sistema de transporte integrado, eficiente y organizado alrededor de una jerarquía de centros urbanos ha sido, y todavía es, recalca Harvey, la expresión espacial propia de la movilidad del plusvalor en forma de mercancías, donde

la localización privilegiada, interviniendo en los costos de transporte y por lo tanto, aún indirectamente, en los precios de producción, constituye un instrumento central para la obtención de ganancias extraordinarias. El imperativo capitalista de agrandar su movilidad se articula, sin embargo, a la necesidad, desde el punto de vista del capital productivo, de asegurar la inmovilidad del trabajo, en este caso siendo el objetivo la presencia de un ejército de reserva funcional para mantener la lucha salarial entre parámetros fijados por la plusvalía y, al mismo tiempo, responder a las necesidades cambiantes de la acumulación. La producción de una espacialización geográfica en la reproducción social del trabajo, el mantenimiento, vale decir, a través de mecanismos económico, sociales, culturales y políticos, de un mercado de trabajo segmentado constituye otro mecanismo de transferencia, aquel en el cual la movilidad creciente del capital, y, con ésta, la homologación de su poder social, comporta la coacción del trabajo a la permanencia y, con ésta, el paulatino fraccionamiento de su propio poder reivindicativo.

El resultado es la conformación de una situación privilegiada en términos de reducción de los costos de circulación y producción de mercancías simples y reproducción de la mercancía trabajo, una situación de privilegio que fundamentó la tendencia, con el dominio de la forma productiva del capital, a la concentración de la actividad económica en grandes aglomeraciones, misma que las consagró también como los mayores centros de distribución y nudos de circulación. Hablamos de un proceso de concentración geográfica directamente articulado a la concentración económica y que implica un ordenamiento jerárquico del territorio, resultado de acumulaciones sucesivas, el “gran capital” siendo atraído por situaciones previas de centralización mercantil y concentración poblacional²⁷⁵. Desde aquí, en el centro, la re-funcionalización capitalista de las grandes aglomeraciones urbanas de la oligarquía del dinero, las ciudades barrocas del Absolutismo constituidas a partir del siglo XVI, la cuales, con la segunda revolución tecnológica y la posibilidad de concentrar la actividad productiva en el casco urbano, se convirtieron en las condensaciones industriales que dieron coherencia al desarrollo territorial del capitalismo desde la segunda mitad del siglo XIX hasta superada la mitad del siglo XX, con la que veremos más adelante será la crisis del capital productivo como forma dominante de valorización a escala global, dispersión de las actividades creadoras de valor y paralela transformación de la metrópolis industrial en centro financiero.

La configuración y re-configuración periférica del espacio latinoamericano, y de su especificidad urbana, sigue estrechamente esta periodización del espacio capitalista

central, el subdesarrollo latinoamericano y, con éste, su configuración territorial, siendo comprensible, insistimos, solamente si observamos desde la perspectiva del sistema en su conjunto²⁷⁶.

La mundialización capitalista, subraya Santos, no es garante de homogeneidad, sino, al contrario, instiga, refuerza y depende a menudo de la reproducción de diferencias²⁷⁷. Como ponen en evidencia los teóricos de la dependencia, si América Latina queda integrada en la economía mundo a partir del siglo XVI, momento de consolidación de la revolución mercantilista europea, es solamente a partir del XIX, con la plena consolidación de una división internacional del trabajo social, que queda forjada como formación económico-social de carácter plenamente capitalista, aún *sui generis*, vale decir, definida por una especificidad interna, el subdesarrollo, por el cual no hay que entender una insuficiencia o deformación frente al parámetro del modo de producción capitalista puro, sino la propia concreción histórica de lo abstracto, del capital como tendencia a la totalización. Una tendencia que implicó la evolución diferencial de las formaciones económico-sociales concretas, con el desarrollo de las configuraciones del capitalismo avanzado irguiéndose sobre el subdesarrollo de otras y la debilidad económica de estas últimas cimentando el reiterado abuso ejercitado en su contra por parte de las primeras²⁷⁸.

Una periodización, la del espacio latinoamericano, que, siguiendo al geógrafo brasileño, y combinando sus reflexiones con las de Marini, podemos compartimentar en tres grandes fases de organización del territorio anteriores a la contemporánea-actual: la colonial, la primaria exportadora y la industrial por substitución de importaciones²⁷⁹.

La primera fase de despojo permitió, a través de la explotación minera y rural, una expansión del flujo internacional de mercancías a la base, a su vez, de la consolidación, en el centro, del capital comercial y bancario, y, con ésta, de aquella acumulación de dinero-capital que sentó las bases del desarrollo manufacturero industrial. En este período histórico, como vimos en nuestro primer capítulo, la repartición espacial interna de la división internacional del trabajo implicó, para América Latina, la creación de zonas de producción, la de explotación minera y de monocultivos, con un circuito interno de circulación reducido y limitado al abastecimiento de la masa laboral y, como tal, caracterizado por un conjunto de ciudades endógenas, volcadas hacia el interior, sin relación con el otro, el de mayor escala y primacía económica, el orientado hacia el exterior, este último limitándose a articular los centros mineros, los centros residenciales de las zonas rurales y los centros

litorales de acceso a la metrópolis; el vértice de la pirámide siendo ocupado por el gran centro administrativo fiscal y militar, la capital del virreinato, misma que reunía los dos recintos, subsumiéndolos a la península.

Será solamente a partir de la segunda mitad del siglo XIX, con la consolidación del capital desarrollado y el surgimiento de la gran industria en el centro, que la repartición internacional del trabajo asume una estructura definida, con una periferia aprovisionadora de medios de subsistencia y materias primas, funcional para permitir a los países industriales especializarse como abastecedores de bienes secundarios a escala del mercado mundial. Y es en este momento, el de plena y formalmente “libre” integración en la economía mundial, que el capitalismo latinoamericano asume el carácter históricamente específico de la *dependencia*, un modo de integración subordinado en la división internacional del trabajo, a partir del cual las relaciones endógenas de producción quedan modificadas y recreadas al fin de reproducir de forma ampliada la ausencia de control interno sobre la reproducción social y, con ésta, la imposibilidad, en el marco de las relaciones capitalistas, de un desarrollo capitalista autónomo²⁸⁰.

La comprensión de este proceso histórico, así como fue el caso de Marx con el análisis de la sociedad capitalista, nos impone partir del capital en abstracto, en nuestro caso en tanto que forma de existencia histórico concreta, y como tal espacializada, siendo el centro el punto de vista privilegiado desde el cual es posible comprender, por un lado, el *sentido profundo* por medio del cual “el valor del uso se enfrenta permanentemente al capital”²⁸¹ y, por el otro, cómo este antagonismo se encuentra a la base de la naturaleza dialéctica de la dependencia.

Aunque actúe desde la esfera de la circulación, y desde la circulación configure la organización capitalista del espacio, el capital como *poder social*, enfatiza Marx, consiste de un proceso que “sólo puede ponerse al poner el trabajo como no-capital”²⁸². El trabajo como no-capital es el trabajo como condición abstracta del valor, como potencialidad: *trabajo vivo*²⁸³. El trabajo abstracto objetivado es el capital como no trabajo, el modo de existencia concreto y pasivo del valor: *trabajo muerto*²⁸⁴. Esta oposición entre *trabajo vivo* y *trabajo muerto* es ella misma producto de una forma donde cada elemento es presupuesto por el otro y a su vez lo presupone²⁸⁵. El capital, vale decir, consiste en una relación social, el plusvalor, por medio de la cual esta oposición originaria, nos recuerda Marx, queda constantemente re-producida²⁸⁶. Es el punto de vista del trabajo, donde el énfasis recae en el capital como proceso material de

producción, como contenido²⁸⁷, al capital como proceso social de despojo, como forma, lo cual implica, como vimos, la ubicación exclusiva del origen de la acumulación en el trabajo vivo²⁸⁸.

Exactamente debido a esta dependencia del valor que se valoriza del despojo del valor de uso, y en tanto que coerción mediada por la igualdad formal de mercado, ha sido tendencia histórica del capital internalizar el límite externo impuesto por el desgaste de la fuerza trabajo encauzando la acumulación vía el incremento de las fuerzas productivas sociales. Y sin embargo, anota Marini, el incremento de la productividad, aún necesaria, no fue condición suficiente para garantizar el advenimiento del capital desarrollado, del valor capaz de re-reproducir las condiciones de su propia valorización²⁸⁹. La mayor productividad tuvo que ser orientada hacia el sector productor de bienes necesarios a la reproducción de la fuerza trabajo, para así garantizar una desvalorización del valor de uso compatible con la realización del plusvalor producido. Desde aquí, la tendencia histórica del capital a configurar un sistema donde “la conformación de un mercado interno representa la contrapartida de la acumulación”²⁹⁰.

En breve, es la unión necesaria entre producción y circulación lo que explica el movimiento de la sociedad capitalista hacia métodos de despojo fundamentados en la extracción de plusvalía relativa, en la reducción del tiempo de trabajo necesario respecto al excedente, condición *sine qua non* para la viabilidad social de aquel aumento reiterado en la cuota de plusvalía donde mora, y exclusivamente, tanto la continuidad del capital como el poder social auto-centrado, así como la reproducción de la separación de la forma valor a un nivel superior, el de contradicción interna. Es el mismo ciclo de reproducción del capital desarrollado, el productivo, que re-orientando el eje de la acumulación de la mera explotación del trabajo al incremento de su productividad, conlleva un acrecimiento necesario del trabajo muerto respecto al trabajo vivo y, con éste, la que vimos como tendencia del capital a mermar sus propias condiciones de valorización. A esta contradicción interna, crucial, insiste Marini, para el desarrollo del capitalismo histórico, el poder social enajenado y cosificado puede responder aumentando el grado de explotación del trabajo vivo y/o disminuyendo el valor del trabajo muerto, solución que el capital en tanto que existencia histórico concreta, y como tal espacializada, el centro, proyectó afuera de sí mismo, creando y re-creando la periferia.

Desde aquí el carácter subordinado, en la fase primario exportadora, de la integración latinoamericana en la división internacional del trabajo. Fue en calidad de proveedora de bienes salarios y bienes intermedios de competitividad decreciente que Latinoamérica colaboró, respetivamente, a la desvalorización de la fuerza trabajo industrial y a la disminución del valor de la composición orgánica del capital, permitiendo, en el centro, tanto la consolidación “clásica” del capitalismo, cuanto la superación temporal de sus escollos internos. Al mismo tiempo, frente al deterioro en los términos de intercambio entre sector primario y secundario²⁹¹, y debido a un tipo de actividad económica que facilitaba una acumulación sin el forzoso desarrollo de la productividad social²⁹², la oligarquía exportadora latinoamericana respondió a la transferencia de plusvalor por medio de un incremento en la masa valor producida, es decir, organizando la acumulación interna alrededor de la *superexplotación*²⁹³. Aquí el origen de la paradoja del *desarrollo del subdesarrollo*: la concreción, en un espacio-tiempo determinado, de las tendencias históricas del capital implicó la reproducción de formas que contuvieron este mismo impulso en otro.

Orientada hacia el mercado mundial, la producción periférica nacía sin necesidad de asegurarse un espacio interno de realización. Fue el origen de la especificidad latinoamericana como formación económico social capitalista, la separación entre el espacio de la producción y de la circulación²⁹⁴, de la cual, a su vez, derivará, en época de subsunción real del trabajo al capital, la reproducción de la tendencia histórica del sistema a cimentar la acumulación sobre el aumento exclusivo de la explotación, sin preocuparse de las condiciones de reproducción del trabajo. El corolario, vale decir, de la reorientación endógena del eje económico será un estado de escisión interna de la necesidad social así como esta queda determinada por el capital, la separación entre la orientación de la demanda generada por la plusvalía y la generada por el trabajo, lo que, como veremos, conllevará problemas endémicos de sobreacumulación por dificultades endémicas de realización productiva de la masa valor producida, mismos que, a su vez, ratificarán el movimiento excéntrico del conjunto socio-económico.

Es en el periodo de entreguerras²⁹⁵, que los países latinoamericanos mueven su eje de acumulación hacia la producción industrial por substitución de importaciones. Y, sin embargo, a diferencia del proceso de industrialización en el centro, la esfera alta de la circulación, el espacio de reproducción del capital, no se reorientará hacia la esfera baja, el espacio de reproducción del trabajo. A partir de una configuración del mercado

mundial otra a la configuración en la cual había operado el proceso europeo²⁹⁶, el mercado interno periférico asumirá un carácter dividido y, como tal, restringido. El proteccionismo y la posibilidad de operar sobre la base de una concentración previa del ingreso permitirán al ciclo del capital industrial periférico eludir la necesaria correspondencia entre el ritmo de la acumulación y la expansión del consumo y, no teniendo que crear su propia demanda, sino naciendo al fin de atender una demanda preexistente, la clase capitalista periférica se asegurará la obtención de ganancias extraordinaria vía la violación endógena de la ley del valor, así estructurándose, a partir de un eje de acumulación centrado en la superexplotación del trabajo, en función de los requerimientos de mercado procedentes de los países avanzados. La posibilidad de realizar el producto a precios superiores al valor producido apartará la producción industrial del consumo popular, ligándola exclusivamente al suntuario, con lo que, independizándose de los niveles de salarios, la acumulación interna se erguirá a costa de su reducción, reproduciendo niveles de concentración de la plusvalía no acumulada que garantizarán, en un inicio, la presencia de una demanda solvente²⁹⁷.

En breve, excluyendo la subsistencia del trabajo de las condiciones de valorización del capital, el proceso de industrialización por sustitución de importaciones no eliminó, sino re-orientó la separación entre la esfera de la producción y circulación del plusvalor: la escisión se consolidaba ahora no en función del mercado mundial, sino en la esfera misma del mercado interno, entre el espacio de reproducción del trabajo, el del valor de uso, y el del capital, del valor valorizándose. Nuevamente los mecanismos de transferencia de plusvalor operaban a nivel de las relaciones internas de producción, es decir, por medio de una superexplotación del trabajo volcada al incremento de la masa y no de la cuota de plusvalía. Sin embargo, si en la época de la economía primaria exportadora este incremento absoluto del plusvalor había servido para contrarrestar el intercambio desigual, en la época del industrialismo fue volcado a sostener el costo de una creciente dependencia tecnológica.

Imposibilitada por la misma crisis del sector externo de obtener vía el intercambio comercial los bienes intermedios y de capital necesarios a la expansión industrial, y gracias a la nueva configuración del capitalismo internacional de posguerra, con un excedente acumulado y concentrado en grandes corporaciones en búsqueda de oportunidades externas de valorización, la industria periférica obtuvo el capital constante necesario para su propia consolidación bajo la forma, respectivamente, de importación de equipos²⁹⁸ e inversiones directas, las segundas estimuladas por la

oportunidad que el contexto latinoamericano ofrecía en términos de obtención de ganancias extraordinarias –dada una acumulación organizada alrededor de la superexplotación– y la primera por un atraso productivo que permitía la implantación de un mercado necesario a sostener, en el centro, los costos que la velocidad de la innovación tecnológica imponía en términos de amortización de bienes capitales desvalorizados.

Se concretó, de esta manera, un cambio en la división internacional del trabajo, la jerarquización dándose ahora entre formaciones económico sociales de distinto nivel relativo de desarrollo industrial, con el eje articulador dirigido por los países con control monopólico sobre la nueva revolución productiva, y la dependencia enraizándose en la absorción de tecnología obsoleta. Las necesidades productivas de los países periféricos en proceso de industrialización, articulándose a los intereses del centro en su modo de impulsarlo, indujeron la introducción de fuerzas modernizadoras que, en los primeros, dada la estructura escindida de la demanda social, volvieron a impactar de forma regresiva. Los nuevos flujos de capital, y el correspondiente progreso técnico, permitieron a la burguesía desarrollista, paulatinamente articulada a la extranjera, intensificar el ritmo de trabajo sobre la base de la elevación de su productividad y, con eso, “sostener la tendencia a remunerarlo por debajo de su valor real”²⁹⁹.

Se reiteraba así una lógica de acumulación donde, dadas las relaciones endógenas de producción, el incremento de las fuerzas productiva no se traducían en mayores ganancias a partir de un incremento de la cuota, sino, nuevamente, a partir de la masa de plusvalía. La introducción del progreso técnico llegaba, en breve, a consolidar la desarticulación entre la reproducción del capital y las condiciones de vida de las masas populares, y las mismas tendencias históricas del capital volvían a estremecer sus consecuencias.

La reducción de la población obrera empleada, proceso endémico al desarrollo de la productividad y que, en el centro, indujo el crecimiento del sector servicios, causó, en la periferia el así llamado fenómeno de la “inflación de la terciarización”³⁰⁰, es decir, una “degeneración” hacia formas económicas desligadas de la producción directa de valor que, en los países de menor desarrollo relativo, a diferencia de las sociedades de capitalismo avanzado, no tuvo fundamento en la evolución diversificada de la industria, sino en la misma necesidad por parte de la población de encontrar formas de empleo de refugio, conformándose, de esta manera, un enorme ejército industrial de reserva funcional para mantener en jaque el antagonismo de clase.

De forma paralela, el aumento en el grado de superexplotación y, con éste, del distanciamiento entre las dos esferas de reproducción social, subordinó más estrechamente la inferior a la superior. Los crecientes problemas de realización estimularon una forma expansiva de intervención estatal que, dejando inalterada la lógica del proceso periférico de valorización³⁰¹, generó un fenómeno inflacionario que contribuyó a transferir poder de compra de la esfera baja a la alta, afianzando así la compresión del espacio inferior de reproducción social como condición exclusiva para la expansión del superior, cuyas capacidades de consumo quedan restringidas, nos recuerda Marini, por los límites endémicos al incremento de la superexplotación. La reiterada compresión del nivel de vida de las masas como condición exclusiva para la expansión de la demanda suntuaria no sólo cerró cualquier estímulo a la inversión productiva en el sector destinado a atender el consumo popular, las así llamadas *industrias tradicionales*, sino volvió a engendrar, para las *industrias dinámicas*, centradas en las ramas productoras de bienes suntuarios y de bienes capitales a ellas destinadas, el eje de circulación correspondiente al ciclo de reproducción del capital periférico.

Entrado en un ciclo vicioso de endeudamiento externo y problemas endémicos de realización productiva de la masa siempre creciente de valor acumulado, con la consolidación de aquella que veremos como nueva dinámica del capitalismo mundial –la internacionalización de la producción por intermediación financiera–, el capital industrial periférico de más alta rentabilidad re-orientará, a partir de finales de los años sesenta, el eje de la acumulación hacia el circuito exterior, esta vez centrado, sin embargo, en el sector secundario.

El análisis de Marini, nos permite evidenciar cómo, en la fase industrial dependiente, el origen y la secuela del cambio fue la especificidad en la cual la forma valor como capital se consolidó en la periferia: no como unión, sino como reproducción de la separación entre producción y circulación, entre necesidad social y su determinación histórica. En el centro esta misma separación, constitutiva de toda sociedad mercantil, se reprodujo, con la forma valor capital, como contradicción interna, como antagonismo relativo entre valor de uso-valor valorizándose, mismo que conlleva, como vimos, la tendencia a la crisis por sobreacumulación por tendencia a la caída de la tasa de ganancia. En la periferia, la forma valor capital se concretó como antagonismo absoluto, como un estado de exclusión de los productores del consumo de la producción social, como separación entre la reproducción del capital y la del trabajo,

proceso que re-engendró la forma de de reproducción específicamente periférica, la de contradicción externa. Aquí el carácter dialéctico de la dependencia.

En última instancia, fue el modo de integración subordinada en la economía mundial lo que determinó la periferia capitalista, esta forma extrema de consolidarse que, en situaciones de atraso, tiene la contradicción endémica al capital, aquella, insistimos, entre sus necesidades de reproducción y las del trabajo. Sin embargo, la reproducción de esta subordinación es de raíces endógenas, el “atraso” teniendo que permitir su re-funcionalización bajo formas “avanzadas” compatibles con su reproducción³⁰². Aquí la intervención cumulativa del espacio en la dialéctica de la dependencia.

Fue la presencia previa de un espacio históricamente dividido y combinado lo que permitió, en cada fase, la renovación de formas regresivas de despojo: el doble circuito urbano colonial para la fase primaria exportadora, y el circuito urbano unitario mercantil para la sucesiva fase de industrialización. Será en este último caso que el relevo, en la médula del proceso de acumulación interna, del sector primario por el secundario conformará una totalidad espacial de orientación endógena, la metrópolis industrial, que, a su vez, reproducirá el carácter desigual y combinado del espacio socio-económico latinoamericano, ahora, sin embargo, internamente, a nivel, es decir, intra-urbano.

Es en la época de la economía primaria de exportación³⁰³, que el espacio Latinoamericano se conforma, sobre la base de la herencia colonial, origen de la orientación exógena del circuito de más alta rentabilidad, como una configuración territorial periférica, definida, como discutimos, por la desarticulación de sus espacios económicos, el de la producción y el de la circulación³⁰⁴. Y es en esta época que asistimos a la imposición de un nuevo orden espacial caracterizado aún por bolsas de producción agrícola y minera³⁰⁵ y, por lo tanto, por un reforzamiento de la división internacional del trabajo característica del pacto colonial, ahora, sin embargo, arraigada en la extensión y profundización hacia el interior de los circuitos comerciales y paralelos procesos de urbanización, ambos volcados a la recolección y exportación del producto primario y a la importación de los bienes de consumo manufacturados. Proceso por medio del cual los dobles circuitos comerciales, el endógeno y el exógeno, de origen colonial, se superponen el uno al otro, empezando a conformar una única red, misma que, sin embargo, reproduce, bajos premisas unitarias, la polarización inter-urbana.

En los países industriales, debido al carácter auto-centrado de la reproducción, la consolidación del poder social del capital a través de la subsunción real del trabajo, a través, insistimos, de un incremento de productividad que induce la producción hacia el carácter de masa, ha generado la coincidencia, por ventajas de localización, entre el espacio geográfico de la acumulación y el del consumo: la metrópolis industrial. En la misma época, en la periferia, la exterioridad del espacio de realización implica el mantenimiento de formas de subsunción formal del trabajo y, con éstas, de un espacio socio-económico de subsistencia paralelo al espacio de la valorización, el primero permitiendo al segundo sustraerse de cubrir las necesidades de reproducción del trabajo y así organizar la acumulación sobre la base de la superexplotación. De hecho la reconfiguración de las relaciones sociales de explotación de origen colonial, el relevo del trabajo esclavo por el trabajo libre en las plantaciones y minas, y la extensión del trabajo servil en el latifundio rural, ambas relaciones compatibles con la posibilidad, por parte del capital, nos recuerda Marini, de no hacerse cargo del tiempo no productivo³⁰⁶, ha creado un espacio de reproducción de la fuerza trabajo, la hacienda y las ciudades locales y regionales, que el espacio unitario de circulación, orientado hacia el exterior, separa entre sí, impidiéndole, por lo tanto, controlar su ciclo de reproducción y, volviéndolas cada una dependiente de una región mercantil polarizadora y su centro dominante³⁰⁷, mismo que coadyuva la transferencia de plusvalor por medio del intercambio desigual entre productos primarios y manufacturas metropolitanas.

Se sentarán así las bases espaciales de aquello que será el rasgo definitorio de la urbe latinoamericana en época de orientación de la actividad económica hacia el interior y paralela consolidación de un espacio unificado: la conformación, en la metrópolis industrial periférica, centro de producción y consumo, y como tal eje articulador de la nueva totalidad, de un ciclo de reproducción social escindido y, con ese, de un espacio intra-urbano desigual y combinado.

Será el advenimiento de aquel que Milton Santos apostrofó, en los setentas, como nuevo paradigma para el análisis de la especificidad urbana del subdesarrollo: una doble organización socio-económica definida por la presencia de dos circuitos de producción, distribución y consumo de bienes y servicios, cuyo diferencial reside en los distintos niveles de productividad y paralela organización del trabajo; el inferior siendo controlado por, subordinado a, y dependiente del superior, y cada uno un subsistema de aquella totalidad que la ciudad capitalista industrial en sí representa y que, en el caso de la periferia latinoamericana, exactamente porque se conforma, a nivel endógeno, como

espacio auto-centrado, como *metrópolis completa*, se conformará de forma *incompleta* a nivel internacional, convirtiéndose en instrumento esencial para la reproducción de la dependencia.

Tanto el circuito urbano inferior como el superior son ambos parte de un mismo proceso histórico, de un mismo encadenamiento de causas, de la manera, vale decir, en la cual el proceso de modernización industrial se consolidó en la periferia latinoamericana, a partir, como vimos, de un circuito inter-urbano polarizado, el característico de la orientación hacia afuera de la fase primaria de exportación del siglo XIX, el mismo herencia del doble circuito urbano colonial. El proceso de industrialización significó para América Latina la conformación, en la metrópolis industrial, de un espacio intra-urbano superior, correspondiente a la localización privilegiada de las actividades volcadas a la acumulación, las grandes empresas de capital intensivo, dependientes, en una primera fase, la de la industrialización orientada hacia el mercado doméstico, de la importación tecnológica, esta última resultado del viraje, por problemas de sobreacumulación endémica a los países de capitalismo avanzado, de la inversión extranjera directa hacia el sector industrial periférico, en un primer periodo, vía la transferencia del aparato productivo obsoleto. Sólo en una segunda fase, cuando se consolidará aquel proceso de “substitución de producción”³⁰⁸ resultado de la que vimos ser la contradicción endémica al desarrollismo –los problemas de realización productiva derivados de la estrechez del mercado interno y la consecuente re-orientación hacia el externo– las importaciones virarán hacia los productos acabados o semi-acabados de los países de capitalismo avanzado, los cuales pasarán a ejercitar el control directo de la producción a través de grandes conglomerados transnacionales y la que veremos cómo interiorización, a nivel de empresa, de gran parte del comercio internacional.

Si ya a finales de los sesentas ambos procesos tendieron a mezclarse y sobreponerse, en la fase de sustitución de importaciones, la ventaja de localización cimentó una economía de escala y externalidades definida por la elevada concentración de la producción y los circuitos económicos complementarios de financiación, comercialización y servicios, en este entonces subsumidos al capital productivo. De esta forma, el correspondiente proceso de urbanización mostró la tendencia hacia la refuncionalización de espacios urbanos pre-existentes y el desarrollo de la grande metrópolis industrial, mientras que, desde sus inicios, la industria orientada hacia la exportación conllevó el temprano establecimiento de verdaderos enclaves industriales

con escasa relación con la región o país en el cual se encontraban establecidos. El común denominador entre ambos procesos fue la presencia de un eje de articulación exógeno al espacio de producción, la actividad industrial siendo coordinada desde afuera, desde una ciudad de nivel superior: en el primer caso, la *metrópolis completa nacional*, como veremos principal mercado y proveedora de bienes capitales e intermedios, en el segundo la *red metropolitana global*, centro logístico de las grandes empresas transnacionales e instituciones financieras.

Si en el circuito superior lo esencial es el capital, relativamente al inferior, remarca Santos, el trabajo. Un espacio socio-económico, el segundo, producto del primero, y que, insiste el geógrafo, encarna la condición de dependencia de todo el sistema. Se trató de la concentración en el espacio urbano industrial de la actividad volcada a la subsistencia de las masas populares, caracterizada por una organización de la producción a bajo componente de capital, bajo “trabajo intensivo”, propia de la pequeña producción manufacturera, frecuentemente artesanal y, en primer lugar, de las ocupaciones predominantes del circuito, el comercial y de servicios de pequeña escala, ambas articuladas, y frecuentemente subsumidas, a formas de crédito personal y generalmente usurero, y ambas dando origen al fenómeno de la inflación del sector terciario. Un espacio económico caracterizado por la temporalidad extrema del trabajo, por niveles de remuneración frecuentemente inferiores al nivel de subsistencia y por la orientación a corto plazo de actores económico, la población urbana y la migrante rural descalificada, empeñadas en asegurar su propia sobrevivencia diaria.

Un circuito económico, en el cual, a diferencia del anterior, las actividades productivas son coordinadas localmente desde el circuito superior de la misma ciudad, tanto en el sentido que una gran parte del abastecimiento para la venta al menudeo proviene del mayorista³⁰⁹, cuanto y sobre todo, en términos estructurales, relativos, vale decir, a las necesidades de reproducción del entero sistema, en el sentido que la existencia de este espacio “informal” de reproducción social no sólo permite concentrar un enorme ejército industrial de reserva, sino desliga el espacio de la acumulación de la necesidad de ampliar el mercado interno, permitiéndole, de esta forma, organizar su propia producción alrededor de la extensión e intensificación de la explotación de la fuerza trabajo.

Ahora, este desarrollo desigual y combinado del circuito socio-económico no solamente caracterizaba el espacio interno a la metrópolis industrial, sino fue origen y secuela de las relaciones inter-urbanas, siendo la relación entre lo intra-urbano y lo

inter-urbano de orden dialéctico, así como la que se da entre el espacio urbano en sí y el espacio de la totalidad del capital, cuando el primero, insiste Santos, es un subsistema del sistema mundial y la *macrocefalia* una de las manifestaciones de la dependencia.

A partir de la reorientación endógena de la actividad económica, las grandes aglomeraciones periféricas asumieron aquel carácter de primacía propio del dominio histórico del capital productivo³¹⁰, al mismo tiempo que, en esta época, la concentración urbana, propia también de los grandes centros mercantiles de la fase anterior, asumió, junto con el industrial, el carácter de *megalópolis*.

Como vimos la tendencia a la concentración es fenómeno propio a la selectividad espacial de la productiva como forma dominante de capital, cuando las necesidades de valorización conllevan la reunión de la producción y del consumo, conformando así un espacio auto-centrado, un espacio capaz de satisfacer internamente las necesidades de su población, tanto del trabajo, como del capital. La paradoja del espacio urbano periférico residió en el hecho de que la misma separación socio-económica entre el circuito de reproducción del trabajo y el del capital generó una enorme concentración poblacional y de la actividad económica en un solo punto del territorio, creando una disparidad inter-urbana que, a diferencia del centro, se dio de forma exasperada, encontrándose en el origen de una red piramidal deformada por la macrocefalia y la desarticulación entre sus miembros. Es decir, en el caso de América Latina³¹¹, la metrópolis industrial asumió el carácter específico de la *megalópolis*, de la tendencia a desligarse paulatinamente de las necesidades de reproducción del resto del conjunto económico, agravando su monopolio espacial sobre las localizaciones privilegiadas en términos de reducción de costos de circulación y producción, y engendrando un vacío a su alrededor que disminuyó la capacidad de otras ciudades de realizar el mismo papel a un comparable nivel de competitividad.

Una disparidad que podemos considerar sirviéndonos de la clasificación cualitativa adoptada por Santos entre ciudades locales, regionales o intermedias, metrópolis incompleta y metrópolis completa. En esta red piramidal cada nivel superior de aglomeración urbana se define por la capacidad de asegurar las funciones propias de su nivel, mas las de los niveles inferiores, desde aquí el ápice de la jerarquía es ocupado por la metrópolis completa, y el extremo inferior por la ciudad local. La disparidad urbana queda así definida en términos de capacidad o incapacidad relativa de cada subsistema de satisfacer autónomamente sus necesidades de reproducción interna, de las

cuales deriva incluso su capacidad o incapacidad de dirigir la organización socio-económica del entero conjunto socio-económico.

Ahora, lo que caracterizó el espacio inter-urbano latinoamericano en la época del desarrollismo fue la incapacidad de cada subsistema, la ciudad local, regional o las mismas metrópolis incompletas, de funcionar como un espacio de reproducción auto-centrado, como forma urbana propiamente capitalista, y esto porque no solamente el eje de articulación de cada nivel inferior de la jerarquía residía, como en el caso de los países centrales, en un nivel superior, sino se caracterizaba por la ausencia de toda articulación entre subsistemas urbanos de un mismo nivel. Dada la enorme concentración de la actividad económica de más alta valorización, cada aglomeración de nivel inferior tendía a sobrepasar la inmediatamente superior y dirigirse directamente para sus necesidades de reproducción interna a la metrópolis económica nacional, enorme nudo de distribución de productos manufacturados y bienes capital y receptora de productos primarios, semi-manufacturados y fuerza trabajo.

A la base del fenómeno una organización de la producción industrial, la periférica, privada, a diferencia de la de los países de desarrollo avanzado, de una complementariedad inter-regional e inter-sectorial de funciones, esta última fundamento de una integración vertical y horizontal de la red urbana, misma que, en el centro, permitió engendrar la extrema especialización productiva de cada aglomeración metropolitana a partir de la complementariedad, reduciendo así la concentración del polo económico nacional y confiriéndole un carácter incompleto cuya dependencia interna le otorgaba, a su vez, autonomía internacional.

Del lado contrario, en la periferia, la capacidad por parte de la metrópolis nacional de satisfacer sus necesidades internas de consumo industrial y proporcionar las condiciones de producción de los otros subsistemas hizo que la integración urbana degenerara en la exclusividad de la articulación entre cada subsistema y el polo económico nacional, confiriendo a este último el carácter de *metrópoli completa* a nivel endógeno, el cual la reproducía como *metrópoli incompleta* a nivel exógeno, dependiente de las metrópolis centrales por sus necesidades internas de reproducción ampliada.

Esta (des)-integración urbana interna produjo ciudades periféricas, las locales y regionales, y un único centro, la megalópolis, las primeras caracterizadas por un desarrollo de la actividad económica “tradicional” dependiente y el segundo por el control, a partir de la concentración de la actividad de más alta valorización, sobre los

espacios de circulación y producción. El polo nacional se garantizaba así la transferencia de plusvalor a través del dominio sobre una siempre más reducida distancia geográfica, misma que reproducía, y en escala ampliada, la distancia socio-económica: la creciente dificultad, vale decir, por parte de la población urbana periférica de tener acceso a mercados, bienes, capitales, créditos y servicios. Un proceso de acumulación selectiva dando origen a fenómenos migratorios inter-urbanos hacia el centro nacional polarizador, el cual contribuía, junto a la transferencia de plusvalor desde las áreas de menor desarrollo relativo, a reproducir la polarización socio-económica intra-urbana característica de la grande megalópolis, ella misma a la base de una organización de la producción de avanzada centrada en la superexplotación del trabajo y, como tal, origen y secuela, como vimos, del carácter dependiente del entero sistema industrial latinoamericano.

La (des)-integración del ciclo reproductivo del capitalismo industrial periférico se articulaba así a la de su red urbana y, esta última, a la del espacio socio-económico intra-urbano, las tres al origen de un fenómeno de concentración y centralización, la megalópolis económica nacional, que, indispensable en cuanto tal a la reproducción del entero conjunto socio-económico, lo reproducía en su carácter de formación económico-social de capitalismo dependiente.

Con la crisis del dominio de la forma productiva de capital, el Fordismo, y la llegada del dominio de su forma financiera, el Neoliberalismo, la actual red de integración espacial, como se limitan a describir los teóricos de la *ciudad global*, se ha caracterizado, tanto en el centro, como en la periferia, por la dispersión de la actividad productiva y una re-jerarquización del espacio inter-urbano nacional que acercaría el primero a procesos de urbanización históricamente exclusivos de la segunda, habiéndose así conformando un nuevo centro, mismo que, en nuestra búsqueda de un marco analítico, queremos ahora introducir a través de la categoría de *metrópolis completa de escala internacional*, la cual, como discutiremos, no existe bajo forma de lugar, sino de flujo, de red: la red metropolitana financiera de escala global. ¿Y la periferia? El *quid* de la cuestión permanece: esclarecer los mecanismos de conformación de espacios (des)-articulados y, con ellos, de transferencias de plusvalor, que esta nueva forma de (des)-integración espacial, ahora de escala mundial, asegundaría.

A tal fin, tenemos que mover el acento de la periferia al centro, y de la reproducción del capital a la crisis, hacia la que vimos como contradicción endémica al

capital, la que ocurre entre valor producido y su posibilidad de valorización, entre capital fijo y circulante, misma que tiene raíz en el proceso de desvalorización del valor de uso, del trabajo vivo, para su extrañación en valor objetivado, trabajo muerto.

El cimiento de esta contradicción reside en que la plusvalía relativa confiere el rasgo definitorio al capital, una forma valor capaz de asegurar su propia reproducción ampliada a partir de la capacidad de determinar las necesidades del trabajo a fin de enajenarlas como necesidades del capital, como plustrabajo. Un límite cuantitativo, el que se registra entre trabajo necesario y excedente, que, decíamos, se transforma en cualitativo, en algo más, vale decir, que una relación puramente económica. De hecho, insiste Marx, el énfasis exclusivo en el aspecto formal de la plusvalía, en su calidad abstracta de relación social, limitaría el antagonismo entre los componentes del proceso productivo a una relación cuantitativa entre *capital variable* y *constante* y la crisis, repetimos nosotros, a una mera cuestión de subconsumo. Sin embargo, si movemos el análisis de las condiciones del capital como posibilidad abstracta a las de su desarrollo concreto, del modo de producción al de reproducción, nos advierte Marx, sus supuestos se revelan como “momentos del movimiento mismo del capital”³¹² y, este último, como *reproducción continua* de una relación cualitativa, y antagónica, entre ambos componentes *conforme a su modo de existencia material*³¹³.

Queremos poner el énfasis en este aspecto material de la reproducción social capitalista. Es a partir del mismo que Marx nos muestra el advenimiento del capital desarrollado, el industrialismo, como proceso que implicó el pillaje del trabajo como unidad dominante para el control del proceso productivo y acumulación de este poder social en trabajo objetivado. Tratándose de un dominio, el del medio de producción sobre el trabajo vivo –correspondiente, insistimos, a la primacía de la forma productiva de capital– que conllevó un grado de despojo cualitativamente superior al del plust tiempo de trabajo: la apropiación de la fuerza productiva históricamente alcanzada por el trabajo gracias a su existencia como cuerpo social.

El capitalismo industrial es, en Marx, así como la ciudad capitalista en Lefebvre, esta productividad inmanente al carácter asociado y combinado del trabajo puesta como fuerza productiva enajenada y cosificada; el *trabajador colectivo*, el *cerebro social*, los logros civilizatorios que, gratuitamente incautados por la propiedad privada, existen *de facto* en calidad de un poder ajeno que determina y regula a la sociedad en su actividad creadora. Con el capitalismo industrial, ya no asistimos, subraya Marx, al *robo de tiempo de trabajo ajeno*, sino a la enajenación de las condiciones de la producción

social, el espacio incluido, merced a la propia actividad de la sociedad productora y a su cosificación bajo la forma de existencia objetiva, la del medio de producción, y de la ciudad como fuerza social, que se han vuelto autónomos frente al trabajo vivo, siendo su propio trabajo objetivado³¹⁴, su propio logro histórico. Es en esta materialización del trabajo social enajenado que reside el fundamento del capital como contradicción permanente entre fuerzas y relaciones de producción, y, con ella, la que vimos ser su tendencia endémica a la sobreacumulación por tendencia a la caída de su rentabilidad.

Esta materialidad, a fin de cuentas, no es otra cosa que el mismo ambiente construido, el cual, en calidad de fuerza social de producción tiene un carácter acumulativo y consecuentemente, como nos disponemos a ver, contradictorio, siendo el espacio una segunda naturaleza, una *rugosidad*, diría Milton Santos, que ejerce la que vimos ser una “inercia dinámica” sobre los procesos de acumulación posteriores³¹⁵.

El punto a subrayar es que la salida temporal de la contradicción endémica al capital, la que hay entre fuerzas y relaciones, contradicción que veremos manifestarse, en la esfera de la circulación, como desproporción entre valor real y valor abstracto, depende de una elección política acerca de quien tendrá que cargar con el peso de la desvalorización necesaria para re-establecer el equilibrio, y esta elección, aquí el punto, tiene una dimensión espacial, dado que, como vimos, el capital implica una espacialización del trabajo social cuyo carácter desigual y combinado permite la violación sistemática de la ley del valor, aquel estado de desequilibrio permanente del cual depende su reproducción ampliada como totalidad, como capital social.

En esta línea, se configura, de hecho, uno, tal vez el principal, de los aportes del geógrafo británico. La tendencia del capital a mermar las condiciones de su propia rentabilidad, nos recuerda Harvey, lo empuja a una reconfiguración permanente del desequilibrio espacial, por desempeñar, esta última, un rol vital en los procesos de resolución temporal de la crisis: una *fijación espacial* del capital frente a sus contradicciones internas. En este sentido, el capital, podríamos decir, encuentra en la configuración del espacio social la defensa contra la tiranía de su propio tiempo histórico, el de la valorización.

A partir de una larga y compleja reconstrucción de las categorías marxianas, en *Los límites del capitalismo*, Harvey llegó a conceptualizar la tensión inmanente al modo de reproducción capitalista entre capital circulante y capital fijo, entre la ininterrumpida continuidad del proceso de valorización y la fijación del valor en trabajo objetivado, entre trabajo vivo y trabajo muerto, como contradicción espacial.

El territorio, subraya hermosamente el geógrafo, es tanto la gloria coronada del desarrollo alcanzado por el capital así como una prisión inhibidora de su progreso adicional: trabajo muerto, capital fijo. Por un lado, la necesidad por parte del capitalismo de aniquilar la externalidad del espacio inmoviliza el plusvalor en un ambiente construido: “las barreras espaciales se superan sólo por la creación de determinadas estructuras espaciales”³¹⁶. Por el otro estas estructuras se erigen, a su vez, en límite contra aquel proceso de movilidad permanente volcado a la apropiación ampliada de plustrabajo. Es la conversión del espacio de confines externo en contradicción interna al modo de reproducción capitalista.

El espacio del capital se conforma así como un lugar de tensión permanente entre la necesidad de preservar el valor conservado en la construcción del ambiente y su disrupción con el fin de adaptarlos a nuevas oportunidades de valorización, a nuevas oportunidades de obtención de ganancias extraordinarias necesarias para superar, aún temporalmente, el atascadero de la sobreacumulación. El punto central es que cualquiera re-espacialización termina siempre por afectar una localización, una situación específica, provocando así la desvalorización de un determinado espacio social: “las devaluaciones *siempre* son específicas de determinado tiempo y lugar”³¹⁷. Es a partir de esta consideración básica que resultará posible articular teóricamente espacio, capital financiero y crisis para así llegar a entrever la especificidad actual del metropolitanismo global y, con ésta, la nueva configuración centro-periferia y el sentido de lo que introducimos como *metrópolis completa de escala internacional*.

A tal fin, tenemos que analizar primero la tercera determinación formal del capital, la de capital-dinero, partiendo, sin embargo, no de su dimensión especulativa-parasitaria, sino de su función en el ciclo de reproducción del capital.

La forma valor financiera

Con el capitalismo, decíamos, el ambiente construido corresponde a la forma fija que el plusvalor asume, y, con el desarrollo de la productividad social, en manera creciente, operando bajo un modo de existencia material y espacializado, la producción del cual abre “ante nosotros la perspectiva [...] de una *relación específica entre el capital y las condiciones generales, colectivas, de la producción social*”³¹⁸. La producción del espacio por parte del capital, un costo de producción y, por lo tanto, una deducción, aún

necesaria, de plusvalía, implica la reducción del espacio a mercancía y, con ella, la conversión de uno, tal vez el principal, de los presupuestos del carácter social del trabajo en condición privada de valorización.

Es en el medio de estas reflexiones sobre el grado en el cual el capital ha transformando las necesidades, las espaciales incluidas, del individuo como ser social en necesidades del capital que Marx añade un paréntesis iluminador “y mientras el capital no adopta la forma de la sociedad por acciones, busca siempre sólo las condiciones particulares de su valorización; las *colectivas* las transfiere al país entero en calidad de necesidades nacionales”³¹⁹, mientras que, poco antes, definía el capital por acciones como la “modalidad bajo la cual el capital se ha elaborado hasta su forma última, en la cual está puesto no solamente en sí, según su sustancia, sino según su forma, como fuerza y producto social”³²⁰. Será la historia lo que nos permitirá aclarar el sentido de aseveraciones tan abstractas.

Dado el ingente nivel de inversión requerido para la producción de un valor de uso, como el ambiente construido, de enormes proporciones y tardía realización, expuesto él mismo, además, a un elevado riesgo de desvalorización por inevitables alteraciones históricas en la primacía de la localización, fue la producción capitalista del espacio, en primer lugar la de los medios de comunicación y transporte, la que coadyuvó la tendencia del capital a la concentración y centralización en pocas manos, la sociedad por acciones, un arreglo organizacional que permitió reunir la masa de capital dinero necesario para inversiones de gran escala, así como socializar el riesgo entre los capitalistas asociados. Teniendo su origen en la segunda mitad del siglo XIX y fundamentándose en las revoluciones del transporte, las comunicaciones y la técnica financiera, la integración territorial capitalista fue de hecho paralela al surgimiento de la corporación moderna, a una revolución organizacional caracterizada por la internalización de barreras externas a la circulación del capital a través de la centralización e integración vertical de unidades productivas, de compra-distribución y de financiamiento, en otros términos, de la forma industrial, comercial y financiera del capital.

Como subraya Harvey, la corporación moderna significó la transferencia del mecanismo de coordinación social de la mano invisible del mercado a la mano visible de empresas en gran escala y de carácter monopólico³²¹. Dados los esfuerzos competitivos para obtener el mayor trozo posible de plusvalía social, la circulación de capital tendió a producir una centralización y concentración monopólica en

contradicción con la libre formación de los precios de producción. Lo que permitía, por un lado, una mejor coordinación de la producción social, por el otro, dada la obtención de ganancias extraordinarias vía el control del mercado, parecía entrar en conflicto con la nivelación de las ganancias como mecanismo descentralizado de coordinación social, el mismo necesario, como vimos, a la reproducción del capital en escala ampliada. Más allá de las apariencias, sin embargo, se trató del advenimiento de una forma de coherencia social centrada en la competencia entre conglomerados financieros por la obtención de capital dinero a través de la emisión de títulos de propiedad, cuyo rendimiento movió el mecanismo disciplinar de los precios de mercado al mercado de capital. Con la organización monopólica del capitalismo, concluye Harvey, lo que tuvo lugar, no fue en realidad, la negación de la ley del valor, sino un cambio en la competencia correspondiente a su profundización: la financiera.

Como mencionamos al inicio de este capítulo, el trato marxiano del capital financiero se centra en la noción de proceso social y sus contradicciones, más que en la de bloque de poder. Una lectura, la del capital financiero como concreción históricamente específica de la forma valor, que, como nos disponemos a argumentar, recupera la centralidad, en el capital de Marx, de su análisis del dinero, integrándolo en la teoría de la producción capitalista a partir de la modalidad de financiación de esta última, el crédito, y confiriendo, de esta manera, un giro monetario y especulativo a la aparición de la crisis bajo el capitalismo³²².

El origen del crédito mora en la circulación simple, en la posibilidad de reducir los costos de transacción derivados de la división social del trabajo y la necesidad del intercambio, a través de la eliminación práctica del medio de circulación y su conversión en un sistema de letras de cambio recíprocas, las cuales, adquieren la forma social de dinero tan pronto como comienzan a circular como medios de pago³²³. Solución, por medio de la cual, como veremos, el capital financiero libera la circulación de capital de las ataduras materiales del dinero sólo para adoptar dentro de sí las contradicciones propias de su función monetaria.

Si el capital portador de interés (D-D'), pertenece, como el dinero, a todo tipo de producción mercantil, Marx nos muestra cómo, con el desarrollo del capital industrial, éste quedó históricamente subsumido al productivo en tanto que relación distributiva de la plusvalía entre la clase capitalista, con intención de asegurar la continuidad del proceso de acumulación. Debido a su función monetaria, el crédito permitió, a través de la multiplicación y continuidad del sistema de letras de cambio, ajustar la cantidad de

medio circulante a las necesidades cambiantes de la producción de plusvalía. Por otro lado, en calidad de derecho de apropiación sobre el trabajo futuro, el capital de préstamo quedó subsumido a la misma dinámica, variable e incierta, de la acumulación real, cuyo tiempo de realización se erige, a su vez, en límite contra de la continuidad ininterrumpida de la propia circulación financiera. La conversión de los contratos en mercancías negociables en el mercado de capitales, en títulos representativos de la propiedad³²⁴, en breve, la reducción del mismo capital a mercancía, permitió tanto ajustar, en principio, los ingresos financieros a las variaciones en la producción de plusvalía, así como emprender la producción en gran escala, en particular la del ambiente construido, preservando, al mismo tiempo, la liquidez.

Por capital financiero podemos así entender un arreglo institucional por medio del cual el capital social asegura la continuidad de su reproducción, por permitirle superar aquellas divergencias espaciales y temporales entre producción y circulación que derivan de la misma extensión del mercado y los tiempos diferenciales de realización de cada forma asumida por el capital, y, en primer lugar, de su forma fija³²⁵. En breve, debido a su base crediticia, la finanza constituye, subraya Harvey, un producto de los propios esfuerzos del capital para resolver sus contradicciones internas.

En los *Grundrisse*, donde Marx examina el capital desde lo general y lo abstracto³²⁶, el capital financiero es introducido como una diferenciación particular dentro del mismo universal, el valor existiendo como forma histórico-concreta en su pleno carácter de abstracción:

El *capital en general*, a diferencia de los capitales en particular, se presenta, a decir verdad, 1) sólo como una abstracción; [...] 2) pero el capital en general, *diferenciado* de los capitales reales en particular, es él mismo una existencia *real* [...] Por ejemplo el capital en esta *forma universal*, aunque perteneciente a diversos capitalistas, en su forma *elemental* como capital constituye el capital que se acumula en los bancos o se distribuye mediante éstos [...]»³²⁷.

El capital financiero es el poder social del capital que ha asumido forma objetiva de existencia frente a los capitales particulares, misma en la cual estos últimos, reunidos bajo el título jurídico de deudor, existen como masa concentrada y organizada puesta bajo potencial control de los bancos y los institutos financieros, el prestamista. Concentración de la propiedad fuera de cualquier proceso específico de producción, la forma financiera de capital conlleva la posibilidad de imponer la voluntad de la clase

capitalista como totalidad sobre los intereses de los capitalistas individuales. Ejercitando funciones de alta complejidad y especializadas dentro de la división social del trabajo, el capital financiero ocupa aquel espacio superior identificado tanto por Braudel como por Arrighi como el alto mando de la economía capitalista, espacio desde el cual, subraya Harvey, confronta a los capitalistas en calidad de representante del capital social. Asistimos, de esta manera, al perfeccionamiento histórico en la operación de la ley del valor en tanto que, con el capital financiero, el ser “exteriorizado” en el mercado no es ni el carácter social del producto, como en el caso del capital mercancía, ni el del proceso de trabajo, como en el caso del industrial, sino el del mismo capital bajo las figuras emergentes que asume el dinero. En este sentido, el capital financiero según Marx es la:

modalidad bajo la cual el capital se ha elaborado hasta su forma última, en la cual está puesto no solamente *en sí*, según su sustancia, sino según su *forma* como fuerza y producto social³²⁸.

Un proceso de extrañación que, por un lado, cumple funciones esenciales para la reproducción, dado que, coordinando los movimientos de los capitales privados, permite un mayor grado de regulación sobre el carácter social del trabajo, coadyuvando, como vimos, la continua expansión del mercado mundial y el desarrollo de la producción en gran escala y, por el otro, subsume el trabajo social a un movimiento externo a los procesos de producción e independiente de ellos. De hecho, a la centralización del poder social del capital con función de gestión para la entera clase capitalista, y a la cual corresponde el derecho, para sus detentores, a disponer de una parte del plusvalor producido –el interés– se añade una función privada.

Por prestarse el capital común de la clase a la apropiación individual, la división del trabajo entre capitalistas con funciones monetarias y los que desempeñan funciones productivas engendra el desarrollo de una valorización puramente ficticia: si, por un lado, las variaciones de mercado de los títulos reflejan variaciones en la dinámica de la acumulación real, por el otro, exactamente en calidad de propiedad pura, su proceso de valorización queda sujeto a mecanismos de mercado –la capitalización– que pueden y tienden a actuar, aún temporalmente, fuera e independientemente de cualquier proceso de producción real de valor. De esta forma, el capital financiero, de mecanismo volcado a asegurar los intereses colectivos de la burguesía, se convierte en palanca principal de la especulación, una degeneración gracias a la cual la oligarquía financiera tiende a

apropiarse de la plusvalía acumulada a expensa de las necesidades de la fracción industrial. El *quid* de la cuestión se reduce así, en última instancia, a especificar una dinámica objetiva determinante de la relación necesaria y contradictoria entre capital financiero y productivo, de la articulación, en otros términos, entre tasa de interés y tasa de ganancia como mecanismos de coordinación social y, con ésta, de la distribución intercapitalista de la plusvalía social.

Con el desarrollo de la forma financiera de capital no asistimos, subraya Marx, a la mera posesión de títulos jurídicos distintos sobre el mismo capital, el uno como prestamista, el otro como deudor, el uno como propiedad del capital a un lado del proceso de producción real, el otro como capital en función productiva, sino de dos cristalizaciones de la forma valor, el interés y la ganancia, que, aún proviniendo de la misma fuente, la explotación del trabajo, quedan reguladas por leyes distintas. Mejor dicho, los mecanismos de mercado que regulan la tasa de interés actúan a un nivel de determinación distinto que el de la tasa media de ganancia. En el caso del *capital mercancía*, el movimiento de los precios es expresión directa, como vimos, del proceso de socialización de un determinado grado de explotación del trabajo, el mismo indicado, de forma cosificada, por una tasa media de ganancia, el mecanismo privilegiado de coordinación social correspondiente a la fase histórica de primacía del capital productivo, y gracias al cual, dada la mayor apropiación de excedente por parte de los sectores más desarrollados, la mediación, actuando desde la esfera de la circulación, impulsa al capital en su conjunto a alcanzar constantemente una composición orgánica más elevada. Desde el punto del vista del trabajo, con el dominio de la forma productiva de capital, aunque sus necesidades tiendan a aumentar en términos absolutos, sus posibilidades de realización como emancipación social, alcanzan, en calidad de capital, una existencia objetiva exteriorizada cada vez más amplia y en creciente contraste con las primeras. En este sentido, recalca Marx, bajo la forma de la tasa media de ganancia, el capital “cobra conciencia de sí mismo como una potencia social”³²⁹.

En el caso de la *mercancía capital* su precio depende de la relación entre la oferta, masiva, de capital dinero y la demanda, masiva, del mismo, y, esta última, de la fase atravesada por el proceso real de valorización, cuya expresión cosificada es la tasa de interés de mercado, la cual, en calidad de mecanismo privilegiado de coordinación social, corresponde a la primacía de la fracción financiera sobre la industrial. Asistimos, en este caso, a un modo de integración socio-económica que media la posibilidad de una desposesión aún más extensa y profunda. Con el interés, la apropiación del trabajo ajeno

es un derecho que el capital no asume en oposición directa al trabajo, sino como resultado de una relación inter-capitalista. Que el interés, y no la ganancia, exprese la relación de propiedad no varía, por un lado, la naturaleza de su origen común en la desposesión del trabajo, por el otro, exactamente porque no expresa de por sí la relación de explotación, la intensifica. Desde el punto de vista del trabajo, así como en el capital industrial, también en el financiero, insiste Marx, se trata del carácter social de la producción en proceso de enajenación y cosificación, un proceso gracias al cual el poder social llega a ser percibido como facultad de la propiedad fetichizada³³⁰. Sin embargo, una vez establecida como mecanismo privilegiado de enlace social, la tasa de interés, en calidad de deducción de la plusvalía, coadyuva, desde la esfera de la circulación, la expropiación intensificada de la mercancía fuerza de trabajo en la esfera productiva: su remuneración por debajo de su valor, su superexplotación.

En resumen, mientras la conformación de la tasa media de ganancia expresa un antagonismo cualitativo entre dos fuerzas que se limitan recíprocamente, el capital y el trabajo, en el caso de *la tasa de interés de mercado*, se trata de una repartición cuantitativa entre dos fuerzas propietarias, bajo títulos jurídicos distintos, del mismo capital, cuya correlación de fuerzas depende del estado de la acumulación. La coyuntura financiera, y, con ésta, la repartición del plusvalor entre la clase capitalista, es siempre, por lo tanto, un reflejo de la coyuntura económica real y, como tal, del antagonismo capital-trabajo; al mismo tiempo, debido a la exteriorización de la relación de propiedad, esta dependencia es de una naturaleza tal que permite que el proceso de valorización asuma una autonomía relativa por medio de la cual se produce, a su vez, una intensificación generalizada del proceso de explotación, un retorno al modo regresivo de despojo, el absoluto, como forma dominante del capital. En otras palabras, porque, en su forma financiera, la apariencia de autonomía del capital subsume la sociedad al fetiche de la acumulación ficticia, la enajenación de la necesidad social alcanza un nivel tal como para intentar anular su dimensión concreta, la del trabajo, el capital empujando por su pretensión de existir en su carácter de valor plenamente autonomizado del valor de uso.

Con el capital financiero, a diferencia del productivo, asistimos, de hecho, a la transferencia en la esfera del mercado no solo del mecanismo de regulación de la acumulación, sino de su misma concreción y paralela conversión en valorización ficticia. Un capital, el ficticio, que no constituye una mera apariencia de valorización, sino, insiste Marx, una valorización aparente con consecuencias reales, dado que la

coyuntura financiera re-actúa sobre la productiva por razón de la función monetaria del sistema de crédito. En breve, es debido a la propia necesidad social de la financiación que la expansión especulativa tiende a degenerar en crisis monetaria, momento en el cual la relación cuantitativa entre las dos fracciones del capital, la financiera y la industrial, se convierte en un antagonismo cualitativo entre capital y sociedad productora, cuya forma de resolución pertenece, como veremos, a la dimensión política.

Colocando el sistema de crédito al centro de las dos dimensiones del capital financiero –la función social de financiación y la privada de valorización– el análisis de Marx permite integrar la forma financiera de capital con su análisis general de la reproducción, y por lo tanto, de la crisis capitalista. Es exactamente gracias al elevado grado de abstracción teórica implícita en la noción de *forma social* que la lectura de Marx del capital financiero le restituye, a nuestro parecer, su historicidad. De hecho, partir del enfoque socio-político y limitarnos a definir el capital financiero como contubernio entre la fracción bancaria y la industrial, una alianza que asume características distintas durante las fases históricas del capitalismo, no nos permitiría dar cuenta de la especificidad actual. Del lado contrario, la perspectiva más abstracta, la de Marx, partiendo de la necesidad social del capital financiero, fundamenta los cambios en el bloque de poder capitalista en el tipo de relación existente entre circulación del capital-dinero y procesos de producción de plusvalía, para así hacer hincapié en sus contradicciones internas. Un enfoque que, insiste correctamente Harvey, permite visualizar, en primer lugar, como el poder de la finanza, por cuanto dominante, es siempre un poder restringido por las necesidades de la acumulación real y, en segundo lugar, insistimos nosotros, como el dominio actual de la fracción financiera corresponde a un estado de crisis del capital, el cual hay que entender no como un próximo derrumbe, sino como una profundización de la contradicción fundamental de la sociedad capitalista, la que se despliega entre capital y trabajo.

En conclusión, por modo de reproducción capitalista tenemos que entender un estado de paulatina disociación, en términos cualitativos, entre el trabajo y un progreso social que, siendo “su *propio producto y resultado*”³³¹, lo reproduce como pobreza relativa, en el caso del capitalismo industrial, y como pobreza absoluta, en el financiero. El desarrollo capitalista es esta perpetua substitución de la necesidad concreta, y como tal limitada, por la abstracta, y por lo tanto ilimitada, apetencia de plusvalor, un proceso fundamentado en el carácter progresivo del capital como fuerza y regresivo como forma social, por medio del cual la necesidad histórica se reproduce como una fuerza

autonomizada con la cual una parte de la sociedad, el capital, se relaciona como progreso y la otra, el trabajo, como satisfacción de necesidades predeterminadas y, como tal, constantemente avasalladas. Exactamente porque Marx identifica esta dependencia del “progreso” del poder (de) confinar permanentemente la posibilidad del trabajo de hacerse dueño de sus creaciones, su perspectiva coincide con aquel discurso crítico por medio del cual, subraya nuevamente Echeverría, es posible, y necesario, reconceptualizar la crisis capitalista de cuestión económica-cuantitativa, en dilema socio-político. Un dilema que observado desde el mirador del espacio forjado por el capital, quita a sus resoluciones la máscara de fatalidad.

La reproducción continua y cambiante de un espacio desigual y combinado, de la dialéctica centro-periferia, se encuentra estrechamente vinculada a una lectura del capital financiero como proceso que, oscureciendo su fundamento en el antagonismo capital-trabajo, lo reproduce en forma nueva y más confusa en otros niveles, entre los cuales, el territorial³³². La que vimos como tensión entre la fijación del plusvalor en el espacio y su necesaria movilidad queda de hecho regulada, en el capitalismo, a través de la intermediación del crédito y paralela reducción del espacio en título de propiedad. La forma financiera de capital permite así encauzar el plusvalor acumulado en exceso respecto a las posibilidades existentes de valorización hacia la producción del ambiente construido y, al mismo tiempo, garantizar la circulación del valor fijado en el espacio transformándolo en capital ficticio. Desde esta perspectiva, el ambiente construido no constituye solamente un “palimpsesto de paisajes diseñados de acuerdo con los dictados de los diferentes modos de producción en diferentes etapas de su desarrollo histórico”³³³, sino también un instrumento esencial para la absorción del capital acumulado vía la conversión del espacio en activo financiero, cuya realización, en calidad de expectativa futura, depende, sin embargo, de la reproducción ampliada de la acumulación real, desde aquí el carácter espacial-temporal de este tipo de ajuste en medio de la crisis por sobreacumulación.

Ahora, si pasamos al plano de lo concreto, y consideramos la configuración espacial del capitalismo propia de la segunda posguerra, el *Fordismo*, en ambos polos, aún en grados distintos, la función financiera volcada a fabricar un ambiente construido en el interés del capital industrial fue asumida por el Estado y, por medio de éste, transferida a la colectividad. Un proceso que, dada la orientación endógena de la valorización, correspondió a la creación de un espacio físico unitario, el de la metrópolis industrial, tanto para la producción de capital, así como para la reproducción del trabajo,

el primero dependiente del segundo, en el centro, el segundo separado y subordinado al primero, en la periferia. Aunque solamente en el centro la unidad del espacio físico se irguió sobre la base de la unidad socio-económica, mientras que, en la periferia, a partir de la subordinación del subsistema inferior al superior, ambos ciclos de reproducción, tanto el central, como el periférico, implicaron la construcción de una infraestructura material que absorbió grandes cantidades de capital bajo la forma de deuda pública.

Con el viraje neoliberal y la transición a un modelo de crecimiento orientado hacia afuera, tanto en el centro como en la periferia, hemos asistido a la retracción de lo público en ambos dominios y al reaparecer de la financiación privada, diferencialmente enfocada, sin embargo, en la que veremos ser una polaridad internacionalizada: en el centro, principalmente volcada al espacio funcional a la reproducción del trabajo, el así llamado “fondo de consumo”, en la periferia, al de la organización técnica y social del proceso productivo.

Los dos espacios tienen que ser visto como un todo, es decir, como la totalidad de los procesos por medio de los cuales la circulación de plusvalor conforma el *circuito secundario del capital*, un circuito de valorización ficticia a través del ambiente construido estrechamente articulado al *circuito primario*, el de la valorización real³³⁴, esta última definida, actualmente, por una segmentación y jerarquización de la actividad productiva mundialmente integrada en enormes cadenas transnacionales de subcontratación.

Como argumentamos, la reproducción del capital implica la necesaria unidad de producción y circulación, un imperativo que, subraya Harvey, mantiene el movimiento geográfico del capital dentro de límites muy estrictos, si es necesario, anuncia el geógrafo, por medio de la crisis³³⁵. Es debido a esta unidad necesaria, que las que acabamos de mencionar como las dos formas actuales de circulación del plusvalor en el ambiente construido, la relativa al espacio de reproducción del trabajo y la relativa al espacio de producción del plusvalor, tendrán que relacionarse entre sí y, de esta manera, con la reproducción ampliada del proceso de valorización a escala global.

La explicación queda en el viraje neoliberal en tanto que advenimiento de una nueva división internacional del trabajo y, con ésa, de un nuevo régimen de reproducción del capital³³⁶, el dominado por la forma financiera, cuando por el mismo hay que entender el resultado de una precisa elección política volcada a re-establecer las condiciones de valorización del capital productivo a partir de una desvalorización generalizada del trabajo social. Desde aquí la re-espacialización de la dialéctica centro-

periferia y, con ésta, de la red metropolitana global, su agente y secuela, la cual, anunciamos de nuevo, presentaremos, para concluir, como *metrópolis completa de escala internacional*.

El viraje neoliberal y la regresión histórica

Hemos insistido en el modo de reproducción del capital como unión necesaria entre producción y circulación, entre valor producido y valor socialmente codificado, entre necesidad social y su determinación histórica como necesidad del capital. Aún en el transcurso de largos periodos, y en circunstancias históricamente determinadas, la crisis, como vimos, tiene su origen en la producción, se desarrolla, como nos aprestamos a ver, en calidad de separación violenta entre las dos esferas, y se manifiesta como debacle del mecanismo descentralizado de coordinación social, la forma valor, cosificada en dinero.

Marx trata la cuestión de la dinámica de la crisis capitalista en el tercer volumen de *El Capital*, en el así llamado *ciclo de reproducción*, cuyas fases leeremos como condensación abstracta de fenómenos histórico-concretos, como teorización, vale decir, del pasaje histórico de uno a otro régimen de acumulación, de una a otra forma dominante de capital. Un análisis que nos permitirá entender, en particular, el sentido profundo del viraje neoliberal a partir de lo que mencionamos como núcleo cardinal del capital financiero según Marx: el crédito en tanto que forma que asume la circulación monetaria bajo condiciones de producción capitalista.

Partimos de este último punto: es debido a su función social, que el capital financiero, decíamos, se encuentra estrechamente vinculado, en Marx, a su teoría del dinero.

Recordamos lo ya desglosado en el primer capítulo: en toda sociedad de productores recíprocamente indiferentes, la convalidación social del trabajo privado queda exteriorizada en el mercado y cosificada en dinero. En calidad de *equivalente general*, el dinero permite a los trabajos privados expresar su valor relativo por medio de su relación de intercambiabilidad con una sustancia universal de valor, expresada en un cuanto determinado de esta última: el precio monetario³³⁷. El dinero funciona, idealmente, como *medida de valor* y, materialmente, en calidad de representación de sí misma, como *medio de circulación*, la de *equivalente general*, sin embargo, es la determinación esencial, misma a la cual tienen que quedar subsumidas sus otras

funciones³³⁸. Es decir, para que los precios lleguen a expresar las efectivas proporciones de valor, para que el mecanismo de mercado regule eficientemente el carácter social del trabajo, en breve para que la ley del valor se reproduzca como mecanismo de coordinación social, la cantidad de medio en circulación tiene que permanecer dependiente, a largo plazo, del valor de la unidad de medida, lo que, implicando una sustancia valor presupuesta, parecería sugerir la adhesión, por parte de Marx, a una teoría metalista del dinero³³⁹. Sin embargo, en Marx, la necesidad social de esta sustancia valor no se refiere a la necesaria materialidad del dinero, sino a la necesidad de un *mecanismo de sanción social* garante del ajuste entre sus funciones, y, con éste, de su reproducción como forma descentralizada de coordinación social.

El punto es importante para entender cómo la perspectiva de Marx implica una crítica profunda a la teoría neo-clásica de la moneda, y a sus premisas cuantitativas, actualizadas, el día de hoy, en el monetarismo, fundamento teórico de la ortodoxia neoliberal³⁴⁰. Una crítica, la de Marx, cimentada en haber identificado el origen del poder económico del dinero en su calidad social, en la necesaria extrañación y cosificación del carácter social del trabajo. Es debido a este “deber ser” de la mediación, que la posible desproporción entre valor producido y valor socialmente convalidado aparece como desproporción entre mercancías y dinero, manifestándose, en condiciones específicas, como *crisis monetaria*, como la entrada en contradicción de sus funciones, con lo que el problema teórico consiste en identificar los mecanismos sociales por medio de los cuales se produce el ajuste y, con éste, la reproducción de la forma valor. Aunque tenga sus orígenes en el carácter privado de la producción, la separación originaria, propia de toda sociedad mercantil, y, consecuentemente de la capitalista también, entre lo concreto y lo social, entre producción y circulación, se manifiesta como contradicción propia de la mediación social cosificada asumiendo, de tal manera, la forma de necesidad externa, la de “obligación monetaria”, la cual, con el capitalismo, tiene su propia dinámica de desarrollo, derivada de la forma dinero propiamente capitalista: el crédito.

Es el mismo Marx, de hecho, el que nos indica cómo la forma dinero conlleva su desmaterialización, siendo la circulación monetaria una obligación a realizarse por medio de la cual la presencia de la sustancia universal de valor persiste bajo forma ideal³⁴¹. Hasta que la circulación mantiene el carácter de flujo continuo, subraya Marx, la realización puede quedar aparente y la función del dinero como medio desligarse de su función de medida. Así como toda moneda que circula se desmaterializa, subraya

Brunhoff, igualmente todo capital de préstamo, a través de la incesante creación de nuevos instrumentos de financiación, tiende a volverse ficticio, una propensión, como vimos, necesaria a la sobrevivencia misma del capital. Con la circulación capitalista, el proceso de expansión descontrolada de los signos de valor que, en la circulación simple, tiende a desligar la función del dinero como medio de la de medida, amenazando su reproducción como equivalente general, se transmuta en la tendencia por parte del crédito, gracias a la oportunidad de valorización ficticia, a expandirse a un ritmo superior al de la producción real de valor. Un proceso de degeneración especulativa frente al cual el capitalismo, si quiere sobrevivir “debe encontrar alguna forma de volver a establecer su base de operaciones en el mundo del trabajo socialmente necesario”³⁴². Tal forma o mecanismo de ajuste es la crisis.

En el capitalismo, el principio de convertibilidad entre riqueza abstracta y riqueza real, se aplica, apunta Brunhoff, solamente en momentos de crisis, cuando la contradicción medio-medida se reproduce como contradicción entre sistema financiero y su base monetaria, como dilema entre la necesidad de asegurar la acumulación reiterada vía la expansión del crédito y la necesidad de preservar la calidad de la moneda, y con ésta, el mecanismo descentralizado de coordinación. La primera opción, propia de la política monetaria expansiva, conlleva la devaluación del dinero, convirtiendo los costos privados debidos a lo que vimos ser la tendencia inmanente del capital a la sobreacumulación, en costo social, la segunda opta directamente por el sacrificio de la riqueza realmente producida en nombre de la defensa de lo abstracto como única medida de valor. Ambos caminos, tanto el de la *inflación* como el de la *depresión*, son totalmente irracionales desde el punto de vista de la sociedad productora y, sin embargo, perfectamente racionales desde el punto de vista de una u otra fracción de la clase capitalista, la industrial, en el primer caso, la financiera en el segundo, siendo cada uno coherente, a su vez, con la institucionalización de un determinado sistema monetario.

La configuración histórica de dicho sistema se explica por la necesidad de algún mecanismo disciplinario por medio del cual asegurar la correspondencia entre riqueza realmente producida y su expresión abstracta, en breve, la calidad social del dinero; tratándose de un arreglo institucional por medio del cual, nos hace notar Harvey, la contradicción básica no se resuelve sino se traslada a niveles más altos dentro de una jerarquía de instituciones, siendo la cúspide ocupada por la elevación de una moneda nacional a rango de equivalente universal: el dinero mundial³⁴³.

Como vimos, la expansión del capital conlleva la necesidad por parte del crédito de liberarse de restricciones monetarias, mismas que, sin embargo, se vuelven a presentar en momentos de crisis, cuando el dinero-crédito se encuentra devaluado en relación al dinero de “alta calidad”, cuya naturaleza depende del patrón de convertibilidad existente. Es este último, de hecho, el que nos indica el carácter del poder social del capital en un determinado periodo histórico, así como su localización privilegiada.

Dada la propensión inmanente al capital a conformar el mercado mundial y su paralela compartimentación en unidades estatales, el sistema monetario constituye el principio de regulación internacional volcado a subsumir los procesos nacionales de acumulación a la valorización del valor a escala global. Un mecanismo por medio del cual, una vez elevada una moneda nacional a estatus de dinero mundial, es el poder económico del país de turno el que representa la encarnación del trabajo abstracto por medio del cual convalidar la necesidad social de otras producciones. Esta dependencia generalizada, sin embargo, permite al centro del sistema escapar a las condiciones de reproducción del equivalente universal, el principio de convertibilidad propio de la época, con lo que las funciones ejercitadas por el dinero mundial tienden a entrar en contradicción la una con las otras, amenazando la coherencia del entero sistema³⁴⁴.

La contradicción básica de la forma dinero, la que opera entre medio y medida de valor, se reproduce así como dilema central de la política monetaria puesta bajo control de los Estados, en primer lugar el Estado hegemónico en calidad de “banquero mundial”, el cual, a medida que aumenta la competitividad intercapitalista, tiene que elegir entre defender los intereses del capital nacional o asegurar la reproducción del capital a escala mundial. A partir de la concepción del Estado como forma, por lo tanto, el examen de la política monetaria y financiera permite comprender el grado alcanzado y la especificidad histórica de la mundialización del capital.

Si pasamos ahora al ciclo de reproducción capitalista delineado por Marx, por fase de expansión podemos entender la primacía de la forma productiva de capital, única en la cual el movimiento del capital de préstamo coincide con el del capital industrial. Se trata de la fase en la cual la expansión del crédito concuerda con el trabajo socialmente necesario creado por la sociedad, fase de prosperidad durante la cual la realización fluida del valor producido, y, con ésta, la elevada tasa de ganancia, atenúa la dependencia de los capitalistas industriales respecto de los financieros.

Pensamos en la fase expansiva del capitalismo posbélico, la fordista, cuando esta última, siguiendo los parámetros de la *Escuela de la Regulación*, designa una precisa configuración económico-política, aquella asumida por el capitalismo histórico desde la crisis de finales de los años veinte hasta mediados de los setentas. Una forma de valorización del capital global fundamentada en el incremento de la productividad social, misma que se concretizó de manera desigual y combinada, según la que vimos ser una dialéctica, la de la dependencia, estrechamente articulada a la especificidad de cada compromiso endógeno de clase.

En el centro la reorganización taylorista de los procesos laborales, volcada a la producción de artículos estandarizados y fundamentada en el aumento de la productividad del trabajo, permitió combinar el mayor bienestar de la clase trabajadora con la rentabilidad del capital, teniendo en el consumo de masa y, consecuentemente, en el mercado interno, el instrumento y espacio de realización de una acumulación relativamente sostenida. Se trató de un estado de compromiso entre capital y trabajo cuya forma política fue el *Estado de bienestar*, un modo de regulación socioeconómico viabilizado por la misma generalización de la relación salarial debida al proceso masivo de industrialización³⁴⁵. Una forma de intervencionismo estatal de corte progresivo, volcada a asegurar la estabilidad del régimen de acumulación por medio de mecanismos redistributivos negociados vía la centralización y burocratización del antagonismo de clase y cuyos principales órganos fueron las grandes organizaciones corporativas, los sindicatos, y políticas, los partidos populares de masa de orientación socialdemócrata. Una forma Estado necesaria para superar aquella enorme desvalorización de la riqueza producida que había amenazado, después de la crisis de los treinta, la misma sobrevivencia del capital, y que, sin embargo, no se estableció mecánicamente, sino como proyecto hegemónico de sociedad resultado de arduas luchas sociales posteriores a aquel proceso de reconstitución de las condiciones de valorización del capital que fue, en esencia, la Segunda Guerra Mundial³⁴⁶.

En Latinoamérica, el proceso de industrialización por sustitución de importaciones implicó el desarrollismo³⁴⁷, un “capitalismo nacional de Fordismo periférico y parcial”³⁴⁸ caracterizado, como en los países centrales, por el fuerte rol económico del Estado, tanto en la producción directa como en la indirecta, mismo que reflejaba el peso, en ese entonces dominante, de la forma productiva del capital, cuyo eje de acumulación interno, sosteniéndose sobre la base de la superexplotación, y, por lo tanto, caracterizándose por el bajo dinamismo del mercado doméstico, conllevó la

articulación de interés entre la gran burguesía nacional, las oligarquías agrarias y el mismo capital extranjero. Un “bloque de poder de compromiso”³⁴⁹ al cual correspondió el tipo de compromiso entretenido por el Estado con las grandes masas populares. Dada una subsunción del trabajo al capital que excluía el primero del consumo de plusvalor, y, por lo tanto, del antagonismo inmediato alrededor de la determinación de la necesidad social –del proyecto de sociedad–, la forma Estado –la configuración hegemónica– no solo no asumió, como en los países centrales, un carácter nacional-popular, sino adoptó el carácter populista de una estructura estatista semi-corporativa y clientelar.

En la periferia latinoamericana, el modo de regulación del conflicto de clase implicó, como en el centro, la conformación de organizaciones corporativas y políticas de masas, en las cuales quedaron integrados no solo los trabajadores industriales, sino también los del campo, así como los sectores populares. A diferencia de los países centrales, sin embargo, se trató de una sociedad política de rasgo autoritario conformada por iniciativa del Estado y, como tal, caracterizada no por la incorporación subordinada de la demanda social a las necesidades del capital, sino por una inclusión parcial y controlada volcada, como tal, al mantenimiento de la separación entre el espacio de reproducción del capital y el del trabajo, una disyuntiva ella misma en el origen de aquella reorientación exógena del eje de acumulación que conllevó, a finales de los años sesenta, la consolidación de un nuevo bloque histórico.

El modelo de industrialización periférico puede, de hecho, compartimentarse en dos fases³⁵⁰, una primera (1950–64) caracterizada por el rol protagónico del Estado, fase correspondiente a la dependencia tecnológica del capital productivo orientado hacia el mercado doméstico, y una segunda (1965-1982) en la cual vemos incrementarse la importancia de la industria orientada hacia el mercado exterior, y con esa, el advenimiento de un más estrecho contubernio entre burguesía nacional y extranjera, hacia el paulatino control de la nueva especialización productiva por parte de la oligarquía transnacionalizada.

Consolidándose a partir de los años cincuenta y sosteniéndose a través de la importación de innovación tecnológica, con una inversión extranjera centrada en los sectores de más alta rentabilidad –las ramas, entre todas la automotriz, que vimos orientadas hacia la producción de bienes de consumo suntuario y bienes de capital a ella correspondientes–, la industrialización dependiente se mantenía a partir de una violación interna de la ley del valor que, alimentando la transferencia intersectorial de

plusvalor, agudizó la tendencia a la concentración de capital, empujándolo hacia un estado de sobreproducción exasperado por problemas endémicos de realización productiva, estos últimos derivados, como vimos, de la estrechez de un mercado interno definido por la escisión de la demanda social, el mismo determinado por la primacía socio-económica de la superexplotación.

Desde aquí la búsqueda de mercados externos preferenciales, y aquellos primeros intentos relativos a la integración del mercado latinoamericano, estos últimos paralelos al realce del proteccionismo comercial en EE.UU. y Europa, cuyos sistemas industriales habían entrado, a su vez, en un estado de sobreacumulación por caída de la rentabilidad interna. A finales de los sesenta, empezaba a consolidarse la contradicción entre la fragmentariedad del mercado mundial y la presión hacia la ampliación de la escala de la acumulación dada la enorme concentración de plusvalor en búsqueda de realización productiva, mismo que presionaba por la ampliación de los campos de inversión³⁵¹.

De forma paralela, debido a las que vimos ser, en cada polo, las contradicciones endémicas al ciclo de reproducción del capital industrial, tanto en el centro, como en la periferia, el intervencionismo estatal se sostenía a través de un creciente endeudamiento, el mismo conforme, como nos aprestamos a ver, con el régimen de regulación internacional entonces existente: un sistema monetario propio de un régimen de acumulación, el Fordismo, en el cual, dada la orientación endógena de la actividad económica, el espacio natural de la valorización del valor, el global, llegó a concordar estrechamente, por primera vez en la historia, con el modo de regulación nacional, desde aquí el rol determinante atribuido al Estado a través de su sistema bancario³⁵².

Antes de la consolidación del Fordismo y durante el patrón oro, la función reguladora del Banco Central era ejercitada a través del control sobre la reserva en sustancia universal de valor, misma de la cual dependía el estado de la balanza de pago y con éste, el valor relativo de las monedas. Con la crisis del 1929, la convertibilidad fue sustituida con la moneda inconvertible respaldada por el Estado. La práctica de curso forzoso eliminó la obligatoriedad de las monedas nacionales de ser convertible en oro a una tasa fija, medida que, a su vez, dispensó al Banco Central de garantizar la correspondencia entre la cantidad de moneda emitida y el mantenimiento de un stock de reserva según una proporción determinada por el valor legal del numerario. Eliminada la regulación de las emisiones por el estado de las reservas en oro, la tarea de fijar las paridades monetarias fue transferida al Banco Central, función ejercitada, en ese

entonces, “de hecho”, es decir, sobre la base de la posición del Estado-nación en el comercio internacional. En la segunda posguerra el principio de convertibilidad quedó establecido “de derecho”, vale decir, con el régimen de cambio fijo. Un principio de convertibilidad, el de paridades fijas con el dólar³⁵³ que, implicando un espacio relativamente autónomo de maniobra en la emisión de dinero, permitió hacer del sistema de crédito la palanca esencial del modo de acumulación y regulación fordista, coadyuvando, respectivamente, la intervención directa e indirecta del Estado en la expansión productiva, tanto en el centro como en la periferia, ambas financiadas con grandes niveles de endeudamiento.

Durante la convertibilidad, el Banco Central, en calidad de prestamista en última instancia, podía rehusar emitir moneda debido a la obligación de mantener sus reservas, los efectos del estancamiento económico quedando así localizado en el sector capitalista a través del quiebre de los bancos privados emisores de créditos. La práctica de curso forzoso permitió, al contrario, adoptar una política monetaria expansiva volcada a retardar el desenlace de la crisis, llevando así implícita una tendencia al sobreendeudamiento capaz de encubrir, temporalmente, los efectos del estancamiento productivo, siendo la inflación la “forma que toma la crisis de realización cuando la validación social de los trabajos privados se realiza mediante el Estado emisor de billetes inconvertibles”³⁵⁴. Una forma aparente volcada a transferir, vía la desvalorización del dinero, los efectos de la crisis a capas sociales exteriores al sector capitalista, afectando, en primer lugar, a los sectores de renta fija, la clase trabajadora³⁵⁵, pero también, debido a una tasa de interés inferior a la tasa de inflación³⁵⁶, limitando la apropiación de plusvalía por parte de la fracción financiera de capital. En la época de consolidación y auge de la formación fordista a escala mundial, la fracción bancaria de los grandes conglomerados financieros tendió, por lo tanto, a quedar directamente subsumida a las necesidades de reproducción ampliada de la industria, necesidades en acorde con el sistema de paridades fijas, por permitir este último, insistimos, una administración flexible de la moneda fiduciaria administrada por el Estado, cuyo papel fue determinante en el *boom* de posguerra, asegurando una oferta elástica de capital dinero a baja tasa de interés³⁵⁷, una política de corte expansivo centrada en la supremacía internacional de Estados Unidos.

En el origen de los acuerdos de *Bretton Woods* de 1944 y la institucionalización del régimen monetario de paridades fijas con el dólar se encontraba, de hecho, la fracción del capital mundial en este entonces dominante, la industrial, y su forma de

internacionalización, estrechamente ligada a la concentración de activos financieros bajo la égida de Estados Unidos, el nuevo poder hegemónico surgido del segundo conflicto mundial, con un excedente acumulado gracias a la enorme expansión de su productividad industrial, misma que necesitaba asegurarse el acceso a un mercado exterior, en primer lugar el europeo, en estado de déficit posbélico.

Dada la concentración del excedente en manos estadounidenses, el sistema de *Bretton Woods* reflejó, desde sus inicios, una orientación liberalista, naciendo con el preciso designio de fomentar la organización del mercado mundial bajo los principios del *laissez faire* y así crear la base para la constante y elevada exportación de capital estadounidense³⁵⁸. A través del nuevo sistema internacional de regulación, la realización del valor internamente producido por EE.UU. fue canalizada al exterior efectuando una transferencia masiva de liquidez, una disponibilidad monetaria en este entonces respaldada por el enorme stock aurífero de la *Federal Reserve*, misma que permitió consolidar, en el centro, el proceso masivo de industrialización y paralelos contextos de regulación nacional y, en la periferia, un paulatino proceso de inversión extranjera directa centrado, como vimos, en los sectores industriales de más alta rentabilidad.

Aún admitidas todas sus complejidades políticas y culturales, y sus diferenciaciones endógenas, mismas que no permiten reconducirla a una exclusiva y lineal dinámica causal o al mero resultado de la actuación consciente del capital internacional, la crisis del Fordismo fue, siguiendo a Hirsch, la forma históricamente determinada en la cual se manifestó la tendencia del capital a socavar su propia rentabilidad. Asumida esta perspectiva, centrada, insistimos, en la contradicción como elemento endémico al desarrollo capitalista, el viraje neoliberal puede ser leído como un proceso de reestructuración del régimen de acumulación volcado a restablecer las condiciones de valorización del capital productivo a partir de atribuir un rol determinante a la mediación financiera.

Punto de vista desde el cual solamente es posible entender la lógica de la reforma del sistema monetario internacional y, a partir de la misma, la centralidad de la intervención pública para la consolidación de una forma de coordinación social, la financiera, cuyo carácter de liberalización y desregularización no ha implicado, a diferencia de los sostenido por la ortodoxia del libre mercado, la desaparición, sino el cambio en el rol regulador asumido por el Estado.

En el centro, la tendencia inmanente del capital a la sobreacumulación por tendencia a la caída de la tasa de ganancia se hizo aparente solamente a finales de los

años sesenta, desembocando como crisis monetaria en 1971 y como crisis crediticia y consecuente recesión en 1974. A la base de la edad de oro del Fordismo se encontraba, como vimos, la enorme expansión del capital industrial estadounidense. A partir de los años sesentas, sin embargo, las relaciones de fuerzas entre los países capitalistas de desarrollo avanzado habían empezado a modificarse, EE.UU. entrando en creciente competitividad con el capital europeo occidental y asiático, principalmente alemán y japonés, mismo que se había conformado sobre la base de la “ayuda” financiera estadounidense de la segunda posguerra y, sucesivamente, consolidado vía la intensificación del comercio mundial y la innovación tecnológica. Del lado estadounidense, debido al creciente estancamiento interno, la producción nacional se sostenía ahora a través de un estado general de sobreendeudamiento, déficit que EE.UU. mantenía saldando sus pagos en moneda nacional sobrevaluada, lo que le permitía, a su vez, adquirir los insumos necesarios para compensar bajos niveles internos de ganancia por medio de la inversión extranjera directa.

En otros términos, no obstante el paulatino agotamiento de sus reservas –reconducibles además a los gastos militares derivados del bipolarismo y su función de gendarme frente a la “amenaza comunista”– el país hegemónico mantenía una política monetaria expansiva esencialmente volcada a posponer los costos sociales de una necesaria restructuración interna, transfiriéndolos, de esta manera, a nivel internacional, en lo cual se manifestaban como aceleración generalizada del fenómeno inflacionario. En breve, fue su posición al centro del mundo lo que permitió a EE.UU. contravenir el mecanismo de sanción propio del sistema de paridades fijas. En el 1971, sin embargo, entrando, por primera vez, en una situación de déficit comercial, EE.UU. decidió unilateralmente, debido al deterioro, desde entonces incontenible, de su balanza de pago, abandonar la convertibilidad y devaluar al dólar, lo que le permitió recuperar su competitividad internacional.

Con el abandono de la convertibilidad del dólar³⁵⁹, el dinero mundial quedaba sujeto a flotaciones de su valor, y, como tal, a movimientos especulativos que amenazaban su función de medida, medio de pago y reserva de valor a escala internacional. Fue el derrumbe de *Bretton Woods*, el colapso del sistema de paridades fijas y el inicio de la búsqueda de un nuevo orden monetario internacional³⁶⁰: la pregunta es porque esta última desembocó en un sistema de libre flotación monetaria y desregulación financiera.

A finales de los años sesenta, el enorme excedente de liquidez provocado por el proceso, siempre más generalizado, de estancamiento de la tasa de acumulación del capital industrial central, aunado a las rentas de los países petroleros, no encontrando posibilidad de rentabilidad en nuevas inversiones productivas, había empezado a ser canalizado en un circuito financiero privado paralelo al institucional, el mercado de los *eurodólares*, cuya base fue la City³⁶¹, exterior a los mecanismos de sanción monetaria propios del régimen de paridades fijas y, por medio del cual, se verificó un aumento exponencial de flujos financieros privados, mismos que, en este entonces, privilegiaron la directiva Norte-Sur. Fue por medio de esta concesión masiva de crédito posibilitada por la excedencia de liquidez internacional que la periferia pospuso el estallido de las contradicciones propias de la industrialización dependiente, al mismo tiempo que, este circuito paralelo, desligándose radicalmente del proceso real de acumulación, daba origen, en el centro, a una enorme expansión especulativa, asiento histórico del actual poder de la fracción financiera mundializada³⁶².

Ella misma antecedente al derrumbe de los acuerdos de *Bretton Woods*, esta expansión de canales extra-nacionales de financiación fue el origen, no del abandono, como suele afirmarse, sino de la privatización del sistema de regulación nacional, de su subsunción a la inmediatez de la valorización ficticia perseguida por bancos e instituciones financieras espacializadas. La liberalización del mercado monetario primero y financiero después siendo condición necesaria para la apropiación indirecta del valor realmente producido a partir de las diferencias en las tasas de cambio y interés.

Regresamos a Marx: es la expansión crediticia en periodo de fluida reproducción lo que se encuentra a la base de la restricción al momento de la explosión de la contradicción. Entrado el capital productivo en estado de estancamiento y consecuentes dificultades de realización, la cadena continua de operaciones hechas a créditos se interrumpe. Lo que es en realidad una crisis de valorización a ubicarse en la esfera productiva se manifiesta como demanda generalizada de liquidez, como crisis financiera. En 1974 la crisis de sobreproducción se manifestó como tal, y sus efectos se concentraron en las reservas de los países que se habían sumamente endeudados en el mercado financiero desregulado. Era demanda de dinero en tanto que dinero, socialmente convalidado como única forma de riqueza.

Por un lado, la puesta fuera de servicio de toda la estructura especulativa, insiste Marx, proclama la necesidad de regresión del sistema de crédito a sistema monetario, por el otro, las reservas monetarias se encuentran rezagadas respecto a la hipertrofia

ficticia de las letras de cambios. Producto de la explosión previa de la artificialidad, esta penuria relativa es, sin embargo, percibida como carencia absoluta de sustancia valor. La crisis, vale decir, es el momento de sanción social de la riqueza producida en forma capitalista, en nombre de la cual la sociedad burguesa tiene que optar entre la desvalorización de la riqueza realmente producida y la desvalorización del dinero. Con la liberalización monetaria primero y financiera después se apostó, a diferencia de la segunda posguerra, al primer camino.

Ahora, lo que fue presentado, desde la ideología del monetarismo, como necesidad económica, fue en realidad resultado de una precisa elección política respecto a la “salida” de la crisis, de quien habría que tener que cargar con el peso de la desvalorización necesaria para re-encorar el capital en el mundo del trabajo social.

Desde la perspectiva librecambistas, subraya Brunhoff, los principio que apelan al mercado como mecanismo garante de una distribución racional del trabajo social resultan, una vez transferidos al mercado mundial, él mismo leído de forma atomista y a-política, en una teoría monetaria de la balanza de pago: en la presunción acerca de la liberalización del mercado de divisas como instrumento regulador de los desequilibrios de las transacciones internacionales.

Según la ortodoxia neoliberal, la liberalización del sistema monetario iba a convertir la moneda en un simple objeto de intercambio, permitiendo, de esta manera, un ajuste automático de las balanzas de pago, proceso que, a su vez, habría garantizado la distribución racional del trabajo social a nivel internacional. Supuesto el mecanismo auto-regulador de la ventaja comparativa, ignorando, vale decir, el desarrollo desigual y combinado del capitalismo, según la ortodoxia, los países en balanza de pago deficitaria se habrían encontrado obligados, por la salida de sus reservas y el correspondiente declive en la oferta de crédito, a adoptar políticas deflacionarias que, junto a la devaluación de su propia moneda, habrían obtenido efectos de estímulo sobre el sector externo, permitiendo así el sucesivo saldo de la deuda, perspectiva que pasó a constituir el paquete de condicionamientos de los organismos financiero internacionales a cambio de la concesión de créditos³⁶³. Desde aquí la proclamación, por parte del nuevo sistema de regulación internacional³⁶⁴, de la renuncia del Estado a cualquier política de intervención en el ámbito monetario y los corolarios de liberalización comercial y de la inversión extranjera directa, ambos complementos, hay que subrayarlo, de la re-orientación exógena del capital productivo transnacionalizado.

A partir de la liberalización de las tasas de cambio, el movimiento de mercado de las paridades monetarias se constituyó, de hecho, como única forma de verificación del valor de las monedas nacionales. Sin embargo, con la liberalización del mercado de divisas, y sucesivamente de capitales³⁶⁵, a lo que hemos asistido no es a la eliminación, sino a una transformación en el modo de regulación estatal de acuerdo con los intereses de los acreedores privados. El sistema de tasa de cambio flotante no ha implicado el abandono de la política monetaria y financiera nacional, sino ha cambiado la naturaleza del intervencionismo estatal tanto en su actuación como en sus objetivos³⁶⁶. Ha sido la proclamación de la estabilidad monetaria como objetivo primario, misma que ha transformado la política monetaria en principal instrumento de regulación económica conforme a la obsesión monetarista de lucha contra la inflación.

Como argumenta Brunhoff, debido al nuevo régimen de regulación internacional, a diferencia de la época de paridades fijas, el riesgo de desvalorización, ahora resultante de las fluctuaciones de las cotizaciones de las monedas en el mercado, queda desplazado de las reservas nacionales, en el cual recayó la crisis de sobreproducción de los setentas, a los bancos e instituciones financieras particulares. La gestión del Estado se ha así transformado, de gestión de la cantidad de medio en circulación, en gestión puntual de la reserva frente a una situación de variación permanente del valor de mercado de la moneda, política que, junto a medidas de abierto rescate bancario, ha substraído el riesgo de desvalorización de los detentores privados de capital-dinero para transferirlo, nuevamente, a la sociedad productora.

Una elección en nombre de la cual se han adoptado políticas sociales regresivas que, y aquí el punto central, han permitido institucionalizar la forma de competencia intercapitalista propia del neoliberalismo, aquella volcada a asegurar la reproducción de un capital productivo internacionalizado a partir de una desvalorización permanente de los factores de producción. Es decir, tenemos que considerar el dominio actual del capital financiero no como una degeneración de la forma valor hacia lo ficticio, sino como una mediación necesaria a la reconfiguración de la valorización real.

Desde la crisis de los setenta, hemos presenciado, de hecho, la paulatina adopción de políticas deflacionarias por parte de los Estados³⁶⁷ asociadas a una constante tendencia hacia tasas de interés reales positivas y a su consolidación como mecanismo de regulación de las inversiones. Un proceso de reestructuración cuyo carácter de parasitismo financiero es sólo la apariencia de una realidad más profunda, es decir, la generalización de formas de explotación regresivas resultado de un preciso

diseño político, a causa del cual, desde hace más de tres décadas, no estamos asistiendo a una crisis de acumulación por degeneración especulativa, sino a un retorno de la acumulación por degeneración social.

Como señala, entre muchos otros, François Chesnais, el crecimiento contemporáneo de la valorización ficticia ha sido cualitativamente superior al del capital productivo, las transacciones en el mercado de divisas y capitales superando enormemente las de capital mercancía, sin embargo, insiste correctamente el autor, la predominancia financiera del régimen de acumulación puede solamente tener una *autonomía relativa* de la acumulación real³⁶⁸. La dificultad con Chesnais, y con la teoría de la *mundialización financiera*, es que limita esta vinculación necesaria al hecho que los capitales colocados en el mercado secundario tienen origen en la esfera productiva, realizándose, de esta forma, un proceso de transferencia que amenazaría la reproducción del capital social. La dimensión financiera es aquí concebida como degeneración y la causa del proceso identificada en un supuesto estado de baja rentabilidad del capital productivo. Chesnais ha sido consecuentemente criticado por caracterizar el actual proceso de crisis capitalista como exclusivamente centrado en el aspecto ficticio-especulativo, alejándose, por lo tanto, de los parámetros marxistas, donde la contradicción esencial no es la intercapitalista, sino la del capital-trabajo³⁶⁹.

Tanto Chesnais como sus críticos sitúan el origen de la *financiarización* en la paradoja endémica del capital, la tendencia a la sobreproducción, sin embargo, mientras el primero extiende la baja rentabilidad del capital productivo a la época actual, explicando, de esta forma, la preferencia por la valorización ficticia, por la liquidez³⁷⁰, y definiéndola como un proceso de transferencia de recursos generado en la economía real que impone límites a la reproducción del entero sistema, sus críticos limitan la sobreproducción por tendencia a la caída de la tasa de ganancia a la crisis fordista del capitalismo central, centrándose en señalar los altos niveles de ganancias actualmente obtenidos por las empresas transnacionales productoras de bienes y servicios, mismas que orientan sus enormes fondos en búsqueda de financiamiento hacia el mercado de capitales. A nuestro parecer, ambas perspectivas son incompletas.

Según nuestra lectura, el primero considera el dominio actual de la fracción financiera como resultado de la contradicción capitalista y no un instrumento para su reproducción ampliada, por su parte, sus críticos apuntan, a nuestro parecer correctamente, a la tendencia endémica del capital a extender su dominio sobre el

trabajo en la esfera productiva, sin lograr visualizar, sin embargo, la centralidad de la mediación financiera a esta intensificación y, con ella, la especificidad histórica actual.

Consideramos, relativamente a los países centrales, la lectura de Hirsch y Lapavistas como las más completas³⁷¹, cuando el segundo interpreta el actual régimen de acumulación, la *expropiación financiera*, como una redistribución intercapitalista del plusvalor en la esfera de la circulación que ha surgido de la intensificación de la explotación del trabajo en la esfera productiva³⁷²; mientras que el primero nos muestra como esta última se hubo realizado sobre la base de una transformación del marco institucional y legal gracias al cual el movimiento liberalizado del capital-dinero organiza, desde la esfera de la circulación, el mantenimiento, en la producción, de una correlación de fuerzas desfavorable al trabajo a escala global.

Vale decir, la forma financiera y su autonomía relativa tiene que ser interpretada en términos de *mediación*, siendo la *financiarización* el instrumento a través del cual ha sido posible utilizar la crisis de sobreacumulación de los años setenta –en el centro por tendencia a la caída de la tasa de ganancia, en la periferia por crisis de realización productiva debida a la estrechez del mercado interno– como mecanismo resolutivo garante de la reproducción del capital social.

A mediados de los años sesenta, como vimos, la producción industrial altamente concentrada y centralizada, y el consecuente surgimiento de múltiples centros de acumulación de capital que competían en el escenario mundial en el marco de fuertes corrientes de valorización del valor³⁷³, impulsó, tanto en el centro, como en la periferia la reorientación del eje de acumulación hacia el exterior. Desde aquí la necesidad de empujar hacia un cambio en el marco institucional volcado a incrementar la movilidad internacional del capital, esta última necesaria a un proceso de salvaje centralización, el cual, a su vez, ha coadyuvado la conformación, ahora a escala global, de un enorme ejército industrial de reserva y, con ése, el incremento del grado de explotación de la fracción empleada.

El resultado ha sido una regresión generalizada del valor del trabajo medio –un parámetro histórico que se define a nivel nacional– mecanismo en el cual se sienta el actual proceso de acumulación. Hablamos de un proceso de centralización de la producción en grandes unidades económicas transnacionalizadas, origen también de la agudización de la competencia intercapitalista, la cual, centrándose en la introducción constante de innovación tecnológica, ha pasado a depender de mecanismos paulatinos y generalizados de desvalorización absoluta del trabajo social³⁷⁴.

La comprensión de este fenómeno nos obliga considerar el sistema capitalista en su totalidad, para así mostrar la correlación entre el advenimiento del dominio financiero y un proceso de paulatina reestructuración del ciclo de reproducción del capital social, siendo este último un proceso de crisis permanente donde “las contradicciones sólo se resuelven profundizándose, ampliando el ámbito en el que se puede seguir desarrollando”³⁷⁵.

Como subraya Marini, la “globalización” o, si preferimos, “mundialización”³⁷⁶ corresponde a la entrada en una nueva etapa histórica caracterizada por la “superación progresiva de las fronteras nacionales en el marco del mercado mundial, en lo que se refiere a las estructuras de producción, circulación y consumo de bienes y servicios”³⁷⁷. Una internacionalización del ciclo de reproducción del capital productivo acompañada por los fenómenos correspondientes de incremento absoluto, y disminución relativa, de la población realmente subsumida al capital; aceleración del tiempo histórico y creciente urbanización. Fenómenos todos articulados en la difusión a gran escala de la industria manufacturera transnacionalizada de exportación, mismo que ha ubicado “a los países latinoamericanos de mayor desarrollo relativo [Brasil y México entre todos] en los primeros escalones de las economías industrializadas y urbanizadas del mundo”³⁷⁸. Un fenómeno de re-estructuración que Osorio nombra *patrón exportador de especialización productiva*, articulado alrededor de cadenas globales de producción supeditadas a la dirección del gran capital transnacionalizado, cuyos segmentos productivos se reparten alrededor del planeta³⁷⁹.

Los procesos de centralización y concentración de capital que siguieron a la crisis de los años setenta permitieron la entrada del capital social en una fase de recuperación caracterizada por una enorme capacidad productiva centrada en la revolución tecnológica. Dinámica que consolidó, en los países centrales, lo que Marini define un patrón de desarrollo económico que combina crecimiento y desempleo³⁸⁰, caracterizado, como tal, por la creciente incapacidad de la fuerza trabajo de resistir su desvalorización absoluta a través de mecanismos volcados a eximir el capital de asumir el costo de su reproducción y a incrementar el grado de intensidad y duración de la jornada laboral³⁸¹.

Procesos que, a su vez, fomentaron, y fueron a su vez impulsados, por el desplazamiento hacia los países periféricos de la actividad manufacturera menos intensiva en conocimiento, y, con aquella, por una dispersión transnacional de la actividad productiva que impide, en dichos países, la conformación de economías

nacionalmente integradas, conllevando una limitada acumulación interna a la base del fenómeno de re-primarización, este último considerado un regreso a la forma de dependencia característica del siglo XIX, la articulada alrededor del intercambio entre bienes primarios y manufacturados.

Asistimos, vale decir, a una re-jerarquización de la división internacional del trabajo en el plano de la producción, nuevamente definida por el control monopólico de los países centrales sobre los bienes capitales de avanzada; control por medio del cual estos últimos satisfacen sus necesidades crecientes de insumos intermedios reproduciendo, en los periféricos, un estado de brecha científico-tecnológica que tiende a condenar su fuerza de trabajo, aún sobre la base de una calificación superior a la de la economía primaria exportadora, a una especie de “nuevo peonaje”³⁸²

Al mismo tiempo, si la polarización centro-periferia se mantiene, siempre según Marini, a nivel del capital como proceso material de producción, estaría desapareciendo relativamente a este mismo entendido como forma social de explotación. La nueva jerarquización internacional del trabajo social se caracterizaría, en breve, por la creciente homogeneización de la relación social de capital³⁸³. En este segundo caso, insiste el autor, la polarización estaría eliminándose, el carácter distintivo del ciclo actual de reproducción del capital social residiendo en una internalización de la esfera de la circulación que, en cuanto tal, necesita de la creciente homogeneización en materia de capital constante y circulante y, con ésta, de la organización técnica y social del proceso productivo. Un proceso que tiende a igualar, en escala internacional, el tiempo de trabajo socialmente necesario, es decir, la productividad media del trabajo y, junto con ésta, su intensidad. Es esta segunda dimensión la marca distintiva, según Marini, del proceso actual de internacionalización del capital.

Hablamos de un ciclo de reproducción del capital social cuya especificidad histórica reside en la internalización a nivel de la empresa tanto de los flujos de capital mercancía, como de mercancía capital, es decir, la concentración del comercio exterior en transacciones internas a las cadenas productivas jerarquizadas de grandes conglomerados transnacionales, los cuales, a su vez, ya no recurren para sus necesidades de financiamiento al crédito bancario sino, y de manera intensiva, a su propia colocación en un mercado de capitales desregularizado³⁸⁴.

Una reestructuración de la forma de internacionalización del capital industrial característica de la segunda posguerra, la cual, desde los años setenta, se ha establecido como tendencia inmanente al capital a acrecentar su propia unidad a través de

mecanismos que aseguran el perfeccionamiento de la ley del valor trabajo, esta última anteriormente violada por la compartimentación del mercado a nivel nacional y consecuente regulación estatal del valor del trabajo medio, la transferencia de plusvalor sentándose, en ese entonces, sobre los diferenciales en los precios de producción.

Actualmente, con la disolución de las fronteras nacionales y el incremento masivo de la productividad social la competitividad capitalista se ha intensificado, al mismo tiempo que la obtención de aquellas ganancias extraordinarias garantidas, a través de la violación sistemática de la ley, de la reproducción ampliada del capital social, no se sostiene, como durante el fordismo, por una especialización internacional, desigual y combinada, de la relación social de capital, sino vía la capacidad de un capital altamente centralizado y concentrado para aprovechar las condiciones más favorables en términos de reducción de costos ligados a la reproducción del trabajo y de acceso a los bienes intermedios y naturales.

Fragmentado en espacios nacionales, y sujeto, como tal, a la correlación de fuerzas endógenas, el ciclo de reproducción fordista impedía la homogenización de las condiciones medias de producción sobre la base de las cuales se establece el valor del trabajo socialmente necesario. En la nueva fase, la misma competencia intercapitalista entre grandes empresas dificulta el mantenimiento de los monopolios tecnológicos debido a la necesidad de difundir los instrumentos indispensables para una estandarización de las mercancías que permita el comercio intra y entre firmas, proceso que, a su vez, tiende a emparejar el grado de productividad del trabajo social.

Con la mundialización productiva asistimos, en breve, al perfeccionamiento mundial de la ley del valor, cuya vigencia, apunta brillantemente Marini, se acentúa exactamente en el momento en el cual la revolución tecnológica disminuye la incidencia del factor trabajo respecto al factor capital, el progreso social enajenado bajo forma de conocimiento científico incautado y privatizado. Operando en dirección de nivelar cada vez más la tasa de ganancia, el actual ciclo de reproducción, que funciona excluyendo siempre más al trabajo del proceso inmediato de valorización, lo representa como factor central para la obtención de una masa de ganancia extraordinaria capaz de compensar la primera tendencia, desde aquí una división internacional del trabajo que operara “*en el plano de la misma fuerza de trabajo*”. Vale decir, si en la época fordista el valor relativo del trabajo medio dependía de la competitividad de la economía nacional, en la neoliberal rige la relación inversa, con lo que estaríamos asistiendo a lo que el teórico

brasileño apostrofó como conformación de un “verdadero ejército industrial globalizado en proceso de constitución”³⁸⁵.

La nueva etapa de mundialización ha aumentado, en otros términos, la importancia de la explotación del trabajo como fuente de ganancia extraordinaria, lo que, sin implicar la eliminación de las diferencias salariales nacionales, ha atribuido un papel destacado, aunque, insiste Marini no exclusivo, a la retribución del trabajo por debajo de su valor histórico, misma coadyuvada por medio de una extensión del desempleo que permite la explotación absoluta de la fuerza empleada vía incremento de su magnitud extensiva e intensiva y persistente remuneración por debajo del mínimo salarial. En otros términos, si en época fordista la superexplotación, rasgo distintivo de la condición periférica, era circunscripta a espacios subordinados que, como tales, aseguraban la transferencia de plusvalor al sector endógeno más dinámico y, por medio de la dependencia tecnológica, al centro dominante, en la fase actual asistiríamos a su generalización a través del sistema, a la expansión transnacional de formas regresivas de explotación, las absolutas.

Un nuevo régimen de acumulación correspondiente, en este sentido, a una nueva etapa de acumulación originaria, diría Harvey, volcada, vale decir, a la devaluación sistémica y global tanto del trabajo vivo como del trabajo muerto³⁸⁶. Una nueva espacialización del trabajo social cuyo instrumento de coordinación, insiste Hirsch, ha sido un régimen de (des)-regulación crecientemente internacionalizado y liberalizado.

De lo que se trata, es de un patrón de acumulación, centrado en la reestructuración de los procesos productivos mediante la “globalización”³⁸⁷, mediante, vale decir, la garantía institucional de una mayor movilidad internacional del capital. Una estrategia que no apuntó al abandono de la regulación estatal, sino a la destrucción de su forma anterior; un proyecto político impulsado por los procesos de crisis del Fordismo, tanto en su acepción central como periférica, puesto en marcha por los mismos bloques de poder histórico del Estado de bienestar y del desarrollismo y volcado a garantizar las condiciones más favorables para la valorización del capital transnacionalizado a partir de una reducción estructural de los costos de producción.

Un diseño coherente, en los países centrales, con un proceso de reforma institucional esencialmente volcado a romper la resistencia del trabajo organizado para así convoyar su creciente expulsión de una valorización dependiente de la revolución tecnológica y, en la periferia, al retiro del Estado de la producción directa, entre todo la relativa al sector energético, con consecuente tendencia a la re-primarización de la

economía. El fin conseguido ha sido una nueva espacialización de la división internacional del trabajo entre funciones directivas, las centrales, y productivas, las periféricas.

Ambos procesos de desvalorización absoluta, tanto del trabajo como de las condiciones generales de producción, tuvieron, y todavía tienen, que ser admitidos política y socialmente. Aquí la mediación ejercitada por el dominio de la forma financiera de capital, por la transición hacia formas de inversión directa siempre más concentradas y de corto plazo, capaces, como tal, de deshacerse rápidamente de todo compromiso productivo, y, por lo tanto, fundamentadas en un proceso de desregulación institucional volcado a poner en jaque al Estado ampliado transformándolo en mero agente de un capital cuyo poder de chantaje reside en la posibilidad de desplazar la producción hacia los países con mejores condiciones en términos de tasas salariales, desgravación fiscal y derechos de propiedad.

El *capitalismo por desposesión* según Harvey, cuando por el mismo entendemos la remuneración del trabajo por debajo de su valor real, se articula así al *Estado de competencia* según Hirsch: un proceso de re-estructuración institucional centrado en asegurar aquella liberalización del mercado de capital de la cual depende, *in primis* por medio del control privado de la deuda pública a través de su titularización –esfera en la cual, junto a los mercados cambiarios, se ha de hecho concentrado la especulación financiera³⁸⁸– la posibilidad por parte del capital transnacional de imponer aquellas decisiones políticas locales necesarias para viabilizar un reiterado e intensificado proceso de acumulación originaria.

La consolidación de este nuevo estado de competencia intercapitalista implicó, y continúa implicando, en el centro, la paulatina institucionalización de formas de explotación históricamente propias de la periferia: la conversión del trabajo necesario de factor de realización en exclusivo costo de producción. Se trató del ataque a la correlación de fuerza institucionalizada en el Fordismo y de la cual ha resultado la creciente desregulación, todavía inconclusa, no solo del mercado laboral, sino de todas o casi todas las conquistas sociales alcanzadas después del segundo conflicto bélico por el movimiento obrero-popular y que confluyeron en el Estado de bienestar, cuya paulatina destrucción habría conllevado la que Hirsch define como re-estructuración de la relación de dominación y dependencia a nivel internacional.

Estaríamos asistiendo, según el autor, a la transición hacia una creciente homogeneización de la relación social de capital, donde la distinción entre centro y

periferia parecería perder sentido, el proceso mundial de valorización habiendo logrado un nivel de integración tal capaz de modificar la jerarquía de los espacios a través de la profundización y homogeneización de desigualdades sociales y económicas, perfilándose, como evidenciaría la crisis europea actual, una extensión de la condición periférica al centro.

A este respecto no está demás mencionar cómo el primer experimento de ajuste estructural no fue el Chile de Pinochet, sino la ciudad endeudada de New York³⁸⁹, y que el *dictad* neo-conservador impuesto desde los EE.UU. de Reagan y el Reino Unido de Thatcher, mismo que signó la entrada de América Latina en la “década perdida” —el estallido de la crisis de la deuda encontrándose estrechamente ligado al viraje monetarista en dichos países—³⁹⁰, tuvo profundas consecuencias en la misma metrópolis, centrándose en fomentar el quebranto de la organización de clase y resistencia obrera, del cual, el conflicto minero inglés fue tal vez la expresión más emblemática.

La argumentación de Marini nos permite, sin embargo, matizar las conclusiones de Hirsch. La que podríamos calificar como creciente homogeneización espacial de la contradicción capital-trabajo no desvalida, a nuestro parecer, la necesidad, para la reproducción ampliada del capital, de la polaridad centro-periferia, sino la re-espacializa, la vuelve, ella misma, internacionalizada. Según nuestra lectura, su análisis apunta a la necesaria presencia de mecanismos de transferencia de plusvalor que permiten al capital superar aquellas barreras a la reproducción ampliada derivadas de la creciente homologación de la explotación y, con ella de la tasa de ganancia, lo que, a su vez, nos dejan intuir la reaparición de la contradicción endémica a una reproducción fundamentada en la desvalorización absoluta del trabajo, la creciente necesidad, ahora por parte del capital social, de asegurar la realización productiva de la creciente masa de valor producida y concentrada sobre la base de estos mismos mecanismos.

No obstante la conformación de aquello que Marini llamaba “ejército industrial globalizado”, un trabajo-factor de producción, fuerza trabajo, crecientemente uniforme, la intermediación financiera, misma que, como mencionamos, media desde la esfera de la circulación su desvalorización generalizada, lo subsume distintamente, en calidad de trabajo vivo, en los países centrales y periféricos. Y es esta diferencia la que permite articular analíticamente el *circuito secundario de capital*, el circuito de valorización ficticia ligado a la producción del espacio, con el *circuito primario*, el de la valorización real³⁹¹. Aquí, a nuestro parecer, anida la forma en la cual el espacio urbano interviene,

actualmente, en los procesos de superación temporal de la crisis capitalista para su reproducción como crisis social y, con ella, la centralidad de la reflexión de Harvey.

Al fin de aclarar dicha tesis tenemos que examinar primero la manera en la cual la mencionada *expropiación financiera* se ha concretizado, de forma desigual y combinada, en el centro y en la periferia; tenemos que examinar, es decir, lo que Lapavitsas llama la dimensión internacional de la *financiarización*, el foco del análisis centrándose aquí en los flujos internacionales de capital-dinero.

En época de consolidación de la crisis fordista, entre el 1960 y 1970, la intermediación de las instituciones financieras especializadas de los países centrales, suministrando sus fondos privados a los periféricos, sentaron las bases de lo que será el primer mecanismo de transferencia masiva de plusvalor del capitalismo contemporáneo³⁹². La componente esencial de los flujos de capital-dinero seguía, es ese entonces, el eje Norte-Sur, con el centro capitalista financiando el déficit de la periferia, movimiento que se reforzó entre el 1974 y el 1982, con el circuito paralelo de reciclaje de los eurodólares, mismo que estuvo en el origen del sobreendeudamiento. Fue la crisis de 1982 la que marcó el punto de inflexión y el inicio de la desregulación del mercado de capitales, sucesivo a la liberalización monetaria. Después de la crisis de la deuda, el centro de gravedad de los flujos financieros se desplazó hacia los países centrales con la internacionalización de sus mercados de obligaciones y la paralela titularización de la deuda pública, vale decir, con el crecimiento de la riqueza absorbida por el Estado por medio de impuestos y transferida hacia la esfera financiera a título de pago del servicio de la deuda, un proceso inaugurado por EE.UU. y prontamente extendido a los restos de los países centrales. El sistema financiero internacional se inclinaba ahora a seguir la ruta Norte-Norte, conformando una lógica de financiamiento directo sin intermediación bancaria, con los principales actores –inversores institucionales, Tesoros públicos y empresas productiva transnacionales– colocando directamente sus fondos en el mercado de títulos³⁹³.

Una enorme expansión de los mercados de obligaciones que respondía al cambio, por parte de los países dominantes, en la forma de financiamiento de su déficit, ahora asegurada por medio de su colocación en el mercado financiero liberalizado³⁹⁴. Desde aquí la abolición progresiva de toda regulación por medio de la cual, a su vez, se generó, en el mismo centro, un proceso de endeudamiento masivo. Es a partir de los noventa que, en el centro, el restablecimiento de las finanzas pública, “ajuste estructural” ya asumido por la periferia, se constituye como objetivo primario de la

política económica, entrando dichos países en el engranaje constituido por una situación de elevado déficit presupuestario y tasas de interés reales positivas³⁹⁵.

Y es siempre en esa fase, entre finales de los ochenta e inicio de los noventa, que asistimos a la integración de los países periféricos en el proceso de titularización de su deuda y paulatina liberalización de su propio sistema financiero. Será el pasaje de la crisis de la deuda externa³⁹⁶ a un aumento exponencial de la deuda interna, cuando el Estado, al fin de asegurarse las divisas necesarias para el servicio de la primera a través de la emisión de bonos del tesoro, inaugurará la tendencia hacia tasas de interés reales positivas, un incremento exponencial del costo del dinero que amenazaba la reproducción del capital industrial de exportación transnacionalizado. Desde aquí la plena liberalización, en la periferia, del mercado de capitales, misma que, por un lado, permitió a las empresas emprender la búsqueda de autofinanciamiento en el mercado de títulos y, por el otro, provocó el inicio de una entrada masiva de flujos especulativos que causaban la revaluación de la moneda, volvían negativo el saldo de la balanza comercial, e incrementaban la dependencia financiera de las economías latinoamericanas.

Después de la crisis de finales de los años noventa y las experiencias de abruptas maxidevaluaciones, provocadas a través de movimientos especulativos en el mercado cambiario, y la consecuente huida inmediata del capital financiero, los países periféricos emprendieron el así llamado proceso de “auto-securización”, monitoreado por los organismos financieros internacionales, es decir, asumieron una política volcada a mantener un elevado estado de reservas internas, elección que signó el cambio en los flujos financieros de plusvalor, los cuales, desde entonces, han arrancado en dirección Sur-Norte³⁹⁷.

Dado el traslado de gran parte de las actividades productivas del centro a la periferia, la nueva división internacional del trabajo, en particular para los países que han ensayado el camino de la re-primarización, ha permitido el mantenimiento de una balanza comercial positiva. El resultado ha sido un proceso de acumulación de reservas, o intensificada tesaurización, proceso sin precedentes en la historia de los países periféricos, que, dada la orientación monetarista del nuevo sistema de regulación, no han sido empleadas internamente, sino han sido destinadas a financiar el déficit de los países centrales. Las reservas, de hecho, han sido utilizadas para permitir la vinculación de las monedas nacionales al dólar, camino emprendido para impedir una re-evaluación que comprometería la competitividad de las exportaciones y que ha permitido mantener

el rol hegemónico de EE.UU. Principal componente de las reservas de los países periféricos, el dólar se encuentra exclusivamente respaldado por la credibilidad del país, desde aquí el proceso masivo de inversión periférica en títulos de la deuda pública estadounidense, mismo que permite la reproducción de su moneda como dinero mundial y, con ella, la sostenibilidad de su enorme déficit interno.

Lo que queremos subrayar es cómo este cambio en los flujos financieros internacionales, estrechamente ligado a la *financiarización* de la economía global³⁹⁸, ha sido un instrumento central para permitir al ciclo de reproducción del capitalismo industrial internacionalizado superar sus contradicciones internas.

Por el fenómeno mencionado tenemos que entender una *financiarización de la producción y del consumo*. La primera se ha centrado en el espacio periférico, el de la producción de valor, y ha permitido la desvalorización del trabajo en tanto que factor de producción, fuerza trabajo; la segunda en el centro, buscando la desvalorización de la capacidad de trabajo, del trabajo vivo. Las dos dimensiones se articulan, es la primera la llamada a permitir aquella transferencia de plusvalor que reproduce la segunda y, con ella, la reproducción del entero sistema como estado de crisis permanente que encuentra su solución temporal en la fijación espacial de la enorme masa de plusvalor acumulada a escala global.

En el primer caso, el de la *financiarización de la producción*, se trata de la mencionada tendencia al autofinanciamiento, los grandes grupos transnacionales habiendo disminuido su dependencia del crédito bancario y reforzado la colocación financiera de sus actividades, misma que, como subrayan numerosos analistas, tiende a sobrepasar su inversión productiva³⁹⁹. Insistimos, no se trata de una mera degeneración especulativa, cuyo carácter ficticio, influyendo negativamente sobre la tasa de crecimiento de la economía real, impediría la reproducción del sistema, sino de un instrumento por medio del cual el “gran capital” interviene directamente en la reproducción de un régimen de regulación volcado a inducir la superexplotación de la fuerza trabajo.

La *financiarización de la producción* ha sido un proceso paralelo a la reestructuración productiva propia de la industrialización de exportación analizada por Marini, por haber conllevado una jerarquización del trabajo social organizada alrededor de una sociedad corporativa matriz, el centro de decisión financiero, y sociedades filiales bajo su control, siendo estas últimas, en la mayoría de los casos, empresas productoras. Vale decir, la segmentación del capital industrial de exportaciones tiene,

actualmente, su eje articulador en una gestión centralizada e internalizada del capital dinero, y de la tecnología y especialización productiva a ella correspondiente. Se trata de una espacialización internacional del trabajo social donde la preferencia del capital por la valorización ficticia media directamente la reproducción de la valorización real.

Con la *financiarización de la producción*, la internalización de la circulación del capital dinero, relativamente incontrolable, como tal, por parte del Estado, con empresas que frecuentemente desarrollan sus actividades financieras al seno de instituciones creadas o controlada por ellos mismos, permite a los grupos no solamente lograr sacar provecho de las diferencias nacionales, sino impulsar la producción de estas diferencias. Es decir, las empresas intervienen directamente, a través de comportamientos especulativos, en provocar aquella inestabilidad del tipo de cambio y de interés, necesaria para empujar a los Estados a asumir políticas antagónicas al trabajo para su propia ventaja⁴⁰⁰. Una forma de mediación enfocada en reducir los costos de producción de las condiciones generales de producción, del factor trabajo y del factor capital, que ha enfocado sus actividades en los países periféricos detentores de reservas.

En el caso de la *financiarización del consumo*, se trata de una mediación que ha tendido a enfocarse en los países centrales en estado deficitario. La propensión al autofinanciamiento de las empresas ha provocado, principalmente en el centro, la tendencia de los bancos⁴⁰¹ a buscar sus ganancias controlando el “fondo de consumo”. Se trata de una nueva forma por medio de la cual el capital productivo externaliza el costo de reproducción del trabajo vivo, entregándolo a la fracción financiera, cuya actividad se ha centrado, esencialmente, en el sector hipotecario de la vivienda y en la de préstamos sin garantías. El origen del proceso ha sido la misma crisis del régimen de regulación fordista, el desmantelamiento del sistema público de seguridad social y el ataque al trabajo organizado, con creciente incapacidad por parte de la población de satisfacer sus necesidades a través del salario. Se trata de una forma de superexplotación ejercitada en la misma esfera de la circulación, la cual permite la apropiación financiera de parte del valor de la fuerza trabajo a partir de su misma reproducción como trabajo vivo, como capacidad de trabajo.

Como argumenta Harvey, desde los años setentas hemos asistido a una masiva transferencia de liquidez en la producción del ambiente construido a nivel global, entre todo el urbano, coadyuvada a través de innovaciones financieras, tales como la securización de la deuda hipotecaria y la expansión de formas de préstamo arriesgado a través de la creación de mercados de derivados, todas medidas respaldadas por el poder

(des)-regulador del Estado. La precondition necesaria para dirigir la inversión hacia proyectos masivos de urbanización ha sido la estrecha articulación entre el Estado y los flujos financieros, al mismo tiempo que esta articulación ha provocado un exceso de “fijación espacial” que ha terminado por transformar aquella que, en época fordista, representó una solución a la crisis, en un factor catalítico de crisis bajo el Neoliberalismo.

En la época actual, debida a la organización del proceso de valorización real alrededor de la creciente generalización social de la superexplotación, la barrera a la reproducción ampliada del capital de avanzada no deriva de problemas de baja rentabilidad propios de la contradicción capital-trabajo a nivel de la producción, donde la crisis por sobreacumulación se expresa como tendencia a la caída de la tasa de ganancia, sino de este mismo antagonismo a nivel de la circulación, donde la sobreacumulación se expresa como necesidad creciente de realización productiva. Como subraya Harvey, no hay ninguna señal, actualmente, de disminución de la ganancia, al mismo tiempo que el capital social tiene la capacidad de superar cualquier barrera espacial para aprovechar lo que podríamos considerar una enorme ejercito industrial de reserva, cuya capacidad organizativa ha sido prácticamente desmantelada a partir del ataque político librado por un poder social, el del capital transnacionalizado, homogéneo y organizado.

El problema apunta Harvey, es exactamente este: el capital es demasiado fuerte y el trabajo demasiado débil⁴⁰². Desde aquí la necesidad por parte del primero de asegurar un espacio para la absorción de una masa enorme de plusvalor acumulado y la consecuente búsqueda de la intermediación del capital financiero a través de una oferta de crédito liberalizado. Esta solución, a la base de la concentración de un inmenso poder social en las manos del sistema financiero, permite solamente posponer el problema de la realización, el cual, explotando bajo la apariencia de crisis financiera, tiende a arrastrar hacia atrás de si la entera economía, conduciéndola hacia una espiral recesiva. Desde aquí el representarse, desde inicios del siglo XXI, de la estrecha articulación entre la expansión del mercado de las hipotecas y la explosión de la crisis; desde aquí también la necesidad de asegurar la continuidad de flujos financieros a través de los cuales el capital logra imaginar haber resuelto su contradicción endémica: la dependencia del valor respecto del valor de uso, de las necesidades abstractas del capital de las concretas del trabajo.

El punto que queremos resaltar es que dicha hambre de flujos financieros ha sido garantizada por medio la transferencia de capital-dinero de los países periféricos a los centrales⁴⁰³, una transferencia que se encuentra a la base de ambos procesos, tanto de la *financiarización de la producción* como de la *financiarización del consumo*. Este traspaso de plusvalor, por medio del cual los países periférico “esterilizan” sus reservas⁴⁰⁴ subsidiando así el déficit del centro, y reproduciéndolo como eje articulador del sistema, exime a ambos polos, el centro a través de la sustentabilidad de su deuda, la periferia a través el mantenimiento de sus reservas, de asumir un proceso interno de reestructuración que, aumentando el valor del trabajo medio nacional, entraría en conflicto con un régimen de acumulación real orientado hacia el incremento de la superexplotación generalizada, alimentando, en ambos casos, un proceso de valorización ficticia que permite al capital reproducirse transfiriendo los costos que tendría que asumir su componente productiva a la sociedad como un todo, y reproduciendo, de esta forma, un estado de crisis social permanente.

Concluimos: es la articulación entre los dos procesos analizados, el de la financiarización de la producción, el *circuito primario*, y el del consumo, *el secundario*, lo que permite al capital superar la contradicción endémica a la extensión de la superexplotación, aquella derivada de la separación entre producción y circulación. La obtención actual de ganancias extraordinarias depende de la posibilidad de reproducir esta separación, a través de la competencia interestatal, a nivel endógeno, el nacional, por medio de un proceso de financiarización de la producción, centrado en los países periféricos, que, coadyuvando la acumulación de reservas y, con ella, su transferencia a los países centrales, permite, en estos últimos, la financiarización del consumo. La unidad entre producción y circulación se realiza, vale decir, a nivel exógeno, en el plano internacional, en manera tal de avalar una reproducción del capital social centrada en la generalización paulatina de la superexplotación, en la remuneración de la fuerza de trabajo por debajo de su valor medio nacional, mientras que la fijación espacial de la masa valor acumulada permite, a su vez, la superación temporal de la contradicción que de ella deriva.

El actual ciclo de reproducción del capital social implica, insistimos, la transferencia de plusvalor del espacio de la producción, la periferia, al espacio del capital, el centro, bajo forma de flujos financieros que tienden a asumir creciente materialidad en la producción de un espacio urbano totalizante, el *metropolitano global*. Una fijación espacial que, permitiendo la superación temporal de una crisis potencial de

realización de la enorme masa de plusvalor acumulada a nivel global, se transforma, y con ella transforma a la ciudad, en factor de nuevas contradicciones.

El señorío de la ciudad y el anhelo de lo urbano



*La más antigua traza de una ciudad es la de Enoc, que funda Caín: no Abel sino Caín.
La ciudad adquiere desde el primer momento el carácter de un desafío a Dios*

José Luis Romero, *La ciudad occidental*.

La red metropolitana global: profundización del centro y dispersión de la periferia

Abrimos nuestras “conclusiones”, especificando, al mismo tiempo, que estas mismas no corresponden a un cierre resolutivo, sino establecen, sobre la base del enfoque histórico-teórico de nuestro estudio, hipótesis fundamentales de trabajo.

El resultado de lo que mostramos como nueva configuración del ciclo de reproducción del capital social ha sido, por un lado, la conformación de un capital siempre más descentralizado y disperso como elemento de producción y siempre más centralizado y organizado como poder social, y, por el otro, un trabajo siempre más homogéneo como *fuerza trabajo* y siempre más disgregado e incapacitado como potencialidad antagónica, como *trabajo vivo*.

Al primero, al poder social del capital, corresponde un nuevo centro, hablamos del *metropolitanismo global*, el eje articulador de la totalidad social que, como sostiene la hipótesis de la “ciudad global” –quedando, sin embargo, en un plano meramente descriptivo y dualista– cruza las fronteras políticas del Estado-nación, así como las divisiones tradicionales centro-periferia⁴⁰⁵. Una reconfiguración del espacio urbano que, a final de nuestro recorrido histórico-analítico, creemos poder visualizar, adaptando las reflexiones de Santos a la época contemporánea, en términos de *metrópolis completa de escala internacional*⁴⁰⁶.

Entendemos, por esta última, la conformación de un nuevo modo de espacialización del poder social del capital, definido por la función de dirección sobre el entero conjunto socio-económico global a partir de mecanismos de transferencia de plusvalor que fundan la capacidad de tal espacio de regir de forma auto-centrada su propia reproducción y la del conjunto. Este nuevo ápice de la jerarquía urbana, esta *metrópolis completa de escala internacional*, no existe, a diferencia de la anterior *metrópolis nacional fordista*, bajo forma única de concentración, sino bajo forma de red. Un circuito que ha sido generalmente asociado al flujo inmaterial correspondiente al dominio de la valorización ficticia, y que, según nuestra lectura, tiene que ser entendido, al contrario, en términos de una nueva grafía histórico-concreta, como re-estructuración de la relación centro-periferia asentada en el régimen actual de acumulación real, el de un capital social, de una forma de apropiación privada del trabajo social, internacionalizado por intermediación financiera.

Hablamos de un espacio unitario cuyo carácter auto-centrado resulta explicable rehuyendo una concepción fetichizada de lo urbano y del capital financiero, para así enraizar a ambos en la necesidad por parte del capital social de asegurar su propia reproducción ampliada en calidad de unión, necesaria, entre producción y circulación de plusvalor, misma entendible sólo a partir de la separación originaria, propia de toda sociedad mercantil, entre valor de uso, la dimensión de la necesidad social, y valor socialmente convalidado, su determinación histórica. Como vimos, esta separación, con el capital desarrollado, el capital productivo, él mismo una determinación históricamente específica de la *forma valor*, queda superada como límite externo, reproduciéndose al nivel superior de contradicción endémica al modo de reproducción social capitalista.

El dominio de la forma productiva de capital consiste en el proceso de subsunción real del valor de uso al valor que se valoriza a partir de la reducción del trabajo a *fuerza de trabajo* e inserción de su reproducción, en calidad de *trabajo necesario*, entre las condiciones de reproducción de *plustrabajo*. Una circulación del plusvalor a través de las relaciones de producción, léase *trabajo asalariado*, que asentó la extracción de *plusvalía relativa* como rasgo definitorio de un mecanismo social de despojo, el capital, capaz de asegurar los presupuestos de su propia continuidad a partir de la transformación de lo concreto, lo socialmente necesario, de límite presupuesto en pre-condición subsumida y, como tal, desvalorizada *relativamente* a la necesidad abstracta de plusvalor, así afianzado como poder social enajenado y objetivado.

Hablamos de la consolidación, sucesiva a la segunda posguerra, del mercado interno como contrapartida de la acumulación sostenida. Una configuración hegemónica del capital que, arraigada en la orientación del incremento de las fuerzas productivas sociales hacia el consumo de masa, convertía a la dimensión del valor de uso en contradicción endémica al valor valorizándose, aquella tendencia a la caída de la rentabilidad del capital por aumento del *trabajo muerto*, el valor social acumulado, materializado y privadamente incautado, sobre el *trabajo vivo*, la potencialidad, la sociedad productora en tanto que condición de su valorización ulterior.

Una tendencia a la caída de la tasa de ganancia inmanente al capital desarrollado cuya concreción histórica, y como tal espacializada, el centro, conllevó la consolidación de la periferia, un régimen de acumulación articulado alrededor de la extracción de *plusvalía absoluta* o superexplotación generalizada del trabajo y consecuente estado de separación entre los dos momentos esenciales a la reproducción del capital, producción

y circulación, la escisión arraigándose ahora, a diferencia de la fase primario exportadora, en la esfera de su propio mercado interno, como separación, vale decir, de la demanda social y consecuente tendencia a la crisis de realización.

Una dialéctica, la de centro-periferia, que, como argumentamos, es endémica a las necesidades de reproducción del sistema capitalista en cuanto tal y que podemos entender como la manera, históricamente determinada, en la cual la ley del valor opera a escala global sobre la base de una división internacional del trabajo social que permite a la contradicción específica a cada polo, misma que opera a nivel de las relaciones endógenas de producción, encontrar su superación temporal a nivel exógeno, en la esfera del mercado mundial. Una dialéctica, la de la tendencia histórica del capital a crear la totalidad, a la cual corresponde una dialéctica del espacio, una configuración geográfica polarizada entre lugares de concentración de plusvalor, definidos por un ciclo de reproducción capitalista auto-centrado, y lugares de transferencia, con un ciclo de-centrado y, como tal, subsumido, al primero. Una dialéctica territorial producto de las mismas necesidades espaciales de la circulación de plusvalor y, estas últimas, de la forma histórica en la cual el espacio de la valorización, el centro, asegura su continuidad re-creando la periferia, el espacio de la desposesión.

En época de acumulación por orientación endógena, dada una forma dominante de capital, un “núcleo motor”, asentado en el mercado interno, la reciprocidad entre el espacio natural de reproducción del capital, el mundial, y el espacio de regulación del antagonismo de clase, el estatal, hizo que tanto el centro como la periferia asumieran un marcado carácter nacional, el mecanismo de transferencia asentándose y reproduciendo una división internacional del trabajo entre formaciones históricas de capitalismo avanzado y las de menor desarrollo relativo. La ley de competencia intercapitalista actuaba, en ese entonces, sobre la base de los diferenciales productivos, los cuales permitían al centro “desarrollado” compensar la tendencia a la caída de la tasa de ganancia por insuficiente incremento relativo de la cuota de plusvalía vía la transferencia de capital obsoleto y paulatina inversión extranjera directa, y al “subdesarrollo” periférico reproducirse como estado de dependencia tecnológica sostenido vía el incremento de la masa valor producida.

Las contradicciones endémicas a cada polo quedaban aplazadas a través de la transferencia y concentración de plusvalor hacia los países de capitalismo industrial más avanzado en la cual, a su vez, se consolidaban como instrumento de dominio bajo forma de capital de préstamo hacia los de subdesarrollo relativo, los flujos financieros

tomando, en este entonces, las directivas Norte-Sur: desde los países centrales en superávit hacia los periféricos en déficit presupuestario. El espacio superior del poder social del capital, el espacio de control sobre la circulación de plusvalor, el cual, Arrighi *docet*, implica la estrecha correlación, propia de todo modo de organización social capitalista, entre la función social de la forma financiera de capital y la forma Estado, concentraba y aprovisionaba la masa de capital-dinero a través de la cual las burguesías nacionales, tanto las centrales como las periféricas, reproducían sus respectivos compromisos endógenos de clase –el Estado de bienestar y el desarrollista– y, con aquellos, su posición de dominio o dependencia, gracias a un proceso masivo de endeudamiento externo, centrado, este último, en la hegemonía de EE.UU. y un principio de regulación internacional, el sistema monetario de paridades fijas, coherente con el control estatal sobre los flujos de plusvalor.

Las dos formas en las cuales se manifestaba la tendencia a la sobreacumulación –caída de la tasa de ganancia en el centro y dificultades de realización productiva de la masa de plusvalor en la periferia– se articularon así a una política monetaria expansiva volcada a retardar el desenlace de la crisis, misma que transfería los efectos del estancamiento productivo, junto a la clase trabajadora, a la fracción financiera, subsumiéndola a los intereses de una fracción industrial entrada, a finales de los años sesenta, en crisis hegemónica.

La creciente concentración de capital industrial en ambos polos, y consecuente necesidad, por parte del capital productivo, de ampliar la escala de la acumulación, junto a la concentración masiva de crédito privado, esta última posibilitada por la excedencia de liquidez internacional, terminaron por atribuir un rol determinante a la fracción financiera en tanto que mecanismo volcado a superar la fragmentariedad del mercado mundial para así re-establecer las condiciones de valorización del capital social. Desde aquí el *viraje neoliberal*, por el cual tenemos que entender un proceso de re-estructuración institucional definido por la plena liberalización del movimiento del capital y la tendencia al quiebre del compromiso capital-trabajo a escala nacional; un proceso de (des)-regulación paralelo a la transnacionalización de un capital industrial empeñado en restablecer sus condiciones de rentabilidad a partir de una desvalorización estructural de sus costos de producción.

En la época actual, el poder social del capital, el capital, insistimos, como forma, como poder (de) regular el carácter social del trabajo al fin de asegurar su enajenación y apropiación privada, tiene todavía fundamento, al contrario de lo sostenido por el

discurso dominante, en la determinación de las relaciones de circulación por las de producción a través de la subsunción del trabajo al capital. Sin embargo, a diferencia de la época fordista, en la época neoliberal, dada la separación endógena al ciclo de reproducción del capital productivo, la necesidad de generar un espacio de reproducción social unitario ha asumido un distintivo carácter internacional, mismo a la base del dominio del ciclo de reproducción del capital-dinero. Y es gracias a la orientación exógena del eje de acumulación que la tendencia histórica del capital hacia la desvalorización relativa del trabajo necesario ha podido ser substituida por la tendencia generalizada hacia su desvalorización absoluta, a la retribución, vale decir, de las fuerzas de trabajo nacionales por debajo de su valor real⁴⁰⁷. Desde aquí la centralidad de la mediación financiera. El actual régimen de acumulación se encuentra todavía enraizado, en cuanto capital, en el circuito primario, el de la valorización real, cuando el circuito secundario, el de la valorización ficticia, media la determinación de lo socialmente necesario por parte de la necesidad ampliada de plusvalor.

Aquí reside, a nuestro parecer, la especificidad histórica de la fase actual de mundialización: la paulatina extensión en escala internacional de formas regresivas de despojo, donde un régimen de acumulación siempre más articulado alrededor del factor científico-tecnológico, el trabajo muerto, continúa dependiendo, y de forma creciente, del trabajo vivo; una dependencia que, sin embargo, no se centra, actualmente, en el tiempo de trabajo productivo, sino en el reproductivo, en el trabajo, vale decir, no como factor, sino como costo de producción. Una nueva fase de acumulación originaria y paralela configuración, como en época de subsunción formal, de un espacio de subsistencia externo y subsumido al espacio de valorización, ambos transnacionalizados, proceso a la base de lo que intentaremos mostrar como *reconfiguración de la dialéctica centro-periferia por intermediación financiera*.

Como argumentó Marini, el proceso de internacionalización de la forma productiva de capital e internalización de la forma mercantil a nivel de empresa ha conllevado la tendencia a la igualación del grado de productividad del trabajo social. Asistimos a un proceso de ulterior perfeccionamiento en la operación de la ley del valor trabajo a escala global, o, en otros términos, al mayor grado históricamente alcanzado por el poder social del capital. Al mismo tiempo, como argumentamos, en ausencia de transferencia intercapitalista de plusvalor, el capital social no podría asegurar su reproducción ampliada, siendo la competencia para la obtención de ganancias extraordinarias la mediación social que permite direccionar el movimiento del plusvalor

hacia esferas que aseguran ampliar su reproducción ampliada. Tales esferas, y aquí la determinación histórica, no se definen, actualmente, por la espacialización desigual y combinada del *trabajo muerto*, sino del *trabajo vivo*.

En época de orientación endógena del eje de acumulación, la circulación de plusvalor se asentaba en, y reproducía, una jerarquización del trabajo social donde la desvalorización de lo necesario, relativa en el centro, absoluta en la periferia, derivaba del desarrollo diferencial de las condiciones medias de producción a escala nacional a partir del control monopólico sobre los bienes capitales. En la época actual, debido a la orientación exógena del eje de acumulación, la creciente unidad, a escala del mercado mundial, entre producción y circulación deriva de la internalización, a nivel de empresa, del ciclo de reproducción del capital productivo. Un proceso de centralización que ha permitido al control monopólico sobre el desarrollo de las fuerzas productivas sociales fomentar, en lugar de la concentración, la dispersión de la actividad productiva. Proceso que observamos en la conformación preferencial de *clúster* industriales que, gracias a su alto nivel tecnológico y extrema especialización productiva, no sólo no necesitan de grandes concentraciones, sino fomentan ellos mismos la depresión del valor del trabajo social, tanto de su expresión histórica, vía la degeneración del mercado nacional de trabajo, como de su expresión natural, el de los bienes intermedios.

El resultado ha sido una polarización del capital social en tanto que proceso material de producción paralela a su creciente homologación como relación social de explotación. Es decir, no obstante una división internacional del trabajo definida por la re-primarización de los países periféricos y el control sobre la revolución tecnológica de los países centrales, la mundialización de la estructura productiva y, con aquella, de la organización técnica y social del trabajo, ha conllevado un perfeccionamiento en la ley del valor en antítesis con la acumulación ulterior, una tendencia hacia la estabilización de la tasa de ganancia del capital social que, como tal, hace depender su reproducción ampliada de la producción intensificada de la masa de plusvalor, y, consecuentemente, de una tendencia hacia la extensión de la superexplotación generalizada del trabajo, rasgo definitorio del ciclo periférico, a escala global.

Debida a esta tendencia a la creciente homogenización de la contradicción capital-trabajo, asistimos a una re-espacialización de la división internacional del trabajo entre funciones directivas, el centro, y productivas, la periféricas, donde la jerarquización no se da a partir del desarrollo diferenciado de las relaciones sociales de producción entre formaciones nacionales capitalistas, sino del control privado y

transnacional sobre el circuito financiero liberalizado. Es este control privado sobre el movimiento del capital-dinero el instrumento volcado a mediar la así llamada *expropiación financiera*.

Entendemos, por esta última, una reconfiguración del bloque histórico capitalista por dominio de la fracción financiera, proceso que, surgido de la búsqueda de una explotación intensificada del trabajo en la esfera productiva, ha necesitado de un cambio en la forma Estado gracias al cual, a su vez, el movimiento liberalizado del plusvalor ha permitido mantener una correlación de fuerzas favorable a la entera clase capitalista. Un proceso de re-estructuración institucional que, aun concretándose de manera desigual y combinada en los países centrales y periféricos, ha tenido como objetivo el de generar aquella *competencia interestatal* funcional a la reducción de los costos ligados a la reproducción del trabajo y de acceso a los bienes intermedios y naturales.

Ahora el valor del trabajo social, vivo o muerto, aceptable o dado, a menudo tácito pero también explícito, es un producto de la correlación de fuerzas, del antagonismo de clase así como ésta se ha históricamente configurado en el marco de una organización social territorializada, el espacio nacional, desde aquí la centralidad del Estado como mecanismo regulador volcado a generar el consenso alrededor de la necesidad social. Desde aquí también la utilización del poder estatal para trascender la barrera de la organización de clase obrera y popular, teniendo por fin asegurar, sobre la base del cambio tecnológico, aquella movilidad del capital que, aunada a un creciente proceso de subsunción real de territorios anteriormente periféricos a las actividades de más alta valorización, ha contribuido a resolver la necesidad endémica al capital de incrementar la explotación de la fuerza trabajo y de los bienes naturales, en el primer caso sobre la base de mantener la disponibilidad de un creciente ejército de reserva a partir de fenómenos de masiva proletarización y olas migratorias, en el segundo a través de la creación social de la escasez, en particular la energética. Un proceso de renovada acumulación primitiva centrado en la relocalización de la actividad productiva a escala internacional, el cual ha implicado una transformación radical de la manera en la cual el espacio de reproducción social queda regulado por el Estado⁴⁰⁸.

Hablamos de una nueva forma de valorización, el *capitalismo por desposesión*, con base en una nueva forma de (des)-regulación, el *Estado de competencia*, un proceso de re-estructuración institucional primariamente volcado a engendrar la remuneración de la fuerza trabajo por debajo de su valor histórico nacional, un nuevo proceso, vale decir, de separación del trabajo vivo de las condiciones generales de su reproducción,

aquellas conquistas históricas que, en época fordista, quedaron admitidas a escala nacional hasta que fueron acordes con las mismas necesidades de un patrón de acumulación internacional dependiente del desarrollo desigual y combinado de la relación social de capital.

Es este nuevo estadio de acumulación originaria, este nuevo estadio de escisión, lo que explica el cambio de las situaciones espaciales privilegiadas cuyo control interviene en la regulación, ahora transnacional, del trabajo socialmente necesario y, junto con ello, a nuestro parecer, la especificidad actual de la mundialización capitalista en tanto que re-configuración de la dialéctica centro-periferia. Hablamos de la continua creación, a través de la liberalización del movimiento del capital-dinero, de una nueva estructura jerárquica de espacios productivos integrados en una red financiera liberalizada, el instrumento, esta última, para la generación de un espacio desigual y combinado de reproducción social de carácter transnacional: el espacio del trabajo, por un lado, vuelto a fragmentar sus reivindicaciones en escala nacional, el del capital, por el otro, funcional a la realización de una enorme masa de plusvalor acumulada a escala global.

En la época del dominio de la forma productiva de capital con orientación endógena, el Fordismo, la competencia intercapitalista dependía de la búsqueda de ganancias extraordinarias a través de la disminución de los costos de producción y circulación. Exigencia a la base de un proceso de concentración de las formas de capital –la productiva, mercantil y financiera– en localizaciones privilegiadas acumuladoras de recursos, ellas mismas definidas por la reunión, en un solo espacio, de las condiciones generales de reproducción social, las del capital y del trabajo –el centro–, y la separación entre ambos circuitos y, con aquella, un ciclo de reproducción dependiente, en otro polo –la periferia. En la época actual, la orientación exógena de la industria transnacional de exportación permite la desarticulación, a nivel nacional, entre el espacio de la producción y el de la realización, con lo que la ventaja comparativa pudo pasar a depender, ahora de manera determinante, de la producción de un espacio de reproducción del trabajo segmentado e incapaz, como tal, de resistir su propia degradación nacional frente a la creciente unidad internacional del capital.

La nueva totalidad capitalista, a diferencia de la época anterior, depende, en breve, de la creciente capacidad del valor que se valoriza, el capital, de substituir la concentración por la dispersión del valor de uso, el trabajo vivo. El instrumento ha sido *la financiarización de la producción y del consumo*.

En el primer caso, asistimos a una jerarquización del trabajo social a nivel de empresa que, a través de la gestión centralizada del capital dinero e internalización de su circulación, permite fomentar aquella extrema movilidad del capital, o, si queremos, primacía del *capital circulante* sobre el *fijo*, por medio de la cual el capital productivo, a través de la creciente colocación financiera y comportamiento especulativo de sus actividades, logra amenazar deshacerse de todo compromiso nacional en manera tal de fomentar políticas antagónicas a los intereses de la sociedad productora. Es a través de esta nueva especialización internacional del trabajo social –misma que articula los países centrales, *locus* de la corporación matriz y de la revolución tecnológica a ella correspondiente, con los países periféricos, donde ha tendido a dirigirse la actividad productiva material– que un capital transnacionalizado y altamente concentrado enfrenta la creciente homologación de su componente constante, articulada alrededor de la centralidad del factor científico-tecnológico, empujando los Estados nacionales a producir las condiciones políticas necesarias para una reiterada desvalorización absoluta de su componente variable.

En el segundo caso hablamos de una segunda forma de explotación, la que se da por *financiarización del consumo*, estrategia que ha tendido a enfocarse en los países centrales. Se trata del creciente control, por parte de las instituciones financieras especializadas, acumuladoras de flujos financieros privados, del así llamado “fondo de consumo”, en particular del sector hipotecario de la vivienda; lo que fomenta burbujas inmobiliarias a partir de la orientación de préstamos de alto riesgo hacia los sectores poblacionales de menor ingresos. Un proceso por medio del cual el trabajo es depredado –a partir de una creciente exclusión de la producción y retracción del Estado social– a través del consumo por endeudamiento. La fracción productiva de capital logra así externalizar su costo de reproducción y la financiera apropiarse de parte del trabajo necesario a partir de su misma reproducción como capacidad de trabajo.

Ambas formas de superexplotación explican el cambio en el privilegio de localización y la conformación de un nuevo centro, el punto de reunión neurálgico de la circulación de capital-dinero: la *ciudad global*. La localización privilegiada tanto de los centros logísticos de las grandes empresas transnacionales, como de los mercados bursátiles y las instituciones financieras, donde la gran masa de plusvalor acumulado permanece fluida y lista para participar en actividades especulativas cuya función, en última instancia, es de orden político, volcada a controlar el potencial antagónico del trabajo vivo confinando sus reivindicaciones a un plano nacional.

La relación entre ambos polos –la “ciudad” de la valorización ficticia y la “no-ciudad” de la acumulación real– consiste en el proceso por medio del cual la tendencia a la superexplotación del trabajo se concretiza de forma desigual y combinada en los países centrales y periféricos, en el primer caso a través del *circuito secundario*, el ligado a la producción del espacio, en el segundo a través del *circuito primario*, el de la producción industrial, proceso que, como vimos, implica la renovada transferencia de plusvalor de las formaciones nacionales periféricas, acumuladoras de reservas, hacia las centrales, en déficit estructural, y, con aquella, la mediación central del Estado.

No asistimos, en tiempos de (des)-regulación, a la desaparición, sino a la transnacionalización del Estado, a una transformación de la forma política de acuerdo con la reconfiguración de la forma capital por consolidación de su plena libertad de movimiento. La función de regulación estatal no ha eclipsado, sino se ha transformado según la supremacía del capital circulante sobre el fijo, donde el dominio del capital ficticio, una *forma aparente con consecuencias reales*, misma que la perspectiva de la mundialización financiera define, erróneamente, como “degeneración” del capital por tendencia a la caída de la acumulación real, constituye, insistimos, un instrumento volcado a su reproducción ampliada.

Tanto en los países centrales, como en los periféricos, el advenimiento de la expropiación por intermediación financiera ha necesitado del cambio en el tipo de vigilancia ejercitado por el Estado sobre la circulación de capital-dinero, mismo que obra como fundamento de la mutación del régimen de regulación internacional, aquel sistema monetario liberalizado gracias al cual el intervencionismo estatal ha pasado del control sobre la cantidad de *medio* en circulación, propio de la época de paridades fijas, al control de las reservas frente a una situación de variación permanente de las monedas nacionales, conscientemente impulsada, esta última, por el movimiento liberalizado del capital financiero y la consecuente expansión acelerada de las oportunidades de valorización ficticia.

A nivel del sistema de regulación internacional asistimos a la fetichización de la “obligación monetaria”, legitimada a partir de ignorar la función determinante del dinero en tanto que *equivalente general*. Se trata del proceso por medio del cual, desde el derrumbe del sistema de *Bretton Woods*, el capital social busca reproducir su poder hegemónico sobre la base de reproducir un estado de crisis social permanente como mecanismo de sanción social volcado a re-establecer aquella proporción necesaria entre valor producido y valor socialmente convalidado puesta en jaque por la expansión

descontrolada del capital ficticio. Es a través de la amenaza constante de quiebre del mecanismo descentralizado y cosificado de coordinación social, el dinero, mismo del cual depende la sobrevivencia del capital, que este último constriñe al Estado para asegurar aquellos cambios institucionales que permiten transferir los costos privados que una desvalorización de la moneda impondría a la clase capitalista, ahora articulada alrededor de la fracción financiera, en costos sociales cargados por la sociedad productora. Desde aquí el cambio en el bloque de poder histórico, con una expansión de la valorización ficticia que permite al Estado legitimar como necesidad incondicional lo que es, en realidad, una elección política, la de re-anclar al capital en el mundo del trabajo socialmente necesario a partir de la desvalorización absoluta de este último, asegurando, de esta forma, la reproducción ampliada de la valorización real.

Hablamos de la *financiarización del Estado*, un cambio en la forma de financiamiento de su déficit por control privado, inaugurado por los países centrales después de la crisis de la deuda externa a través de la titularización de su deuda pública y su colocación en el mercado financiero central liberalizado, con el consecuente desplazamiento de los flujos financieros privados en dirección Norte-Norte y crecimiento exponencial de su endeudamiento interno. Un proceso al cual los países periféricos latinoamericanos quedaron subsumidos una vez liberalizado su propio sistema financiero bajo presión del capital productivo transnacional en búsqueda de autofinanciamiento por colocación en el mercado de títulos frente al aumento del costo del dinero, provocado, este último, por el proceso de ajuste estructural de los años ochenta y un Estado empeñado en asegurarse la divisas necesarias al servicio de la deuda externa. Fue después de la crisis de los noventa por medio de la entrada masiva de flujos especulativos que dichos países, en particular los que han incursionado en el camino de la reprimarización, emprendieron un proceso de *securización* de sus crecientes reservas internas, ahora utilizadas para vincular sus monedas nacionales al dólar y así evitar una re-evaluación que comprometería la competitividad de las exportaciones. Proceso que ha signado el cambio de los flujos financieros en dirección Sur-Norte, con los países periféricos en superávit pasando a financiar, a través de un proceso masivo de inversión en títulos de las deudas públicas de los países centrales, su déficit estructural, cuya posición hegemónica, entre todas la de EE.UU, se encuentra exclusivamente y, como tal, artificialmente, anclada en la orientación monetarista del nuevo sistema de regulación internacional.

Este nuevo mecanismo de transferencia de plusvalor desde los países periféricos a los centrales, ahora sentado en el movimiento liberalizado del sistema monetario y financiero internacional, no solo reproduce a un centro en crisis como eje articulador del capitalismo mundial, sino exime a ambos polos de asumir un proceso de reestructuración de la demanda social interna: en los países periféricos sobre la base del imperativo de fomentar las exportaciones al fin de incrementar las reservas, en los centrales a partir de la sustentabilidad de su déficit, impulsando, en ambos casos, el quiebre de todo compromiso endógeno entre capital y trabajo, proceso también funcional a la reproducción de un régimen de acumulación internacional que impulsa la generalización a escala global de la superexplotación.

En breve, es esta defensa a ultranza del valor de la moneda, de lo abstracto como única medida de valor social, lo que nos muestra el grado actualmente alcanzado por el capital como unidad de clase, como unidad política a nivel mundial, con un espacio de reproducción del trabajo todavía segmentado a escala internacional, proceso que enjaula la esfera del *trabajo vivo*, del valor de uso, de la fuerza potencialmente adversaria al capital, en la que podríamos definir una dimensión corporativa-nacional, cuando el poder social del capital parece haber alcanzado la plena internacionalización.

Esta última constituye el espacio braudeliano del capital, el espacio histórico-geográfico jerárquicamente superior, el de la sistemática conformación de mecanismos de dominación siempre más elaborados, los financieros, donde el tiempo es el “tiempo del ahora”, el del valor que se valoriza reproduciéndose como poder de centralización de las funciones de control sobre el trabajo social. El fundamento de dicho poderío no reside, sin embargo, en sí mismo, y en la temporalidad a-histórica de toda ciudad en calidad de eje articulador por antonomasia de la circulación de plusvalor, sino, en el espacio marxiano de la totalidad, en los mecanismos histórico-concretos de transferencias de plusvalor, y correspondientes exigencias espaciales, los cuales mudan con el variar de la forma históricamente dominante de capital y que, actualmente, con la primacía de la mediación financiera, permiten la apropiación privada del valor social a partir de generar un trabajo siempre mas socializado como fuerza de trabajo y al mismo tiempo fragmentado como trabajo vivo, donde el tiempo es el “del ayer”, de experiencias de organización potencialmente antagónicas al capital construidas en época de orientación endógena de la acumulación .

Hablamos de una nueva dialéctica espacial de la dependencia, un nuevo antagonismo entre fuerzas de concentración y fuerzas de dispersión, caracterizado por la

conformación de un nuevo centro, la *metrópolis completa de escala internacional*, un espacio de dirección homogéneo e internamente articulado, el de reproducción del capital social, y una nueva periferia, la *metrópolis incompleta*, el espacio de reproducción del trabajo vivo, heterogéneo y de-centrado a nivel nacional, y como tal debilitado en su potencial antagónico a nivel internacional.

El proceso de *financiarización de la explotación* nos muestra la ausencia de una dicotomía entre el espacio de reproducción del capital y el del trabajo, entre la “ciudad”, el espacio de la mediación financiera, y la “no-ciudad”, el espacio de la acumulación real. De lo que se trata, decíamos, no es de marginalidad del segundo espacio al primero, sino de una totalidad creada a través de una *nueva geografía de la explotación*. Esta última tiene su eje articulador en el metropolitano financiero global, el nuevo y transnacionalizado centro, capaz incluso de controlar sus propias interrelaciones a partir de re-crear la condición periférica en escala transnacional.

Estamos asistiendo a una re-configuración del carácter desigual y combinado del espacio socio-económico, donde no solo hay periferia en todo centro, como anunciaba Braudel, sino centro y periferia coinciden en un mismo “lugar”, aquel espacio del mundo que ha sido convertido, anunciaba Santos, en espacio del capital mundializado⁴⁰⁹. A nuestro parecer, la noción de *metrópolis completa internacional* nos permite indicar cómo el mismo proceso que ha vuelto mundial a la sociedad ha vuelto unitario al espacio. La especificidad histórica de la actual fase de mundialización reside en un ciclo de reproducción capitalista auto-centrado, donde el proceso de acumulación por extensión de la superexplotación genera una demanda social dividida en su propio ámbito interno, una polarización, si queremos, de carácter transnacional, la que podríamos definir como estado de separación, a escala del capitalismo mundial, de la demanda social.

Durante el Fordismo, el espacio del capital, la metrópolis industrial, cuya función de eje articulador se ejercitaba en escala nacional, tenía un carácter incompleto en los países centrales, y completo en los periféricos, cuando por ambos entendemos, repetimos, la incapacidad o capacidad relativa de un espacio socio-económico de satisfacer de forma auto-centrada sus necesidades de reproducción, capacidad de la cual deriva su poder regulador sobre el conjunto socio-económico exterior y del cual, a su vez, resulta determinada. Tanto el carácter incompleto de la metrópolis nacional central, como el carácter completo de la periférica dependían de la totalidad orgánica más amplia, de la forma en la cual la ley del valor operaba a nivel del sistema mundial, es

decir, respectivamente, del carácter auto-centrado y dependiente del ciclo de reproducción del capital social, y, este último, en última instancia, del monopolio sobre las fuerzas productivas sociales de avanzada.

Como vimos el carácter incompleto de la metrópolis nacional central la reproducía como centro dominante, como metrópolis completa, a escala internacional⁴¹⁰, la relación inversa rigiendo por la metrópolis nacional fordista, cuyo carácter completo nacional la reproducía como metrópolis incompleta a nivel exógeno, es decir, dependiente de un eje de articulación externo para sus propias necesidades de reproducción ampliada⁴¹¹.

A partir de la internacionalización de la producción y paulatina homologación del capital como relación social de explotación, asistimos a lo que podríamos definir como extensión a escala global del ciclo de reproducción periférico y de su configuración espacial, donde el espacio de reproducción del capital social, el centro, tiene un carácter *completo*, auto-referencial, mientras que el de reproducción del trabajo, tiene un carácter *incompleto*, subsumido al primero, cuando ambos espacios cruzan las fronteras nacionales.

El eje articulador de esta nueva totalidad es la *ciudad global*, la red metropolitana financiera, junto a la cual el espacio de la acumulación real, disperso y extra-urbano, la “no ciudad”, queda subsumido por medio de dos circuitos de reproducción social, el periférico, el del trabajo, y el central, el del capital, ambos de carácter internacional. En el primer caso asistimos, como argumentamos, a una tendencia a la superexplotación por financiarización de la producción y del consumo, en el segundo, el capital asume un carácter crecientemente auto-referencial sentado en la centralización y concentración de la enorme masa de plusvalor generado a partir del primer proceso.

Por nueva dialéctica centro-periferia entendemos, en breve, este estado de separación, a escala del capitalismo mundial, del espacio de la reproducción social, a causa del cual la contradicción endémica propia de la valorización del valor, su dependencia de lo que “no es” capital, el valor de uso, se manifiesta ahora no como tendencia a la caída de la tasa de ganancia, sino como problema endémico de realización productiva de la enorme masa de valor concentrada a partir de la tendencia a la desvalorización absoluta y generalizada del trabajo. Un ciclo de reproducción que, si por un lado permite contrarrestar la tendencia a la igualación de la tasa de ganancia a través del aumento de su masa, por el otro genera un problema endémico de

sobreacumulación que consagra las actividades de intermediación financieras y, junto con ellas el espacio, como fuente esencial de dominio.

La re-estructuración a escala internacional de formas de dominio como la organización del espacio social, centradas, como tales, no en la esfera de la producción directa, sino en la esfera de la distribución, se ha vuelto un instrumento esencial para la sobrevivencia del capitalismo. El origen del fenómeno es un régimen de acumulación cuya contradicción endémica no reside, como en época fordista, en la tendencia a la caída de la tasa de ganancia, sino en la misma implementación de mecanismo volcados a contrarrestarla, tales como el aumento del grado de explotación del trabajo, gracias a lo que vimos ser el incremento del ejército global de reserva; la apertura de siempre nuevas líneas de producción, con lo que vimos ser el enorme aumento de la productividad social; o la disminución de los costos del capital fijo y bienes intermedios, centrados en la innovación tecnológica y la liberalización comercial; todos fenómenos que no sólo han puesto la cuestión de la demanda social al centro de la sustentabilidad de la reproducción capitalista, sino que han contribuido a resolverla, mostrándola, al mismo tiempo, en su carácter propiamente marxiano.

No se trata, vale decir, de un problema de subconsumo, la misma expansión del capital, como argumentaba Lenin, siendo capaz de crear su propia demanda –en particular en una fase, la actual, de extrema diversificación de la división internacional del trabajo–, sino de una re-estructuración regresiva a escala global de la demanda social, la cual, a su vez, ha transferido el problema de la realización a un plano superior, el de la incrementada necesidad de encontrar siempre nuevas vías de absorción del plusvalor acumulado capaces de asegurar una tasa de acumulación sostenida.

Un fenómeno, el de la tendencia endémica del capital a superar toda crisis de realización vía la creciente expansión de su capacidad productiva que, actualmente, busca privar a la sociedad productora de cualquier capacidad de control no sólo sobre el proceso productivo, como en la época fordista, sino sobre el ciclo de la reproducción social en cuanto tal, permitiendo así la reproducción de un capital siempre mas desligado de las necesidades concretas, *una producción para la producción misma*.

El punto crítico que queremos subrayar es que, a diferencia de la tesis de la *mundialización financiera* –y de la misma teoría de la crisis por subconsumo–, el actual régimen de reproducción capitalista no pone en jaque, sino intenta asegurar las condiciones de su propia reproducción temporal a partir de re-producir constantemente la separación entre producción y circulación, entre necesidad social y su determinación

histórica. Contra toda teoría del derrumbe, argumentaba Lenin, el sistema capitalista no deriva en un estancamiento necesario, sino contiene en sí mismo las condiciones de su propia reproducción, al mismo tiempo que, consolidándose como antagonismo absoluto en la esfera de las relaciones sociales de producción, la forma valor capital, exactamente mientras empuja –sin lograrlo, a diferencia de lo sostenido por los marxistas legales– para existir en su carácter de abstracción, del valor plenamente autonomizado del valor de uso, se reproduce como contradicción ampliada, reintroduciendo así la centralidad, en Marx, de la cuestión del consumo, a entenderse, por el mismo, la contradicción endémica al capital entre necesidad social concreta –valor de uso– y necesidad abstracta –valor valorizándose–. Es esta *contradicción profunda* lo que nos permite reintroducir la centralidad de la ciudad en tanto que mediación para la reproducción del capital y lo urbano como su dimensión política.

Lo que vimos como paulatina polarización, a nivel global, del espacio de reproducción social conlleva la dependencia del capital social de un eje de articulación externo a la relación social de capital, cuando esta exterioridad recupera la contribución central de Rosa Luxemburgo acerca de la dependencia del capital de la presencia de un ámbito “no-capitalista”, o, en términos de Bolívar Echeverría, la dependencia del *valor que se valoriza* respecto del *valor de uso*. Un eje de articulación “externo” en tanto que tiene una dimensión territorial, y sin embargo, no exógena, sino endógena u ontológica, vale decir, constitutiva del mismo “ser” del capital, lo que, a su vez, recupera la tesis fundamental de David Harvey acerca de una ciudad que ha de entenderse no como “lugar”, sino como agente de la reproducción del capital y, con ésa, de sus contradicciones.

Las transferencias financieras por medio de las cuales la red de ciudades dominantes se conforma como metrópolis completa, como eje regulador, de escala internacional, la constituyen también como grafía espacial material, concreta, conformando una ciudad crecientemente homogénea y auto-referencial, un espacio de reproducción exclusiva del capital. La ciudad, una, si no la principal, de las condiciones colectivas de reproducción social es ahora pensada, construida, producida a nivel global en calidad de plusvalor bajo forma de existencia objetivada y espacializada, instrumento gracias al cual el capital encuentra la resolución temporal a los crecientes problemas de realización productiva de la masa valor acumulada y concentrada proyectándola en el ambiente construido y convirtiéndola así en *contradicción urbana*.

Desde aquí la renovada e intensificada conversión del espacio urbano en activo financiero, proceso por medio del cual, como vimos, el capital social asegura tanto encauzar la masa de plusvalor en exceso respecto a la posibilidades existentes de valorización, así como la circulación de una forma fija de capital, el espacio urbano, que, una vez transformada en ficticia, termina por tener un rol determinante en el destello de toda crisis. Hablamos de la creciente realización, por intermediación financiera, del proyecto masivo de urbanización, tanto en los países centrales como periféricos, lo que a su vez ha producido un exceso de *fijación espacial* de plusvalor que, en tanto que expectativa futura de valorización, amenaza contantemente poner en jaque la reproducción del sistema. Desde aquí se explica no sólo el carácter espacial-temporal de este tipo de ajuste a la crisis por sobreacumulación, sino también su afirmarse como constante destrucción del espacio histórico-social para su “creativa” metamorfosis en espacio a-histórico, el espacio de la valorización abstracta. Un proceso por medio del cual la actual primacía del capital circulante termina por engendrar lo que podemos definir una excedencia de fijación del plusvalor en un ambiente indiferente a las necesidades concretas, las presentes y potenciales, de la sociedad productora.

Hablamos de la profundización del capital como proceso volcado a la ampliada enajenación de las condiciones colectivas de la producción de la vida social, misma de la cual depende su propia reproducción ampliada. Una crisis social permanente que se materializa, actualmente, en la creciente homogenización, tanto en los países centrales como en los periféricos, del espacio intra-urbano, el de una ciudad global polarizada entre, por un lado, el espacio de reproducción de las masas populares, crecientemente anulado, expulsado del “centro”, y, por el otro, el espacio de reproducción del capital, crecientemente totalizante y, como tal, vacío, “indiferente” a la periferia. El instrumento ha sido transferir el problema de la realización a nivel global por medio de una *fijación espacial* a problemas endémicos de sobreacumulación a causa de los cuales, el espacio, tornado global y, como tal, potencial capital común a toda la sociedad, ha sido transformado en mercancía capital por excelencia, y, como tal, reservada al reforzamiento de la apropiación privada de lo que es una, tal vez “la” marca esencial de la praxis histórica acumulada: la ciudad.

Este espacio urbano homogéneo fortalece, en calidad de mercancía absoluta, su carácter de *megalópolis*, su tendencia a volverse auto-referencial, a desligarse paulatinamente de las necesidades de reproducción del entero conjunto socio-económico, cuando tales necesidades no residen, ahora, como en época fordista, en un

espacio a ella exterior, el periférico para el centro, las ciudades inferiores para la megalópolis periférica, sino en su propio espacio, siendo las de la propia masa popular de una primacía urbana internacionalizada. La contradicción valor-valor de uso, la contradicción entre una producción para la producción misma y la determinación social consciente de la necesidad, se reproduce así como contradicción espacial, reapareciendo la subsunción lefebvriana de la producción del espacio de la forma de sociabilidad por excelencia, la ciudad, a las necesidades de reproducción ampliada del capital, y la conversión de las contradicciones del segundo en la irracionalidad de la primera, de la crisis capitalista en *crisis urbana*.

A lo que estamos asistiendo es, a fin de cuentas, a una regresión histórica no solamente del capital como forma social, sino de la misma en tanto que forma material, con una ciudad caracterizada por la separación entre valor de uso y valor que se valoriza; un espacio periférico que, insistimos, no solamente salpica el centro, como diría Braudel, sino que ha configurado el nuevo centro, diría Marx, y con aquello, la nueva periferia, ambos de carácter transnacional; en breve, asistimos a una nueva totalidad, aquella de un metropolitanismo erigido a partir del avasallamiento absoluto de las necesidades concretas del trabajo para su reproducción como necesidad abstracta, como capital.

Todo esto en el momento mismo en que, insistiría Marini, recuperando una clarividencia fundamental de Marx, el desarrollo de la productividad social, espacio urbano incluido, abre perspectivas ilimitadas de bienestar material y espiritual, mientras que su forma capitalista, en su acepción financiera, e insistimos metropolitana, constituye una regresión histórica para la gran mayoría de la población mundial⁴¹². Todo esto en el momento en que aquel mismo proceso civilizatorio que, fundamentado en la superación de cualquier barrera externa, espaciales incluidas, abre la posibilidad para el individuo de desarrollarse plenamente como ser social sobre la base de la universalidad de sus relaciones reales, y del cual creemos la ciudad es todavía su máxima expresión histórica, le niega esta potencialidad convirtiéndola, y, junto con ella, convirtiendo a la ciudad, en universalidad abstracta.

Postscriptum: en búsqueda de un internacionalismo urbano

Queremos concluir con Marx, con la idea de que el germen de toda crisis capitalista está en la posibilidad de un desajuste entre elementos que forman un todo único, cuando la necesidad del equilibrio entre la riqueza social realmente producida y su forma de existencia cosificada es restablecida violentamente desde el exterior subsumiendo las necesidades de la primera a la reproducción de la segunda. Manifestación brutal de la ley del valor, la crisis es el mecanismo de sanción social volcado a reconstituir la relación entre las necesidades concretas y las necesidades abstractas de su reproducción bajo forma capitalista, momento en el cual la contradicción básica de la forma valor entre lo producido y su calidad social se reproduce, a su grado máximo, como contradicción general de la sociedad, como contradicción absoluta, y cuya resolución temporal no constituye un automatismo, sino el resultado de una elección política respecto a quienes tendrán que cargar con el peso de una desvalorización necesaria.

Es el tipo de salida impuesto a la crisis lo que nos muestra la conformación de un determinado bloque histórico. La crisis, especie de *racionalizador irracional*⁴¹³ de un modo de organización social, el capitalista, sostenido sobre la inestabilidad, constituye el instrumento por medio del cual el capital re-establece el equilibrio momentáneo reproduciendo sus propias contradicciones internas a un nivel superior; contradicciones que determinan no sólo el tipo de salida, sino, con éste, el nuevo grado alcanzado por la apropiación privada del trabajo social.

Porqué dichas contradicciones no constituyen otra cosa, en Marx, que la expresión abstracta del antagonismo de clase histórico-concreto, la crisis tiene un carácter abierto, la forma de “racionalización” impuesta dependiendo de la correlación de fuerzas y, con ésta, de las concepciones mentales respecto a lo posible. Como nos recuerda David Harvey, no hubo nada de inevitable ni en la estabilización posbélica del compromiso fordista entre capital y trabajo, ni en la contrarrevolución neoliberal instaurada desde finales de los años setentas; al mismo tiempo que, en cada coyuntura, las posibilidades tuvieron un carácter determinado, restringido, siendo el rol del análisis lo que permite especificar la medida de lo posible en relación al desarrollo de la conflictividad social y el consecuente cuestionamiento efectivo del bloque de poder.

En su sentido más abstracto y general, podemos leer el actual régimen de acumulación, el de *expropiación por intermediación financiera*, como proyecto político

por medio del cual la determinación de la necesidad social por parte del capital ha alcanzado un nivel superior de enajenación, aquella en la cual el bloque industrial-financiero ha transitado del despojo relativo de la clase obrera fabril hacia el saqueo de la sociedad productora, produciendo así una nueva y más profunda desintegración del trabajo social, una periferia dispersa e internacionalizada, sobre la base de la cual erigir su propia homogeneidad de clase, la organicidad de un nuevo centro.

La necesidad, inmanente a la producción capitalista, de trastocar constantemente sus puntos de partida, el carácter civilizatorio del capital, es una forma de desarrollo, nos mostró Marx, que se realiza antitéticamente a la emancipación social, y esto por fundamentarse en una forma de explotación por medio de la cual

“todos los adelantos de la civilización, o en otras palabras, todo aumento de las *fuerzas productivas sociales* [...] no enriquecen al obrero sino al *capital*, una vez más, sólo acrecientan el poder que domina al trabajo, aumentan sólo la fuerza productiva del capital. Como el capital es la antítesis del obrero, aumentan únicamente el *poder objetivo* sobre el trabajo”⁴¹⁴.

La categoría de plusvalía relativa nos indica cómo la misma productividad alcanzada por el trabajo social lo obliga a apropiarse de las condiciones para su reproducción como fuerza de trabajo enajenándolas, en medida creciente, para su realización como trabajo vivo. Es el mundo objetivo de la riqueza que se amplía progresivamente por acción de sus productores y que, estos últimos, pueden recuperar solamente bajo forma de necesidad, apropiándose, de una porción de la misma sólo en tanto que garante de nuevo plustrabajo, de nueva dominación. Es el despojo del trabajo como unidad dominante para el control del proceso productivo y acumulación de este poder en trabajo objetivado. La de plusvalía absoluta, por otro lado, nos indica un estadio de regresión para el capital, una apropiación privada de la fuerza históricamente alcanzada por el trabajo gracias a su existencia como cuerpo social a partir de la misma negación de sus necesidades. Es del despojo de la sociedad como unidad dominante para el control del entero proceso de reproducción social y la cosificación de este poder en una fuerza afín a sí misma, el capital irguiéndose así como límite absoluto contra el avance de aquella creatividad, ciudad incluida, de la cual él mismo depende. Parecería que “Dios” hubiera empezado a negarse a sí mismo.

Sin, embargo, desde la lúcida claridad de Bolívar Echeverría: la intención de la *teoría crítica* de Marx es mostrar cómo el mecanismo de extracción del plusvalor,

enraizado en el despojo del trabajo vivo, tiene en esta dependencia de lo abstracto sobre lo concreto, del valor que se valoriza sobre el valor de uso, del capital sobre la sociedad creadora y, en nuestro caso, del tiempo del capital sobre el espacio de la ciudad, un límite inmanente y siempre presente. Una paradoja, una demarcación interna que podemos entender, aquí el punto crítico, no como término del capital, sino como tendencia, como barrera que la necesidad de reiterada y ampliada acumulación de plusvalor supera a través de mecanismos profundizados de saqueo y negación de lo que “no es capital”, y, con éste, de lo que “no es centro”.

El capital es una forma de organización social históricamente determinada donde las relaciones que los seres humanos contraen en la creación material de su propia vida social, relaciones urbanas incluidas, presentan un carácter histórico y como tal transitorio, mismo que se manifiesta, culturalmente, en el mercado, a nivel, es decir, de las relaciones de circulación y, con aquellas, de la distribución y el consumo. La crisis es el momento en el cual, argumenta Marx, gana extensión este antagonismo entre producción y circulación, entre materialidad y subjetividad:

“Estalla entonces un conflicto entre el desarrollo material de la producción y su forma social”⁴¹⁵.

En la época actual, época de antagonismos absolutos, la forma valor capital ha alcanzado un nivel de profundización tal que parece asegurar su propia reproducción sobre la base de mantener este estado de separación entre producción y circulación, entre acumulación y sentido, encontrando en la fijación espacial del plusvalor, y, en particular, en su fijación urbana, no sólo un instrumento de dominio, sino de negación del trabajo vivo y, con aquél, de la ciudad como espacio de *praxis histórica*.

Subrayaba Echeverría⁴¹⁶: el desarrollo del capital es una relación forzosa entre *necesidad y excedente* cuya comprensión implica identificar el trabajo y el capital con algo más que la dicotomía trabajo necesario-plusvalía. El capital no es el “trabajo forzado *directo*”, sino el “trabajo forzado *mediado*”, al cual, dirá Marx, no se contraponen la riqueza enajenada como privilegio, el plusproducto, sino la riqueza enajenada como tal, el plusvalor, gracias al cual el poder de la sociedad productora de determinar sus necesidades aparece, porque en realidad ha sido puesto, externamente a la misma. Y es a partir de identificar el sentido profundo del capital según Marx como proceso de alienación, específicamente moderno, de la existencia social, que resulta

evidente cómo la crisis no constituye una interrupción definitiva, sino un rasgo inherente a la reproducción de la sociedad bajo el yugo del capital⁴¹⁷.

La reproducción del capital, insiste Echeverría, expresa esta contradicción ontológica entre la riqueza abstracta del valor, el capital, y la concreta del trabajo, la sociedad. Porque el desarrollo capitalista es reproducción, ampliada y profundizada, de esta contradicción y, como tal, un proceso permanente de despojo, la teoría de la crisis de Marx no anuncia la inevitabilidad del derrumbe, sino una reiterada reproducción de crisis social. Una propensión endógena que además, como en el caso de la ley del valor, se revela sólo indirectamente, a partir de las contradicciones que produce y de los mecanismos introducidos para contrarrestarla y superarla; factores que no pertenecen a un ámbito exterior a la relación de capital, sino que son ellos mismos producto de una contradicción, a ella inmanente, entre el desarrollo absoluto de las fuerzas productivas y las relaciones sociales por medio de la cuales este mismo se realiza⁴¹⁸.

Estas contratendencias, entre las cuales la reorganización del espacio del capital, implican un proceso general de desvalorización en tanto que pérdida por parte del trabajo acumulado y, con éste, del espacio histórico por antonomasia, la ciudad, de significado social. Un mecanismo de derroche perfectamente racional desde el punto de vista del capital, mismo que tiene su mecanismo actual de racionalización en la valorización ficticia, la mediación necesaria, como vimos, a la reorganización del proceso de acumulación real sobre bases ampliadas y, con eso, de un espacio de reproducción social concreto siempre más disperso, y, como tal periférico, y un espacio de enajenación y apropiación siempre más auto-referencial y, como tal, centro.

La crisis, en particular la actual, es demostración de los límites que el capital, el valor, impone al desarrollo cualitativo del progreso social concreto, el valor de uso, por impulsarlo, y poderlo solamente impulsar, desde una perspectiva meramente cuantitativa, la abstracta de la valorización. La crisis, concluye Echeverría, manifiesta por lo tanto la necesidad, ella misma abstracta hasta que no la encarne una fuerza histórica, de re-significar el sentido concreto de la existencia social.

¿Con la dispersión de la actividad productiva y la paralela sustitución, en los países centrales, del “proletariado” con un “precariado” controlado a través del consumo por endeudamiento, y la reiterada superexplotación, en los periféricos, de una masa popular contenida a través de circuito informales de subsistencia, dónde ubicar el espacio de desarrollo del trabajo vivo, de una reivindicación del sentido social autónomo del sentido capitalista, de una fuerza cuyo real antagonismo a un poder

siempre ms transnacionalizado y abstracto reclama, a nuestro parecer, un nuevo internacionalismo concreto?

La conformación progresiva de un verdadero proletariado internacional, que es la contrapartida necesaria de la globalización capitalista, permitirá establecer sobre nuevas bases la lucha de los pueblos por formas de organización social superiores⁴¹⁹,

argumentaba Ruy Mauro Marini, no en los setentas, sino en 1996. Y, sin embargo, no nos decía hacia dónde mirar. ¿Y, si fuera, por fin, el regreso de Lefebvre, esta vez sólidamente anclados en las espaldas de Marx? ¿Podría el espacio urbano contemporáneo, entendido como *praxis*, estarse convirtiendo no sólo en lugar, sino en agente privilegiado de desafío al capital? Sería el tema de otra tesis, para la cual, a fin de cuentas, esta recuperación de las intuiciones de quienes buscaron y buscan entrever las huellas que el capital deja sobre el espacio, en particular, en las formas urbanas, quiso solamente ser un estudio, preparatorio aún, pero consideramos necesario.

Actualmente es la ciudad en tanto que espacio de reproducción social el teatro de las manifestaciones más cruentas de la crisis, tanto en los países centrales como en los periféricos, así como de una estrategia de militarización del conflicto urbano que ha paulatinamente substituido, en ambos, el control económico-corporativo del Estado de bienestar y desarrollista, por un Estado no sólo represivo, sino, en algunos casos, como atestigua el mexicano, impúdicamente policial.

Y no obstante estas repetidas señales, reconstruye Harvey en su último libro –brillante esfuerzo de saldar deudas con Lefebvre para así mostrar la ciudad como espacio de esperanza⁴²⁰, hay un prejuicio endémico a la izquierda que le impide reconocer, por un lado, y medir realísticamente, por el otro, el potencial antagónico de los movimientos sociales urbanos.

Desde la perspectiva comunista de orientación centralista dichos movimientos fueron frecuentemente arrinconados a posiciones reformistas en tanto que relativas a la esfera de la distribución y la lucha democrática, supuestamente marginales, como tal, respecto a lo que sería la contradicción fundamental, un antagonismo capital-trabajo exclusivamente anclado en el espacio de la producción. Y, sin embargo: ¿qué hacer, cuando el proletariado así como nos lo presentaba el purismo de la ortodoxia marxista-leninista ha desaparecido? ¿Extrañarlo nostálgicamente o recuperarlo en la que fue –Gramsci, Mariátegui, Thompson, Hobsbawn enseñaron– su perpetua heterogeneidad,

la de una fuerza histórica cuyas reivindicaciones pueden hacerse hegemónicas sólo una vez cruzadas las paredes de la *fábrica* para articularse a la *obra* político-cultural de reproducción social de lo popular?

De hecho, es a la tradición libertaria aquella a la cual hay que reconocer el compromiso con una ciudad como espacio, *el espacio*, de socialización política, a menudo recuperada en su carácter icónico, el de una historia simbólica profunda, la *polis* platónica, la ciudad del Sol, el objeto de deseo utópico, fuera éste el futuro para realizarse, o el pasado negado. Y, sin embargo, esta misma idealización, y sus corolarios de horizontalidad organizativa y economía moral, tendieron y tienden a condenar la lucha política armada en su nombre a la cooptación, en el mejor de los casos, a la carnicería, en los peores, por parte de la reacción burguesa, cuando ambas estrategias del poder suelen seguido retroalimentarse.

Los ejemplos históricos presentados por Harvey ayudan a descartar lo que es una falsa dicotomía, mejor dicho, una apariencia, nuevamente, con consecuencias reales, en este caso para la emancipación de las masas populares, aquella relativa al sentido de luchas libradas alrededor de la re-apropiación de la *comuna*, entendida, esta última, como *derecho colectivo*: ¿movimientos sociales urbanos y, como tales, no en directa contradicción con el capital, o antagonismo de clase y, por lo tanto, en el fondo, no específicamente urbanos?

La superación de la apariencia depende, a fin de cuentas, del tipo de significado atribuido a lo que, en ausencia de un análisis del rol jugado por lo urbano en la reproducción del capitalismo, es un significante vacío: el *derecho a la ciudad*. Desde aquí el núcleo político de toda la reflexión de Harvey. Empujar una re-conceptualización fundacional de la naturaleza del sujeto histórico y, con ése, del terreno de la lucha de clases, a partir de la que vimos ser una concentración geográfica y social de plusvalor, la ciudad, con un rol activo para la reproducción ampliada del capital, la *comuna* enajenada.

Lo que no es una “salida fácil”, considerando, además una época, la contemporánea, de profunda transformación de *la ciudad* así como la hemos, si no históricamente experimentado, seguramente pensado. Una ciudad que, ya nos enseñó Lefebvre, ha desaparecido, si no es que jamás existió, como signo de distinción y, expandiéndose sobre el territorio, ahora a nivel global, ha dado lugar a un mucho más vago y ambiguo *derecho a lo urbano*, a entenderse, por el mismo, un derecho al espacio

público, no como lugar, sino como proceso de confrontación política, como proyecto abierto, disputado, y como tal, todavía u-tópico, sin lugar.

Un espacio, diría el mejor Lefebvre, el recuperado por Harvey, heterotópico, otro pero no externo, sino subsumido, a través de su heterogeneidad, al espacio isotópico, homogéneo, del capital y, al mismo tiempo, a ese potencialmente antagónico. Una heterogeneidad, un coagulo de prácticas urbano-populares, que Lefebvre, testigo crítico tanto del mayo como del comunismo centralista francés, vio del lado de una espontánea y vital irrupción caída bajo la fuerzas de las practicas dominantes, las del capital y el Estado, y que Harvey, también hijo de su tiempo, traduce como dispersión socio-económica que, aún funcional, como vimos, a la reproducción del plusvalor, en tanto que extendida a escala internacional puede ser traducida en un factor de potencial articulación política, en *praxis*.

Desde aquí la importancia de mirar al pasado para así recuperarlo en su alcance político actual.

No por casualidad el legado de la Comuna de Paris –cuya derrota, hay que recordar, signó aquella separación entre el movimiento comunista y libertario que hasta el día de hoy, compromete, a nuestro parecer, la fuerza de la izquierda radical– es todavía historiográficamente contendida entre quienes la celebran en tanto guiada por la primera vanguardia proletaria y quienes la subliman a nivel icónico de levantamiento espontaneo popular. Harvey nos recuerda cómo fue un complicado proceso revolucionario donde el reclamo a reapropiarse de la ciudad en tanto que espacio de reproducción popular se articuló a la lucha para liberar el trabajo de la opresión en el espacio de la producción, a tal punto que los primeros actos de la comuna, con la abolición del trabajo nocturno en las panaderías y la imposición de una moratoria en las rentas, fueron simbólicos de cómo la *cuestión urbana* se articulaba estrechamente a la de clase⁴²¹. Este emblemático intento de impugnar el poder social contra de su forma enajenada sucedió a una crisis por expansión descontrolada de la estructura financiera especulativa sobre la cual se había sostenido la remodelación parisiense de Hausmann, cimentada, esta última, en planes utópicos, fourieristas y santsimonianos, de urbanización, cooptados y realizados a escala masiva por el connubio entre el Estado bonapartista y las instituciones de crédito privadas. Un instrumento de control social en tanto que capaz, por un lado, de absorber el capital y trabajo en exceso respecto a la posibilidad de valorización existentes después de la crisis de 1848, y, por el otro, de fomentar el control militar de la masa de desempleados y burgueses adheridos al

socialismo utópico protagonista del intento abortado de revolución social de mitad siglo XIX. Las mismas masas populares que, en el 1871, oscilaban entre la nostalgia hacia el mundo urbano del cual habían sido expulsadas por la utopía del capital y la utopía de una ciudad *otra*, una ciudad vagamente socialista, contendida entre un proyecto de-centralizado, los prodhonianos, y uno centralizado, los jacobinos, de control popular sobre su espacio de reproducción social.

No por casualidad, ahora en los años sesentas del siglo XX, la revuelta de las minorías afroamericanas respondió, con su propia violenta irrupción, a un estado de infra-subsistencia, el de los centros históricos estadounidenses privados de toda sustentabilidad económica sucesivamente al proceso posbélico de masiva suburbanización. Otra fase a escala ampliada, ahora relativa a la región metropolitana, de control social y absorción de plusvalor, Moses haciendo para New York lo que Hausmann había hecho para Paris, asegurar la filtración del plusvalor en exceso, en este caso, el derivado de la re-organización taylorista de la producción y fordista del consumo, engendrando así un estado de endeudamiento financiero que explotará con la bancarrota fiscal de la ciudad del 1975, y su consecuente “promoción” a primer experimento social de reajuste neoliberal.

No por casualidad, desde el viraje de los años setentas, la que vimos ser una manifestación a brotes de una crisis endémica por generalización social de la superexplotación ha sido acompañada de una reiterada y descontrolada expansión de procesos de urbanización financiados con deudas privadas⁴²². Un renovado proceso, ahora vuelto global, de absorción del plusvalor en exceso, principalmente anclado en el mercado inmobiliario, para los países centrales, y en proyectos infraestructurales masivos, para los periféricos, entre todos aquellos que han interperdido el camino de la acumulación por industrialización masiva y re-primarización del sector externo, los BRICs.

Asistimos, de esta forma, a un auge de edificación urbana desde el corazón de los países centrales, New York, Londres, Madrid, Berlín, Milán, hasta el de los periféricos, São Paulo, Ciudad de México, Buenos Aires, Santiago del Chile, para mencionar los latinoamericanos, siendo el epicentro del sistema la urbanización masiva y acelerada que está radicalmente trastocando el territorio asiático. Un proceso donde el viraje neoliberal, el proyecto de elevar a estatus de hegemonía absoluta el derecho a la privatización del control sobre la gestión del plusvalor, se ha proyectado en un espacio

crecientemente homogéneo como malla –el nivel interurbano– e internamente polarizado –el intraurbano.

Hemos asistido a la consolidación de centros globales donde ciudades fortificadas y privadamente vigiladas, el espacio de socialización y reproducción de la burguesía transnacional y la elite burocrática, no sólo existe, como una especie de micro-estado, materialmente contiguo al espacio de infra-subsistencia del trabajo, el de las ciudades perdidas de los países periféricos, y los guetos de los centrales, sino a un proceso donde el primero se reproduce sobre la base de substraer al segundo, a través de una forma constante y reiterada de “destrucción creativa”, su propio espacio de socialización, aquel espacio a través del cual las masas urbano-populares, reivindicándolo como propio y público, como *espacio común*, se conforman como sujeto y memoria histórica.

Y la historia urbana capitalista, tan lucidamente retratada por Engels, si no se repite, se renueva sobre bases ampliadas: como Hausmann desalojó a los parisienses del centro de París a través del ejército, y Moses “llevó una hacha al Bronx”, ahora las masas urbano-populares son desalojadas a través de un proceso más sutil y, por eso, denuncia Harvey, más cancerígeno, de despojo coadyuvado por reducción del territorio por ellos ocupado en activo financiero, el de las áreas centralmente situadas respecto a las más altas oportunidades de valorización del capital.

Y los espacios populares sitiados por el capital se extienden y homogenizan a nivel global, sean estos *Canary Worf*, uno de los lugares identitarios del *East-End* londinense, el de la *working class*, el mismo matizado por la vida popular después del proceso de privatización de las viviendas de interés social en el centro, y sucesivamente transformado en árido corazón comercial y financiero, incrementando así una crisis de reproducción social con base en los infelizmente definidos *motines nihilistas* que encendieron la ciudad hace un año; o las favelas de Rio de Janeiro, potencialmente convertibles en un espacio de exclusiva reproducción de clases medio-altas, una vez completado aquel proyecto de “desarrollo”, impulsado por el Banco Mundial, que, mirando a convertir los “invasores” en sujetos privados de derechos, en breve, el ciudadano detentor de derechos colectivos en consumidor detentor de deudas, parece meramente auspiciar una versión urbana de la vía *Júnker* al capitalismo.

¿Y el espacio de esperanza? A final de cuentas, dado el rol crucial que el proceso de urbanización por desposesión ha jugado y juega, en escala ampliada, en la historia del capitalismo, por permitir, insistimos, la superación de sus endémicas

contradicciones, la revolución de nuestro tiempo, sostiene Harvey recuperando a Lefebvre, tendrá que ser urbana o no ser en absoluto. Y, sin embargo: ¿hay posibilidad para una versión actual de lo que fue uno de los más ascendentes episodios de antagonismo al proceso de urbanización capitalista: la *Comuna*?

El actual despojo por intermediación financiera del derecho popular a la ciudad ha sido acompañado por arranques periódicos de revueltas volcados a la reapropiación, más o menos organizada y consciente del valor en disputa, de lo entregado al capital. Sin embargo, no obstante la presencia de una multitud de brotes de revuelta no asistimos a la conformación de un movimiento antagónico coherente y articulado, cuando este último depende, y aquí el punto crítico, de la posibilidad de converger las recientes experiencias alrededor de una estrategia orientada al control sobre el uso y las condiciones de producción del plusvalor. Desde aquí la necesidad de convertir el *utopismo* en *realismo* urbano.

La primera tradición es irrenunciable para reconocer a la ciudad como espacio de socialización por medio del cual, a través de prácticas cotidianas de recuperación y consecuente enfrentamiento con la desposesión del espacio, las masas populares crean el marco común para la definición de sus propios intereses, para la conformación de sí mismas como sujeto. La segunda para leer a este proceso de *acumulación* como espacio de confrontación política, el espacio de materialización de la correlación de fuerzas, donde la calle, emblema de lo público, es, y ha sido, históricamente contendida, sobre todo en momento de *praxis* popular revolucionaria, entre la represión del Estado y la cooptación del capital. El camino es visualizar la heterogeneidad urbana no desde el fetichismo de la horizontalidad, potencial instrumento, sobre todo en tiempo de desregulación estatal, de capitalización, sino como proceso de definición de lo popular a partir de la lucha por la apropiación, y consecuente redefinición, del valor, el trabajo socialmente necesario, la comuna cercada y apropiada por el capital, por parte de su productor concreto, el trabajo social, el trabajador colectivo.

Desde aquí una primera necesidad, la de pensar como elemento esencial de la estrategia revolucionaria la lucha democrática, entendida como posicionamiento bajo control popular de la forma Estado, la misma que, subsumida, con el monetarismo, bajo poder financiero, asegura una remodelación de los procesos urbanos a exclusiva ventaja de una restringida elite económica y política, así afianzada en la posición de transformar lo que es un proceso de perpetua producción colectiva, la ciudad, en derecho a su apropiación y destrucción por parte de intereses privados.

Desde aquí una segunda, y a mi parecer fundamental, necesidad, la de pensar que la posibilidad de fomentar la socialización de la producción y distribución del excedente, de regresar el valor producido bajo control de quien lo produce, requiere de un altísimo grado de sofisticación cuando la comuna en cuestión se refiere a ciudades de la dimensión y complejidad socio-económica, cultural y política de centros como New York o São Paulo, sobre todo en una coyuntura, la actual, de su ampliada modelación bajo forma capitalista.

Y este nivel de sofisticación parece, aún de manera errática y desigual a nivel global, atravesar un proceso embrionario de gestación, en tanto que la geografía histórica de la movilización política, en particular, la urbana, está siendo re-pensada y re-vivida por sus productores no solamente como sitio pasivo y pre-existente, sino como instrumento esencial para contender con el capital por el control tanto de la distribución como de la producción del trabajo social. Como apunta Harvey la ocupación y reorganización territorial de estos sitios –las plazas del poder, estatal o financiero, Tahir o Sintagma; las rutas de suministros, El Alto; los lugares emblemáticos de socialización identitaria nacional, Puerta del Sol– han sido, y pueden ser, aún con sus debidas diferencias, un arma extremadamente eficaz de disrupción de aquella economía urbana en la cual se fundamenta la continuidad del proceso de acumulación.

El límite reside, sin embargo, en la dificultad de transformar el momento de interrupción, el tradicional radicalismo de la lucha urbana, en un proyecto político articulado, en una reacción con perspectivas antagónicas, mismas que requieren no solamente de la socialización de experiencias, sino de la búsqueda tanto de un terreno de agravio como de potencialidad común, de manera tal de poder frenar la rapidez con la cual las protestas masivas de las últimas décadas, con notables excepciones centradas en el continente latinoamericano, ellas mismas siendo reabsorbidas, sin embargo, por lo que parece ser un proceso de creciente cooptación desarrollista, destellan violentamente para después retraer, sobre todo en los países centrales, a nivel político, dejando así el espacio para una incrementada violencia del Estado y el capital.

Este terreno común, este mínimo común denominador, este programa mínimo de internacionalismo urbano reside, a nuestro parecer, en la posibilidad de fomentar el control del trabajo asociado sobre el proceso de reproducción social, cuya determinación por parte del capital, ejercitada desde la esfera de la circulación, es fundamental, particularmente en época de dominio de la mediación financiera, a su propia reproducción ampliada. Se trata de socializar la consciencia de que toda

aspiración de control laboral o comunitario sobre procesos productivos aislados, ellos mismos crecientemente fragmentados, actualmente, en interés del capital, resulta contingente del control, al fin de su misma abolición, del poder de la forma valor capitalista de dictar las condiciones de producción a través del libre intercambio en el mercado mundial. Se trata, en breve, de contestar a la misma forma valor capital en tanto que mecanismo descentralizado de coordinación del trabajo social, proceso que, bajo condiciones de su creciente internacionalización, implica una elaboración sofisticada de formas alternas de organización técnica y social del trabajo, mismas que, si por un lado escapan al plano de la mera autogestión, por el otro, después del fracaso de todo mecanismo de regular y controlar los flujos de plusvalor a través de la planeación centralista, han políticamente y culturalmente derrotado el control obrero sobre el Estado como camino hacia el socialismo.

Ambas derrotas reclaman de la necesidad de repensar un movimiento antagónico potencialmente edificable a partir de movimientos colectivos capaces de cobrar impulso desde un plano local, el de la sociedad civil, considerado, sin embargo, como parte del Estado ampliado, es decir, como un espacio público definido por la correlación entre fuerzas antagónicas que pueden esperar empujar al Estado político bajo control popular sólo desde una perspectiva centrada en los procesos macroeconómicos que determinan la actual reorganización de la división internacional del trabajo.

Una, si no la principal, de las mediaciones actuales para la construcción de este sujeto histórico es el espacio urbano, por un lado, en tanto que espacio de formas secundarias de explotación por medio de la cual la clase capitalista global ejercita la superexplotación desde la esfera de la circulación del capital dinero y capital mercancía, por el otro, en tanto que espacio de efectiva producción de plusvalor, el de la producción y reproducción de la ciudad a través de los trabajadores de la construcción, el transporte y los servicios. Ambas esferas se caracterizan por la precariedad, inseguridad y carácter itinerante del consumo y del empleo, por la dificultad de organizar los sujetos sobre la base exclusiva del mero lugar de la desposesión, un lugar siempre más fragmentado e invisible. Ambas, sin embargo, cruzan las fronteras nacionales y ambas necesitan de una articulación que logre explotar el potencial antagónicos de reivindicaciones que todavía luchan por superar el corporativismo económico, local y nacional.

Y, sin embargo, como, desde la perspectiva del capital, el espacio de la producción y el de la circulación son la misma relación social de dominio considerada

desde dos puntos de vista, el del despojo y el de la distribución, así, desde la perspectiva del trabajo, ambos constituyen la misma relación de potencial conformación del sujeto histórico, aquella donde la reivindicación de derechos económicos necesita articularse a la de derechos sociales, políticos y culturales si quiere alcanzar potencial antagónico: los Consejos de Fábrica de Turín necesitaron de las Casas Populares; las fabricas recuperadas argentinas de las organizaciones vecinales; la clase trabajadora inglesa de sus propios espacios de movilización cartista y sociabilidad religiosa; el rechazo popular boliviano a la privatización de los recursos naturales de la articulación de interés entre la población rural indígena y una masa industrial de larga tradición en la lucha minera, una articulación surgida del desplazamiento de ambos sectores hacia la ciudad del Alto.

Una articulación de espacios socio-económicos, el de la producción y de la circulación que, así como ha sido realizada y enajenada bajo dominio del capital, tiene que aspirar a cruzar las fronteras de las reivindicaciones nacionales bajo impulso de un trabajo socializado a partir de la internacionalización del espacio urbano. Hablamos de la necesidad apremiante de un proyecto político donde el *derecho a lo urbano* no sea un fin en sí mismo y, como tal, vacío de sentido, sino uno y, tal vez actualmente, el más viable camino para que las masas populares emprendan la confrontación necesaria para disputar su significación y, con ella, de la existencia social, como exclusivo derecho a la acumulación de plusvalor. Una forma de excedente que puede sólo coincidir con la *tragedia de la comuna urbana*. Lo que hay que disputar, en breve, es la apropiación privada y el consecuente encierro del plusproducto, del “desarrollo”, cuando, por este último, no entendemos un ciego productivismo, sino las fuerzas históricas necesarias, entre las cuales la ciudad, para mantener en constante proceso de redefinición el progreso humano y, por su dimensión político-cultural, el control colectivo sobre este mismo proceso, sobre la misma ciudad, por parte de sus productores históricos, las masas populares.

No obstante profundas heterogeneidades, de larga y corta duración, mismas que requerirían de otro estudio, la historia, la cual, creemos, no se repite, parece, sin embargo, después de casi treinta años de aislamiento regionalista post-derrumbe del “socialismo real”, re-articularse. Sólo queremos evidenciar cómo la misma pugna estratégico-organizativa endémica a lo que Harvey define cómo el fetichismo de formas propio de la izquierda parece tocar, entre otras, no solo la lectura, sino la misma vivencia de experiencias que van desde Seattle 1999; Génova y Buenos Aires 2001; Los

Altos 2003-2005; París 2005; Oaxaca 2006; Atenas, Roma, Londres, Nueva York, Madrid y Santiago de Chile 2011.

Mientras escribo estas líneas, han pasado sólo pocos días de lo que ha sido la primera irrupción urbana violenta vivida desde el 1968 por la “progresista” Ciudad de México. ¿Será un caso en que varios manifestantes, aún bajo una descarada provocación, intentaron “despojar” y el Estado policial se apresuró a, y logró, “normalizar” las calles de un centro que está en fase de vertiginosa remodelación, léase gentrificación, gracias a un fideicomiso, bajo corresponsabilidad del gobierno capitalino y el capital financiero transnacionalizado, orientado a fomentar el consumo de clases medias, turistas y universitarios relativamente privilegiados, de un espacio histórico de profundo legado nacional-popular?

A final de cuentas, desde ese lado de las barricadas, seguramente confortable, pero a menudo frustrante, lo que importa es esforzarse en hacerse las preguntas correctas y buscar socializarlas. Aquí quisimos solamente prender una luz, teniendo siempre presente que, nos recuerda Milton Santos, geógrafo poeta, sólo el pasado puede ser definido, con relación al presente, tanto más difícil de entender cuando el tiempo histórico, el nuestro, se acelera, hay que especular. Y, sin embargo, es en el espacio, en particular en aquella acumulación de tiempos que es la ciudad, que el pasado, diría Braudel, se hace presente, indicándonos así, con Marx, una *praxis* que puede solamente ser histórica y, como tal, futura.

La pretensión de que cada uno debe reunir en soledad los artículos de su pensamiento y de su fe tiene algo de locura, como si cada uno tuviera que construir solo la ciudad en que vive

Elias Canetti



Referencias

- ¹ Henry Lefebvre, *El pensamiento marxista y la ciudad*, Editorial Extemporáneos, México, 1973, p. 77.
- ² Cfr. *El método de la economía política*, pp. 20-30, en Karl Marx, *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse) 1857-1858*, Siglo XXI Editores, México, 2005. La sección sobre el método es parte central de la sección introductoria de los *Grundrisse*, publicada por Kautsky como texto independiente muy tempranamente (1903) respecto a la primera edición integral de los Elementos Fundamentales, y bajo el título de *Introducción General a la crítica de la Economía Política del 1857*. La misma fue incluida por Marx en el plan originario de su obra, ya en el 1858, sin embargo, Marx había renunciado a su publicación, posiblemente considerándola perjudicial de la forma expositiva a desarrollar en *El Capital*, la cual, como menciona en los mismos *Grundrisse*, para evitar la impresión de la pura deducción lógica de conceptos, tenía, necesariamente, que diferir del método de investigación.
- ³ Marx, *Grundrisse*, vol. I, p. 22 [22].
- ⁴ No utilizamos términos como ‘materialismo dialéctico’, o ‘dialéctica materialista’, mismos que sufren de la acepción mecanicista y dogmática del diamat estaliniano, es decir, del marxismo-leninismo así como fue definido por Stalin en su texto *Sobre el materialismo dialéctico y el materialismo histórico*.
- ⁵ Bolívar Echeverría, *El discurso crítico de Marx*, Ediciones Era, México, 1986. Se trata de la superación del dilema propio del discurso teórico fetichizado, el cual, según al filósofo ecuatoriano, oscila entre dos captaciones igualmente contradictorias de la objetividad, una insuficiente, una otra inadecuada, una descuida el aspecto activo de la objetividad, la otra el material. En ambos casos se llega a la cosificación de la realidad: puro substrato material, pasivo, irreducible a la actividad del sujeto, en el caso del materialismo empirista; actividad sí, pero unilateral, abstracta, independiente de la materialidad, en el del idealismo racionalista. Cosificaciones ambas, porque lo que es resultado de una relación es hecho propiedad de uno de sus términos. Mistificaciones ambas, porque una vez ignorado el carácter prioritario de la relación, la realidad queda justificable solo a través de presuposiciones metafísicas. Es interesante subrayar que si el discurso idealista ha sido el discurso fetichizado de la burguesía liberal, el materialismo vulgar lo es del marxismo mecanicista.
- ⁶ Karel Kosík, *Dialéctica de lo concreto*, Editorial Grijalbo, México, 1967.
- ⁷ Karel Kosík, *ibid.* y George Lukács, *History and Class Consciousness, Studies in Marxist Dialectics*, chapter 1, “What is Orthodox Marxism”, Merlin Press, London, 1990.
- ⁸ Marx, *Grundrisse*, vol. I, p. 22 [22].
- ⁹ Henri Lefebvre, *El Materialismo Dialéctico*, Editorial La Pléyade, Buenos Aires, 1971.
- ¹⁰ George Lukács, *ibid.*
- ¹¹ Marx, *Grundrisse*, vol. I, p. 26 [25].
- ¹² Bolívar Echeverría, *ibid.*
- ¹³ El sentido último del materialismo dialéctico en tanto que materialismo histórico es la búsqueda de su propia legitimidad en la historia. Hay que subrayar que la legitimidad del marxismo es de orden concreto, no especulativo, es legitimidad del discurso en tanto que teoría revolucionaria, y, al mismo tiempo, función práctica justificada por la naturaleza del método. Si la historia engendra a la lógica, la legitimidad de la dialéctica podrá solo derivar de la formación del punto de vista de un sujeto histórico, que, necesitando de la comprensión de la realidad social como totalidad, ha engendrado él mismo la necesidad histórica del marxismo. La transformación social es, por lo tanto, el campo cognitivo privilegiado del marxismo, cuya validez discursiva reside en constituir el fundamento teórico de un proceso práctico de cambio. Lo que queremos recalcar es que la legitimidad del marxismo como *praxis*, como relación necesaria entre teoría y práctica, no es de orden ideológico y voluntarista, sino necesario porque implícito en la naturaleza histórica de la relación del método dialéctico con la realidad. Cfr. George Lukács y Bolívar Echeverría, *ibid.*
- ¹⁴ Marx, *ibid.*
- ¹⁵ Marc Bloch, *Introducción a la historia*, Fondo de Cultura Económica, México, 2000. Primer capítulo.
- ¹⁶ Marc Bloch, *ibid.*
- ¹⁷ Milton Santos, *El presente como espacio*, biblioteca básica de geografía, series traducciones I, facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2002.
- ¹⁸ Fernand Braudel, *Civilización material, economía y capitalismo, siglos XV–XVIII*, tomo III, “El Tiempo del mundo”, Alianza Editorial, 1984, Madrid. Prólogo, p. 4.
- ¹⁹ Milton Santos, *Espacio y Método*, Geocrítica, cuadernos críticos de geografía, Año XII, Número 65, Universidad de Barcelona, Barcelona, Septiembre de 1986.
- ²⁰ Marc Bloch, *ibid.*
- ²¹ “Todo objeto percibido, observado o elaborado por el hombre es parte de un todo, y precisamente este todo, no percibido explícitamente, es la luz que revela e ilumina el objeto singular”. Karel Kosík, *ibid.* Lo

que nos parece concreto, el espacio, es, en realidad, siempre algo abstracto, dado que su contenido y significación dependerá del movimiento histórico de lo que, por su misma amplitud, nos parece lo más abstracto: la sociedad. Milton Santos, *ibíd.*

²² Manuel Castells, *Problemas de investigación en sociología urbana*, México, Siglo XXI, 2001.

²³ Los orígenes de esta relación dialéctica son entre Hegel y Marx, en la lucha entre la fijación del tiempo en el espacio y la superación de esta fijación en el espacio por el tiempo. En Hegel el tiempo histórico es la realización del arquetipo de la razón en un espacio, el Estado, donde la historicidad persiste gracias a la fuerza de su propia racionalidad. Para Marx, la relación espacio-tiempo es movimiento contradictorio, donde la fijación queda continuamente superada por su intrínseca conflictualidad social. Con el positivismo, “ciencia” de la modernidad centrada en la experiencia lineal del “progreso”, espacio y tiempo han tendido a formar un dualismo entre, por un lado, la esfera de lo sincrónico, inmóvil y repetitiva, y, por el otro, la de lo diacrónico, en movimiento y continua revolución. El espacio ha tendido así a ser considerado como lo fijo, lo muerto, frente al tiempo, móvil y vital; una especie de orden pre-existente en el cual operan los procesos temporales. Un espacio fetichizado, un poder ajeno que absorbe la vida social. Un espacio abstracto, perteneciente, como tal, a la esfera del *a priori* kantiano. Es el *espacio absoluto* del racionalismo, que, a través de su apariencia extra-ideológica, justifica el intervencionismo del “sujeto consciente”, el Estado, sobre el “objeto inanimado”, la sociedad: el espacio de la utopía tecnocrática del urbanismo. A este vacío racionalista, el espíritu libertario de aquel comunista heterodoxo y místico que fue Henry Lefebvre opuso la dialéctica del *espacio social*, el espacio de la conflictualidad creado por la *praxis*, gracias a la cual el *cogito* se hace realidad y la realidad *cogito*. Cfr. Henry Lefebvre, *The production of space*, Basil Blackwell, Oxford, 1991 y David Harvey, *La condición de la posmodernidad*, Amorrortu editores, Buenos Aires-Madrid, 2004.

²⁴ Milton Santos, *De la totalidad al lugar*, Oikos-Tau, Barcelona, 1996, y, del mismo autor, *Metamorfosis do espaço habitado*, Editora Hucitec, Sao Paulo, 1988. En ambos textos, así como en sus otros trabajos de orden teórico, Santos discute la búsqueda constante, y posibilidad actual, por parte de la teoría geográfica moderna –definida, en sus orígenes positivistas, como “ciencias de los lugares”– de alcanzar un estatus teórico propio. El objeto de análisis de la geografía, el “lugar”, aún posee una existencia autónoma, carece, por sí mismo, de autonomía de significado. En Santos para la geografía crítica, así como en Marx para la teoría social, las generalizaciones se tornan posibles, y al mismo tiempo necesarias, solamente sobre la base de la particularidad histórica. La pretensión científica de la geografía, disciplina que estudia las relaciones históricas así como se dan a través de su territorialización, implica el reconocimiento del “lugar” como forma creada y re-adaptada a partir de su funcionalidad en la totalidad del presente. Una perspectiva que confiere centralidad a la periodización, dependiendo de ésta la comprensión del cambio cualitativo del proceso de empirización conjunta del espacio y el tiempo. La mundialización –entendida como intensificación de un proceso plurisecular de internacionalización de la economía que ha desembocado en cambio cualitativo– constituye, para Santos, la condición necesaria para individualizar categorías analíticas y, como tales, universales, capaces de conferir al “lugar” el estatus de objeto teórico exactamente a partir de su determinación histórica.

²⁵ Enrique Semo, *Historia mexicana. Economía y lucha de clase*, cap. 2, “Acerca de la periodización”, Serie Popular Era, México, 1981.

²⁶ Milton Santos, *Espacio y método*.

²⁷ Bolívar Echeverría subraya la tensión permanente entre una modernidad aislada, en el discurso teórico, de sus concreciones históricas, una modernidad entendida como potencialidad abierta, permanentemente presente como exigencia, pero inconclusa en cuanto a su realización, y una modernidad realmente existente, serie de configuraciones históricas efectivas en las cuales lo moderno se ha presentado bajo formas sumamente variadas. La modernidad en abstracto es la modernidad como proyecto de transformación revolucionaria de lo humano, utopía concretizada en la revolución de las técnicas de gestión política, producción material y organización social. Un proyecto cuyo enjuiciamiento ha sido relativo a sus concreciones histórico-particulares y a la noción de progreso asociada a cada una de ellas; un proyecto contestado tanto relativamente a sus fines, cuanto a sus medios. Una modernidad concreta cuyas épocas han transitado por la dimensión política, desde finales del Medievo hasta las revoluciones burguesas del siglo XVIII, por la técnico-productiva de las sucesivas revoluciones industriales, y, sobre la base de una crítica de lo que ha sido la configuración capitalista de lo moderno, por la dimensión político-social del humanismo socialista, el proyecto de emancipación individual y colectiva. En cierto sentido, la degeneración de esta última fase se encuentra a fundamento de una época, la nuestra, donde la crisis de la modernidad no solo es crisis del capital, sino, a fin de cuenta, crisis de la cultura política de izquierda, crisis de utopía. Cfr. Bolívar Echeverría, “Modernidad y capitalismo (15 tesis)”, en *Las ilusiones de la modernidad*, UNAM/el equilibrista, 1995.

²⁸ Bolívar Echeverría, *Las ilusiones de la modernidad*, las citas reproducidas en éste párrafo son de éste autor.

²⁹ Karl Marx, Prólogo a la crítica de la economía política, 1859. En Karl Marx, *Introducción general a la crítica de la economía política/1857*, ediciones de Pasado y Presente, México, 1984.

³⁰ Redactados entre el 1844 y el 1857, los *Elementos fundamentales para una crítica de la economía política (Grundrisse)*, resultados de quince años de intenso estudio, si remontamos a su origen (1844) constituyen uno de los tres manuscritos sobre los cuales Marx construirá su obra magna, *El Capital*, siendo los otros dos, el redactado en 1861-63, parcialmente publicado por Kautsky bajo el título de *Teorías de la Plusvalía*, y el manuscrito de 1864-65, en el cual Engels fundamentó la redacción del tomo III de *El Capital*. La historia de la edición y recepción de los *Grundrisse* está estrechamente ligada al contexto histórico-político en el cual tuvo lugar, testigo ella misma del desafío que este texto representó como autorización, desde el mismo Marx, de una crítica al dogma marxista-leninista coadyuvado por Stalin. La primera publicación de los manuscritos del 1844-58, en el original alemán, tuvo lugar en Rusia (1939-41) y en la República Democrática Alemana (1953), en plena época estalinista. Circunstancia favorecida, según Eric Hobsbawm, por el hecho que Stalin consideraba a los manuscritos de menor importancia que los tres volúmenes de *El Capital*. Sin embargo, ni la edición original de Moscú, ni su edición berlinés de 1953 fueron publicadas como parte del *corpus* oficial de los escritos de Marx y Engels (MEGA). La publicación en Moscú, coincidente con la invasión nazi de la URSS, implicó que el manuscrito permaneciera desconocido en Occidente hasta la edición berlinesa del 1953, aunque raras copias lograron llegar a los Estados Unidos, una de las cuales, la de la New York Library, permitió a Román Rosdolsky, sobreviviente de Auschwitz, realizar su pionero comentario: *Génesis y estructura del Capital de Marx (estudios sobre los Grundrisse)*, Siglo XXI, México, 2004. Sin embargo, fue hasta los años sesenta que el manuscrito tuvo real impacto cuando, después de la crisis del 1956, en Hungría, creció el esfuerzo real de liberar al marxismo del dogma. Dado que no pertenecía al *corpus* canónico soviético y al mismo tiempo eran de autoría de Marx, los *Grundrisse*, juntos a los *Manuscritos del 1844*, podían legitimar la crítica tanto desde las filas mismas de los partidos comunistas, como afuera de ellos, donde, en los cincuenta, lograron temprano reconocimiento teórico en la Escuela de Frankfurt, alcanzando importancia política solo más tarde, con las movilizaciones estudiantiles de fines años sesenta. En los setenta, logrado el *estatus* de texto clave para la exégesis marxista, sus intérpretes se dividieron entre los que los consideraban un trabajo conceptualmente auto-suficiente, quien los veía como un simple trabajo de preparación para *El Capital* y quien, como Althusser, refutaba públicamente haberlos leído. En América Latina la primera edición fue la de Cuba del 1970-1, basada en la traducción de la edición francesa del 1968, la cual no logró ser conocida en el continente. Entre el 1971 y el 1976 la editorial Siglo XXI (con distribución en España, México y Argentina) publicó los *Grundrisse* en tres volúmenes bajo el título de *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*, traducción de la edición berlinesa del 1953, llegando a ser la edición más difundida en lengua española. Cfr. Eric Hobsbawm, Foreword, en *Karl Marx's Grundrisse, Foundation of the critique of political economy 150 years later*, Edited by Marcello Musto, Routledge, Oxon, 2008 y los artículos de Marcello Musto y Pedro Ribas y Rafael Pla León del mismo volumen.

³¹ Es la visión propia del marxismo-leninismo así como fue definido por Stalin en *Sobre el materialismo dialéctico y el materialismo histórico*, texto central para aislar las deformaciones estalinistas del marxismo, primariamente volcadas a legitimar el dirigismo del PCUS y, en particular, una política de acelerada industrialización que, a través de la racionalización de la producción y la disciplina del trabajo, buscó lograr los niveles de productividad de los países industriales avanzados. La ortodoxia marxista sirvió así para justificar el control y dirección de la sociedad por parte del Estado apelando a la superación de lo que era presentado como la contradicción interna fundamental entre fuerzas productivas, en constante crecimiento, y relaciones de producción rezagas respecto a aquellas. Obviamente un examen de la funcionalidad de la ortodoxia marxista-leninista a las políticas económico-sociales de la URSS necesitaría de un profundo análisis histórico. A tal fin recomendamos: Giuliano Procacci, *El Partido en la URSS, 1917-1945*, Editorial Laia, Barcelona, 1977, recopilación de las formas organizativas del PCUS, y Herbert Marcuse, *El Marxismo Soviético*, Alianza Editorial, Madrid, 1971, un examen crítico de la ideología comunista soviética.

³² Posición conservadora del dualismo de la cual, según Eric Hobsbawm, habría sido, aún sólo parcialmente, responsable el mismo Engels: “[...] Según la concepción materialista de la historia, el factor que en última instancia determina la historia es la producción y la reproducción de la vida real. Ni Marx ni yo hemos afirmado nunca más que esto. Si alguien lo tergiversa diciendo que el factor económico es el único determinante, convertirá aquella tesis en una frase vacua, abstracta, absurda. La situación económica es la base, pero los diversos factores de la superestructura que sobre ella se levanta [...] ejercen también su influencia sobre el curso de las luchas históricas y determinan,

predominantemente en muchos casos, su *forma*". Frederick Engels, "Carta a José Bloch", septiembre 1890, K. Marx & F. Engels, *Obras Escogidas, t. III*, Editorial Progreso, Moscú, 1974.

³³ Marx, *Grundrisse*, vol. I, p. 5 [7].

³⁴ Marx, *Grundrisse*, vol. II, p. 229 [593].

³⁵ Marx, *Grundrisse*, vol. I, p. 5 [7].

³⁶ Karl Marx, Eric J. Hobsbawn *Formaciones Económicas precapitalistas*, Editorial Crítica, Barcelona, 1979.

³⁷ K. Marx y F. Engels, *La ideología tedesca*, Editori Riuniti, Roma, 2000.

³⁸ Bolívar Echeverría, *El discurso crítico de Marx*.

³⁹ Marx, *Grundrisse* vol. I, p.28 [27].

⁴⁰ John Friedmann, "Where we stand: a decade of world city research", in Paul Knox and Peter J. Taylor *World cities in a world system*, Cambridge University Press, Cambridge, 1995. Para un examen exhaustivo de los principales exponentes de la hipótesis de la *ciudad global* ver, en la obra citada, los artículos de John Freedman, Paul Knox, Peter J. Taylor, y Saskia Sassen. Las tesis de esta última, junto con las de Manuel Castells, son las que han recibido mayor atención en el debate alrededor de las características actuales de las metrópolis financieras.

⁴¹ Fernand Braudel, *Civilización material, económica y capitalismo, siglos XV–XVIII*. Tomo III, "El tiempo del mundo", p. 9.

⁴² Fernand Braudel, *ibíd.* p. 11.

⁴³ Para una hermosa reconstrucción del rol jugado, en la idealización de la génesis y del carácter del Occidente moderno, por el mito, cambiante, de Roma "ciudad eterna", cfr. Gonzalo Bravo, *La caída del Imperio Romano y la génesis de Europa*, Editorial Complutense, Madrid, 2001.

⁴⁴ En Braudel, cada largo siglo, cada fase histórica de la modernidad capitalista, avanza por un camino de ascenso, crisis y descenso. La crisis se manifiesta por mecanismos exógenos: la apertura de nuevas rutas mercantiles, la consecuente de-estructuración de las mallas del mercado mundial y el advenimiento de la concentración de la ganancia comercial en beneficio de un nuevo polo.

⁴⁵ Todas las referencias históricas siguientes acerca de las ciudades dominantes braudelianas han sido extraídas del tercer volumen de su obra principal, *Civilización Material, economía y Capitalismo siglos XV–XVIII*. Tomo III, *El tiempo del mundo*. La división de la obra sigue al esquema tripartido –producción material, economía de mercado, capitalismo– a través del cual Braudel concibe la modernidad y que corresponde, como veremos con sus debidas diferencias conceptuales, a la tripartición marxista entre valor de uso, valor de cambio y valor valorizándose. Desde aquí la centralidad de esta obra millar de la historiografía moderna para nuestras reflexiones. La citación es de p. 82.

⁴⁶ Venecia se encuentra al centro de una red mercantil que, como reconstruye Henry Pirenne, se ha desarrollado, desde sus orígenes medievales, bajo la influencia del comercio de larga distancia, instrumento esencial de transformación económica, cuyo *grandeur*, el de sus mercaderes y las fortunas de aquellos, compele al historiador belga, como veremos, a signar el nacimiento de la modernidad capitalista tan temprano como en el siglo XII. El triunfo de Venecia sobre los otros centro mercantiles que, entre todos, Génova, le contienden, desde la reconquista latina del Mediterráneo, el dominio de los escalos del Levante, le permite trajar, hacia su propio movimiento, aquella Italia de ciudades, donde el precoz florecimiento urbano, producto de la afluencia de los tráficos desde el Este y Oeste, ha favorecido el surgimiento de una primigenia manufactura (con predominio de las herrerías de Milán, y del arte textil de Florencia). Venecia llegará a controlar el intercambio entre los bienes de lujos orientales, especias, algodón y seda, y las manufacturas europeas, no solo italianas, sino principalmente flamencas, cuando, a partir del siglo XIII, Flandes se convierte en la región textil de Europa. Brujas es el puerto hacia el cual converge el tráfico europeo septentrional, las lanas de Inglaterra y Escocia, re-exportadas hacia los centros textiles de Flandes, y los bienes primario convoyados por los alemanes de la Hansa, red de ciudades comerciales articulada por Lübeck, que se extiende de los extremos occidentales de Lisboa, hasta los orientales de Nóvgorod, permitiendo el intercambio entre el Báltico proveedor de materias primas, y las ciudades mercantil-manufactureras del Mar del Norte y el canal de la Mancha. La Hansa, como su contraparte mediterránea, sirve de intermediario entre Occidente y Oriente, este último, sin embargo, el de la periferia europea, incomparablemente inferior, en términos de riqueza y desarrollo, al Levante bizantino y musulmán. En Brujas, con los *Oosterlingen*, pero también en Londres, con su *Sthalhof*, el comercio es pasivo, ejercitado, es decir, en ventaja de mercaderes extranjeros; allí los venecianos se apropian del monopolio de la exportación de textiles hacia el Sur, así como de la importación de aquellos bienes de lujo mediterráneo que, juntos a las manufacturas flamencas, son intercambiados con los productos naturales de la Europa oriental. Cfr. Fernand Braudel obra citada cap. 2 y Henry Pirenne, *Historia económica y social de la Edad Media*, Fondo de Cultura económica, México, 1986.

⁴⁷ La zona portuaria, donde se concentran los almacenes para estibar las mercancías y los astilleros para la construcción de las *galere da mercato*. Cfr. Alberto Grohmann, *La città medievale*, Editori Laterza, Bari, 2005.

⁴⁸ El capital comercial se encuentra al origen de la conversión rentista de la burguesía, tanto de sus primeras fortunas territoriales urbanas, cuanto del manejo de las finanzas de las cortes soberanas, cuando el control del crédito se transforma en su principal ocupación. Solamente con la consolidación plena de la función financiera de la burguesía, el Estado tomará, lentamente, el camino del mercantilismo, extendiendo el proteccionismo de la ciudad-estado hasta los límites del territorio nacional e introduciendo un particularismo tanto, si no más, exclusivo de lo que fue, durante siglos, el de las ciudades. Aunque, los grandes armadores venecianos que trafican en la escala del Levante se convertirán, progresivamente, en acreedores, terminando también por adquirir la mayor parte de los terrenos de la ciudad, a diferencia que en otros centros mercantiles, el capital de préstamo es, en Venecia, fragmentado en asociaciones mercantil-financieras que tienden a practicar inversiones masivas de corto plazo, sin llegar nunca al gigantismo de las compañías de larga duración florentina o genovesa. Los banqueros de Venecia no advierten la necesidad de transferir sus actividades de préstamo al exterior, como harán, más adelante, los Fugger de Augsburgo y la Casa de San Giorgio genovesa con España, o los Medici de Florencia con Francia e Inglaterra. De hecho, las primeras innovaciones, en lo que concierne a la moneda y al crédito, son de Florencia y, sobre todo, de Génova.

⁴⁹ Fernand Braudel, *ibídem*, p. 116.

⁵⁰ No obstante el Portugal colonial logre establecer un espacio económico coherente, fundamentado en el monopolio de la pimienta, el marfil, los esclavos del África Negra y el azúcar canario, la misma extensión de la empresa, dada una línea de viaje que supera la castellana hacia las *Indias Occidentales*, favorecerá la pronta participación de italianos, hanseáticos, flamencos, los cuales, prontamente instalados en Lisboa, la condenan al estatus de mercado pasivo.

⁵¹ Es a cambio del crédito necesario para saldar sus cuentas con el Extremo Oriente, que Portugal encarga a los mercaderes alemanes, instalados en el puerto de la Escalda, la comercialización de sus importaciones, permitiéndole apropiarse de una gran parte de los beneficios. Con la decadencia de las minas alemanas y el encuentro portugués, en Sevilla, con la plata americana, Amberes entra en un breve periodo de restañó. Serán los Habsburgo de España, Carlo V, los llamados a restituirle centralidad. La política colonial española no podrá prescindir del mercado de dinero antuerpiense donde, bajo control de los Fugger, la plata americana será, a menudo, reaçuñada.

⁵² Para la siguientes referencias acerca de la historia del proceso de urbanización latinoamericana cfr. José Luis Romero, *Las ciudades y las ideas Siglo XXI*, Buenos Aires, 2011, y, del mismo autor, *La ciudad occidental, Siglo XXI*, Buenos Aires, 2007; Michael J. La Rosa, Germán R. Mejía, *An atlas and survey of Latin American history*, Armonk, New York, 2007; Jorge Enrique Hardoy, “Dos mil años de urbanización en América Latina”, en *La urbanización en América Latina*, dirigido por Jorge Enrique Hardoy y Carlos Tobar, Editorial del Instituto Torcuato Di Tella, Buenos Aires, 1969 y Frédéric Mauro, “Urban Preeminence and the Urban System in Colonial America”, en *Urbanization in the Americas from its beginnings to the Present*, Richard p. Shaedel, Jorge E. Hardoy, Nora Scott Kinzer (editors), Mouton Publishers, Chicago, 1978.

⁵³ En su totalidad, en el caso de Brasil y las Antillas, y en su caracteres preponderantes, en el caso de los imperios incaicos y aztecas. Cfr. José Luis Romero, *Las ciudades y las ideas*, p. 11.

⁵⁴ Jorge Enrique Hardoy, “Dos mil años de urbanización en América Latina”.

⁵⁵ Teotihuacán no fue solamente un centro ceremonial, sino un lugar de transformación de materias primas traídas de otras regiones y después comercializada por toda Mesoamérica, así como el sitio de una densa población agrícola. La concepción urbanística era aquella que perdurará hasta la llegada de los colonizadores, la axial, con un centro, la plaza regular flanqueada de construcciones enmarcando el acceso al centro religioso. Un trazado ignorado por las ciudades mayas, con niveles de densidad, como en el caso de las ciudades suramericanas del periodo clásico, sensiblemente inferior a las del centro de México y que, sin embargo, tuvieron, en ambos caso, iguales funciones administrativas, residenciales, productivas y mercantiles. Cfr. Enrique Hardoy, *ibídem*.

⁵⁶ En el caso de la ciudad lacustre, mitad ciudad, mitad chinampa, asistimos a la centralización del integrado sistema mercantil existente en el Valle de México, donde productos rurales y minerales entraban diariamente por las tres calzadas para ser consumidos y reelaborados como objeto de lujos, el poderío de la ciudad fundamentándose en la actividad comercial y en los tributos. La plaza de Cuzco, en la cima de un eficiente sistema de comunicaciones como fundamento de la extensión del Incanato, se erigía en el centro de los cuatros caminos que conducían a los cuatros puntos del imperio, sin que la ciudad conformara, sin embargo, algún esquema regular, encontrándose, al mismo tiempo, a la cabeza de

un sistema de dominio fundamentado en el control y la centralización administrativa. Cfr. Enrique Hardoy, *ibíd.*

⁵⁷ Imagen publicada en Manuel Sánchez de Carmona, *Traza y Plaza de la Ciudad de México en el siglo XVI*, Tilde editores, UAM, México, 1989.

⁵⁸ *Ibíd.*

⁵⁹ Imagen publicada en Víctor Mínguez e Inmaculada Rodríguez, *Las ciudades del Absolutismo*, Castelló de la Plana, Universitat Jaume I, 2006.

⁶⁰ La capitanía era una institución que, como la encomienda para el área hispánica, de origen romana y revivida en la edad media de Castilla, reflejaba el grado en el cual las formas feudales empuñaban las monarquías absolutas europeas, mismas que concibieron la conquista como una gigantesca empresa feudal, con el rey como señor absoluto de tierras y vidas y con los conquistadores como vasallos de primera categoría en la jerarquía feudal. Sergio Bagú, *Economía de la sociedad colonial: ensayo de historia comparada*, Grijalbo, México, 1992.

⁶¹ Imágenes publicada en Michael J. La Rosa, Germán R. Mejía, *An atlas and survey of Latin American history*.

⁶² Fernand Braudel, *ibíd.*, p. 124.

⁶³ Gracias a los *asientos* con España, Génova se apodera de la plata americana, revendiéndola a Venecia y Florencia, en relación mercantil con el Levante. Los mercaderes italianos compran la plata genovesa con letras de cambio sobre los mercaderes septentrionales, con los cuales entretienen una balanza comercial positiva. Por orden imperial, las letras de cambio pueden solamente pagarse en oro y Génova las realiza en Amberes, centro de financiamiento de España y de su ejército, donde el metal blanco americano se transforma en amarillo, garantizando a la ciudad italiana, gracias a la valorización del oro sobre la plata, el apoderamiento de una parte del despojo de las minas americanas. Este sistema de saqueo será substituido por la decisión española de asumir como intermediarios aquellos cuyos ataques de piratería y contrabando minaban la seguridad del sistema: los holandeses. Desde entonces Europa se inclina definitivamente hacia el Norte y el Atlántico, por mucho tiempo “proletario y peor remunerado”, abandonando el Sur y el Mediterráneo, “rico y adornado”. Con Ámsterdam, el Mediterráneo, y con éste la Europa meridional, queda definitivamente fuera de la historia grande. Si de alguna manera el dominio de Venecia, Génova y Amberes se entrecruzan, con el advenimiento de Ámsterdam, y el declive definitivo del mar interior, Europa no tendrá más que un solo centro. Fernand Braudel, *ibíd.*

⁶⁴ Fernand Braudel, *ibíd.*, p. 193.

⁶⁵ No obstante, el interior septentrional, así como el sur bahiano, permanecerán bajo control portugués, poniendo al Brasil holandés en un estado de asedio permanente. Terminada una guerra larvada de más de tres décadas, Brasil quedará en manos de Portugal, el cual a cambio reconocerá las conquistas holandesas en Asia. Braudel, *ibíd.*

⁶⁶ Una violencia ejercitada a través de la instalación de concesiones mercantiles, la así llamadas *factorías* o *lonjas*, que implicaban el uso de una brutal vigilancia por parte de la V.O.C. y sus guarniciones militares, la cual no excluyó la ocupación territorial a través de guerras coloniales, deportaciones y reducción de la población a esclavitud. Braudel, *ibíd.*

⁶⁷ Agustín Cueva, *El desarrollo del capitalismo en América Latina*, Siglo XXI, México, 1977. Hay que señalar que Cueva fue uno de los protagonistas de la crítica que se desarrolló en América Latina en la segunda mitad de los años setenta a la teoría de la dependencia, una crítica centrada en denunciar la sobre-estimación de los factores externos y el supuesto abandono del análisis de las clases sociales. Una posición, la de Cueva, criticada por Vania Bambirra, y a su vez matizada por el mismo autor, el cual pasó después a defender los logros teóricos de la vertiente marxista del paradigma. Cfr. Theotonio Dos Santos, *La teoría de la dependencia, Balances y perspectivas*, Plaza Janes, México, 2002 y Vania Bambirra, *Teoría de la dependencia, una anticrítica*, Serie Popular Era, México, 1983.

⁶⁸ Vania Bambirra, *El capitalismo dependiente latinoamericano*, Siglo XXI México, 1980, p. 12.

⁶⁹ La teoría de la dependencia surgió en América Latina en la década de los sesenta, centrándose en analizar las características socioeconómicas asumida por la región desde la crisis del capitalismo mundial del 1929, la consecuente re-orientación interna hacia el desarrollo industrial por sustitución de importaciones, y, sucesivamente a la consolidación del Fordismo bajo hegemonía estadounidense, la recuperación posbélica del movimiento de expansión del capital internacional a través de la re-orientación de la inversión extranjera directa del sector primario exportador hacia un sector manufacturero-industrial dependiente de la importación de capital fijo. La crisis del industrialismo dependiente y la paulatina instauración de regímenes de excepción para contener el avance del movimiento popular de la época y así implementar medidas regresivas capaces de re-establecer las condiciones de valorización del capital, conformó el contexto histórico coyuntural para oponerse a una visión del subdesarrollo como “ausencia” de desarrollo y considerar a ambos como resultados combinados de un único proceso. El paradigma

teórico de la dependencia se conformaba, de esta manera, como respuesta crítica a la teoría del desarrollo, a una interpretación, vale decir, evolucionista de la modernidad capitalista, cuya expresión más radical había sido, en el centro, el esquema etapista de Rostow y la paralela preocupación con un modelo de intervención volcado a eliminar supuestos límites internos al “despegue” de sociedades tachadas de tradicionalismo. En la periferia, surgió del cuestionamiento de las dos grandes vertientes en la interpretación del proceso latinoamericano de consolidación capitalista: el desarrollismo de la CEPAL –en el seno de la cual, con la llegada al Chile de la Unidad Popular y la intelectualidad de la izquierda radical latinoamericana, provino el cuestionamiento de sus propias concepciones– y la elaboración teórica de los partidos comunistas de la época. Si el primero, fundamento del nacionalismo populista, era expresión ideológica de los intereses de una burguesía nacional que había ponderado la posibilidad de un desarrollo capitalista autónomo con base en la alianza con las clases dominadas, el segundo de una interpretación dogmática y positivista del marxismo que lo llevaba a clamar la alianza de las clases explotadas, bajo hegemonía del proletariado, con el ala progresista de la primera al fin de instaurar una necesaria fase de transición burguesa hacia el socialismo. En ambos casos se sostenía la posibilidad de un desarrollo nacional autónomo y, con éste, de un proyecto nacional democrático, a alcanzarse a través de la plena consolidación de las relaciones sociales capitalistas. La teoría de la dependencia desarrolló su crítica centrándola en la subordinación de la burguesía nacional a una necesaria asociación con el capital extranjero, para así sostener la estrecha articulación entre todo proyecto político de liberación nacional y social y la lucha inmediata por el socialismo. No obstante el inicial marco común, el paradigma se bifurcó prontamente en una serie de corrientes, agrupadas, por Dos Santos en: estructuralistas (CEPAL), marxistas (Frank) marxistas ortodoxos (Cardoso y Faletto), neo-marxistas (Marini, Dos Santos y Bambirra). Si el análisis de las primeras dos corrientes sufrió de aquellas tendencias exogenistas justamente criticadas por autores como Cueva, el de los terceros de la endogenista, misma que impedía cualquier visión crítica de la especificidad del capitalismo entre países de mayor o menor desarrollo relativos y que terminaba por aceptar el papel positivo del desarrollo capitalista –una perspectiva de profundas consecuencias políticas, ejemplificada por el viraje al Neoliberalismo del Brasil de los años ochentas de Cardoso. Fue la vertiente marxista, o crítica radical, de autores como Marini a desarrollar un análisis teórico de la dependencia a partir de una recuperación del capital según Marx como unión, necesaria y contradictoria, entre circulación y producción. Posición que recobró la dimensión internacional inmanente al desarrollo del capitalismo histórico, tanto en calidad de proceso reiterado de acumulación originaria, así como de bloqueo permanente al desarrollo de las fuerzas productivas de los países dependientes, donde la inserción en la economía mundial tiene como condición y consecuencia formas regresivas de despojo interno fundamentadas en la superexplotación del trabajo y, con ésta, la reproducción endógena de un estado de subdesarrollo o crisis permanente, también funcional a la reproducción del capitalismo a escala global. Cfr. Dos Santos y Vania Bambirra, obras citadas.

⁷⁰ En Hispanoamérica, con la supresión de la encomienda de servicio por paulatino agotamiento de la población conquistada, el trabajador indígena fue transformado en súbdito del monarca y la esclavitud formalmente abolida. Sin embargo, puesto bajo directo control de los funcionarios reales y de la iglesia, con la institución de la encomienda de tributo, y la posterior obligación de entregarlo en forma monetaria, el trabajador pasó de una condición similar a la servidumbre a una esclavitud disfrazada de relación salarial. Es sobre la base del predominio de relaciones laborales esclavistas, de derecho en Brasil, y de hecho, en Nueva España –propias de las minas, los ingenios y las plantaciones– y al carácter mercantil del valor producido que Bagú niega, por un lado, la naturaleza feudal del régimen colonial y, por el otro, fundamenta en la esclavización europea del indio y el negro aquella fase de acumulación originaria propia del ciclo mercantilista, misma a la base del despliegue industrial del siglo XIX. Cfr. Sergio Bagú, obra citada.

⁷¹ Para mencionar algunos: seda, tabaco, cerámica y vidrio en México y Puebla, astilleros en La Habana, Panamá y Guayaquil, paños en Ecuador y Perú.

⁷² Los dos circuitos, el volcado hacia el exterior y el interno se sobreponen quedando sin embargo comercialmente extraños el uno al otro. Las flotas metropolitanas llegan primero al espacio caribeño, eje temprano de la ruta colonial, para después dividirse, desde Santo Domingo primero y La Habana después, en dos escuadrones, el primero para cubrir, desde Veracruz, el espacio septentrional, atravesar el Istmo, cargarse de plata mexicana y, alcanzada la costa occidental –centralizada, en el norte, por Acapulco, que mira hacia al extremo oriente, concentrando los tráficos con las Filipinas–, dirigirse hacia Panamá que, junto con el Callao, constituye uno de los dos términos del transporte de la plata por la costa pacífica para su posterior transborde hacia la atlántica y, en fin, hasta la metrópolis. El segundo escuadrón cubre el eje meridional, donde, desde Portobello y Cartagena, abastece el actual interior colombiano, para después, cubrir la costa occidental del Cono Sur, marcada por la jerarquía de puertos bajo mando de Lima: Guayaquil, Trujillo, Pisco, Arica, Valparaíso y así cargarse de plata boliviana y peruana. Por su lado, el

circuito interior, desde México, cubre toda América Central y, en el Cono Sur, se extiende desde Bogotá hasta el Quito del actual Ecuador y la Mérida venezolana, y desde las pampas argentinas hacia Tucumán y Córdoba, hasta terminar en los centros mineros del interior boliviano y peruano.

⁷³ Imagen publicada en Michael J. La Rosa, Germán R. Mejía, *An atlas and survey of Latin American history*.

⁷⁴ El declive advendrá por debilidades intrínsecas a la estructura monopólica: la competencia entre Compañías de Indias rivales, entre todas la *East India Company*; la aperturas de canales directos entre las zonas productoras y las consumidoras, en particular la de China al intercambio con Inglaterra; la aparición, gracias a la explotación americana, de productos análogos a los del Extremo Oriente, y el costo creciente de una política mercantil de coerción y guerra colonial. Porque el capital comercial ya no puede mantener niveles de ganancias satisfactorios, Ámsterdam termina repitiendo la experiencia de sus predecesoras: abandona la vida mercantil activa por la especulación rentista. Se realiza así la separación entre la forma mercantil y la financiera, con la transformación de esta última en funciones bancarias e inversiones en el extranjero y la consolidación del mercado de los empréstitos, entre todos los ingleses, a través del mecanismo de los fondos de inversión, firmas privadas lanzadoras de títulos de deuda. El desequilibrio entre la capitalización de dinero artificial y las posibilidades reales de la economía europea desembocará finalmente en una crisis de crédito que llevará al declive de Ámsterdam y al definitivo ascenso de Londres. Cfr. Fernand Braudel, *ibíd.* Un esquema, el de la correspondencia entre el otoño financiero de una ciudad dominante, y la primavera productiva de otra –la cual atrae, a través de mecanismos especulativos, los excedentes de la primera– que fundamenta, tanto para Braudel, como veremos para Arrighi, la periodización de la entera evolución de la modernidad capitalista.

⁷⁵ Fernand Braudel *ibíd.*, p. 305.

⁷⁶ Para Braudel el mercado nacional corresponde a la articulación de espacios económicos de dimensiones inferiores en la coherencia de una economía de mercado, equivalente, en extensión, al Estado territorial.

⁷⁷ La Revolución Industrial inglesa, que, comenzando en el siglo XVI, progresando por etapas, se asienta a partir de la segunda mitad del siglo XVIII y culmina a mitad del XIX, es, como insiste Braudel, un fenómeno irreducible al simple proceso económico, poniendo en juego tanto la estructura económica, como la política y la ideológico-cultural. Sin embargo, sus reflexiones se limitan a la primera esfera, prefiriendo el término “modernización” por la totalidad del conjunto y de “industrialización” por la primacía lograda por el sector secundario.

⁷⁸ Como argumenta Braudel, concebida como crecimiento de conjunto, la *Revolución Industrial*, en su acepción más general y abstracta, consiste de la formación del mercado nacional. Implícita es una concepción del “desarrollo” como equilibrio intersectorial, donde por el mismo se entiende la articulación de las esferas productivas y la consecuente presencia de una demanda interna como condición primaria de acumulación. Viceversa, el desequilibrio evidencia la presencia de un avance sectorial el mismo dependiente de estímulos ejercitados por el mercado exterior. En el primer caso, los determinantes del crecimiento son endógenos y volcados hacia la continuidad, en el segundo, exógenos y volcados hacia el estancamiento si el sector de avanzada se muestra incapaz de estimular una respuesta interna multisectorial. Según Braudel, implicando la transformación de relaciones estructurales complejas, la continuidad del desarrollo es un proceso de acumulación de factores necesariamente inscrito en la larga duración. Esta lectura de la Revolución Industrial como evolución lenta y discontinua hasta la definitiva consolidación del siglo XIX permite a Braudel sostener la coparticipación, en el largo proceso de conformación del mercado interior, de mecanismos externos pertenecientes a un tiempo histórico relativamente corto, entre todos la presencia de un centro que, imponiendo su preeminencia, permite al espacio nacional quedar doblemente afectado por fuerzas endógenas y exógenas. Fernand Braudel, *ibíd.*

⁷⁹ Sin embargo, el esfuerzo de Braudel en mostrar los lazos “estrechos y recíprocos” entre la Revolución Industrial y el dominio de ultramar queda, a nuestro parecer, inconcluso. Limitándose a considerar la apertura forzada del mercado lejano a las manufacturas inglesas y la ganancia comercial obtenida bajo el signo del intercambio desigual, como recursos necesarios, respetivamente, a la realización del producto y a la obtención de nuevo capital de inversión, Braudel no considera como los mismos favorecieron la formación de aquella circulación interior de la cual dependió la continuidad del desarrollo. La búsqueda de causales en el mercado exterior necesitaría examinar la relación existente entre el mismo y la conformación de relaciones internas de producción, la relación, es decir, entre mecanismos exógenos y endógenos de extracción de excedente. Sin embargo, su propia concepción del capital como superestructura mercantil impide a Braudel este tipo de análisis. Las citas son de Fernand Braudel, *ibíd.*, p. 456 y p. 458.

⁸⁰ Es la época de la producción lanera y de ganado en Argentina, del guano en Perú y del salitre disputado con Chile, del café que cambió la fisonomía de Brasil asentando el auge del estado de São Paulo y del azúcar de Cuba. Una economía de exportación amenazada, sobre todo en las plantaciones y minas, por la

escasez de mano de obra esclavista, lo que impulsó la reorganización de la explotación sobre la base del trabajo libre y, con ésta, aquella irrupción de la plebe rural en los procesos de guerra civil entre liberales y conservadores a origen de la noción de *pueblo*, mismo que buscará, más tarde, su expresión política. Cfr. José Luis Romero, *Las ciudades y las ideas*.

⁸¹ Convertido en el primer país industrial de Europa ya en el siglo XVII, Inglaterra se encuentra todavía subsumida a los circuitos mercantiles bajo control de Amberes primero, de Ámsterdam después. Las primeras medidas proteccionistas consistirán en la expulsión de los mercaderes italianos, la clausura del *Stalhof* hanseático y la fundación de la Royal Exchange y las Stock Companies. Fernand Braudel, *ibíd.*

⁸² Fernand Braudel, *ibíd.*, p. 240.

⁸³ Fernand Braudel, *ibíd.*, p. 8.

⁸⁴ Saskia Sassen es relativamente ambigua respecto a si las ciudades globales actuales representan la mera continuación de un viejo patrón histórico: no desarrolla la cuestión y parece identificar automáticamente el incremento cuantitativo de la concentración con la especificidad histórica, limitándose a mencionar cómo, desde sus inicios, las actividades financieras hayan sido caracterizadas por altos niveles de concentración generalmente operantes en el contexto de imperios territoriales y/o económicos.

⁸⁵ Giovanni Arrighi, *Il lungo XX secolo*, Il Saggiatore, Milano, 2003, “Introduzione”, p. 17. Traducción mía del italiano. Nuestra atención a esta obra deriva de la centralidad en ella ocupada por el rol del capital financiero y las ciudades en la consolidación del capitalismo histórico, lo cual la hace más relevante para nuestros fines que las perspectivas de otros teórico del sistema-mundo, Wallerstein incluido.

⁸⁶ El esfuerzo de Arrighi es mostrarnos cómo los cambios de régimen de acumulación, tendieron a darse a través de procesos sucesivos de acumulación originaria. Simplificando enormemente un recorrido de 700 años en un texto de 500 páginas, el capitalismo inicia, para Arrighi, en el siglo XV, con la crisis comercial de las ciudades-estados italianas, cuando la oligarquía genovesa transfiere su capital de la actividad mercantil a la bancaria, transformándose en los prestamistas de los Habsburgo. Primer largo siglo que termina a inicios del XVII, cuando las ganancias financieras ceden primacía a las comerciales gracias a la expansión de las rutas de larga distancia dominadas por los navegantes holandeses. Con la consolidación del mercantilismo, Ámsterdam gana el centro del mundo. A mitad del siglo XVIII, la oligarquía comercial holandesa opta, ella misma, por la actividad crediticia, llegando a conformar la clase prestamista de la entera Europa y permitiendo así el surgimiento del capitalismo industrial y, con éste, el dominio de Londres. La tendencia queda confirmada a finales del siglo XIX—inicios del XX, cuando la sobreabundancia de capital consecuente a la industrialización británica, es transferida a ultramar transitando así a la segunda revolución productiva, la fordista, hasta llegar, en los setentas del siglo pasado, a la segunda fase de dominio estadounidense, la actual, donde, con el predominio de New York, asistimos, nuevamente, a la supremacía del capital financiero.

⁸⁷ Giovanni Arrighi, *ibíd.*, p. 26, traducción mía del italiano.

⁸⁸ La vertiente socio-política del enfoque de la regulación ha reorientado lo que fue en su origen una teoría económica del modo de reproducción capitalista hacia una teoría marxista del Estado. En sus orígenes, la perspectiva de la regulación representó el intento de combinar las leyes de desarrollo del capital con lo concreto del devenir histórico del capitalismo. Según la perspectiva, centrada en la Europa occidental de los últimos 150 años, el capitalismo habría consistido de una sucesión de *modos de desarrollo* definidos por arreglos institucionales capaces de modificar las tendencias del proceso de valorización. El cambio atañe aquí a la combinación histórico-concreta entre *modo de regulación* y *régimen de acumulación*, donde el segundo concierne a la esfera de la producción, es decir, la relación capital-trabajo en tanto que modo de extracción de excedente, y el primero la de circulación, la relación capital-trabajo en tanto que modo de distribución del excedente. La estructura institucional actúa principalmente sobre la relación salarial y consiste, esencialmente, en los mecanismos de control social determinantes de las normas de vida, es decir, del uso y reproducción del trabajo, los cuales, traducidos en valor del trabajo necesario, reglamentan el ritmo y alcance del proceso de acumulación. Para una reconstrucción crítica de la corriente económica de la regulación, cfr. Robert Brenner y Mark Glick, *The regulation Approach, Theory and History*, New Left Review I/188, July-August 1991, London.

⁸⁹ Marx, *Il Capitale*, Editori Riuniti, Roma 1994, p. 67, traducción mía del italiano.

⁹⁰ En los *Grundrisse* Marx introduce la ley del valor en el “Dinero como relación social”, pp. 84–93, vol. I. La parte dedicada por Marx al dinero, la más abstracta del manuscrito, pertenece al primer volumen, cubriendo todo el cuaderno I y las siete primeras páginas del cuaderno II (de [35] hasta [148], es decir de p.37 a p. 174, de la edición de Siglo XXI).

⁹¹ Marx, *Il Capitale*, vol. I, p.89.

⁹² Marx, *Grundrisse*, p. 84 [74]. Cursivo de Marx.

⁹³ Es importante subrayar la diferencia, a veces ambigua en Marx, entre valor y valor de cambio. El valor se refiere al nexo social, al mecanismo de coherencia propio de toda sociedad de mercado. La “forma” es, de hecho, aristotélicamente utilizada por Marx para enraizar la aparente idealidad de categorías abstractas en la materialidad de la realidad histórico-social. El valor de cambio se refiere al carácter del valor de uso en relación con otro, vale decir, el valor de cambio no se refiere a la forma, sino a la medida de intercambiabilidad del valor de uso particular.

⁹⁴ Marx, *ibíd.*

⁹⁵ Marx, *Il Capitale*, volumen I, p. 135, traducción mía del italiano.

⁹⁶ “Hoy en día debe quedar completamente claro que mientras se conserve la base del valor de cambio esos proyectos no pasarán de chapucerías y que la ilusión que el dinero metálico falsea el intercambio deriva de un desconocimiento total en lo que se refiere a la naturaleza del dinero. Igualmente claro es, por otra parte, que a medida que estas pugnan más violentamente por mudar de envoltura, la polémica se centra en el dinero metálico o en el dinero en general, ya que, de los fenómenos en que se manifiesta tangiblemente el sistema, es el dinero el más palpable, contradictorio y crítico”. Marx, *Grundrisse*, vol. I p.178 [152]. La polémica de Marx con Proudhon es importante para el eventual desarrollo de una crítica a aquella escuela de pensamiento, inspirada por Françoise Chesnais, según la cual la respuesta a las contradicciones propias del capitalismo financiero descansarían en soluciones de tipo Keynesiano, en la institucionalización de una moneda supra-nacional, supuestamente capaz de ser expresión directa de las relaciones sociales de producción. Desarrollar esta hipótesis requeriría de un estudio para el cual no tenemos ni el tiempo, ni la suficiente preparación económica. Solo queremos subrayar la relevancia teórica de la polémica desarrollada por Marx contra Proudhon en los *Grundrisse*, posible fundamento de una crítica a perspectivas que ven en reformas de carácter monetario, y en transformaciones en el mero ámbito de la circulación, la solución a contradicciones que, como diría Marx, descansan sobre las relaciones sociales de producción.

⁹⁷ Marx, *Grundrisse*, vol. I, p. 72 [65], cursivo de Marx.

⁹⁸ Román Rosdolsky, *ibíd.*, p. 150

⁹⁹ Marx, *Il Capitale*, vol. I, p. 140, traducción mía del italiano.

¹⁰⁰ Como veremos, inflación en caso del dominio del capital productivo y recesión en caso de preponderancia de la forma financiera.

¹⁰¹ Podríamos decir que la contradicción entre progreso y enajenación se manifiesta, en la modernidad capitalista, como contradicción mercancía-dinero en el mercantilismo, trabajo-capital en la industrial y, como veremos, sociedad-capital, en el dominio actual de la forma financiera de capital.

¹⁰² Lucio Oliver Costilla, *Estado capitalista, movimientos sociales y proyectos políticos: consideraciones teóricas*, mimeo.

¹⁰³ Para Weber, lo que en definitiva es *la ciudad*, el paradigma, lo expresa la ciudad en su periodo de máxima independencia, en tanto que concentración de derechos políticos y económicos propios: la autonomía municipal del bajo Medioevo europeo, la asociación con personalidad jurídica que ha sustituido formas preexistentes de identidad social. La ciudad es, en Weber, la condición de existencia del sujeto de derecho, concentración de privilegios que, usurpando otros principios territoriales de organización social, ha permitido la constitución del individuo y, con éste, de un nuevo estamento, la burguesía. El desarrollo urbano del bajo Medioevo es factor determinante para el íncipit de la modernidad, siendo la ciudad, principio de sociabilidad, condición necesaria para el proceso moderno de individualización. El individuo, en Weber, nace sí como burgués, pero en el sentido originario de habitante del burgo, donde la ciudad no es el resultado, sino la condición político-cultural garante de la afirmación socio-económica de la burguesía. Cfr. Max Weber, *La ciudad*, Las Ediciones de La Piqueta, Madrid, 1987.

¹⁰⁴ La cuestión acerca de la esfera de pertenencia de la relación social de capital, se articula, como veremos con la polémica entre Braudel y Marx, no solamente a la cuestión del origen de la modernidad capitalista y a la periodización del capitalismo histórico, sino a la controversia entre factores endógenos y exógenos de cambio, misma central para identificar los presupuestos teóricos para una lectura marxista de la relación centro-periferia.

¹⁰⁵ Según Henry Pirenne, aun después de las invasiones germánicas del siglo V, persistió, alrededor del *mare nostrum* y bajo el dominio de la vieja Bizancio –desde el 330 Constantinopla– un movimiento comercial que perpetuó la unidad mediterránea. Constantinopla es ante todo una ciudad marítima y las rutas comerciales, así como todas las demás fuerzas civilizatorias, convergen hacia ella y dependen de ella: es la orientalización de un Occidente que ha recibido, desde siempre, la civilización desde el Este, y que, por eso, vive del Mediterráneo. Las grandes ciudades orientales, Damasco, Antioquia, Alejandría, comunican con las occidentales, Marsella, Nápoles, Barcelona, mientras el comercio interior, ámbito de mercaderes locales, se concentra en los centros de distribución y de recaudación tributaria. A partir del

siglo VII, el poder central del Estado cede lugar a la fragmentación entre dominios territoriales autárquicos y de una aristocracia dominada a través del poder financiero estatal se pasa a una aristocracia a la cual el rey tiene que entregar trozos de su patrimonio territorial al fin de asegurar su protección militar. Es el Feudalismo: el eje de gravitación europeo pasa del Sur mediterráneo al Norte territorial, de la economía de mercado a la economía natural, y el mando organizativo de la sociedad, de la ciudad al campo. No hay Carlomagno, sin Mahoma: la debacle se debe, según Pirenne, a la expansión sarracena en la cuenca mediterránea. El Mediterráneo, ahora lago musulmán, se ha transformado de vínculo a barrera entre Occidente y Oriente, provocando el quiebre de la antigua unidad económico-cultural entre Europa Occidental y Oriental, cuyo últimos baluartes serán aquellas plazas que, aún haciéndose progresivamente autónomas, se mantendrán bajo la órbita bizantina, sin requerir, por eso, comerciar con los puertos musulmanes. El Mediterráneo cristiano queda así dividido en dos cuencas rodeadas por el Islam, una, la extrema Occidental, con puertos y ciudades abandonadas, otra, la de sus límites sur-orientales, preservando sus antiguas bases urbanas gracias al mantenimiento del comercio con Oriente y con el Norte. En la primera será decadencia y estancamiento, la segunda constituirá, para Pirenne, la base de la regeneración mercantil occidental del siglo XI. Cfr. Henry Pirenne, *Mahoma y Carlomagno*, Alianza Editorial, Madrid, 1979.

¹⁰⁶ Henry Pirenne, obra citada y, del mismo autor, *Le città del Medioevo*, Editori Laterza, Roma-Bari, 2007.

¹⁰⁷ En la Europa meridional, Nápoles, Amalfi, Bari, Taranto y Gaeta, y en la continental, a partir de los centros normandos, precursores de las ciudades mercantiles de la Liga Hanseática, gracias a los cuales la ruta que articulaba Bizancio y Bagdad con Kiev y Nóvgorod llegaba hasta el Mar Báltico y, desde allí, hasta la costa atlántica.

¹⁰⁸ Fernand Braudel, *ibíd.* cap. 2. Braudel, de hecho, sigue a Pirenne en detallar la configuración del espacio económico europeo anterior al siglo XV.

¹⁰⁹ Como en Pirenne, así en Braudel la articulación entre las dos regiones se dará ya a partir del siglo XIII, gracias a la génesis de una zona de encuentro que, sin embargo, no corresponderá, inicialmente, a ninguna ciudad ordinaria, sino a la centralización “errante” de las ferias, entre todas las francesas, donde la concentración de intercambio pasa de una ciudad a otra formando una especie de mercado continuo gracias al cual el intercambio de mercancías tiende a favorecer a ambos polos.

¹¹⁰ Maurice Dobb, *Estudios sobre el desarrollo del capitalismo*, Siglo XXI, México, 2005 y el debate recopilado en P.M Sweezy, M. Dobb, K. Takahashi, etc. en *La transición del feudalismo al capitalismo*, Ediciones Prisma, México, 1983.

¹¹¹ La acumulación primitiva implica una política interna de desarrollo y una política exterior de dominio. La primera se caracterizó por la creación de una fuerza trabajo libre, vía la separación violenta entre productores y medios de producción; la creación de un sistema nacional de circulación (homogenización fiscal y comercial), consecuente a la centralización del poder y al debilitamiento de las autoridades locales; y el aumento de la productividad nacional frente a los demás países, vía la implementación del proteccionismo industrial y de tratados económicos favorables. La segunda implicó aquella ola de expansión europea y conquistas territoriales que llevó a la primera división internacional del trabajo social, con la inserción de América Latina en el mercado mundial esencialmente en el rol de facilitadora de materias primas. Cfr. Maurice Dobb, obra citada.

¹¹² Perry Anderson, *El Estado absolutista*, Siglo XXI, Madrid, 1979.

¹¹³ José Luis Romero “*La revolución en el mundo feudal*”, Siglo XXI, México, 1989 y “*Crisis y orden en el mundo feudoburgués*”, Siglo XXI, Argentina, 2003. Cfr. también el “Estudio Preliminar” de Carlos Astarita a la segunda obra.

¹¹⁴ Braudel subraya cómo la diferencia cualitativa entre economía urbana y economía territorial sea otra tanta cosa que intuitiva, teniendo que buscarse no en la extensión, sino en la profundidad de la organización estructural propia de los dos sistemas. La inmediata percepción del territorio como “superficie” y de la ciudad como “punto” olvida considerar cómo, tanto en un caso como en el otro, la conformación de un espacio económico de coherencia haya históricamente implicado la captación y subsunción de una zona exterior que, no solamente en el caso del Estado territorial, sino también, en el de las ciudades-Estado, ambos dominaron, y de la cual ambos fueron reforzados en su posición de poder. Tampoco la diferencia quepa en los instrumentos de dominación: ciudad y Estado han apelado a la constricción directa del colonialismo y a la indirecta del crédito, ambos han tenido ejércitos y flotas, en ambos han surgido bancos centrales y bolsas. La diferencia concierne al espacio de extracción de excedente propio de cada sistema. Las ciudades Estado se insertaron en el extremo del circuito mercantil para apropiarse, a través del comercio exterior, de los bienes esenciales tanto para su subsistencia, cuanto para el lujo, permaneciendo así indiferentes a quien y cómo los producían. El Estado, al contrario, dependiendo, en su lenta construcción político-territorial, de la apropiación del excedente producido en su

propio territorio, direccionó todos sus esfuerzos a construir aquella economía de mercado de la cual dependen sus rentas, quedando alejado, inicialmente, de aquel mercado exterior que Braudel asocia con el capital y cuyo éxito figuraron, por largo tiempo, en el activo de las grandes ciudades.

¹¹⁵ Giovanni Arrighi, obra citada, p. 21.

¹¹⁶ Concebida como modelo recurrente del capitalismo en tanto que sistema-mundial, la fórmula general del capital divide la *larga duración* en épocas de alternancia entre una fase (D-M) de expansión material, donde el capital monetario moviliza una masa creciente de mercancías, fuerza trabajo incluida, y una fase de expansión financiera donde el valor abstracto abandona la forma mercancía y la acumulación procede por medio de puras transacciones financieras (D-D'). Juntas, las dos fases forman un ciclo sistémico de acumulación, y, abarcan, como unidad temporal, un largo siglo. Cfr. Giovanni Arrighi, obra citada, p. 23.

¹¹⁷ A cada cambio de ciclo sistémico de acumulación corresponde un cambio hegemónico. El mecanismo descrito es aquél en el cual, al fin de entrar en su primera fase de expansión, la material, el nuevo centro de regulación enajena su deuda pública al viejo centro dominante entrado en fase de decadencia, la financiera, concentrando así los recursos necesarios para asegurar la expansión del nuevo modo de acumulación y, con ésta, su posición como nuevo poder hegemónico. El movimiento consiste de la transferencia de los flujos de valor de los centros en declive a los emergentes, instrumento a través del cual los primeros buscan asegurarse una parte del excedente que se acumula en los segundos hasta terminar absorbidos por la fuerza expansiva del nuevo polo de acumulación. Así fue el caso por la expansión comercial del capital holandés gracias a la atracción del capital veneciano, de la industria británica gracias a los préstamos holandeses y de la financiero-industrial estadounidense gracias a los ingleses. Este modelo de recurrencia enfoca el “apoyo” acordado por los espacios en decadencia a la consolidación de sus sucesores. En el caso de la actual expansión financiera asistiríamos, al contrario, a un aumento de los flujos de capital dinero hacia el centro financiero, los Estados Unidos, fenómeno que, por un lado, no nos permitiría entrever un cambio de liderazgo en los procesos sistémicos de acumulación, y, por el otro, parecería implicar, en la perspectiva de Arrighi, la posibilidad que la reproducción del sistema-mundo capitalista haya llegado a sus límites.

¹¹⁸ Giovanni Arrighi, *ibid*, p. 26.

¹¹⁹ Marx, *Grundrisse*, vol. I, p. 70 [64].

¹²⁰ Marx, *Grundrisse*, vol. I, p. 189 [162].

¹²¹ Marx, *Grundrisse*, vol. I, p. 169 [144].

¹²² Marx, *Il Capitale*, vol. I, edición Editori Riuniti, 1994, p. 164, traducción mía del italiano.

¹²³ Marx, *Grundrisse*, vol. I, p. 152 [130].

¹²⁴ Marx, *Grundrisse*, vol. I, 169 [144].

¹²⁵ Ambas citaciones de Marx, *Grundrisse*, vol. I, p. 178 [152].

¹²⁶ Marx, *Grundrisse*, vol. I, p. 169 [144].

¹²⁷ Marx, *Grundrisse*, vol. I, p. 274 [238].

¹²⁸ Corriente historiográfica que, entre el 1930 y el 1989, funcionó, alrededor de la homónima revista. Los *Annales* tuvieron en Henri Pirenne, pionero de los estudios histórico-económicos, su principal inspirador intelectual, en Marc Bloch y Lucien Febvre el grupo dirigente fundador y en Fernand Braudel, después de la segunda Guerra Mundial, el factor del ascenso de la perspectiva de minoría de avanzada, crítica y contra-establishment, a paradigma historiográfico progresivamente institucionalizado. La primera etapa (1929-39) se caracterizó por la postura polémica y minoritaria de quienes avanzaban una revolución historiográfica, la sustitución, es decir, de la perspectiva positivista y empiristas de la entonces dominante historia-relato, ingenua colección de hechos muertos, donde el pasado quedaba claramente demarcado del presente, y, con éste, la historia de las otras ciencias sociales, por una historia global, construida desde el punto de vista de la totalidad y una historia problema, crítica de la relación entre el historiador y su objeto. Un proyecto, el del progresivo afirmarse de la *historia social*, que toma definitivo aliento en los segundos *Annales* (1956-69), gracias a los principales aportes teóricos de Braudel: los tiempos históricos diferenciados, cuyo corolario es la tesis de la *larga duración*, la economía-mundo como unidad de análisis y los tres niveles de concreción de la modernidad, civilización material, economía de mercado y capital. Paradigmas que, si no nos permiten tachar estos *Annales* “críticos” de marxistas, forman, sin embargo, un conjunto de afinidades con la obra de Marx, entendida ella misma como proyecto de análisis razonada del devenir histórico. Preocupaciones todas abandonadas en los terceros *Annales* (1969-89), fase en la cual la escuela abandona su vertiente crítica en nombre del rechazo de cualquiera ortodoxia ideológica, el mismo producto del declive post-68 del marxismo europeo. El legado de las primeras dos épocas ha sido, sin embargo, recuperado por el *Fernand Braudel Center* y la hipótesis del sistema-mundo de Immanuel Wallerstein, el cual, en el intento de revitalizar, desde Marx, a la tradición *annalista*, ha dado vida a unos posibles “cuartos *Annales*”, ahora fuera del núcleo de la revista. Cfr. Carlos Antonio Aguirre Rojas, *Los Annales y la historiografía francesa*, Ediciones Quinto Sol, México, 1996. Aguirre

reconstruye, desde la misma perspectiva braudeliana de la larga duración, y, con ésta, de las fronteras culturales desde siempre divisoria del espacio europeo, la estrecha relación entre las vicisitudes del movimiento annalista y las del marxismo occidental, considerados ambos por el autor como dos teorías de la historia. Desde los tiempos de la Primera Internacional hasta el entreguerras, el arraigo del marxismo teórico más sofisticado en los países europeos de habla germánica, zona de capitalismo avanzado, así como su débil presencia en los mediterráneos, de estructura prevalentemente agraria (no obstante notables excepciones, entre todas la de Gramsci), tiene su paralelo en el mapa, espacialmente invertido, de primera difusión de la corriente annalista, ella misma un acercamiento analítico a la historia alternativa al marxismo. Es solamente después de la segunda guerra mundial, con el despliegue del marxismo meridional, menos teórico y más socialmente difuso del septentrional, que toma cuerpo una articulación más estrecha entre la vertiente *annalista* y el marxismo, ejemplificada en la obra de Braudel. La dualidad europea, reproduciéndose más allá del océano, y dando origen a dos grandes Américas, una de matriz Nord-europea, la otra mediterráneo-latina, habría hecho de América Latina la zona, fuera del occidente-meridional, más fuertemente receptora de la tradición annalista. Entre otros historiadores y científicos sociales que promovieron y adaptaron al contexto latinoamericano la perspectiva annalista, mencionamos aquí José Luis Romero para Argentina y, desde una óptica marcada por la difusión del marxismo de los años setentas y por el florecer de la teoría de la dependencia, Milton Santos, para Brasil. Autores ambos a los cuales prestaremos amplia atención por el hecho de haber centrado su producción intelectual al estudio de la ciudad en general y del espacio urbano latinoamericano en específico.

¹²⁹ Para el análisis a seguir de la relación entre Braudel y Marx nos hemos fundamentados en el ensayo de Bolívar Echeverría “Braudel y Marx, o la comprensión y la crítica”, en *Las ilusiones de la modernidad*, UNAM/El equilibrista, 1997, México. La citación es de p. 113.

¹³⁰ Como veremos en el capítulo sucesivo, de lo que se trata es vincular el espacio urbano con las dinámicas de reproducción y crisis del proceso de acumulación capitalista, para así considerar el primero como mediación esencial al capital.

¹³¹ No hace falta recordar que el análisis del desequilibrio de partes entre sí articuladas asume primacía teórica, con la tesis del *desarrollo desigual y combinado*, solamente una vez que las leyes abstractas del capital incluyen la dimensión espacial, quedando proyectadas en el análisis del espacio histórico del capitalismo, es decir, con la teoría del imperialismo, desde el centro, y con la de la dependencia desde la periferia.

¹³² Bolívar Echeverría, *ibíd.*, p. 114.

¹³³ Según Echeverría, de lo que se trata es, a fin de cuentas, de una diferencia de sensibilidades hermenéuticas: Braudel, casi benjaminiano, ve en el presente la negación de un pasado irrealizado, que, aunque oprimido y relegado, reaparece, como testigo crítico, a través de las capas históricas que descansan sobre él; Marx, ve en el presente la afirmación contradictoria del pasado, la cual, en su carácter indeterminado de antagonismo, muestra, al mismo tiempo, las condiciones de posibilidad del futuro. En Marx el tiempo del devenir profundo se muestra como explosión de la contradicción entre los tres niveles históricos de la modernidad capitalista, donde el tiempo progresa hacia la libertad; en Braudel la temporalidad lenta se manifiesta en la naturaleza trans-histórica de su repetición. Siguiendo la concisa, y hermosa, lucidez de Bolívar Echeverría: Braudel mira irónicamente el despliegue de la historia, Marx se siente parte del drama.

¹³⁴ Giovanni Arrighi, obra citada, p. 47. Es el nivel de la regulación financiera, el cual, argumenta Arrighi, afinca sus raíces en el de la producción de plusvalor y que solamente en relación a este último puede resultar comprensible. Subrayando cómo el análisis del capital centrado en uno u otro nivel de opacidad constituya dos proyectos complementarios, Arrighi admite la parcialidad de su reconstrucción del capitalismo histórico. El viaje a través de la esfera superior del contra-mercado, sirve, como enfatiza el mismo autor, y aquí la importancia del libro, a generar los interrogantes a través de los cuales poder adentrarse en el nivel inferior.

¹³⁵ No entraremos aquí en los detalles del debate cerca de la naturaleza y contradicciones del Fordismo, término forjado por Antonio Gramsci y hecho célebre por la teoría de la regulación. Nos limitaremos a la concepción desarrollada por esta última corriente, según la cual el Fordismo correspondió a un nuevo modo de desarrollo capitalista caracterizado por la articulación entre un régimen de acumulación intensivo y un modo de regulación monopólico. El primero consistió en el aumento sin precedentes en la composición orgánica del capital, así como de innovaciones en la organización científica del proceso de trabajo (Taylorismo) funcionales a la introducción de innovaciones tecnológicas; medidas ambas que, inicialmente introducidas en el sector I, aumentaron enormemente la productividad del trabajo. La condición de viabilidad del nuevo régimen de acumulación dependió de importantes cambios institucionales volcados a generar, del lado de la oferta, un grado de centralización del capital capaz de mover las relaciones inter-capitalistas de la estructura competitiva a la monopólica. El aumento

cualitativo en la concentración de capital fijo, garantizado por la asociación financiera entre capital industrial y bancario, junto a mecanismos extraeconómicos proteccionistas, aseguraron la competitividad de las grandes corporaciones, permitiéndoles restringir el acceso al mercado, y, con éste, apropiarse de las ganancias extraordinarias implícitas en la determinación de los precios de venta y la renta tecnológica. Sin embargo, más que en la reglamentación de la competencia inter-capitalista, la teoría de la regulación pone el énfasis en el lado de la demanda, en el acuerdo institucional capital-trabajo capaz de asegurar, a través del renovado poder de contratación colectiva de los sindicatos y las políticas de intervencionismo socio-económicas del Estado de bienestar, una transformación cualitativa en el estilo de vida de la masa laboral. La reproducción del sistema fordista quedó, de hecho, articulada alrededor de un crecimiento del sector productor de bienes de consumo capaz de mantener una demanda de medios de producción en equilibrio con aquella expansión del sector I que había garantizado la revolución de las fuerzas productivas. La transferencia del nuevo régimen de acumulación del sector I al sector II y, con ésta, la articulación entre los dos departamentos, implicó el surgimiento de un mercado de masa para los bienes consumidos por la fuerza de trabajo, es decir, la institucionalización de un nuevo modo de consumo de la clase trabajadora industrial y los sectores populares. Fue esta articulación entre un régimen de acumulación fundamentado en la plusvalía relativa y un modo de regulación centrado en la determinación institucional del salario, es decir, entre producción y consumo de masa, a hacer del Fordismo una fase histórica del capitalismo europeo occidental caracterizada por un equilibrio sin antecedentes en el proceso de acumulación. cfr. Robert Brenner y Mark Glick, *The regulation Approach, Theory and History*.

¹³⁶ En particular, Sassen argumenta que el movimiento de las transacciones internacionales habría abandonando el eje Norte-Sur a favor del eje Este-Oeste, separando así partes significativas del globo, entre las cuales América Latina, de la hasta ahora “vital” articulación con el comercio mundial de bienes primarios e industriales. Solamente algunas áreas de la periferia habrían quedado incluidas en la nueva economía mundial, el resto ocuparía una posición de absoluta marginalidad.

¹³⁷ Fernand Braudel *ibídem*.

¹³⁸ Bolívar Echeverría, *ibídem*, p. 115.

¹³⁹ La suya es una concepción del capitalismo como niveles sobrepuestos: colocándose encima de la jerarquía, el capital solamente interviene al “final” ordenando, a su menester, desigualdades estructurales que contribuye sí a reproducir, pero no a crear. Dada esta concepción Braudel puede solamente permanecer en el nivel de la circulación simple, y apelar, una y otra vez, al intercambio desigual como eje explicativo de la unidad económica.

¹⁴⁰ Saskia Sassen, obra citada, p. 5.

¹⁴¹ John Friedmann, artículo citado, pp.41–42.

¹⁴² Tanto desde la perspectiva de Sassen, cuanto de la de Castells, la intención es enfocar la dimensión productiva de la sociedad de servicio, supuestamente al fin de mostrar el nuevo modo de espacialización de la relación social de capital. Sin embargo, la noción de capital advocada por los dos autores es, a nuestro parecer, de carácter fetichista. Apantallados por el alto nivel de desarrollo alcanzado por las nuevas tecnologías, los dos confunden la relación social de capital con la mera fuerza productiva. La cosificación de la relación social desemboca, a lo mejor, en el funcionalismo de Sassen y, a lo peor, en el determinismo tecnológico de Castells.

¹⁴³ Marx, *El Capital*, volumen III, Fondo de Cultura Económica, México, 1946, p. 467. En este pasaje, Marx cita un artículo de *El Economist* del 1847.

¹⁴⁴ Marx, *ibídem*, pp. 460–61.

¹⁴⁵ La tesis clásica es la de Suzanne de Brunhoff, desarrollada en *Teoría Marxista de la moneda*, Ediciones Roca, México, 1975; *La política monetaria. Un ensayo de interpretación marxista*, Siglo XXI Editores, 1980; *Estado y Capital*, Editorial Villalar, México, 1980. Cfr. también Román Rosdolsky, obra citada, cap. 27. Las tesis de ambos autores acerca de la conceptualización de Marx del capital financiero han sido recogida, en particular, por David Harvey en *Los límites del capitalismo y la teoría marxista*, Fondo de Cultura Económica, México, 1990.

¹⁴⁶ Nos referimos, en particular, a la teoría del valor-trabajo de Ricardo, para el cual el problema de identificar un patrón común de valor con el cual dar cuenta de los precios relativos implicó teorizar las mercancías como encarnaciones de la misma sustancia social: el trabajo. Marx recuperó de Ricardo la centralidad del valor-trabajo, introduciendo, sin embargo, una distinción entre trabajo concreto y trabajo abstracto que le permitió descubrir la categoría de *trabajo socialmente necesario* y así considerar como el segundo se convierte en medida de valor bajo relaciones de producción en las cuales el primero ha asumido la especificidad histórica del trabajo asalariado. Cfr. David Harvey, obra citada, y Riccardo Faucci, *Breve Storia dell' economia politica*, Giappichelli editore, Torino, 2006.

¹⁴⁷ Marx, *Grundrisse*, vol. II, pág. 315 [662].

¹⁴⁸ Lewis Mumford, *La cultura delle città*, Biblioteca Einaudi, Torino, 2007. Traducción mía del italiano. De formación humanística literaria, Mumford convirtió New York, su ciudad natal, en objeto de sus reflexiones, conformándose, en los treinta, como pionero de la corriente historicista estadounidense del análisis urbano. En Mumford la ciudad registra la manera de ponerse de una cultura y una época frente a los eventos fundamentales de su existencia. Junto con el lenguaje, subrayaba el autor, la ciudad representa tal vez la mayor obra de arte de la humanidad. Su estudio implicaba, por lo tanto, un proyecto de investigación tan amplio como el estudio de la civilización humana, siendo la ciudad el espacio privilegiado en el cual el tiempo obtiene visibilidad a través de la solidificación en formas que impiden su desvanecimiento. *The culture of cities*, es un fascinante recorrido a través de cinco siglos de sucesiones de formas de sociabilidad modernas, donde la ciudad es fijación estratificada de modelos cambiantes de existencia humana, cada uno caracterizado por situaciones económicas, políticas y sociales condensadas y espacializadas en formas arquitectónicas y planos urbanísticos sobrepuestos.

¹⁴⁹ Frederick Engels, *La situación de la clase obrera en Inglaterra* (edición del 1892), Ediciones de cultura popular, México, 1977. Lefebvre subraya cómo las consideraciones desarrolladas en esta obra juvenil de Engels (1845) influenciaron los temas relativos a la ciudad presente en la *Ideología Alemana*, del mismo año, obra “abandonada a la roedora crítica de los ratones” en la cual, sin embargo, como subraya Marx en el Prólogo del 1859, los dos ya habían alcanzado el objetivo de comprender, aún en sus rasgos generales, la cuestión del cambio histórico por contradicción entre fuerzas y relaciones de producción.

¹⁵⁰ La expresión es de Henry Lefebvre y título de su obra teórica principal sobre la ciudad.

¹⁵¹ La dicotomía entre diferenciación y orden, impregnada de darwinismo social, dio origen al arquetipo gracias al cual, en el 1925, la sociología urbana, profundamente influenciada por la Escuela de Chicago, obtuvo el reconocimiento oficial de disciplina autónoma. La sociología urbana se constituyó alrededor de dos perspectivas, entre sí articuladas, la culturalista y la ecológica: un “urbanismo” entendido como proceso de desorganización social y aculturación, y una “urbanización” como modelo universal de interacción económica con el medio ambiente.

¹⁵² En Robert Park, la ciudad era una forma de adaptación al ambiente donde la competición socio-económica quedaba regulada por normas institucionales –entre las cuales la organización espacial de la división social del trabajo– a su vez productoras de modelos agregados de comportamiento, y, como tales, de un orden moral mecánicamente impuesto. Recuperando la preocupación de Park con la cohesión social e inspirado por George Simmel –cuya obra, a nuestro parecer de profundas intuiciones, había centrado su análisis en la ciudad como fruto de un desarrollo mental colectivo producto de la “cultura del dinero”– Wirth subvirtió la tesis de la formación de nuevas “solidaridades” materiales integradoras, viendo en la diferenciación socio-espacial la base del desorden moral y en la segregación el resultado del arraigo pre-moderno del grupo a su propia identidad. En clara *bías* anti-urbana, el estudio de la ciudad quedaba aquí identificado con lo de una problemática social cuya variable explicativa era la misma ciudad, esta última traducida en “cultura urbana”. Sucesivamente aplicado al estudio de la estructuración del espacio por dinámicas socio-económicas, el paradigma funcionalista eligió como categoría analítica la competitividad por el uso productivo del suelo urbano. La “mano invisible” de la integración económica hacia ahora de la ciudad un organismo ecológico capaz de auto-equilibrio. Así, en Mckenzie, la región urbana, entidad organizada alrededor de una metrópoli que actúa como unidad integradora, seguía un desarrollo cíclico entre centralización y descentralización, donde la competición por el uso del suelo producía la funcionalidad de cada área a la reproducción del conjunto. En Burgess y su modelo clásico de zonas concéntricas, la jerarquía espacial, dominada por el centro de negocios, dependía de la ventaja competitiva de las actividades económicas. Dada la clara dependencia teórica del liberalismo de la Escuela de Chicago, tanto la perspectiva culturalista como la ecología humana disfrazaban de científicidad la inclinación por mecanismos de control social y la apologética del orden capitalista. Como subraya Manuel Castells, no obstante el sesgo ideológico, el empirismo del paradigma funcionalista permitió la adquisición de un amplio bagaje de datos sobre la ciudad. David Harvey estresa el carácter represivo de toda “teoría” descriptiva, en tanto que “se propone deliberadamente enfrentarse con una teoría revolucionaria [explicativa del orden existente] de manera tal que se impida, por recuperación o por subversión, la realización de los cambios sociales que una general aceptación de la teoría revolucionaria podría provocar”. De hecho, ochenta años antes de la Escuela de Chicago, Engels ya había captado la organización en zonas concéntricas de Manchester y la segregación de los guetos obreros, elucidando el fenómeno en términos de intereses y antagonismo de clase. Para una reconstrucción detallada cfr. Gianfranco Bettin, *Los sociólogos de la ciudad*, Editorial Gustavo Gili, Barcelona, 1982; Manuel Castells *Problemas de investigación en sociología urbana*, Siglo XXI, México, 2001; M. Gottdiener, *The Social Production of Urban Space*, University of Texas Press, Austin, 1988; Ira Katznelson, *Marxism and the*

city, Clarendon Press, Oxford, 1993 y David Harvey, *Urbanismo y desigualdad social*, Siglo XXI editores, México, 2007, la citación pertenece a este texto.

¹⁵³ Entendido este último como canon interpretativo de la realidad posterior a la producción teórico-política de Marx y Engels.

¹⁵⁴ Eric Hobsbawn, obra citada.

¹⁵⁵ Entendiendo, por esta última, un proceso dialéctico del devenir de la relación entre ciudad y campo. Cfr. Henry Lefebvre, *El pensamiento marxista y la ciudad*.

¹⁵⁶ Aclaremos: la división social del trabajo, la forma de propiedad y las relaciones de producción son la misma realidad considerada desde puntos de vista distintos, es decir, respectivamente, las relaciones entre los individuos respecto al carácter social del trabajo; al material, instrumento y producto de trabajo; y a la forma de extracción de excedente. Las tres facetas implican la una a la otra, conformando la totalidad de la forma social.

¹⁵⁷ Su concreción histórica originaria fue la comunidad agraria, la comunidad primitiva. Marx distingue tres formas históricas de comunidad; cada una constituye una línea de desarrollo diferenciado hacia su disolución, cada una pertenece a un espacio-tiempo distinto: la oriental, la antigua y la germánica. El punto es importante para negar una lectura dogmática del desarrollo histórico, la estalinista, como sucesión lineal de modos de producción. El mismo Marx subraya como solamente la tercera forma permitió, en el Occidente europeo, la génesis del principio de sociabilidad mercantil y, con éste, del capitalismo. En la forma germánica, a diferencia de la oriental y de la antigua, la unidad social no adquirió una existencia económica y política superior exteriorizada, siendo la propiedad comunal mediada por la relación entre propietarios individuales. Si en la forma asiática ciudad y campo fueron complementarios, simbiosis que condujo a la estabilidad y al estancamiento; si en la antigua, la ciudad, aun dominándolo políticamente, resultó dominada económicamente por el campo, el cual terminará por absorberla; en la forma germánica, la unidad social mantuvo un carácter abierto por medio del cual, con el aumento de productividad, las exigencias de la propiedad privada se impondrán sobre la comunal. Emulado en la comuna medieval, el principio asociativo de la comunidad germánica rural conferirá a la ciudad aquel carácter abierto que le permitirá consolidarse como *situ* de acumulación privada de riqueza abstracta, origen, esta última, del dominio moderno de la ciudad sobre el campo.

¹⁵⁸ La tesis es de M.I. Finley, para el cual el discurso dominante sobre la economía antigua fue construido vía la imposición de categorías exclusivas de la modernidad, respondiendo más a una preocupación con la legitimidad del presente que con la realidad del pasado. Según el historiador, el fin de la Antigüedad fue signado por la crisis de la *villa* esclavista perteneciente a la clase dirigente urbana, crisis debida a la exigencia de imponer un gravamen creciente a su rendimiento por factores económicos como el desarrollo de las relaciones mercantiles y la monetarización de los tributos. La elección política de los propietarios de intensificar la explotación y la incapacidad de la estructura esclavista de aumentar la productividad tuvieron como resultado el reemplazamiento de la villa vinculada al mercado por la estructura latifundista autosuficiente de la gran propiedad territorial arrendada a colonos. Fue el gradual pasaje de la Antigüedad al Feudalismo y del centro de la vida social de la ciudad al campo. El fin de la Antigüedad no significó la desaparición material de lo urbano, signó, sin embargo, el fin de su centralidad institucional. La polémica de Finley era con Rostovtzeff, historiador soviético, para el cual un orden de diferencia meramente cuantitativo entre ciudad antigua y moderna legitimaba leer a la primera vía categorías propias de la modernidad capitalista. Sin embargo, a diferencia de la ciudad medieval, en la antigua la disolución de las relaciones de propiedad por medio de la acumulación de riqueza monetaria no había confluído en la industria y en el dominio de la ciudad sobre el campo, sino en su exacto contrario y para Finley dicho fenómeno atestiguaba la insuficiencia del mercado como precondition del capitalismo y la especificidad histórica de este último. Cfr. M.I. Finley, *La Grecia antigua: economía y sociedad*, cap. I, Ed. Crítica, Barcelona; Mijail Rostovtzeff, *Historia social y económica del Imperio Romano*, Espasa, Madrid, 1998; Staerman, E.M. *La esclavitud en la Italia Imperial*, Akal Editor, 1979, Madrid. Cfr. también, Henry Lefebvre, *La revolución urbana*, Alianza Editorial, Madrid, 1980.

¹⁵⁹ La ciudad, desde sus inicios, resultó permeable a la influencia de la organización social feudal, aquí traducida en membresía a la corporación gremial, la *guilda*, una organización jerárquica del trabajo y monopólica del comercio, definida por relaciones patriarcales de dominación, la primera, y por el acceso políticamente restringido al mercado, la segunda. Cfr. Henry Lefebvre, obra citada.

¹⁶⁰ Henry Lefebvre, *El pensamiento marxista y la ciudad* y, del mismo autor, *El derecho a la ciudad*, Ediciones Península, Barcelona, 1978.

¹⁶¹ Henry Lefebvre, *La revolución urbana*, p.112.

¹⁶² Jorge Gasca Salas, *La ciudad: pensamiento crítico y teoría*, Instituto Politécnico Nacional, México, 2005.

¹⁶³ El cual se desarrolló con el protagonismo, a finales de los años sesenta, de formas de lucha extendidas más allá de la unidad productiva: los movimientos sociales urbanos de los grandes conglomerados franceses y estadounidenses. En las sociedades de capitalismo avanzado, el intento de legitimar y orientar teóricamente el nuevo protagonismo político significó adoptar como objeto de estudio la “megalópolis” al fin de aislar aquellos cambios cualitativos en la organización del espacio capaces de develar las reivindicaciones urbanas como expresión privilegiada de contradicciones sociales, esto en un contexto histórico, el fordista, de auge de la planificación tecnocrática del territorio por parte del Estado. Así, para Lefebvre, cuyos trabajos conforman lo que él mismo define una “filosofía de la ciudad”, la tarea era mostrar el proceso de destrucción y reconstitución de la ciudad según un racionalismo aparente cuyo carácter ideológico deriva de las estrategias de clase que esconde y persigue. Tanto Castells, como Harvey emergieron como principales exponentes del regreso del marxismo a la ciudad, recuperando ambos, en este sentido, la intención de Lefebvre y, sin embargo, llegando a conclusiones opuestas. El primero, negando a lo urbano en sí el estatus de objeto teórico, despidió a Lefebvre, el segundo, confirmando una base objetiva a la especificidad de la urbanización capitalista, recuperó su herencia llevándola a un ulterior desarrollo.

¹⁶⁴ En la perspectiva de Lefebvre, la mercantilización del espacio, con sus secuelas de especulación y crisis, conlleva la razón analítica del poder al extremo de modelar la cotidianidad según un carácter puramente funcional. La altura del espacio abstracto, el centro, legitimándose de tecnicismo racionalista, impone a los intrincados espacios de confrontación y encuentro, la calle, la violencia del vacío formal, mientras, de-centrados hacia la periferia, los sujetos son transformados en consumidores de suburbios cuyos habitantes han perdido el sentido de lo “urbano” porque la ciudad ha perdido el carácter de “obra”. Mientras se expande como tejido, la ciudad implosiona como sociabilidad. Porque centraliza procesos socio-económicos que son, a su vez, culturales-ideológicos, la urbanización capitalista es ella misma poder social enajenado que subsume y resulta antagónico a lo urbano como “modo de vida”. La reapropiación por parte del trabajo de las condiciones objetivas de su realización se expresa, de esta forma, como “derecho a la ciudad”. Lo que viabiliza la dominación, espacializa la liberación, abriendo la posibilidad de la concientización vía prácticas cotidianas de reapropiación del espacio en las cuales entrever la emergencia post-industrial de un nuevo humanismo: el de la *praxis urbana*, espacio social liberado de las constricciones del capital. Cfr. Henry Lefebvre, *El derecho a la ciudad*.

¹⁶⁵ Henry Lefebvre, *El derecho a la ciudad*, p. 76, cursivo de Lefebvre.

¹⁶⁶ La *Cuestión urbana* es el título de la obra del 1978 en la cual Castells persigue su crítica de la sociología urbana como disciplina institucionalizada, insistiendo en el carácter fenoménico de la ciudad, expresión espacial de procesos propios de la sociedad capitalista industrial. El ensayo fundacional de la crítica de Castells a la ideología urbanista fue *¿Hay una sociología urbana?*, del 1968, recopilado en *Problemas de investigación en sociología urbana*, Siglo XXI, México, 2001.

¹⁶⁷ El blanco principal de su invectiva era, por un lado, el funcionalismo culturalista y ecologista estadounidense y, por el otro, la corriente francesa de sociología urbana desarrollada en directo antagonismo con la primera y de la cual Lefebvre fue el principal inspirador. Si la ciudad como variable explicativa, propia de la primera vertiente, implicaba una naturalización de la historia social que disfrazaba las contradicciones de problemas técnicos, en la segunda, la ciudad-producto histórico y, como tal, variable dependiente, implicaba la imposibilidad de aislar regularidades en la determinación social del espacio. La falacia ideológica de considerar a la ciudad como objeto científico y la imposibilidad teórica de demostrarla como un concreto real, deslegitimaban, respetivamente, el intento de cada perspectiva de atribuir a la ciudad el estatus de objeto real y a lo urbano lo de categoría analítica. Para Castells, la sociología urbana no era otra cosa que sociología de la modernidad capitalista y las dos vertientes dos interpretaciones antagónicas del mismo proceso, que desembocaban: la una en una sociología de la integración, apología de la modernidad, la otra en una sociología del cambio, incautada, por sus propios límites, a análisis de mero alcance coyuntural. Cfr. Manuel Castells *Problemas de investigación en sociología urbana*.

¹⁶⁸ Manuel Castells, *ibíd.*, p. 56. En la primera fase de su producción teórica, enmarcada en el contexto del así llamado “capitalismo de Estado”, perspectiva propia del partido comunista francés, lo urbano es, primariamente, un espacio de consumo colectivo estructurado por exigencias de integración del conflicto en la producción. El énfasis recae sobre la coherencia de un espacio de dominación donde las contradicciones estructurales encuentran conciliación en la política urbana gestionada por el Estado en interés del capital y en luchas urbanas que, por el carácter pluriclasista propio de la esfera del consumo, tienden a no cuestionar directamente el orden establecido. A mitad de los años setenta, sin embargo, el marxismo ortodoxo del Castells de la *Cuestión urbana* cederá lugar a la teoría de la acción colectiva de *The City and the grassroots*. Con el pasaje de Althusser a Tourraine, lo urbano adquirirá ahora estatus de realidad empírica y objeto teórico en derecho propio, sin embargo, sobre la base de una nueva

fetichización, esta vez de la “sobre-estructura”. La ciudad será ahora reducida a producto histórico de prácticas sociales constructoras de significados, donde los movimientos sociales urbanos, de objeto de cooptación, son ahora agentes de transformación. Porque todo es conflicto, la determinación histórica del interés social, y, con ésta, la estructuración del conflicto, desaparece de la reflexión teórica de Castells. Es el abandono no sólo del estructuralismo, sino del marxismo *tout-court*. Cfr. las obras citadas de Castells, y José Luis Lezama, *Teoría social, espacio y ciudad*, Colmex, México, 1993. En la fase más reciente, Castells ha regresado a un enfoque sobre mecanismos objetivos garante de la reproducción del capital, una perspectiva, como ya mencionamos, sesgada, sin embargo, por un determinismo tecnológico paradójicamente paralelo al de la economía urbana y geografía más convencional.

¹⁶⁹ Es necesario mencionar que la perspectiva de estudios urbanos de corte marxista, cuyo proceso de sistematización categorial está todavía en curso, se diferenció, desde un principio, en múltiples componentes, reflejo, ellos mismos, de la multiplicidad de “marxismos”. Gottiedner los agrupa en dos corrientes principales: la perspectiva del “conflicto de clase” y la de la “lógica de la acumulación”. Cfr. Gottiedner, *The Social Production of Urban Space*, University of Texas Press, Austin, 1988. Hemos limitado nuestra atención a la segunda corriente, dadas nuestras preocupaciones con el capital entendido como forma social. Una lectura, la del “marxismo crítico”, que, con sus énfasis en la mediación y contradicción permite superar tanto el voluntarismo de análisis centrada en el antagonismo de clase, así como el maquinismo estructuralista propio del marxismo economicista.

¹⁷⁰ Paul Singer, *Economía política de la urbanización*, Siglo XXI Editores, México, 1998.

¹⁷¹ David Harvey, *Los límites del capitalismo y la teoría marxista*.

¹⁷² David Harvey, *Los límites del capitalismo y la teoría marxista*, p. 211.

¹⁷³ Su texto fundacional, *Social Justice and the City*, parte de una crítica a los principios de la economía liberal oponiendo a una teoría de la distribución de corte Rawlsioniana una teoría socialista de la apropiación sobre la base de la cual fundamentar el análisis de la estructuración capitalista del espacio. Aún delineados en sus rasgos básicos en el texto citado, es en *The Limits to Capital*, que Harvey construye las categorías necesarias para una posible articulación entre marxismo crítico y geografía crítica.

¹⁷⁴ David Harvey, *Urbanismo y desigualdad social*, p. 251.

¹⁷⁵ El texto al que nos referimos es Gordon Childe, *Que sucedió en la historia*, Editorial Crítica, Barcelona, 2002.

¹⁷⁶ David Harvey, *ibíd.*, p. 261.

¹⁷⁷ Una reflexión teórica que ocupó casi diez años, misma en la cual Harvey se entretuvo en la reconstrucción de las categorías constitutivas de la forma valor como capital con el fin de individuar la articulación entre esta última y la forma urbana.

¹⁷⁸ David Harvey, *Los límites del capitalismo y la teoría marxista*, cap.XII.

¹⁷⁹ Suzanne de Brunhoff, *Estado y capital*, p. 67. La forma valor es el mecanismo de-centralizado de coordinación por medio del cual el trabajo privado asume carácter social solamente de forma indirecta y cosificada, una separación originaria, entre la producción y circulación, en la cual hay que ubicar, como vimos, el origen de un inevitable desajuste entre producción de valores y cambio de equivalentes, entre valor y precio, mismo que se resuelve temporalmente a través de procesos de mercado por medio de los cuales la calidad social de la riqueza producida se impone sobre los productores individuales. Externalizado en la esfera de la circulación, el trabajo social se manifiesta como obligación de mercado, generándose “la ilusión de que hay mercados de productos sin valor intrínseco, dominados por el juego de la oferta y la demanda”. Brunhoff, *ibíd.*, p. 52. Sin embargo, por medio de la mediación: “Nada puede explicarse [...] si no se expone previamente la base sobre la que descansa [...] No hay nada más fácil que comprender las desproporciones entre la oferta y la demanda y la consiguiente divergencia entre los precios y los valores comerciales. La verdadera dificultad consiste en determinar lo que debe entenderse por coincidencia entre la oferta y la demanda.” Marx, *El Capital*, vol. III, p. 192.

¹⁸⁰ Anwar Shaik, *An Introduction to the History of Crisis Theory*, 1978.

¹⁸¹ La categoría de formación económico-social se refiere “a la evolución diferencial de las sociedades, en su marco propio y en relación con las fuerzas de donde proviene más frecuentemente el impulso”, Se trata de una categoría que reintroduce la especificidad histórica y espacial del desarrollo capitalista articulándola, al mismo tiempo, con la más abstracta y general de “modo de producción”, poniendo así el acento sobre la necesidad de calificar la validez de las tendencias históricas de desarrollo, erróneamente concebidas como leyes, por medio de una temporalidad y espacialidad particular, evitando así aquella degeneración economicista y determinista generalmente asociada con un abstracto, el *modo de producción*, acriticamente concebido como histórico-concreto. La categoría formación económico social opone, por lo tanto, a la primacía de lo económico la de la totalidad, partiendo del presupuesto que no hay una sociedad en general, sino que toda sociedad existe siempre bajo un aspecto histórico y espacial

determinado. Cfr. Milton Santos, *Por una geografía nueva*, Espasa-Calpe, Madrid, 1990; la citación es de p. 18. Ahora, exactamente por qué no relata ésta o aquella sociedad, la categoría abstracta “modo de producción” es instrumento conceptual imprescindible para el análisis de lo concreto, un análisis que, sin embargo, no implica buscar supuestas leyes de desarrollo, sino la articulación entre la particularidad, lo endógeno, y las tendencias de desarrollo de un modo histórico de sociedad, lo exógeno, siendo la primera la forma en la cual las segundas se imponen y encuentran su modalidad específica de concreción en cada espacio determinado. De esta forma, la supuesta “falta de pureza” del desarrollo capitalista de una sociedad no puede ser conceptualizada en términos de articulación entre distintos modos de producción, perspectiva que tiende a negar el carácter plenamente capitalista de la sociedad en cuestión y que, en el caso específico de la modernidad capitalista latinoamericana, desemboca en la tesis del dualismo estructural, finalmente superada, esta última, por la vertiente marxista de la dependencia. Cfr. Juan Carlos Garavaglia, Introducción, a “Modos de producción en América Latina”, *Cuadernos de Pasado y Presente*, n. 40, Siglo XXI editores, México, 1984.

¹⁸² David Harvey, *Los límites del capitalismo y la teoría marxista*, p. 377.

¹⁸³ Milton Santos, *Por una geografía nueva*, Espasa-Calpe, Madrid, 1990, p. 227.

¹⁸⁴ Para la reconstrucción de las diferentes lecturas desde el marxismo del carácter de la crisis capitalista nos hemos fundamentados en el artículo arriba citado de A. Shaikh; en José Aricó, *Nueve lecciones sobre economía y política en el marxismo*, El Colegio de México, México, 2011; en José G. Gandarilla, *El presente como historia*, UNAM, México, 2008; en Paul Mattick, *Crisis y teoría de la crisis*, Ediciones Península, Barcelona, México, 1977; en Román Rosdolsky, obra citada, cap. 30 y en Jorge Tula, en su “Prefacio” a Henryk Grossmann, *La ley de la acumulación y del derrumbe del sistema capitalista*, Siglo XXI editores, México, 1979. En nuestra reconstrucción seguimos la periodización tripartida de la polémica alrededor del carácter de la crisis capitalista (1890–1905; 1905–1924; 1924–1930), desarrollada por Giacomo Marramao, así como desglosado por Tula.

¹⁸⁵ La unidad de análisis es el individuo que, siguiendo el principio “costo-beneficio”, alcanza en el mercado el equilibrio en cuanto a las satisfacciones de sus propias necesidades. Una vez universalizado el utilitarismo subjetivo como principio de racionalidad económica (“rational choice theory”), es posible presentar el mercado como constelación general de precios que pone en consonancia necesaria la demanda con la oferta. La sociedad queda aquí concebida como mero resultado de interacciones particulares concordantes con el interés general. Explicativas del movimiento de los precios, las condiciones de mercado no pueden, sin embargo, dar cuenta de su determinación, mientras que la naturaleza subjetiva de la utilidad impide su medición. Desde aquí, el apego de los neo-clásicos al principio objetivo de la utilidad marginal, y el sucesivo abandono *tout court* de cualquiera referencia al valor. Desde esta perspectiva, es el mercado lo que expresa objetivamente las valoraciones subjetivas, cuya racionalidad presupuesta demuestra, *a priori*, la tendencia al equilibrio. Se trata de una “solución” circular al problema de la relación entre precio y valor que incluye de por sí el de la distribución: cada factor obtiene la parte del producto correspondiente a su aporte, este último racionalmente determinado por el conjunto de precios. Cfr. Anwar Shaik, artículo citado.

¹⁸⁶ Una perspectiva dominante en los análisis coyunturales de la crisis, los cuales la interpretan como resultado periódico de desproporciones de mercado que, violando la hipótesis, la re-establecen como realidad. Una lectura, la dominante, que logra describir adecuadamente el ciclo económico –expansión, depresión, nuevo auge– y, sin embargo, eludiendo de sus premisas analíticas cualquiera referencia a los mecanismos de extracción de excedente, confunde el mundo fenoménico del capital con el de su naturaleza. Cfr. Anwar Shaik, artículo citado.

¹⁸⁷ En el caso del *laissez faire* y de la perspectiva keynesiana, respectivamente.

¹⁸⁸ Vale decir, a una diferente teorización, desde el centro, del imperialismo, y, desde la periferia, de la dependencia. Ambos temas hacen referencia a la mundialización de la relación social de capital y a la formación de polaridades asimétricas derivadas de la necesidad del capital de estructurar en un solo proceso unitario al conjunto de la vida económica. En el primer caso, la relación centro-periferia tiende a ser interpretada según un desarrollo “clásico” del capitalismo y, en el segundo, por otro atípico. Abstrayendo de las polémicas internas a cada perspectiva, si la teoría del imperialismo se preocupa, fundamentalmente, en delinear la funcionalidad de la polaridad a los procesos de acumulación de valor en la metrópolis, la teoría de la dependencia expresa los procesos de desacumulación y re-estructuración endógenos a la periferia.

¹⁸⁹ Mismas que no logran ser comprendidas por medio del simple binomio “derrumbe-revolución”. De hecho esta alternativa tendió a atravesar transversalmente posiciones políticas heterogéneas e incluso opuestas, por lo que, el esquema historiográfico “socialdemocracia versus leninismo”, “reforma versus revolución” constituye una simplificación desorientadora de los distintos momentos cruciales atravesados por el desarrollo del marxismo. Jorge Tula y José Aricó, ensayo y obra citada.

¹⁹⁰ Era la perspectiva propia de Sismondi.

¹⁹¹ El postulado básico de toda perspectiva centrada en el subconsumo es que la demanda del Sector II (bienes de consumo) determina el dinamismo del Sector I (medios de producción), lo cual resulta así limitado a reproducir las condiciones de producción existentes. Sigue que el nivel de la demanda efectiva puede solamente ser calculado de forma estática, deduciendo, vale decir, de la totalidad de valor producido los gastos de producción (capital variable y constante) y haciendo coincidir el excedente con bienes de consumo en exceso cuya realización puede sólo ser garantizada a través del consumo capitalista improductivo y/o la exportación de mercancías. La crisis deriva aquí de la ausencia de factores externos compensatorios. Cfr. Anwar Shaik, artículo citado.

¹⁹² Según la perspectiva, la caída de la demanda de bienes de consumo tiende a crecer con la acumulación de capital, por lo que el beneficio acumulado no puede ser reinvertido productivamente sin ampliar la tendencia a la sobreproducción. Impulsada por la competencia y realizada sobre la base del ahorro capitalista, la inversión productiva (sector I) tiende a profundizar las dificultades de realización de los bienes de consumo (sector II), cuyos efectos sobre la demanda de medios de producción llevan necesariamente a la depresión económica. Esta articulación entre caída del consumo y tendencia a la caída de la tasa de expansión del capital llegó a conformar el postulado teórico básico del Keynesianismo y de aquella política económica, propia de la fase fordista, volcada a asegurar la reproducción del capital vía el estímulo estatal al consumo de masa. Cfr. Anwar Shaik, artículo citado.

¹⁹³ Esta era la perspectiva de Hobson, el cual aplicó la teoría del sub-consumo de Sismondi al capitalismo desarrollado, poniéndola en relación con el imperialismo.

¹⁹⁴ Marx respondió al socialismo utópico por medio de una solución dialéctica a la contradicción entre la evidencia histórica de la reproducción ampliada del capital y la limitada capacidad de consumo de los productores directos. A diferencia de los primeros críticos del *laissez faire*, ellos mismos partícipes de la perspectiva burguesa, y de su acento exclusivo sobre la circulación, para Marx, la relación entre la producción y la distribución estaba fijada por la primera. Dependiendo la acumulación de valor de que, en la producción, la componente fuerza de trabajo disminuya respecto a la de capital, el consumo de la clase trabajadora tenía que disminuir necesariamente sólo en términos proporcionales al aumento de su productividad, pudiendo así crecer en términos absolutos. Cfr. Román Rosdolsky, cap. citado.

¹⁹⁵ La voluntad de encauzar la estrategia obrera hacia la lucha parlamentaria de masas se justificó sobre la base de una supuesta incompatibilidad entre igualdad político-jurídica y desigualdad social, la misma que Marx había leído como contradicción constitutiva al modo capitalista de explotación. Era así posible advocar a la lucha electoral como forma adecuada de resolución de un antagonismo de clase ubicado exclusivamente en el plano de la distribución. Cfr. José Aricó, obra citada.

¹⁹⁶ Contra de la perspectiva subconsumista respecto a una supuesta imposibilidad de realización del plusvalor, el esquema de reproducción social delineado por Marx había definitivamente demostrado, según Lenin, cómo, sobre la base de determinadas proporciones entre el sector I y el sector II, no solamente la realización, sino el incremento del plusvalor vía su capitalización era perfectamente posible, quedando así convalidada la misión histórica del capital implícita en un crecimiento de los medios de producción superior al de los medios de consumo. Cfr. Román Rosdolsky, *ibíd.*

¹⁹⁷ Desde esta perspectiva, el sector I subsume a sus propias necesidades el sector II, la lógica de inversión resulta ser la variable crucial y la expansión del consumo es consecuencia, y no determinante, de la expansión de la capacidad productiva del capital. La demanda efectiva, vale decir, es concebida de forma dinámica: a la inversión productiva del plusvalor corresponde un aumento del consumo del trabajo capaz de realizar el valor creado en una fase de producción anterior. Cfr. Anwar Shaik, artículo citado.

¹⁹⁸ En este caso las reflexiones de Lenin constituyen el tema del *Desarrollo del capitalismo en Rusia* (1899), cuyo contexto histórico es el proceso de acumulación originaria definido por la descomposición de la comuna rural, la mercantilización de la tierra y la consecuente diferenciación entre una burguesía rural parasitaria, base de apoyo del zarismo, y una masa campesina empobrecida, protagonista de la *jaquerie* que atravesaba por entonces el campo ruso. El socialismo utópico de los *narodniky* no argumentaba la imposibilidad del desarrollo capitalista en Rusia, sino la lentitud e inevitable carácter incompleto del mismo por incapacidad de la industria de absorber la masa de fuerza trabajo liberada y su baja competitividad en el mercado mundial. Implícita la premisa subconsumista según la cual la industria capitalista tiende a reducir su mercado interno, así como la necesidad del externo para la realización de la plusvalía acumulada. Según los populistas, dada la ausencia de un definido antagonismo burguesía-proletariado, la *obschina* era el sujeto al cual apostarle para impulsar el desenlace revolucionario, sin necesidad de pasar por una etapa plenamente capitalista. Del lado opuesto, para Lenin, la ausencia de un movimiento obrero consolidado no demostraba la debilidad del desarrollo capitalista en Rusia, sino la necesidad del trabajo teórico y político-organizativo. Según Aricó, tanto Marx como Engels habían subestimado la presencia política de la socialdemocracia rusa en las ciudades. En particular, hasta el

1890, para Engels y la II Internacional, el sujeto social al cual apostarle en Rusia era la comuna rural, estrategia que derivaba del considerar que, siendo la base social del zarismo la burguesía surgida del desarrollo de la industria y de la *kulachización* del campo, el campesinado era la única clase con interés en promover una crisis política de masa de la cual habría podido derivar el desenlace revolucionario. Más matizada la posición de Marx, el cual, en su famosa carta a Vera Zasulich, se limitó a negar la presencia, en su concepción, de una visión lineal y universal del desarrollo capitalista por etapas necesarias, con lo que, tanto la disolución como la sobrevivencia de la comuna rural permanecía como cuestión abierta, dependiendo el resultado del desenlace de un movimiento revolucionario capaz de articular las fuerzas progresivas del país. Cfr. José Aricó, obra citada.

¹⁹⁹ Como ya mencionamos, Marx no elimina el problema del consumo, sin embargo, el problema de realización es para él un problema de sobreproducción determinado por la subsunción de la necesidad social a la necesidad de capital. La crisis de realización según Marx corresponde a una subproducción de productos (valores de uso) y sobreproducción de mercancías (valor realizable), explicable a partir de la contradicción entre las condiciones de explotación y el desarrollo de las fuerzas productivas. La sobreproducción se manifiesta como restricción capitalista del consumo no sólo del trabajo, sino de la sociedad entera, vale decir, a nuestro parecer, como incapacidad social de consumir el excedente en calidad de inversión productiva debido a su decreciente rentabilidad para el capital.

²⁰⁰ Para los marxistas legales cualquier interrupción en la acumulación, en principio ilimitada, dependía de una mera cuestión de desproporcionalidad coyuntural entre sectores productivos, solucionable por la planificación y un reparto proporcional de la producción social. Una vez privadas las fuerzas de toda determinación social, la perspectiva caía en la apología del capitalismo. Desde aquí la opción menchevica, posterior al 1905, de rechazar la participación socialdemócrata al gobierno liberal en nombre de una plena revolución democrático-burguesa y, con ella, de una etapa de modernización medida en términos de desarrollo de las fuerzas técnicas y extensión numérica del proletariado. Cfr. José Aricó, obra citada.

²⁰¹ Centrando su enfoque en el análisis de la estructuración orgánica del capitalismo ruso y, consecuentemente, en la correlación de fuerzas demostrada por el proceso de masa del 1905, Lenin consideraba la coyuntura democrática como posible de conducir tanto al desarrollo pleno del capitalismo, como a una abierta confrontación de clase, misma que podía ser direccionada, bajo la guía del partido, hacia el desenlace revolucionario. Desde aquí también la polémica con Trotsky respecto a la composición de un posible gobierno socialdemócrata y el rechazo, por parte de Lenin, a un proceso de “revolución permanente”. Considerando el mercado mundial como espacio privilegiado de análisis para comprobar la madurez del desarrollo capitalista, y subrayando la dependencia del desenlace revolucionario ruso de una supuesta radicalización del movimiento obrero europeo, Trotsky optaba por una toma del poder exclusivamente dirigida por el proletariado condensado en los grandes centros urbanos, ella misma volcada a liquidar inmediatamente la capacidad política de una débil burguesía nacional, todo esto bajo la premisa de un campesinado como fuerza social incapaz de organizarse políticamente y, como tal, necesariamente dirigida por la clase obrera. Lenin compartía con Trotsky una lectura del 1905 como parteaguas histórico, en tanto que el proletariado, por primera vez, se había manifestado como sujeto político con capacidad de autonomía político-ideológica de la burguesía. Sin embargo, para Lenin el “gobierno obrero” de Trotsky constituía un salto al vacío, dada la posibilidad de aislamiento de un proletariado que, durante el mismo proceso revolucionario, habría podido terminar por ocupar una posición minoritaria respecto al campesinado y a la burguesía. Con la explosión, paralela a la lucha urbana, del “desorden” en el campo, Lenin revaluó también el papel del movimiento campesino en el proceso revolucionario, ya no “proletariado rural” sino “masa rural”, abogando así una política de alianza obrero-campesina, así como la necesidad de plantear un gobierno no puramente socialdemócrata, sino en asociación con los socialistas revolucionarios de izquierda, herederos de los populistas. Cfr. José Aricó, obra citada.

²⁰² Madurado, en seguida al desenlace del 1905, el aglutinamiento de las corrientes radicales socialdemócratas, mismas que, en el 1914 denunciarán la bancarrota de la II Internacional, la segunda fase del debate asumió un carácter abiertamente político, centrándose en el rol atribuible a la acción revolucionaria de masa frente a la crisis imperialista.

²⁰³ Corriente que, junta con los radicales de izquierda, conformaba el ala ortodoxa que, en polémica con Bernstein, había roto con el revisionismo y cuyos teóricos principales eran Hilferding y Kautsky. Relativamente a este último su viraje político-teórico se dio en el 1911, en concomitancia con el aproximarse de la guerra y la elección por la búsqueda de una alianza con el ala progresista de la burguesía, justificada sobre la base de la necesidad de romper la hegemonía de la fracción financiera y cuya consecuencia fue el asenso del intervencionismo militar y la ruptura definitiva con Lenin. Hasta entonces Kautsky había compartido con el ala radical de la socialdemocracia alemana la previsión de una

creciente radicalización del antagonismo capital-trabajo, misma que, sin embargo, lo llevaba a sostener, en oposición a Luxemburgo, una táctica gradualista de desgaste en lugar que de enfrentamiento directo, logrando, en este entonces, la aprobación de un Lenin radicalmente opuesto a cualquier teoría del derrumbe inevitable y profundamente crítico de la lectura de Luxemburgo de los esquemas de Marx. En el *¿Qué hacer?* (1902), el adversario de Lenin es, sin embargo, el mismo Kautsky y el tema la conciencia y autonomía de clase. Para ambos al espontaneísmo había que sustituir una conciencia aportada a la clase obrera desde el exterior. Sin embargo, lo que para el socialdemócrata alemán significaba la escisión del proletariado del resto del cuerpo social sobre la base de la conciencia de un “fin último” en manos de la inteligencia, era para el ruso el ponerse más allá de la simple relación obrero-patronal para alcanzar la perspectiva de la totalidad y evitar así el corporativismo y aislamiento del movimiento obrero. Fundamental para Lenin era la independencia político-ideológica del proletariado y, con ésta, la necesaria mediación del partido como instrumento necesario para la conversión de la clase económica en sujeto político. La ruptura entre Kautsky y Lenin se dará solamente en el 1914, sobre la base de las diferentes conceptualizaciones de la guerra imperialista. Cfr. José Aricó, obra citada.

²⁰⁴ Para Luxemburgo el realce en aquel entonces del enfrentamiento capital-trabajo y el carácter siempre más reaccionario de la burguesía tenían sus bases en las contradicciones objetivas propias de la fase imperialista, con lo que, frente al anacronismo de cualquier medida reformista, el espontaneísmo de la huelga política de masa constituía la única alternativa a la barbarie.

²⁰⁵ Fue a partir de una crítica de la re-lectura de los esquemas de Bauer que Grossmann construyó su crítica a la perspectiva epistémica dominante, la de la “realización”. Aceptando primero las premisas armonicistas, Grossmann demostró cómo la tendencia a la crisis permanecía aún en caso de total realización del plusvalor producido. Prolongados en el tiempo, los esquemas de Bauer mostraban cómo la posibilidad de la acumulación vía el aumento de la composición orgánica conllevaba la dificultad de mantener el ritmo de la acumulación debido a la insuficiencia del plusvalor producido.

²⁰⁶ El debate acerca de la crisis atravesará ahora la III Internacional, fundada en el 1919. Se verificará primero la desarticulación del radicalismo, con el comunismo de izquierda y el consejismo sostenedores, frente al leninismo, de la pureza del movimiento obrero y la inevitabilidad del derrumbe. Dicho enfrentamiento verá primero la oposición de Lenin a una lectura bipolar de la estructura de clase; su logros en imponer una política de alianza, representada por la línea del “frente único”; el rechazo al ultrazquierdismo tras el fracaso del levantamiento alemán (1923), y, en último, el reconocimiento de la estabilización del capitalismo en Europa occidental. Fue el marxismo soviético posterior a la muerte de Lenin el que defendió la necesidad de emprender caminos organizativos paralelos a los de la URSS vía la imposición de líneas como la bolchevización de los partidos comunistas, justificadas bajo la tesis del socialismo en un solo país (1925), hasta llegar, con la estalinización, a la esclerotización de la teoría del derrumbe en la línea “clase contra clase” (1928), misma que, durante el entre guerra, contribuyó al aislamiento del movimiento obrero y, como tal, al triunfo de la reacción fascista. Cfr. Paolo Spriano, *Storia del partito comunista italiano*, vol.1, Einaudi, Torino, 1982.

²⁰⁷ Bolívar Echeverría, *Circulación capitalista y reproducción de la riqueza social*, Facultad de Economía, UNAM, México, 1994.

²⁰⁸ Suzanne de Brunhoff, *La Política Monetaria, un ensayo de interpretación marxista*, Siglo XXI México, 1980, p. 71.

²⁰⁹ La ganancia es el valor desde el punto de vista del capital, el valor realizado en el mercado una vez descontados los costes de producción (capital constante y capital variable). La valorización depende exclusivamente del trabajo vivo, y, por lo tanto, su grado se expresa por la ratio entre el trabajo excedente y el trabajo necesario (tasa de plusvalía). Calculada como ratio entre valor realizado en el mercado y capital total invertido (tasa de ganancia), la acumulación tiende a expresar, para el capital, un nivel de valorización, y, con éste, un grado de explotación, inferior a lo real.

²¹⁰ El valor de mercado expresa el valor medio, el tiempo de trabajo necesario para satisfacer una necesidad socialmente determinada. La determinación de esta necesidad se regula en el mercado vía mecanismos que permiten establecer una situación de equilibrio entre oferta y demanda, con lo que la identidad entre valor y precio, el hecho de que las mercancías se vendan por sus valores, indica que las condiciones de su producción son las dominantes a nivel social. La situación en la cual las condiciones de producción inferiores o superiores a la media determinan el valor de mercado se verifica, en el primer caso, cuando la demanda es superior a la oferta, es decir, cuando el volumen del trabajo social invertido no logra satisfacer la necesidad social, mientras que, en el segundo, rige la relación inversa, cuando la oferta ha rebasado el límite de la necesidad social. Cfr. Marx, *El Capital*, vol. III, cap. X.

²¹¹ La composición social media indica la generalización, a nivel del capital en su conjunto, de una dada composición orgánica a entenderse como proporción entre medios de producción y trabajo. De la composición orgánica depende la tasa de ganancia, la cual tiende a decrecer con la disminución de la

componente variable relativamente a la constante del valor total invertido, una tendencia propia del desarrollo progresivo del capitalismo, fundamentado, este último, en la extracción de plusvalía relativa. Hay que subrayar que, sin la mediación del mercado, los beneficios de los capitales más desarrollados serían inferiores a los de los capitales más atrasados y el capitalismo tendería al estancamiento.

²¹² Por precio de producción hay que entender la expresión en dinero del valor particular de la mercancía y que, bajo condiciones de producción capitalista, no corresponde, para cada capital, al valor efectivamente producido. El precio de producción es la forma que toma el precio en el plano de la concurrencia entre capitales.

²¹³ Marx, *Grundrisse*, vol. I, p. 366 [317].

²¹⁴ O, en otros términos, el equilibrio de mercado constituía la situación de la que había que partir para explicar las divergencias, y mostrando a las segundas como necesarias, demostrar lo primero como lo “racional” para el capital, mientras que el punto de vista burgués partía de estas divergencias y, considerándolas coyunturales, “deificaba” el equilibrio como estado de cosas “natural”. Cfr. Marx, *El Capital*, vol. III, cap. X.

²¹⁵ Ruy Mauro Marini, “Plusvalía extraordinaria y acumulación de capital”, *Cuadernos Políticos*, número 20, Ediciones Era, México.

²¹⁶ Bolívar Echeverría, *Circulación capitalista y reproducción de la riqueza social*.

²¹⁷ Las clásicas las de Lenin, Labriola y Gramsci.

²¹⁸ Ruy Mauro Marini, *ibídem*.

²¹⁹ Publicado en el 1885, el volumen II de *El Capital* fue organizado por Engels primariamente sobre la base del Manuscrito del 1870. El volumen I fue el único publicado mientras Marx vivía, en el 1867. Mientras que, para la publicación del volumen III, del 1894, Engels se basó primariamente en los manuscritos del 1863-64. Cfr. Appendice. Tabella cronologica degli scritti di Marx, en Marcello Musto, *Ripensare Marx e i marxismi*, Carocci, Roma, 2012.

²²⁰ Como subraya Rosdolsky, el plan original de la crítica de Marx a la economía política, incluido en la *Introducción del 1857*, de seis libros –capital, propiedad de la tierra, trabajo asalariado, Estado, comercio exterior, mercado mundial y crisis– quedó reducido a uno solo: el primero, el del capital.

²²¹ David Harvey, *Los Límites del capitalismo y la teoría marxista*.

²²² El sector I y sector II, este último dividido en dos subsectores, el de medios de consumo necesarios, destinado al consumo de los trabajadores, y el de medios de consumo de lujo, de los capitalistas. Como reconstruye Marini, la reproducción simple y la ampliada del capital social implican las siguientes regularidades: en el primer caso el rédito total del sector I (capital variable más plusvalía) tiene que igualar el capital constante del sector II, y, en el segundo caso, el rédito incrementado del sector I (nuevo capital variable y nueva plusvalía consumida improductivamente) el incremento del capital constante en el sector II.

²²³ Entre todas, la tendencia a la *sobreacumulación*, la cual se manifiesta a nivel de mercado como caída de la tasa de ganancia.

²²⁴ El aumento de la productividad del trabajo, reduciendo los costos de producción, genera una mayor cantidad de valores de uso ostentando el mismo valor social; mientras que conlleva un aumento en la tasa de plusvalía sólo en caso que permita una desvalorización generalizada del trabajo. La precondition es que la reducción del valor de las mercancías incida en bienes necesarios a la reproducción de la fuerza trabajo –aunque el nivel de salario permanezca igual e incluso aumente, tanto en términos nominales, como reales. Cfr. Marini, “Plusvalía extraordinaria y acumulación de capital”. El hecho que la situación social del trabajador permanezca igual, o incluso mejore, en términos absolutos, hace de la extracción de plusvalía relativa un instrumento esencial para encauzar la lucha económica entre límites que no amenacen la reproducción del sistema. No sólo la demanda del trabajo por una mayor participación en el plusproducto puede ser satisfecha según proporciones que, hasta ciertos límites, no alteran la escala social correspondiente al crecimiento de la plusvalía, sino también el estrecharse de estos límites, teniendo un carácter relativo y no absoluto, tiende a permanecer inmediatamente invisible al trabajo.

²²⁵ El incremento de la magnitud extensiva o intensiva del trabajo, no reduciendo los costos de producción, conlleva una cantidad mayor de valor social en búsqueda de realización. Al mismo tiempo, porque implica un aumento en el valor del trabajo, a una mayor explotación no corresponde un aumento paralelo de la tasa de plusvalía, siendo condición necesaria que el trabajador se remunere por debajo de su valor, es decir, sea objeto de superexplotación. Ambos factores llevan así implícitos, en caso de una economía cerrada, problemas de realización. Cfr. Marini, “Plusvalía extraordinaria y acumulación de capital”.

²²⁶ Jorge Tula, ensayo citado.

²²⁷ Bolívar Echeverría, *El discurso crítico de Marx*.

²²⁸ Bolívar Echeverría, *ibídem*.

²²⁹ Bolívar Echeverría, *ibíd.*

²³⁰ Jorge Tula, *ibíd.*

²³¹ Bolívar Echeverría, *ibíd.*

²³² Antonio Labriola, *La concepción materialista de la historia*, Ediciones el Caballito, México, 1973.

²³³ Jorge Tula, *ibíd.*

²³⁴ Marx, *Grundrisse*, vol. I, 227–234 [592–598].

²³⁵ “El capital mismo es la contradicción ya que constantemente procura suprimir *el tiempo de trabajo necesario* [...] pero el *tiempo de plustrabajo* sólo existe antitéticamente, sólo en antítesis con el tiempo de trabajo necesario, por cuanto el capital pone el tiempo de trabajo necesario, como *necesario* para la condición de su reproducción y valorización”. Marx, *Grundrisse*, vol. II pág. 35 [441], cursivo de Marx.

²³⁶ José Aricó, obra citada, p. 213.

²³⁷ Se trata de una ley de doble filo, el aumento de la composición orgánica implicando, por un lado, el incremento de la masa absoluta de excedente y, por el otro, su retroceso relativo respecto al valor del capital social. El proceso capitalista de acumulación, fundamentado en el incremento generalizado de la productividad social, “se encarga de producir para el capital de la sociedad una masa de ganancia creciente y una cuota de ganancia decreciente”. Marx, *El Capital*, vol. III, cap. XIII.

²³⁸ Es decir, sobre la masa de ganancia. El capital tiende a desarrollarse en proporciones tales que compensar su rentabilidad decreciente a través de un aumento de la masa de ganancia superior conlleva el decrecimiento de su cuota o tasa. Sin embargo, con el desarrollo de la productividad social bajo condiciones de producción capitalistas, el aumento de la tasa de plusvalía (pl/v) tiende a ser acompañado, dada la propensión a emplear una siempre menor fuerza trabajo, por la creciente disminución de su masa y, consecuentemente, de la tasa de ganancia (pl/v + c). La acumulación acelerada y, con ésta, los procedimientos encaminados a producir plusvalía relativa, conlleva la imposibilidad para este excedente absoluto de actuar, a largo plazo, como contratendencia a su disminución relativa: las dos propensiones terminan por concordar hacia la merma.

²³⁹ Marx, *Grundrisse*, vol. I, pág. 375 [324], cursivo de Marx.

²⁴⁰ En el capítulo XIV del vol. III de *El Capital*, Marx considera:

. el incremento de la cuota de plusvalía, absoluta y relativa, sin alteración de la composición orgánica, principalmente a través de la extensión de la jornada laboral y de su intensidad, así como de la reducción del trabajo por debajo de su valor, mecanismos todos que se desarrollan plenamente, subraya Marx, con la gran industria y la competencia;

. la disminución relativa del valor de los medios de producción respecto al incremento de su masa, misma consecuencia de la mayor productividad del trabajo social;

. la formación de una fuerza trabajo excedente respecto a las necesidades de valorización de los sectores más avanzados –una superpoblación relativa, cuya abundancia y baratura permite la persistencia de sectores donde el predominio del elemento trabajo permite una masa de ganancia elevada, que queda redistribuida a través del mecanismo de mercado;

. el mercado mundial, producto del régimen capitalista, expansión que permite al capital invertido en el comercio exterior obtener ganancias extraordinarias sobre la base de su mayor productividad; mecanismo que coadyuva la transferencia de valor hacia los países de capitalismo avanzado vía el intercambio desigual y la inversión extranjera directa;

. en fin, el desarrollo del capital financiero, consecuencia de la acumulación acelerada de excedente, parte del cual, una vez invertido en empresas accionarias, mismas caracterizadas por la mayor proporción de capital constante respecto al variable, arroja exclusivamente los dividendos, no incidiendo, de esta forma, en la tendencia a la caída de la tasa de ganancia.

²⁴¹ Cfr. Harvey, *El nuevo imperialismo*, Akal, Madrid, 2004, p. 79. En el centro, la categoría de sobreacumulación permitió re-conceptualizar el imperialismo como instrumento a través del cual el capitalismo altamente desarrollado y, como tal, sufocado por niveles insuficientes de valorización, encuentra en la inversión extranjera directa, por su baja composición orgánica y alta componente de trabajo, la posibilidad de realizar ganancias extraordinarias por medio de las cuales compensar sus propias debilidades internas. La articulación metrópoli-colonia, ya elevada por Luxemburgo a rango de necesidad para la reproducción del capital, no dependía, vale decir, de cuestiones de realización del plusvalor, sino de la necesidad de producir un plusvalor adicional capaz de compensar la tendencia a la caída de la tasa de ganancia en el centro.

²⁴² Milton Santos, *De la totalidad al lugar*, cap. I.

²⁴³ José Gandarilla, *El presente como historia*.

²⁴⁴ Suzanne de Brunhoff, *Estado y capital*.

²⁴⁵ Marx, *Grundrisse*, vol. I, pág. 211 [181].

²⁴⁶ Marx, *Grundrisse*, vol. I, pág. 216 [186], cursivo de Marx.

²⁴⁷ “En este acto de intercambio está puesta la separación de trabajo y propiedad en el producto de trabajo, de trabajo y riqueza.” Marx, *Grundrisse*, vol. I, pág. 248 [214].

²⁴⁸ Marx, *Grundrisse*, vol. I, p. 226 [194].

²⁴⁹ Marx, *Grundrisse*, vol. I, p. 211 [182], cursiva de Marx.

²⁵⁰ Marx, *Grundrisse*, vol. I, p. 226 [194].

²⁵¹ Marx, *Grundrisse*, vol. II, p. 33 [440].

²⁵² Marx, *Grundrisse*, vol. II, p. 3 [415].

²⁵³ El punto central es que, si esta separación originaria obtiene con el capital la forma por medio de la cual moverse, se reproduce, como veremos en brevedad, al nivel superior de contradicción interna “El elipse es una de las formas de movimiento en las cuales aquella contradicción se realiza y al mismo tiempo se resuelve”. Marx, *Il Capitale*, vol. 1, p. 136, traducción mía del italiano.

²⁵⁴ Marx, *Grundrisse*, vol. I, p. 360 [311].

²⁵⁵ La expresión es de David Harvey, *Los límites del capitalismo y la teoría marxista*, p. 378.

²⁵⁶ Milton Santos, *De la totalidad al lugar*.

²⁵⁷ Base sobre la cual opera la división internacional del trabajo, cuya contrapartida es, a su vez, la ampliación del mercado mundial. Ruy Mauro Marini, “Dialéctica de la dependencia”, (re-edición del 1991) en *América Latina, dependencia y globalización*, Ruy Mauro Marini, *Antología*, Clacso, Buenos Aires, 2008, p. 121.

²⁵⁸ Marx, *Grundrisse*, vol. II, p. 25 [433].

²⁵⁹ David Harvey *La produção capitalista do espaço*, Annablume editora, Sao Paulo, 2006, cap. II. La cita es de Marx, *Grundrisse*, vol. I, p. 356 [308]. La reproducción del capital como reproducción necesariamente ampliada es examinada por Marx en la sección *Del proceso de producción al proceso de circulación*, pp. 353–377 [305–326].

²⁶⁰ Marx, *Grundrisse*, vol. II, p. 24 [432], las reflexiones que siguen, todas relativas al espacio como barrera externa, pertenecen a la parte de los *Grundrisse* relativa a los costos de circulación, vol. II, pp. 12–42 [423–447].

²⁶¹ Marx, *Grundrisse*, vol. II, p. 31 [438].

²⁶² Las reflexiones que siguen son extraídas del capítulo XII de *Los límites del capitalismo y la teoría marxista*, aquél donde Harvey considera la producción de la configuración geográfica del capitalismo centrándose en las necesidades espaciales del capital según la forma por él asumida en su ciclo de reproducción.

²⁶³ La regulación, vía la competencia intercapitalista, del trabajo socialmente necesario.

²⁶⁴ Una versión espacial, subraya Harvey, de la tendencia a la caída de la tasa de ganancia.

²⁶⁵ El mismo capital crea las condiciones para contrarrestar la tendencia a la caída de la tasa de ganancia, entre las cuales, insistimos, la configuración del espacio desigual y combinado.

²⁶⁶ Es decir: 1. de la teoría burguesa de la localización, perspectiva que construye la relación espacio-capital a partir de una lectura apologética de este último; 2. de la lectura marxista del equilibrio espacial como origen de un inevitable derrumbe. Perspectivas ambas que consideran el espacio y el capital como dos realidades externas la una a la otra.

²⁶⁷ Ruy Mauro Marini, “Dialéctica de la dependencia”, p. 121.

²⁶⁸ Quiero expresar mi gratitud a Fernando Correa Prado, conocedor de la teoría de la dependencia, por las discusiones en la Biblioteca Central de la UNAM.

²⁶⁹ Vania Bambirra, *El capitalismo dependiente*.

²⁷⁰ Milton Santos *De la totalidad al lugar*.

²⁷¹ Milton Santos, *ibíd.*, p. 50.

²⁷² Milton Santos, *ibíd.*, p. 58.

²⁷³ Las citas son respectivamente de: Milton Santos, *De la totalidad al lugar*, cap. 2 y, del mismo autor, *Pensando o Espaço do Homem*, Edusp, Sao Paulo, 2007, epígrafe inicial.

²⁷⁴ Milton Santos, *De la totalidad al lugar*, p. 48.

²⁷⁵ Milton Santos, *De la totalidad al lugar*.

²⁷⁶ Ruy Mauro Marini, “Dialéctica de la dependencia” y Milton Santos, *De la totalidad al lugar*.

²⁷⁷ Milton Santos, *Metamorfoses do espaço habitado*, p. 46.

²⁷⁸ Ruy Mauro Marini, “Dialéctica de la dependencia”.

²⁷⁹ Tanto la periodización de Santos como la de Marini fueron pensadas antes de la plena consolidación del viraje neoliberal, cuando la economía latinoamericana se encontraba en los umbrales de la economía secundaria de exportación con alta presencia del capital extranjero, fase que ambos autores consideran como un tercer período del desarrollo capitalista dependiente. Sin embargo, debido a la preponderancia atribuida por Santos al desarrollo de las fuerzas productivas, y a una conceptualización de la modernidad centrada en los procesos de modernización productiva, dicho autor ficha el cambio a partir de la segunda

guerra mundial y la correspondiente revolución tecnológica, mientras que Marini, cuya reflexión se centra en las relaciones sociales de producción, lo coloca a finales de los años setenta, considerándolo resultado de las contradicciones internas al proceso de industrialización por substitución de importaciones y preludio a una cuarta fase, la actual, misma que Marini no logró examinar, aquella relativa al dominio de la forma financiera de capital y re-primarización de la economía latinoamericana. La periodización de Santos divide la modernidad capitalista en tres periodos: desde finales del siglo XV hasta mitad del siglo XVIII –revolución comercial– desde aquí y, en particular, desde la segunda mitad del siglo XIX hasta la segunda mitad del XX –revolución industrial– y un tercer periodo, iniciado después del segundo conflicto bélico –revolución tecnológica. La periodización de Marini difiere en la caracterización del tercer periodo, cuyo inicio es anticipado a la crisis del 29 y cuyas contradicciones a finales de los sesentas.

²⁸⁰ De aquí en adelante, nuestra recuperación del carácter dependiente del capitalismo latinoamericano y de su configuración histórica sigue las reflexiones de Marini elucidadas en el ensayo “Dialéctica de la dependencia”.

²⁸¹ Marx, *Grundrisse*, vol. I, p. 225 [194].

²⁸² Marx, *Grundrisse*, vol. I, p. 232 [199].

²⁸³ Marx, *Grundrisse*, vol. I, p. 235 [203].

²⁸⁴ Marx, *Grundrisse*, vol. I, p. 243 [210].

²⁸⁵ En este sentido: “el capital es ambas determinaciones a la vez y a la vez la relación de ambas entre sí.” Marx, *Grundrisse*, vol. I, p. 242 [215].

²⁸⁶ Esto a diferencia del dinero, forma valor que abstrae del contenido, el valor de uso, y, por medio de la cual, cada elemento de la relación existe solamente en la forma del otro como valor de cambio. Así como el dinero, igualmente el capital es la mediación a través de la cual la antítesis entre dos formas de existencia del valor queda superada, en este caso a través del consumo productivo de ambos, para su reproducción conjunta como producto: “es en el proceso de esta diferenciación y de la eliminación y superación de la misma, donde el capital mismo se transforma en proceso”. Marx, *Grundrisse*, vol. I, p. 238 [206].

²⁸⁷ La producción capitalista, dirá Marx, no es producción sin más ni más, sino consiste en el modo específico en el cual los elementos de la producción se relacionan con el proceso productivo, y, por lo tanto, entre sí. Desde el punto de vista del contenido, el capital es la relación entre sus supuestos materiales –medios de producción y capacidad de trabajo–, por medio de la cual el valor objetivado en ambos queda simplemente conservado en la unidad del producto. Capital y trabajo cumplen aquí la misma función social, desapareciendo en su contraposición. Es el punto de vista del capital, donde el énfasis exclusivo en el aspecto material del proceso productivo esconde el “ser” del capital como relación social. Haciendo desaparecer del cuadro la explotación, el capital, aquí fetichizado en medio de producción, queda elevado a elemento imprescindible para toda producción.

²⁸⁸ Siendo este último el único elemento de la producción que experimenta una modificación de valor; desde aquí la categoría de *capital variable*, mientras que la de *capital constante* es la negación, en Marx, de la apologética burguesa de la ganancia como recompensa al capital por sus servicios productivos.

²⁸⁹ Como ya vimos, el aumento de la productividad a través de la transformación de las condiciones técnicas de producción permite la transferencia, a través del intercambio de mercado, de plusvalor social desde los sectores de menor a los de mayor desarrollo relativo, la posibilidad de ganancia extraordinaria impulsando la generalización social de una mayor productividad. Dejado a sí mismo, sin embargo, el uniformarse la tasa de productividad llevaría solamente a un aumento de la masa de productos lanzada al mercado, sin una paralela disminución de la masa de valor, lo que provocaría una disminución del valor social de la unidad de producto y, con ésta, una disminución del valor realizado, de la masa de ganancia. Cfr. Ruy Mauro Marini, “Dialéctica de la dependencia”.

²⁹⁰ Ruy Mauro Marini, *ibíd.*, p. 137.

²⁹¹ Debido al control del centro sobre la producción manufacturera, ella misma ausente o de temprano desarrollo en los países periféricos latinoamericanos.

²⁹² En la industria extractiva y la agricultura el aumento en el empleo de fuerza de trabajo no implica, a diferencia de la actividad industrial, un necesario aumento en la componente constante de capital, con lo que, es posible, a través de una mayor explotación extensiva e intensiva del trabajo, un aumento de la tasa de plusvalía paralelo a la de la tasa de ganancia. Cfr. Ruy Mauro Marini, *ibíd.*, p. 126.

²⁹³ Cuando entendemos por esta última una remuneración del trabajo por debajo de su valor real, un régimen de acumulación centrado en la extracción de plusvalía absoluta, en el incremento, vale decir, de la explotación por prolongación clásica de la jornada de trabajo, por su intensificación o por reducción del consumo más allá de los límites de la subsistencia, y, en general, por combinación de esos procedimientos. Un proceso endógeno a través del cual la clase capitalista que opera en el país de menor desarrollo relativo compensa, a nivel de la producción interna, la pérdida de plusvalía a nivel exógeno, la

derivada, es decir, del intercambio, en la esfera del mercado mundial, con países de desarrollo avanzado. Un instrumento de compensación que configura un “modo de producción fundado exclusivamente en la mayor explotación del trabajador, y no en el desarrollo de su capacidad productiva”, mismo consecuente con un bajo nivel de productividad social que, permitiendo mantener una baja composición orgánica, permite, a partir de la superexplotación, un aumento reiterado tanto de la tasa de ganancia como de la tasa de plusvalía. Cfr. Marini, *Dialéctica de la dependencia*, citación de p. 126.

²⁹⁴ Donde el trabajador solamente interviene en el consumo productivo, es decir, en la generación de plusvalía, y no en el consumo, en su realización.

²⁹⁵ Con la crisis del capitalismo mundial del 1929, el consecuente declive de la tasa de acumulación en el centro y la imposibilidad periférica de sostener la acumulación interna sobre la base del sector primario exportador.

²⁹⁶ La posibilidad de obtener medios de subsistencia a bajo costo desde el exterior impulsó, como vimos, la especialización del capitalismo central en el sector secundario, al mismo tiempo que los límites endémicos de realización que presenta una producción industrial suntuaria impulsaron la conversión de los bienes de lujo en bienes de consumo popular. Los medios de subsistencia fueron así incluidos como elementos de la componente variable de capital, lo que implicó volcar el incremento de la productividad hacia una desvalorización relativa del trabajo que permitiera la acumulación. La consecuente expansión de la esfera superior quedó así anclada en la transformación, en sentido progresivo, de las condiciones de reproducción de la baja, no verificándose aquella ruptura, propia de la economía periférica, entre los dos espacios de reproducción social. Cfr. Ruy Mauro Marini, *ibíd.*

²⁹⁷ En una primera fase gracias a la existencia de una demanda superior a la media, en una segunda, en situación de equilibrio de mercado, cuando, dada la crisis del comercio mundial propia de la época y el proteccionismo, el sector industrial gozará de una situación monopólica que, aunada al desempleo generado por la crisis del sector exportador, y la consecuente posibilidad de presionar los salarios hacia la baja, coadyuvará la obtención de enormes niveles de ganancia. Esto últimos, aumentando tanto el consumo suntuario como el de los sectores medios, cuyos ingresos se derivan de la plusvalía, permitirán, por un lado, eludir la necesidad de ampliar el consumo popular y, por el otro, conllevarán la absorción de grandes masas de trabajo que, aunada al aumento de la magnitud de su explotación extensiva e intensiva, provocará un enorme concentración de capital en el sector industrial. Ruy Mauro Marini, *ibíd.*

²⁹⁸ Cuyo ingreso, explica Marini, se contabilizaba en términos monetarios, permitiendo así circunvenir la brecha entre la balanza de pago y la disponibilidad de divisas. Cfr. Ruy Mauro Marini, “Procesos y tendencia de la globalización capitalista”, (1996), en *América Latina, dependencia y globalización*, Ruy Mauro Marini, *Antología*, Clacso, Buenos Aires, 2008, p. 250.

²⁹⁹ Ruy Mauro Marini, *Dialéctica de la dependencia*, p. 146.

³⁰⁰ El término es de Milton Santos, *O espaço dividido*. Edusp, Sao Paulo, 2008.

³⁰¹ Centrándose en la ampliación del aparato burocrático, las subvenciones productivas y el financiamiento del consumo suntuario. Marini, *Dialéctica de la dependencia*, p. 147

³⁰² Formas fundamentadas, insistimos, en la intensificación y prolongación de la jornada de trabajo (aumentando el tiempo de trabajo vivo) y en la remuneración del trabajo necesario por debajo de su valor (reduciendo el precio de la fuerza trabajo por debajo de su valor). En el primer caso el tiempo de trabajo necesario se mantiene constante y el que tiende a aumentar, en términos absolutos, es el tiempo de trabajo excedente. Es aquí posible que la repartición del mayor plusproducto se mantenga bajo las mismas proporciones y ambas partes, tanto el plusvalor como el salario, aumenten como medidas absolutas; una posibilidad que, como atestan los contenidos de las luchas históricas del movimiento obrero, el capital niega en condiciones de bajo desarrollo productivo. Como subraya Marini: “[...] el afán de ganancia se vuelve tanto más desenfrenado cuanto más atrasado es el modo de producción existente”. En el segundo caso, el aumento del plusvalor implica la apropiación capitalista de una parte del trabajo necesario, lo que se obtiene a través de una disminución absoluta del salario, mecanismo que presupone no sólo una baja competitividad del capital, sino también una correlación de fuerzas históricas extremadamente desfavorable para la clase trabajadora. Las tres posibilidades implican todas la superexplotación del trabajo, las primeras dos por llevarlo al agotamiento prematuro, la tercera por impedirle la reproducción inmediata. Cfr. Ruy Mauro Marini, “Dialéctica de la dependencia”, citación de p. 127.

³⁰³ Y prescindiendo de las especificidades nacionales debidas a particulares condicionamientos históricos. De hecho, habría que distinguir entre los países que experimentaron un proceso de temprana industrialización, México, Argentina, Brasil, y los restantes de industrialización tardía. Ver a ese respecto, Vania Bambirra, *El capitalismo dependiente latinoamericano*. Sin embargo, como argumenta Marini, en el primer caso se trató de una industrialización complementaria y, por lo tanto, subordinada a la economía primaria exportadora, con lo que, también para dichos países fue solamente después de la crisis del 1929

que el eje de la acumulación se desplazó hacia el sector secundario. Cfr. Ruy Mauro Marini, “Dialéctica de la dependencia”.

³⁰⁴ La siguiente reconstrucción de la configuración capitalista del espacio urbano latinoamericano sigue el análisis desarrollado por Milton Santos, en particular, en sus textos: *De la totalidad al lugar*, o *Espaço dividido* y *Metamorfoses do espaço habitado*.

³⁰⁵ Tanto de productos de origen colonial, como el azúcar, al tabaco y el algodón, como de nuevos, cuales el café, el cacao, el trigo y el ganado, y aquellos minerales que sustituyen la paulatinamente agotada explotación de plata y oro, la primera propia de los siglos XVI y XVII y la segunda del siglo XVIII, en este último caso verificándose la coincidencia entre el descubrimiento del oro brasileño y el auge manufacturero inglés. Cfr. Milton Santos *O espaço dividido* y Ruy Mauro Marini, “Dialéctica de la dependencia”.

³⁰⁶ Un proceso de desvalorización absoluta del trabajo que presupone la elasticidad de la oferta de mano de obra, es decir, la presencia de un enorme ejército industrial de reserva. Una precondition histórica satisfecida y reproducida en América Latina: en la fase colonial y primario exportadora por la población originaria y los flujos migratorios de mano de obra descalificada, misma desplazada por el desarrollo industrial europeo; en la industrial por la masa popular concentrada por lo que veremos ser el circuito inferior de la economía urbana. Cfr. Ruy Mauro Marini, *ibíd.*

³⁰⁷ En varios casos aquellas aglomeraciones portuarias que serán elevadas al vértice del capitales de naciones ahora formalmente independientes, mismas que necesitaron de la articulación espacial interna para conformar la unidad político-administrativa del Estado.

³⁰⁸ El término es de Milton Santos, *O espaço dividido*, p. 83.

³⁰⁹ El cual constituye el vértice de aquella cadena de intermediarios que articula el circuito superior con el inferior, donde el comercio de menudeo es de mercancías entregadas a crédito por parte del comerciante mayorista. Una articulación en la esfera de la circulación que conforma el circuito inferior como válvula de escape para problemas de realización internos al superior.

³¹⁰ La primacía urbana, insiste Santos: “tiene que ser entendida a la luz de las realidades históricas que llevaron a una acumulación en un punto del territorio, esta selectividad encontrándose al origen de nuevas instalaciones y nuevas acumulaciones”. Milton Santos, *O espaço dividido*, p. 309.

³¹¹ El fenómeno metropolitano no existía en América Latina antes del proceso de modernización industrial, las grandes aglomeraciones de los siglos precedentes, las cuales irradiaban su área de influencia sobre un vasto territorio, no estaban constituyendo un sistema auto-sustentado de producción y consumo. Si la entrada en el sistema de sustitución de importaciones implicó, para los países latinoamericanos de temprana industrialización, caracterizados por la presencia histórica de grandes centros urbanos, la conversión de estos últimos en megalópolis, los restantes países, caracterizados por un débil proceso de urbanización histórica, entraron a la fase industrial vía la brusca conformación de ciudades de grandes dimensiones. Milton Santos, *O espaço dividido*.

³¹² Marx, *Grundrisse*, vol. I, p. 411 [354].

³¹³ Marx, *Grundrisse*, vol. II, p. 217 [583].

³¹⁴ Marx, *Grundrisse*, vol. II, p. 4 [416].

³¹⁵ Cuando por *inercia dinámica* hay que entender la misma calidad del espacio como forma, como resultado objetivo del proceso histórico que, en su propia calidad material de producto es, al mismo tiempo, condición de este proceso y de su desarrollo. Cfr. Milton Santos, *De la Totalidad al lugar*, p. 35 y Antonio Carlos Robert Moraes y Wenderley Messias da Costa, *Geografía crítica, la valorización del espacio*, Ítaca, México, 2009, cap. 8.

³¹⁶ David Harvey, *Los límites del capitalismo y la teoría marxista*, p. 389.

³¹⁷ David Harvey, *Los límites del capitalismo y la teoría marxista*, p. 428.

³¹⁸ Marx, *Grundrisse*, vol. II, p. 24 [432], cursivo de Marx.

³¹⁹ Marx, *Grundrisse*, vol. II, *ibíd.*

³²⁰ Marx, *Grundrisse*, vol. II, p. 19 [428].

³²¹ Cuyo terreno de prueba fue, esencialmente, el sector de los ferrocarriles Cfr. David Harvey, *Los límites del capitalismo y la teoría marxista*, cap. V.

³²² David Harvey, *Los límites del capitalismo y la teoría marxista*, p. 258. Fueron Suzanne de Brunhoff y Román Rosdolsky los que evidenciaron el análisis del dinero como núcleo del tratamiento marxiano del capital financiero, una perspectiva recuperada por Harvey en su obra teórica fundamental (capítulo IX). Brunhoff, en particular, centró sus esfuerzos en demostrar como las contradicciones de la forma valor-dinero, propia de la circulación mercantil, se despliegan, y aparecen como fenómenos monetarios, en la circulación de capital, asumiendo, sin embargo, bajo condiciones de producción capitalista, su propia especificidad, ella misma debida a la función social del crédito “hijo de la producción capitalista y de la circulación monetaria”. Cfr. Suzanne de Brunhoff, *Teoría marxista de la moneda*, p. 22.

³²³ El medio de pago expresa un nexo social que ha quedado cosificado, con la contracción de una deuda, antes del movimiento de la circulación misma. Se trata del dinero en su tercera determinación, aquella en la cual, de *perpetuum mobil* a servicio de la circulación de la riqueza real, la mediación ha alcanzado la autonomización, la de dinero como dinero, dinero como fin absoluto, cuya mediación es ahora la circulación de mercancías y cuya finalidad es la del propio incremento cuantitativo y abstracto.

³²⁴ A diferencia del proceso de monetarización de las obligaciones privadas (letras de cambio), función bancaria cuyo beneficio reside en la tasa de descuento, las relaciones de crédito negociables en el mercado de capitales son títulos de propiedad que garantizan a los inversionistas el derecho a una participación en la plusvalía (acciones) o renta futura (bonos del Estado), ambos determinados por la tasa de interés. La circulación de tales derechos constituye el mercado de valores, a entenderse, por este último, un espacio de valorización regulado por instituciones financieras especializadas y cuyo carácter es siempre ficticio, independientemente de que el capital del cual los títulos son duplicados sea real o ilusorio. El primero es el caso de los títulos emitidos por corporaciones organizadas según el principio de la sociedad por acciones, títulos que tienen un valor nominal, el gastado al momento de la adquisición, y un valor de mercado, el derivado de su capitalización a la tasa actual de interés. El segundo es el caso de los títulos de deuda pública, cuyo principal representa un capital ya gastado y cuyo movimiento responde a la constante necesidad social de financiamiento del Estado, a cambio del cual éste concede una renta pre-establecida sobre las entradas fiscales futuras. La capitalización de las acciones refleja una expectativa de valorización que, dependiendo de la tasa de interés, y esta última de la oferta y demanda de capital dinero, puede variar en forma totalmente independiente de la efectiva capacidad de la empresa de producir plusvalía, mientras que, en el caso de la deuda pública, la relación entre el precio de mercado de los títulos y el valor real que representan es todavía más frágil, dependiendo el primero de las expectativas relativas a la capacidad del Estado de gravar con impuestos aquella producción de plusvalía que el mismo puede contribuir a crear, directamente, en caso que la producción privada sea subsidiada, o indirectamente, a través de la inversión pública en gastos infraestructurales o sociales. Como subraya Harvey, dado que todo derecho de propiedad puede comercializarse, hay tantas clases de capital ficticio como hay formas de propiedad privada, lo que las socializa es la posibilidad de la especulación, a entenderse, por la misma, la autonomización del movimiento de mercado de cada forma –créditos, acciones, fondos del Estado– del movimiento real de acumulación, proceso que altera la relación entre valores ficticios y valores reales. Hay que subrayar que, entre la multiplicidad de intermediarios financieros propios del capitalismo, los bancos ocupan el lugar central, por combinar funciones monetarias y financieras. La creación del sistema bancario correspondió a la función histórica de concentrar y movilizar una proporción, cada vez mayor con el desarrollo capitalista, de los recursos inactivos de la entera sociedad para así asegurar la reubicación de las corrientes de capital dinero necesarias a la acumulación reiterada de plusvalía. Una función ejercitada por medio de la moneda de crédito, instrumento gracias al cual el banco ejercita la capacidad de crear crédito sin restricciones, sustituyendo la corriente privada de medios de pago por su propio dinero y creando artificialmente sus depósitos a partir de los créditos concedidos, sin necesidad, por lo tanto, de mantener una reserva adecuada de sustancia de valor. Proceso por medio del cual, el dinero bancario, prestable como capital dinero, queda convertido en capital ficticio. Desde aquí, con excepción de sus reservas monetarias, la mayor parte del capital de préstamo en manos de los bancos, núcleo principal de la financiación capitalista, tiende a volverse ficticio, hallándose paulatinamente formado por títulos de la deuda pública y acciones; una tendencia que lleva en sí la amenaza para la calidad del dinero en circulación y que se ha agudizado con la concesión a los bancos de depósitos de participar directamente en el comercio de títulos, tarea, hasta principios de los años noventa, exclusiva de instituciones especializadas en el mercado de capitales. Un proceso de financiarización, el de los bancos, que atestigua la creciente desarticulación del crédito de la esfera productiva. Cfr. David Harvey, *Los límites del capitalismo y la teoría marxista* y Suzanne de Brunhoff obras citadas.

³²⁵ La cual, exactamente en calidad de plusvalor materializado y espacializado en un valor de uso de tardía realización, se erige en barrera contra de la reiterada acumulación de plusvalor. Cfr. David Harvey, *Los límites del capitalismo y la teoría marxista*, cap. IX.

³²⁶ Seguimos a Román Rosdolsky en considerar que en los *Grundrisse* Marx ya había sentado las bases teórico-históricas de su obra magna, *El Capital*, incluidas las relativas al capital financiero. Los *Grundrisse* constituyen, de hecho, el manuscrito del primero de los seis libros, el Libro del Capital. Este mismo, según las intenciones de Marx del 1857, quedaba repartido en tres secciones: I. el capital en general (1. producción de capital; 2. circulación de capital; 3. ganancia e interés); II. la competencia y III. el sistema crediticio y capital accionario. Ahora, tanto en el plan de los seis libros, como en la estructura originaria del Libro del Capital y en la estructura definitiva de la obra magna de *El Capital*, el capital como crédito y el capital por acciones ocupan las últimas etapas de concreción. Como menciona el mismo

Marx en el plan del Libro del Capital, las formas propias del capital como dinero –sistema crediticio y capital accionario– constituían una “singularidad” a ser desarrollada después de haber pasado del estudio de la “universalidad” de la relación de capital al estudio de la “particularidad” de los capitales. Reminiscencia hegeliana, el plano de la universalidad es el del ser más abstracto y general, que se manifiesta en los planos sucesivos de concreción y sin la comprensión inicial del cual estos mismos resultarían ininteligibles. Sin embargo, lo que en Hegel es realización progresivo-lineal de lo abstracto en la historia, es en Marx un camino de ida y vuelta donde lo abstracto existe solamente en la historia. Por lo tanto, el punto de vista del universal tenía que ser, al mismo tiempo, una forma de existencia concreta del capital. Por esta misma razón, ya en los *Grundrisse*, donde el punto de vista es el del capital en general, el “ser” de la forma financiera es reconocido y explicitado como existencia singular de lo abstracto, una elección que deriva, parafraseando a Rosdolsky, de las alturas de la abstracción que escaló Marx. Como es sabido, el plan original del Libro del Capital (*Grundrisse* [186]) cederá lugar, a una estructuración tripartida con la cual la obra de Marx asumirá su forma definitiva: un primer tomo sobre el proceso de producción de capital; un segundo sobre el de su circulación y un tercero sobre el proceso global de la producción capitalista. Los *Grundrisse*, repetimos, adoptan solamente el punto de vista del capital en general (I. 1–3). No se trata de una limitación, sino de la adhesión de Marx a su propio método y, con éste, a un plan que permitiera mostrar la repetida síntesis de los componentes más generales y abstractos en peldaños sucesivos de concreción, y que, por lo tanto, implicaba excluir, en un inicio, las formas concretas para después develarlas como derivaciones histórico-lógicas de una determinación formal, el capital, cuyo proceso de desarrollo aspira hacia la totalidad. Una vez lograda la comprensión de la relación de capital, aquellos temas inicialmente pensados como secciones independientes fueron así reincorporados como contenidos en la nueva estructura. Es este el caso de los temas relativos al trabajo y a la propiedad de la tierra, redistribuidos, respetivamente, en el volumen I y en el III (recopilado por Engels). Relativamente a los temas a tratar en los últimos cuatro libros, si no conscientemente abandonados, fueron reservados a una prosecución, nunca realizada por parte de Marx, de su propia obra. Al mismo tiempo, solo una vez descubierto el “ser” del capital como extracción de plusvalor fue posible para Marx regresar al plano de la circulación para así demostrar las barreras inmanentes a la reproducción del capital. Como subraya Rosdolsky, desde el punto de vista del capital en general, los temas de la producción y circulación habían ya sido plenamente desarrollados en los *Grundrisse* (I. 1–3), lo cual muestra una amplia correspondencia entre este manuscrito y los primeros dos volúmenes de *El Capital* –quedando así demostrado como el plan esbozado en el 1857 corresponda al plan de su obra definitiva. Las cosas resultan distintas respecto al volumen III, en el cual el análisis de Marx abandona el punto de vista del capital para asumir el de la multiplicidad de capitales y la competencia, el plano de la particularidad. Es antes de este viraje, de hecho, que se interrumpe el Manuscrito del 1857. Las últimas sesiones del Libro I, vale decir, los temas de la competencia, del sistema crediticio y del capital accionario, quedarán insertados, y en el mismo orden originariamente previsto, solamente en el III volumen de *El Capital*. Cfr. Román Rosdolsky, obra citada, primer capítulo. (En los *Grundrisse* se encuentran cuatro versiones del plan originario de Marx, de las cuales, en las primeras tres, [28–29], [138–139] y [175], Marx esboza la totalidad de su investigación, mientras en el cuarto plan [186] se refiere específicamente al Libro del Capital).

³²⁷ Marx, *Grundrisse*, vol. I, pp. 409–410 [353].

³²⁸ Marx, *Grundrisse*, vol. II, p. 19 [428].

³²⁹ Marx, *El Capital*, vol. III, p. 197.

³³⁰ Proceso por medio del cual la misma producción aparece como simple proceso de trabajo, desapareciendo en su especificidad de relación social históricamente determinada: por un lado, el capitalista productivo, separado de la propiedad, percibe su propia ganancia como independiente de la propiedad y resultado de su propia actividad, por el otro, bajo forma de interés, la propiedad aparece como capacidad intrínseca a la naturaleza misma del capital de producir plusvalor.

³³¹ Marx, *Grundrisse*, vol. I, pág. 411 [355] y 232 [200], cursivo de Marx.

³³² Esta es la tesis conclusiva desarrollada por Harvey en *Los límites del capitalismo y la teoría marxista*.

³³³ David Harvey, *ibíd.*, p. 238.

³³⁴ David Harvey, *ibíd.*, pp. 228–241.

³³⁵ David Harvey, *ibíd.*, pp. 410–411.

³³⁶ Jaime Osorio adopta el término de “patrón de reproducción”. Ambos corresponden a la forma históricamente dominante de capital en un determinado periodo histórico, es decir, a la forma por medio de la cual la unidad necesaria entre producción y circulación se concreta a nivel del mercado mundial, implicando la dialéctica centro-periferia: la reproducción de un espacio auto-centrado de reproducción, el eje articulador, y un espacio caracterizado por la separación entre las dos esferas y, como tal, subordinado al primero. Cfr. Jaime Osorio, “América Latina bajo el fuego de las grandes transformaciones económicas

y políticas”, en la revista *Medio siglo de transformaciones en América Latina*, número 37, UAM–Xochimilco, México, 2012. Preferimos el término “régimen” de reproducción o de acumulación por el énfasis que permite atribuir al marco institucional y político.

³³⁷ Si el precio expresa el valor de la mercancía particular por medio de su relación de intercambiabilidad con el dinero, mercancía universal, la relación inversa no es necesariamente válida. La contradicción valor de uso-valor de cambio propia de la forma mercancía se reproduce en el dinero como contradicción entre la forma equivalente de valor y la forma relativa, y esto porqué las funciones del dinero, medida y medio, lo llevan a encarnar, en el primer caso, el tiempo de trabajo socialmente necesario y, en el segundo, el tiempo de trabajo socialmente necesario por el cual, en un momento dado, puede efectivamente intercambiarse. Ahora, la no correspondencia temporal del segundo proceso respecto al primero no es otra cosa que el proceso mercantil de coordinación social *en fieri*, es decir, la divergencia precio-valor es una necesidad inmanente a la regulación descentralizada del trabajo social, misma que, a su vez, permite las funciones del papel moneda y el crédito. La moneda es el nombre atribuido a las partes alícuotas en las cuales la sustancia universal de valor, así reducida a unidad de cuenta, ha quedado subdividida por medio de una escala legalmente convalidada, el patrón de precios. Con la conversión del dinero en moneda el Estado adopta el papel de garante del equivalente universal, una función que puede ejercer enlazando o cortando la moneda con una sustancia universal de valor presupuesta: en el primer caso tenemos la moneda convertible, en el segundo la moneda de curso forzoso.

³³⁸ Para las reflexiones de Marx sobre las funciones del dinero y sus contradicciones cfr. *El Capital*, vol. I, capítulo tercero (edición italiana) y *Grundrisse*, vol. I, pp. 84–174 [84–147].

³³⁹ Lo que, a su vez, invalidaría su concepción una vez considerada la paulatina desmaterialización de la circulación monetaria. Proceso históricamente correspondiente al abandono del patrón oro después de la crisis del 1929 y concluido, en el 1971, con el abandono por parte del dólar de la convertibilidad. La desmaterialización del dinero mundial parecería haber dejado a la moneda inconvertible respaldada por el Estado un valor exclusivamente determinado por su cantidad, lo que, a su vez, implicaría una separación completa de las dos funciones, con el valor de la moneda exclusivamente determinado por la decisión de emisión del Banco Central. Según Brunhoff el monetarismo corresponde al persistente intento de la clase capitalista de ignorar la función de medida del dinero, para así presentarlo como simple instrumento de circulación, cuya cantidad determinaría su valor. Se trata de una perspectiva que, justificando una política monetaria restrictiva, permite legitimizar una política económica regresiva en desventaja del trabajo y a favor de la fracción dominante de capital, el poder social de la cual, actualmente ejercitado por intermediación financiera a nivel global, explica la substracción de los Bancos Centrales a mecanismos de control político de potencial acceso popular, cuyo espacio de intervención permanece limitado a la esfera nacional.

³⁴⁰ Podemos compartimentar la teoría burguesa del dinero en dos vertientes, cada una hegemónica en una fase histórica determinada del capitalismo reciente: la neoclásica, en cuya re-actualización monetarista radica la opción para la desregulación neoliberal, y la keynesiana, cimiento teórico de la expansión fordista. Los paradigmas no tienen origen en el vacío histórico, los virajes en política económica acaeciendo, en particular, en coyuntura de crisis. Para el monetarismo, cualquier incremento, por parte del Estado, de la oferta de masa monetaria conlleva la producción de fallas en el sistema de precio, desde aquí la obsesión neoliberal con el fenómeno de la inflación. Una representación inviable en las condiciones de desempleo generalizado, restricción de crédito y caída de los precios (deflación) posteriores a la crisis de los treinta, escenario de origen del keynesianismo, según el cual, presupuesta una demanda tendiente al rezago, la expansión monetaria constituye un instrumento de estímulo necesario. La validez de este último paradigma resultó, a su vez, mermada por la combinación de recesión generalizada y espiral inflacionaria (estanflación), propia de la crisis de los años setenta, misma que propulsó el regreso a los principios liberales más ortodoxos. El contexto de prevalencia de la ocupación, inflación generalizada y niveles de ganancias industriales en constante rebaja constituía el momento propicio para leer la crisis como producto de externalidades políticas que, una vez eliminadas, habrían permitido estimular los mermados niveles de ganancia. La causa del estancamiento quedaba así ideológicamente atribuida a la elección, por parte de la clase trabajadora, por un nivel de salario superior al consentido por la tasa de empleo “natural”, y, del lado estatal, por una política monetaria expansiva aceptada, en la fase de recuperación y auge del capitalismo post-bélico, como instrumento directo de política económica. El *dictat* neoliberal promulgó la necesidad del regreso de la sociedad política a los límites “neutrales” de garante de la libre competencia y de mecanismos deflacionarios necesarios para re-establecer la “neutralidad” del dinero. Para una reconstrucción crítica de la teoría monetaria y, en particular, del viraje neoliberal de los años setenta cfr. E.A. Brett, *International Money and Capitalist Crisis, the Anatomy of Global Disintegration*, Hainemann, London, 1983; Suzanne de Brunhoff, *Teoría marxista de la moneda; La política monetaria, un ensayo de interpretación marxista, y Estado y Capital*; François Chesnais

(coordinador), *La mundialización Financiera. Génesis costos y desafíos*, Editorial Losada, Buenos Aires, 1999 y David Harvey, *Los límites del capitalismo y la teoría marxista*.

³⁴¹ La desmaterialización del dinero es fenómeno inherente a la circulación, siendo esta última un proceso de metamorfosis continua que, subraya Marx, absorbe la existencia material del dinero por su existencia funcional. En calidad de signo de valor, de presencia formal y transitoria del dinero, la moneda permite, de hecho, el movimiento de una masa valor grandemente superior al valor expresado por la cantidad de numerario en circulación. Desde aquí la transformación del dinero en presencia nominal separada de su contenido real: el origen de los billetes de papel y del mismo crédito.

³⁴² David Harvey, *Los límites del capitalismo y la teoría marxista*, cap. X, p. 297.

³⁴³ Dichas instituciones ejercen la función social de disciplinar los agentes privados regulando la convalidación de la forma inferior de dinero por medio de su relación de intercambiabilidad con una superior. Así los bancos privados disciplinan a los capitalistas individuales a través de la relación de intercambiabilidad entre las acreencias privadas (letras de cambio) y la moneda bancaria. La calidad social de la moneda de crédito es a su vez determinada por su relación de intercambiabilidad con la moneda nacional, una función de convalidación ejercitada por el Banco Central, el cual disciplina los bancos privados por medio del control monopólico sobre la emisión de moneda. Un poder regulador que el Banco Central no ejerce en plena autonomía, sino en el marco del tipo de cambio con el extranjero, mismo que implica un patrón universal de valor, el dinero mundial, cúspide del sistema monetario. Despojada de sus formas locales, el dinero mundial expresa, en una forma particular vuelta autónoma, el valor que las riquezas nacionales particulares despliegan de forma relativa. Paralela a su función de medida internacional de valor, y exactamente porque encarna el valor en forma universalmente válida, la moneda mundial funciona, principalmente, para el saldo de la balanza de pagos, del cual depende el estado de la reserva nacional y, con éste, la tasa de cambio entre las distintas monedas. Cfr. Suzanne de Brunhoff, *Estado y Capital*.

³⁴⁴ Con el fin de asegurar su persistencia en el centro a través de la incontrolada expansión crediticia, el país hegemónico tiende a adoptar una política de financiación expansiva que, junto con la desvalorización del dinero mundial, amenaza el valor de las reservas nacionales y, con éste, el proceso de ajuste en el saldo de las balanzas de pago, dinámica que hace tambalear la reproducción del entero sistema de coordinación descentralizada. Subraya Harvey: “el orden jerárquico de las instituciones monetarias supera las contradicciones entre la forma equivalente y relativa de valor, entre el dinero como una medida de valor y un medio de circulación, en los niveles locales y nacionales, sólo para dejar sin resolver el antagonismo en la arena internacional”. David Harvey, *ibíd.*, p.254.

³⁴⁵ Para esta reconstrucción de los rasgos centrales del Fordismo nos hemos fundamentado en Joaquim Hirsh, *El Estado Nacional de Competencia*, Universidad Autónoma Metropolitana, México, 2001.

³⁴⁶ Una forma estado, la fordista, que Hirsh califica como “Estado de seguridad” en el doble sentido de Estado de bienestar y Estado burocrático de control y vigilancia. Cfr. Joaquim Hirsh, *ibíd.*, p. 111.

³⁴⁷ Para esta reconstrucción del desarrollismo como configuración hegemónica seguimos Lucio Oliver Costilla, “Discutir la coyuntura en América Latina”, en la revista *Medio siglo de transformaciones en América Latina*, número 37, UAM-Xochimilco, México, 2012. Un tratamiento profundo y detallado del desarrollismo, así como de toda fase histórica de la modernidad capitalista, incluida la neoliberal, implicaría examinar tanto la especificidad del proceso de conformación del Estado en América Latina desde un punto de vista general y abstracto, así como desde el punto de vista concreto de la conformación de bloques históricos de poder a la base de la configuración hegemónica propia de cada fase. Como argumenta Oliver: “la relación entre los conflictos y las estructuras (económicas, políticas, culturales) no se puede establecer plenamente en abstracto, como derivación de un conocimiento teórico general previo del estado de la economía, del patrón de acumulación, del modo de producción [...] Se requiere incluir en el análisis una valorización de cómo actúan los fenómenos de la acumulación y la sobreexplotación en los procesos históricos políticos [...]”. Lucio Oliver, *ibíd.* p. 116. Esta perspectiva, con la cual concordamos, necesita, sin embargo, de un conocimiento previo de lo general y lo abstracto, vale decir, de las tendencias históricas del capital y de su concreción como formación económico-social específica y espacializada. Debido a esta necesidad, así como a un tema de tesis, el nuestro, centrado en la búsqueda de una articulación teórica suficientemente general para indicar un camino de análisis acerca de la relación actual entre espacio urbano y acumulación capitalista, es que decidimos centrarnos en el seguimiento de las contradicciones en su sentido más abstracto, aunque concordamos con el autor que es en el movimiento histórico-social concreto donde las mismas se observan como antagonismos sociales reales.

³⁴⁸ Lucio Oliver, *ibíd.*, p. 122.

³⁴⁹ Lucio Oliver, *ibíd.*, p. 123.

³⁵⁰ Rubí Martínez Rangel y Ernesto Soto Reyes, “El consenso de Washington, la instauración de las políticas neoliberales en América Latina”, en la revista *Medio siglo de transformaciones en América Latina*, número 37, UAM–Xochimilco, México, 2012.

³⁵¹ Ruy Mauro Marini, “Procesos y tendencias de la globalización capitalista”, p. 252. Artículo fundamental para una reconstrucción analítica de los rasgos salientes de la economía secundaria exportadora y de sus contradicciones internas.

³⁵² Joaquim Hirsch, obra citada. Para las reflexiones siguientes sobre los principios de convertibilidad fordista y neoliberal cfr. Brunhoff, Harvey y Brett, obras citadas en la nota 339.

³⁵³ La verificación social del valor de las monedas nacionales dependía ahora de su paridad fija respecto al dólar, y la estabilidad del sistema de que la moneda capitalista central permaneciera convertible en oro según una paridad determinada. Con el abandono del patrón oro, la gestión monetaria por parte de los Estados nacionales quedó así coartada, en principio, por la necesidad de mantener el valor de las monedas locales entro los parámetros prefijados por su intercambiabilidad con el dólar, la convertibilidad habiendo sido substituida por la “obligación de liquidez”, por la necesidad de mantener un cierto equilibrio entre la reserva en dinero mundial y la moneda en circulación. A través del sistema de Bretton Woods, EE.UU se declaró dispuesto a apoyar con su poder económico el sistema de regulación monetario y crédito internacional. En caso de déficit temporal en las balanzas de pago, el sistema internacional, con un FMI controlado, desde sus inicios, por las cuotas estadounidenses, se comprometía a conceder créditos a los Estados Nacionales.

³⁵⁴ Suzanne de Brunhoff, *Estado y capital*, p. 64.

³⁵⁵ La depreciación de los salarios nominales a través de la inflación permitió, en particular, contrarrestar el alza de los salarios reales, producto, esta última, del compromiso de clase que estuvo en el origen de las políticas de los países centrales de control obrero vía su integración en el consumo de masa.

³⁵⁶ Es decir, a una tasa de interés real negativa.

³⁵⁷ Una forma de financiamiento de la acumulación de capital por endeudamiento bancario a tasa de interés baja y controlada por las autoridades monetarias. Cfr. Robert Guttman, “Las mutaciones del capital financiero”, y Dominique Plihon “Desequilibrios mundiales e inestabilidad financiera: la responsabilidad de las políticas liberales”, ambos en en François Chesnais (coordinador), *La mundialización Financiera. Genesis costos y desafíos*.

³⁵⁸ El sistema de Bretton Woods fue instaurado sucesivamente a la crisis de la hegemonía británica, a las medidas proteccionistas que siguieron la bancarrota generalizada del 1929 y al incremento de la brecha posbélica entre EE.UU. y las economías europeas. Debido a la hegemonía estadounidense, los acuerdos del 1944 terminaron privilegiando el puro aspecto monetario sobre los determinantes estructurales del desarrollo. El embate político del cual tuvo origen la re-estructuración del sistema atravesaba dos principios opuestos de regulación internacional, cada uno expresión de distintos intereses: por un lado la necesidad, por parte de las economías deficitarias europeas, de obtener los recursos financieros para una reconstrucción previa al enfrentamiento con la competitividad estadounidense; por el otro la voluntad de EE.UU. de restablecer el libre mercado y así canalizar al exterior el excedente acumulado por su enorme expansión industrial. Uno de los acuerdos más representativo de las políticas promovidas por Bretton Woods a principio de los años cincuenta fue, de hecho, el Acuerdo General sobre Aranceles de Aduanas y Comercio (GATT) volcado a la reducción de las barreras proteccionistas por entonces existentes. La propuesta británica, situada del lado de la demanda, proponía la creación de un banco internacional a través del cual concentrar los excedentes de los países en superávit, para así instaurar un sistema de crédito internacional finalizado a compensar las desigualdades competitivas e impedir la dependencia del valor de la moneda mundial de la política económica de un solo país. La propuesta estadounidense, situada del lado de la oferta, reducía la disponibilidad de crédito al mínimo necesario para evitar el regreso de las economías más débiles al proteccionismo, centrando su propuesta en el aspecto monetario. Con el triunfo de la posición estadounidense los mecanismos intervencionistas quedaron reducido a al utilización de las cuotas de participación al Fondo Monetario Internacional, una agencia con funciones de vigilancia monetaria ejercitada a través de préstamos a corto plazo dirigidos a países en balanza de pago deficitaria, mismos condicionados a la adopción de políticas económicas liberalistas de efecto deflacionario. Junto con el FMI se creó también el Banco Mundial con función de concesión de crédito a proyectos de desarrollo. Dada la limitación, inicial, del crédito institucional, los países en condiciones de déficit estructural sustentaron las políticas proteccionistas e intervencionistas propias del sistema de sustitución de importación gracias al fácil acceso al crédito privado internacional, cuya expansión incontrolada, a su vez, desembocó en la crisis de inicio de los setentas. Cfr. Teddy Brett, obra citada.

³⁵⁹ Seguido, en el 1973, por el abandono por parte de EE.UU. del sistema de cambios fijos y, en el 1979, por la desregulación de las tasas de interés y sucesiva titularización de su deuda pública. Robert Guttman, artículo citado.

³⁶⁰ Según varios analistas, la época actual corresponde a un nuevo estado de la competencia intercapitalista, donde el dominio de EE.UU. ha sido reemplazado por la triada compartida con Europa y Asia y por la carencia de instancias de supervisión correspondientes a la creciente internacionalización del proceso de acumulación, cuya unidad quedaría regulada por, y subsumida a, la actividad de los principales operadores financieros. Según varios autores, entre los cuales Hirsch, Brunhoff, Chesnais y Harvey, desde el 1973 presenciáramos la ausencia de un sistema de regulación verdaderamente supranacional, no solo porque no se ha constituido una sola potencia dominante, sino también porque el espacio de la lucha política se mantiene a nivel de lo nacional, ignorando el cosmopolitanismo de una acumulación, la actual, centrada en la *mundialización financiera*, definida por Chesnais como elevada articulación entre sistemas nacionales hecha posible por la liberalización reglamentaria y la interconexión en tiempo real. François Chesnais, prólogo a la obra citada, p. 21.

³⁶¹ Se trató de un circuito conformado por bancos privados que operaban fuera de EE.UU. y que empezaron a ofrecer depósitos y préstamos en dólares, engendrando así la expansión de una masa de dinero-crédito privado y transnacional que operaba dentro de una red bancaria mundialmente integrada y externa al espacio institucional controlado por los Bancos Centrales. Robert Guttman, artículo citado.

³⁶² Hay que apuntar que enormes cantidades de “petrodólares” fueron reciclados por los bancos norteamericanos, permitiendo una renovada concentración financiera que, junto a la inmediatamente sucesiva desregulación de su mercado de capitales, conformó, en EE.UU., una fracción capitalista cuyo poder de control sobre los organismos internacionales (FMI, BM), permitió, a estos últimos, dirigir las economías más débiles a través de la manipulación del crédito y las prácticas de administración de la deuda. Un régimen de dominio, el del “ajuste estructural”, que se desarrolló a través de la crisis del fordismo y que continua constituyendo parte integrante de aquellas prácticas de despojo por intermediación financiera que Harvey identifica como “nuevo imperialismo”. David Harvey, *El nuevo imperialismo: acumulación por desposesión*, 2004.

³⁶³ E.A. Brett, obra citada. Un paquete de ajuste, añadimos, que constituye, actualmente, la justificación de políticas sociales regresivas sostenida en nombre de la defensa del *Euro* por el Banco Central europeo, en particular, a partir de la crisis del 2007.

³⁶⁴ La institucionalización del un nuevo sistema de regulación internacional se ha dado a conocer bajo la fórmula reductiva de *Consenso de Washington*, un listado de reformas en política económica presentado, en 1989, por los organismos multilaterales, en este entonces centrado en la liberalización comercial y en la estabilidad macroeconómica a partir del control de las finanzas públicas. Cfr. Rubí Martínez Rangel y Ernesto Soto Reyes, artículo citado. A nuestro parecer es más esclarecedor analizar la institucionalización del Neoliberalismo en términos de un proceso de desregulación paulatina que ha ido abarcando más de tres décadas, caracterizándose por sucesivas etapas de surgimiento, consolidación y profundización del marco institucional necesario a la liberalización del movimiento del capital-dinero, lo que Chesnais llama *mundialización financiera*. Una primera etapa, antecedente e inmediatamente sucesiva al derrumbe de Bretton Woods (1960-1979), caracterizada por la consolidación del mercado financiero extra-institucional, la liberalización monetaria y la consecuente expansión del mercado cambiario; una segunda (1980-1985), por la reformas macroeconómicas en EE.UU. y en el Reino Unido, la liberalización del movimiento de capitales, la titularización de la deuda pública en los países centrales de la OCDE (Organización para la Cooperación y Desarrollo Económico) y la consecuente expansión del mercado de obligaciones, en particular el público; y una tercera (1986-1995), atravesada por la liberalización del mercado de acciones y los de materias primas, consecuente explosión de los mercados derivados, y extensión a los países afuera de la OECD de la titularización de su deuda. La primera etapa ve la consolidación del endeudamiento en los países periféricos; la segunda, después de la crisis de la deuda, la implementación, siempre en la periferia, de las así llamadas “reformas de primera generación”. Centradas en la liberalización comercial, la estabilización a través del recorte del déficit presupuestario, el inicio de un proceso masivo de privatización de las empresas públicas y la liberalización de la inversión extranjera directa, ahora centrada en el sector productivo, dichas reformas fueron todas “ajustes” implementados en un contexto de estados autoritarios (México) o abiertamente dictatoriales (Chile, Brasil, Argentina). En la tercera etapa asistimos, siempre en la periferia, a la liberalización de la inversión extranjera directa en el mercado de capitales y paralela integración al sistema financiero mundializado, con ola de inversión en cartera en los más grandes mercados bursátiles de América Latina, sobre todo, en el de obligaciones. Es también el periodo, mismo que se extiende hasta nuestros días, de las así llamadas “reformas de segunda generación”, un recetario centrado en recomendaciones de orden económico, político y social, relativas, en el primer caso, a la flexibilización de las relaciones laborales, a un proceso de democratización procedimental, en el segundo, y, en el tercero, a la institucionalización de programas paliativos de reducción de la pobreza caracterizados por la transformación del sujeto de derecho en sujeto de consumo. Cfr. François Chesnais, *La mundialización financiera*, pp.32-42.

³⁶⁵ Aquí la justificación neoclásica es que la liberalización de los mercados de capitales conduciría a una transferencia de recursos de los países detentores de ahorro hacia los que se encuentran en estado deficitario. Desde aquí la tesis complementaria de la “represión financiera”, misma necesaria a elevar la tasa de interés y volverla positiva, esta última considerada la panacea para asegurar una eficiente asignación de recursos y, con ella, el aumento en la tasa de crecimiento. Contrariamente a lo sostenido por la ortodoxia, una tasa de interés real constantemente positiva ha conllevado, tanto en los países centrales, como en los periféricos, la reducción de la tasa de inversión, el aumento exponencial del desempleo y una brecha creciente entre los ingresos. Pierre Salama, “La financiarización excluyente: las lecciones que brindan las economías latinoamericanas”, en François Chesnais (coordinador), obra citada.

³⁶⁶ Como subraya Brunhoff, la ortodoxia neoliberal, considerando la moneda un simple instrumento y no una relación social, ignora su función esencial de equivalente general. El sistema monetario liberalizado continua necesitando una moneda de referencia internacional por medio de la cual evaluar el estado recíproco de la balanza de pagos y así realizar el ajuste de las deudas, lo que, a su vez, continua implicando la gestión estatal de la moneda nacional en relación al dinero mundial.

³⁶⁷ Misma que como toda política económica, tiene una dimensión social, el agrietamiento de la seguridad social, una dimensión política, el desgarrar de los partidos de masa, y una dimensión cultural, la crisis de la modernidad.

³⁶⁸ François Chesnais, prólogo a *La mundialización financiera*, p. 24.

³⁶⁹ Entre sus críticos señalamos Orlando Caputo Leiva, *La crisis actual de la economía mundial. Una nueva interpretación teórica e histórica*, CLACSO, 2009, Argentina.

³⁷⁰ Siendo el fin implícito de Chesnais el de apuntar a la necesidad de reformas de tipo keynesiano capaces de estimular la demanda y, con ella, la rentabilidad del capital productivo.

³⁷¹ Joaquim Hirsch, obra citada; Costas Lapavitsas, “Financialised Capitalism: Crisis and Financial Expropriation”, discussion paper n. 1 y, del mismo autor, “Financialisation, or the Search for Profits in the Sphere of Circulation”, discussion paper n. 10; ambos en *Research on Money and Finance*, 2009, SOAS, UK.

³⁷² El término *expropiación financiera* es del mismo Lapavitsas, cuyo análisis se centra en la tendencia mostrada por el capital financiero a subsumir las necesidades de consumo de una fuerza trabajo cuyo valor real ha sido rebajado en la esfera de la producción. Un mecanismo de creciente conversión del fondo de consumo del trabajo en fondo de acumulación del capital, es decir, una forma de superexplotación ejercitada desde la esfera de la circulación, misma que se ha enfocado en los países centrales, arraigada en la re-estructuración de las relaciones de producción y en la paralela disrupción del sistema público de seguridad social. Una forma secundaria estrechamente articulada a la burbuja del mercado inmobiliario precedente a las crisis del siglo XXI. A diferencia de Lapavitsas, Harvey extiende el fenómeno de la especulación inmobiliaria a toda manifestación de crisis capitalista, tanto en el siglo XIX, como en el XX, articulándolo, en ambos casos a una crisis de sobreacumulación, es decir, a una crisis de plusvalor en exceso respecto a las posibilidades existente de valorización ulterior, la diferencia residiendo en el origen de la misma: en el fordismo, por tendencia a la caída en la tasa de ganancia, en la fase actual, por necesidad de encontrar siempre nuevas vías de realización productiva de la masa de plusvalor acumulada a partir de la desvalorización generalizada del valor del trabajo medio, necesidades que reproducen el capitalismo actual como estado de crisis social permanente. David Harvey, *The Enigma of Capital*, Profile Book, 2010, London, UK.

³⁷³ David Harvey, *El nuevo imperialismo*, p. 105.

³⁷⁴ Ruy Mauro Marini, *Procesos y tendencias de la globalización capitalista*, p. 253

³⁷⁵ Ruy Mauro Marini, *Plusvalía extraordinaria y acumulación de capital*, p. 20.

³⁷⁶ El primer término sufriendo de una acepción ideológica volcada a esconder la profundización del despojo capitalista a partir del imaginario de un desarrollo homogéneo e unitario. Jaime Osorio, *ibídem*, nota 2.

³⁷⁷ Ruy Mauro Marini, *ibídem*, p. 248.

³⁷⁸ Ruy Mauro Marini, *ibídem*, p. 249.

³⁷⁹ Jaime Osorio, *ibídem*, p. 66.

³⁸⁰ Ruy Mauro Marini, “Proceso y tendencia de la globalización capitalista”, p. 255.

³⁸¹ El primer mecanismo correspondiendo a la terciarización el segundo a la flexibilización del trabajo. Cfr. Marini, *ibídem*, p. 257.

³⁸² Ruy Mauro Marini, *ibídem*, P. 261.

³⁸³ A nuestro parecer, al contrario de Marini, Osorio, por lo menos en el artículo mencionado, limita su análisis a la reproducción de la relación centro-periferia desde el punto de vista de la división jerarquizada del trabajo social, enfatizando la segmentación productiva y asentando la relación de dependencia en la misma dinámica del viejo patrón primario de exportación, es decir, en el diferencial de productividad

entre países que controlan el desarrollo tecnológico y aquellos cuyo trabajo permanece relativamente descalificado. Su argumentación nos parece incompleta. Subrayando la internalización de la esfera de la circulación, y articulándola a la jerarquización del trabajo social, el análisis de Marini enfatiza el advenimiento de una competencia intercapitalista que, conllevando la desvalorización global del valor del trabajo medio –la cual, a su vez, introduce un ciclo de reproducción centrado en el aumento de la masa de plusvalor– nos deja intuir la reaparición de una contradicción externa al capital, la contradicción propia a la plusvalía absoluta, la creciente dificultad, es decir, por parte del capital de asegurar internamente sus propias condiciones de reproducción. La reflexión de Marini apunta, a nuestro parecer, a la necesidad de señalar tanto la presencia de mecanismos de transferencias de plusvalor que permitan al sistema asegurar su acumulación ampliada, mecanismos que lo re-engendran como contradicción propia del ciclo de reproducción periférico, ahora extendido a escala global, aquel de un capital en constante búsqueda de realización productiva de la enorme masa valor acumulada. Una perspectiva que, a su vez, se articula a la desarrollada por Harvey y a su énfasis en la fijación espacial como respuesta a la manifestación actual de la crisis por sobreacumulación, con la que veremos ser la transmutación de esta última en crisis urbana.

³⁸⁴ Este último aspecto no es considerado por Marini, por lo menos no en el artículo citado. Hay que subrayar que el recurso al financiamiento por endeudamiento no es un fenómeno nuevo, habiendo sido característico de la ola de fusiones y adquisiciones propias de la conformación, a partir de la segunda mitad del siglo XIX, del capital monopolista; proceso analizado por Lenin en el *Imperialismo*, y anticipado por Marx en su tratamiento del capital ficticio. Varios autores señalan su especificidad actual en la centralidad asumida por el mercado bursátil, mismo en el cual se ha integrado el sistema bancario, como dispositivo primario para la regulación de la inversión industrial. Robert Guttman, artículo citado.

³⁸⁵ Ruy Mauro Marini, “Proceso y tendencia de la globalización capitalista”, citaciones de p. 259.

³⁸⁶ En varios textos de Harvey el *capitalismo por desposesión* es introducido como aquel capitalismo que, incapaz de acumular a través de la reproducción ampliada sobre una base sustentable, opta por la acumulación mediante el puro despojo. En dichos pasajes la desposesión es presentada como revitalización de prácticas depredadoras fundamentadas en la violación de la ley del valor, prácticas realizadas vía la imposición exógena, primariamente a través de la especulación financiera, de un proceso endógeno de desvalorización del trabajo social. Aunque sea una lectura adecuada respecto a dinámicas que, actuando desde la esfera de la circulación, crean crisis de liquidez interna que fuerzan a la bancarrota y a la reestructuración productiva (como en el caso de la crisis de la deuda y el proceso de liquidación masiva de las empresas estatales y su toma de control por parte del capital transnacional), consideramos que, por lo menos en esos pasajes, la lectura de Harvey resulta incompleta, mientras que la de Marini acerca de la reestructuración del ciclo de reproducción capitalista nos muestra como tales mecanismos correspondan a formas de explotación que actúan desde la plena vigencia de la ley del valor, revelando la conformación de un bloque capitalista global relativamente homogéneo y permitiéndonos así introducir el dominio de la fracción financiera como mediación central a un nuevo ciclo de reproducción ampliada del capital. Es decir, Harvey parece acercarse, por lo menos en algunos momentos de su reflexión, a Chesnais, aunque el primero, a diferencia del segundo, niega una crisis, la actual, por baja rentabilidad del capital productivo y, sobre todo, constituye un aporte fundamental para entender la centralidad de la fijación espacial del plusvalor a la reproducción del capital social. Cfr. David Harvey *A brief History of Neoliberalism*, Oxford University Press, 2005, New York, y, del mismo autor, *El Nuevo imperialismo*. Hay que subrayar que, en uno de sus últimos textos teóricos, *The enigma of capital*, Harvey refina su concepción tanto del capitalismo por desposesión, como de la crisis, viendo al primero en los términos de un proceso de desvalorización del trabajo social esencialmente centrado en el despojo de las conquistas históricas alcanzadas en época fordista, y la segunda como una crisis social debida a la necesidad endémica al capital de asegurar la realización del plusvalor acumulado. Una necesidad que, actualmente, dada la enorme masa de plusvalor concentrada a nivel global, ha direccionado la absorción productiva hacia esferas que conllevan una creciente depredación del espacio de reproducción social tanto del trabajo, como de los recursos naturales.

³⁸⁷ Joaquim Hirsh, *El Estado nacional de competencia*.

³⁸⁸ Actualmente los mercados públicos de obligaciones y el mercado cambiario constituyen la espina dorsal del mercado secundario, las colocaciones en, y la consecuente internacionalización, de los mercados accionarios sigue siendo de importancia menor. Varios autores señalan como principales actores a las instituciones financieras no bancarias, entre todos, los fondos de pensiones y los fondos comunes de inversión. Sin embargo, los bancos permanecen al centro del sistema financiero, y esto gracias a la reforma de los años noventa que permitió a la banca comercial de depósito actuar directamente en el mercado secundario con el fin de obtener ganancias a través de la actividad de intermediación financiera; un aspecto clave de la financiarización de la economía, por haber coadyuvado la apertura de crédito bancario a las mismas instituciones financieras especializadas y, en particular, la

explosión de las hipotecas inmobiliarias. Cfr. François Chesnais (coordinador), obra citada, autores varios, y Costas Lapavistas, “Financialization embroils developing countries”, discusión paper n. 14, *Research on Money and Finance*.

³⁸⁹ Cuya bancarrota del 1975 fue sucesiva a su burbuja inmobiliaria. La ciudad fue “rescatada” a través del flujo financiero de “petrodólares” reciclado y concentrado en Wall Street a cambio de la disrupción de poderosos sindicatos municipales. Misma suerte por el “Greater London City Council” abolido por Thatcher; en su sede, símbolo de la municipalidad laborista, fue instalado, como frecuentemente recordaba un querido profesor, un acuario para turistas. David Harvey, *A Brief History of Neoliberalism y The Enigma of Capital*.

³⁹⁰ Crisis que explotó en los años ochenta con el viraje neoconservador de Reagan y Thatcher, a causa del cual la enorme subida de la tasa de interés y el fuerte ascenso cambiario del dólar impidieron a los países fuertemente endeudados amortizar los créditos. México declaró la moratoria de su deuda en 1982.

³⁹¹ Recordamos, para facilitar la lectura, que el *circuito secundario* corresponde al proceso por medio del cual el excedente de plusvalor respecto a las oportunidades existentes de valorización encuentra asignación en la construcción del ambiente físico, tanto de las condiciones generales de producción, como de las condiciones de reproducción del trabajo, proceso que implica la intermediación del capital financiero y reducción del espacio en valor ficticio. Tesis central de Harvey es que el rol cumplido por este tipo de inversión en la estabilización y desestabilización del capitalismo ha acompañado todo los momentos de explosión y superación temporal de la crisis por sobreacumulación –tanto por problemas de caída de la tasa de ganancia (en el Fordismo), como por problemas de realización (en el Neoliberalismo)– siendo la crisis históricamente precedida del vigor especulativo del mercado inmobiliario. David Harvey, obras citadas.

³⁹² François Chesnais, prólogo a la obra citada.

³⁹³ Desde aquí la mayor interconexión del sistema tanto en el espacio como en el tiempo, con un mercado secundario funcionando de manera continúa en las plazas financieras de los tres continentes: Europa, Asia y América del Norte, en este entonces limitadas a Estados Unidos. Robert Guttmann, artículo citado.

³⁹⁴ Esta solución transformó EE.UU. en el principal deudor internacional, después de haber sido, hasta entonces, el primer acreedor. Dominique Plihon “Desequilibrios mundiales e inestabilidad financiera: la responsabilidad de las políticas liberales”, en François Chesnais (coordinador), obra citada.

³⁹⁵ La segunda impidiendo el saneamiento del primero. Según la perspectiva keynesiana, adoptada por los teóricos de la *mundialización financiera*, la tendencia al alza de la tasa de interés real sería ella misma el resultado de políticas deflacionarias adoptadas por el Estado, las cuales, determinando una caída de la demanda, han conllevado la caída de la inversión productiva y así empujado el capital hacia la “preferencia por la liquidez”. Del lado opuesto, para la ortodoxia monetarista, el déficit presupuestario es él mismo causa del alza en la tasa de interés, siendo esta última consecuencia de una insuficiencia de ahorro que provocaría el crecimiento de la demanda de crédito, y, junto con el alza en el costo del dinero, la caída de la producción. Dominique Plihon, artículo citado.

³⁹⁶ Enfrentada a través de un proceso masivo de ajuste estructural que conllevó, con la contención de la demanda interna, una fuerte caída de la inflación, así como a través de una fuerte devaluación de la moneda volcada a establecer el saldo positivo de la balanza comercial. Pierre Salama, artículo citado.

³⁹⁷ Según varios analistas, a partir de su plena integración en el mercado de capitales liberalizado, en América Latina los flujos netos de capitales han sido fuertemente negativos: sería más el capital dinero que sale del que entra.

³⁹⁸ Lapavistas define la *financiarización* como “una transformación estructural de las economías capitalistas centrales que ha tomado fuerza desde la crisis del 1973-74” y que se caracteriza por el rápido crecimiento de la esfera de la circulación. Hay que subrayar que también este autor subraya los problemas de crecimiento y rentabilidad de la esfera productiva, su reflexión siendo sin embargo central en mostrar la articulación entre la expansión del circuito financiero y la re-estructuración de la relación capital-trabajo en la esfera productiva. Costas Lapavistas, “Financialisation Embroils Developing Countries”, traducción mía del inglés.

³⁹⁹ Una elección debida también al costo prohibitivo del crédito y a su limitación, dada una política, como la emprendida por México, de aumento de las reservas obligatorias de los bancos, misma que le permitió coadyuvar aquella enorme compresión de los costos de producción, entre todos los salariales. Pierre Salama, artículo citado.

⁴⁰⁰ Claude Serfati, “El papel activo de los grupos predominantemente industriales en la financiarización de la economía”, en François Chesnais (coordinador) obra citada.

⁴⁰¹ Mismos que, insistimos, habiendo paulatinamente asumido el rol de intermediarios en el mercado secundario, permanecen al centro del sistema financiero. Costas Lapavistas, artículos citados.

⁴⁰² David Harvey, *The Enigma of Capital*.

⁴⁰³ Países que alimentan esta burbuja, fundamentalmente centrada, como mencionamos, en el mercado hipotecario. Relativamente al periodo reciente, nos limitaremos a mencionar que la expansión del mercado de vivienda, centrado en EE.UU. y en el Reino Unido, empezó en los primeros años del 2000, y creció a partir de la entrada de los bancos en el sector a través de prácticas de ingeniería financiera volcadas a transformar los títulos de deuda en mercancía capital, es decir, en valores negociables respaldados por sus reservas. La “securización” permitió la extensión, en un contexto de bajos salarios, de los préstamos hipotecarios a la población trabajadora, en particular a aquellos sectores de menor ingreso anteriormente excluidos del acceso al crédito. Desde aquí el crecimiento exponencial del mercado de “subprime”, los préstamos a baja o sin garantía. Los bancos utilizaron su liquidez monetaria para transformar las hipotecas en valores negociables en el mercado de títulos, con las instituciones financieras especializadas concentrando enormes cantidades de estas obligaciones privadas. Emitidas por aquellas que eran agencias avaladas por el gobierno de EE.UU., los inversores extranjeros, gobiernos periféricos incluidos, las consideraron tan confiables como los bonos de la deuda pública, desde aquí también la correlación entre el proceso de acumulación de reservas en los países periféricos y la expansión de la burbuja inmobiliaria. A partir del 2006, fueron los bancos los que se encontraron al centro de la crisis del mercado hipotecario: por un lado trabajadores siempre más endeudados, salarios estancados y desempleo creciente impedían amortizar las deudas, con las instituciones financieras abandonando el proceso de securización, por el otro, frente a la posibilidad de una crisis de liquidez, los acreedores amenazaban retirar sus depósitos. Cuando los bancos restringieron sus créditos y el mercado colapsó, las consecuencias fueron enormes en términos de desempleo, reducción de la demanda y consecuente extensión de la recesión a los países exportadores, periferia incluida. Costas Lapavitsas, “Financialization embroils Developing Countries”, y Juan Pablo Painceira, Developing countries in the Era of Financialization: From Deficit Accumulation to Reserve Accumulation”, discussion Paper n. 4, *Research on Money and Finance*.

⁴⁰⁴ El proceso consiste en “securizar” las reservas a través de préstamos a los países centrales, entre todos a EE.UU., esencialmente a través de la compra de títulos de su deuda. Proceso que permite a los inversionistas particulares la obtención de ganancias financieras sobre la base del diferencial de las tasas de interés entre países (tomando en préstamo dinero barato en el exterior y concedido a tasa de interés elevada y, sin embargo, inferior a la doméstica). Siendo las tasas periféricas generalmente más altas que las del centro, los inversionistas transfieren el costo de sus propias ganancias a la sociedad como un todo. Costas Lapavitsas, “Financialization embroils Developing Countries”.

⁴⁰⁵ Cfr. nuestro primer capítulo.

⁴⁰⁶ El término de *metrópolis completa* es utilizado por Santos solamente en referencia a la metrópolis industrial de la época fordista, para indicar la especificidad de una concentración urbana cuyo carácter auto-centrado a nivel endógeno reproducía, como discutimos, la dependencia exógena del entero conjunto socio-económico. Nos parece que considerar la *red metropolitana global* en estos términos nos permite visualizar la “sostenibilidad” de un conjunto socio-económico de escala global cuyas contradicciones quedan temporalmente superadas a través de la búsqueda de una fijación espacial a problemas endémicos de realización. Intentamos, vale decir, articular las reflexiones de Santos con las de Harvey y Marini.

⁴⁰⁷ Lo que, obviamente, aclaramos, no implica la eliminación de los diferenciales nacionales en el valor del trabajo medio, el poder actual del capital residiendo exactamente en la reproducción constante de tales diferencias al fin de subsumirlas a su propia ventaja. Como indica la tesis del *Estado de competencia*, el poder actual del capital reside en poder asegurar la reproducción constante de la fragmentación del mercado del trabajo. Hablamos, y aquí mi lectura de Marini, de una tendencia a la desvalorización absoluta del valor del trabajo medio en todos los espacios nacionales y, con ésta, de la extensión generalizada de mecanismos de superexplotación que a su vez, conforman el espacio mínimo para la conformación de una comunidad de interés de los trabajadores a escala internacional.

⁴⁰⁸ Cfr. David Harvey, *The Enigma of Capital*, cap. 3.

⁴⁰⁹ Milton Santos, *Pensando o Espaço do Homem*, Edusp, Sao Paulo, 2007

⁴¹⁰ Como argumentamos, en el centro, el carácter unitario del ciclo de reproducción social a nivel intra-urbano, determinaba el carácter incompleto de la metrópolis industrial nacional, es decir, una jerarquía inter-urbana definida por la dependencia del vértice de las exigencias de reproducción de los centros inferiores. Permitiendo incrementar la especialización productiva y, con ésta, el control sobre el ciclo de reproducción del capital, esta complementariedad de funciones reproducía el polo nacional como metrópolis completa a nivel exógeno, como eje articulador del sistema mundial, transfiriendo así hacia el exterior la exigencia endémica al capital de un espacio de reproducción social desigual y combinado. Cfr. nuestro segundo capítulo.

⁴¹¹ En la periferia, al contrario, la re-orientación endógena de la actividad productiva de más alta rentabilidad ratificaba, ahora internamente a la misma metrópolis industrial, un circuito de reproducción social polarizado, con un espacio de subsistencia formalmente subsumido al de la valorización. Una

polarización intra-urbana que extendía la superexplotación a nivel inter-urbano, es decir, apartaba el polo nacional de la necesidad de asegurar las exigencias de reproducción de los espacios socio-económicos inferiores. Confirmando el carácter auto-referencial de la metrópolis industrial periférica, esta extrema jerarquización contribuía a generar una acumulación limitada de las fuerzas productivas sociales, reproduciendo la megalópolis completa periférica como megalópolis incompleta a nivel exógeno, dependiente de la central por su propia exigencia de reproducción ampliada. Cfr. nuestro segundo capítulo.

⁴¹² Liberado de la jaula capitalista, el desarrollo de la productividad social, exigiendo un tiempo de trabajo menor para la conservación de la riqueza producida, permitiría, en principio, una reproducción en plenitud cada vez mayor para la sociedad en su conjunto. Sería la abolición misma del trabajo necesario y su plena substitución por una necesidad histórica donde la actividad ya no es trabajo social forzado sino creación, afirmación de la plena individualidad: socialismo. Marx, *Grundrisse*, vol. I, pp. 266-276 [231–232].

⁴¹³ La expresión es de David Harvey, *The enigma of capital*, p. 71.

⁴¹⁴ Marx, *Grundrisse*, vol. I, p. 248 [215], cursivo de Marx.

⁴¹⁵ Marx, *El Capital*, vol. III, p. 816.

⁴¹⁶ Bolívar Echeverría, *Circulación capitalista y reproducción de la riqueza social*.

⁴¹⁷ Marx, *Grundrisse*, vol. I, p. 412, [355-56]; 414 [357],

⁴¹⁸ Pedro López Rivas, *Capitalismo y crisis. La visión de Karl Marx*, UNAM, México, 2006.

⁴¹⁹ Ruy Mauro Marini, “Procesos y tendencias de la globalización capitalista” p. 271.

⁴²⁰ David Harvey, “*Rebel Cities: from the right to the city to the urban revolution*”, Verso, London, 2012. Nuestras reflexiones siguientes recuperan las problemáticas centrales de este texto, no solo al fin de su divulgación, estando todavía en espera de su traducción, sino porque lo consideramos una especie de testamento político del autor, la demostración del impacto progresivo que su elaboración teórica tiene sobre los dilemas actualmente enfrentados por una izquierda huérfana de certidumbres y de sujeto histórico.

⁴²¹ David Harvey, *ibídem*, p. 120.

⁴²² Así fue, no se cansa de denunciar el autor, la crisis asiática de finales años noventa, la Argentina de inicio siglo XXI, y el derrumbe global del 2008, este último centrado en el mercado estadounidense y europeo, en particular, el británico, irlandés y español. Harvey, *ibídem*, primer capítulo.

Bibliografía

Aguirre Rojas, Carlos Antonio. *Los Annales y la historiografía francesa*, Ediciones Quinto Sol, México, 1996.

Anderson, Perry. *El Estado absolutista*, Siglo XXI, Madrid, 1979.

Aricó, José. *Nueve lecciones sobre economía y política en el marxismo*, El Colegio de México, México, 2011.

Arrighi, Giovanni. *Il lungo XX secolo*, Il Saggiatore, Milano, 2003.

Astarita, Carlos. “Estudio Preliminar”, prólogo a José Luis Romero *Crisis y orden en el mundo feudoburgués*, Siglo XXI, Argentina, 2003.

Bagú, Sergio. *Economía de la sociedad colonial: ensayo de historia comparada*, Grijalbo, México, 1992.

Bambirra, Vania. *El capitalismo dependiente latinoamericano*, Siglo XXI, México, 1980.

Bambirra, Vania. *Teoría de la dependencia, una anticrítica*, Serie Popular Era, México, 1983.

Bettin, Gianfranco. *Los sociólogos de la ciudad*, Editorial Gustavo Gili, Barcelona, 1982.

Bloch, Marc. *Introducción a la historia*, Fondo de Cultura Económica, México, 2000.

Braudel, Fernand. *Civilización material, economía y capitalismo, siglos XV-XVIII*. Tomo III, “El tiempo del mundo”, Alianza Editorial, Madrid, 1984.

Braudel, Fernand. *El Mediterráneo*, Fondo de Cultura Económica, México, 1985.

Braudel, Fernand. *La historia y las ciencias sociales*, Alianza Editorial, Madrid, 1986.

Bravo, Gonzalo. *La caída del Imperio Romano y la génesis de Europa*, Editorial Complutense, Madrid, 2001.

Brenner, Robert y Glick, Mark. "The regulation Approach, Theory and History", *New Left Review*, I/188, July-August 1991, London.

Brett, E.A. *International Money and Capitalist Crisis, the Anatomy of Global Disintegration*, Hainemann, London, 1983.

Caputo Leiva, Orlando. *La crisis actual de la economía mundial. Una nueva interpretación teórica e histórica*, CLACSO, Buenos Aires, 2009.

Castells, Manuel. *Problemas de Investigación en sociología urbana*, México, Siglo XXI, 2001.

Chesnais, François (coordinador). "Prólogo", *La mundialización Financiera. Genesis costos y desafíos*, Editorial Losada, Buenos Aires, 1999.

Childe, Gordon. *Que sucedió en la historia*, Editorial Crítica, Barcelona, 2002.

Cueva, Agustín. *El desarrollo del capitalismo en América Latina*, Siglo XXI, México, 1977.

De Brunhoff, Suzanne. *Teoría marxista de la moneda*, Ediciones Roca, México, 1975.

De Brunhoff, Suzanne. *La política monetaria, un ensayo de interpretación marxista*, Siglo XXI, México, 1980.

De Brunhoff, Suzanne. *Estado y Capital*, Editorial Villavar, México, 1981.

Dobb, Maurice. *Estudios sobre el desarrollo del capitalismo*, Siglo XXI, México, 2005.

Dos Santos, Theotonio. *La teoría de la dependencia, Balances y perspectivas*, Plaza Janes, México 2002.

Echeverría, Bolívar. *El discurso crítico de Marx*, Ediciones Era, México, 1986.

Echeverría, Bolívar. *Circulación capitalista y reproducción de la riqueza social*, Facultad de Economía, UNAM, México, 1994.

Echeverría, Bolívar. *Las ilusiones de la modernidad*, UNAM/ El equilibrista, 1995.

Engels, Frederick. “Carta a José Bloch”, en K. Marx & F. Engels, *Obras Escogidas*, t. III, Editorial Progreso, Moscú, 1974.

Engels, Frederick. *La situación de la clase obrera en Inglaterra* (1892), Ediciones de Cultura Popular, México, 1977.

Faucci, Riccardo. *Breve Storia dell' economia politica*, Giappichelli editore, Torino, 2006.

Finley, M.I. *La Grecia antigua: economía y sociedad*, Ed. Crítica, Barcelona, 2000.

Freedmann, John. “Where we stand: a decade of world city research”, in Paul Knox and Peter J, Taylor *World cities in a world system*, Cambridge University Press, Cambridge, 1995.

Gandarilla, José G. *El presente como historia*, UNAM, México, 2008.

Garavaglia, Juan Carlos. Introducción, en “Modos de producción en América Latina”, *Cuadernos de Pasado y Presente*, N. 40, Siglo XXI editores, México, 1984.

Gasca Salas, Jorge. *La ciudad: pensamiento crítico y teoría*, Instituto Politecnico Nacional, México, 2005.

Gottdiener, M. *The Social Production of Urban Space*, University of Texas Press, Austin, 1988.

Grohmann, Alberto. *La città medievale*, Editori Laterza, Bari, 2005.

Gutmann, Robert. “Las mutaciones del capital financiero”, en François Chesnais (coordinador), *La mundialización Financiera. Genesis costos y desafíos*, Editorial Losada, Buenos Aires, 1999.

Hardoy, Jorge Enrique. “Dos mil años de urbanización en América Latina”, en *La urbanización en América Latina*, dirigido por Jorge Enrique Hardoy y Carlos Tobar, Editorial del Instituto Torcuato Di Tella, Buenos Aires, 1969.

Harries, K. “Building and the terror of time”, *Perspecta: The Yale Architectural Journal*, EE.UU, 1982.

Harvey, David. *Los límites del capitalismo y la teoría marxista*, Fondo de Cultura económica, México, 1990.

Harvey, David. *La condición de la posmodernidad, Investigación sobre los orígenes del cambio cultural*, Amorrortu editores, Buenos Aires-Madrid, 2004.

Harvey, David. *El nuevo imperialismo*, Akal, Madrid, 2004.

Harvey, David. *El nuevo imperialismo: acumulación por desposesión*, 2004. En <http://biblioteca.clacso.edu.ar/ar/libros/social/harvey.pdf>

Harvey, David. *A brief History of Neoliberalism*, Oxford University Press, New York, 2005.

Harvey, David. *A Produção Capitalista do Espaço. A Geopolítica do Capitalismo*. Annablune, São Paulo, 2006.

Harvey, David. *Urbanismo y desigualdad social*, Siglo XXI, México, 2007.

Harvey, David. *The Enigma of Capital*, Profile Book, London, 2010.

Harvey, David. *Rebel Cities: from the right to the city to the urban revolution*, Verso, London, 2012.

Hirsh, Joachim. *El Estado Nacional de competencia. Estado, democracia y política en el capitalismo global*, UAM-Xochimilco, México, 2001.

Hobsbawn, Eric. “Introducción” en Karl Marx, Eric J. Hobsbawn *Formaciones Económicas precapitalistas*, Editorial Crítica, Barcelona, 1979.

Hobsbawn, Eric. “Foreword”, en *Karl Marx’s Grundrisse, Foundation of the critique of political economy 150 years later*, Edited by Marcello Musto, Routledge, Oxon, 2008.

Katznelson, Ira. *Marxism and the city*, Clarendon Press, Oxford, 1993.

Knox, Paul and Taylor, Peter J. *World cities in a world system*, Cambridge University Press, Cambridge, 1995.

Kosík, Karel. *Dialéctica de lo concreto*, Grijalbo, México, 1967.

La Rosa, Michael J. and Mejía, Germán R. *An atlas and survey of Latin American history*, Armonk, New York, 2007.

Labriola, Antonio. *La concepción materialista de la historia*, Ediciones el Caballito, México, 1973.

Lapavitsas, Costas. “Financialised Capitalism: Crisis and Financial Expropriation”, discussion paper n. 1; *Research on Money and Finance*, SOAS, UK, 2009.

Lapavitsas, Costas. “Financialisation, or the Search for Profits in the Sphere of Circulation”, discussion paper n. 10; *Research on Money and Finance*, SOAS, UK, 2009.

Lapavitsas, Costas. “Financialisation Embroils Developing Countries”, discussion paper n. 14; *Research on Money and Finance*, SOAS, UK, 2009.

Lefebvre, Henry. *El materialismo dialéctico*, Editorial La Pleyade, Buenos Aires, 1971.

Lefebvre, Henry. *El pensamiento marxista y la Ciudad*, Editorial Extemporáneos, México, 1973.

Lefebvre, Henry. *El derecho a la ciudad*, Ediciones Península, Barcelona, 1978.

Lefebvre, Henry. *La revolución urbana*, Alianza Editorial, Madrid, 1980.

- Lefebvre, Henry. *The production of space*, Basil Blackwell, Oxford, 1991.
- Lezama, José Luis. *Teoría social, espacio y ciudad*, Colmex, Mexico, 1993.
- Lopez Rivas, Pedro. *Capitalismo y crisis. La visión de Karl Marx*. UNAM, México, 2006.
- Lukács, Georg. *History and Class Consciousness, Studies in Marxist Dialectics*, Merlin Press, London, 1990.
- Marcuse, Herbert. *El Marxismo Soviético*, Alianza Editorial, Madrid, 1971.
- Marini, Ruy Mauro. “Plusvalía extraordinaria y acumulación de capital”, *Cuadernos Políticos*, número 20, Ediciones Era, México, 1979.
- Marini, Ruy Mauro. “Dialéctica de la dependencia”, (1991) en *América Latina, dependencia y globalización, Ruy Mauro Marini, Antología*, CLACSO, Buenos Aires, 2008.
- Marini, Ruy Mauro. “Procesos y tendencias de la globalización capitalista”, (1996), en *América Latina, dependencia y globalización, Ruy Mauro Marini, Antología*, CLACSO, Buenos Aires, 2008.
- Martinez Rangel, Rubí y Soto Reyes, Ernesto. “El consenso de Washington la instauración de las políticas neoliberales en América Latina”, en *Medio siglo de transformaciones en América Latina*, numero 37, UAM-Xochimilco, México, 2012.
- Marx, Karl. *El Capital*, Tomo III, Fondo de Cultura Económica, México, 1946.
- Marx, Karl. *Formaciones Económicas precapitalistas*, Editorial Crítica, Barcelona, 1979.
- Marx, Karl. “Prólogo a la contribución a la crítica de la economía política, 1859”, *Cuadernos de pasado y presente*, Siglo XXI, México, 1984.
- Marx, Karl. *Il Capitale*, volumi I, II, y III Editori Riuniti, Roma, 1994.

Marx, Karl. *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse) 1857-1858*, 3 tomos, Siglo XXI, México, 2005.

Marx, Karl y Engels, Frederick, *La ideología tedesca*, Editori Riuniti, Roma, 2000.

Mattick, Paul. *Crisis y teoría de la crisis*, Ediciones Península, Barcelona, 1977.

Mauro, Frédéric. “Urban Preeminence and the Urban System in Colonial America”, en *Urbanization in the Americas from its beginnings to the Present*, Richard P. Shaedel, Jorge E. Hardoy and Nora Scott Kinzer (editors), Mouton Publishers, Chicago, 1978.

Minguez, Victor y Rodriguez, Immaculata. *Las ciudades del Absolutismo*, Castelló de la Plana, Universitat Jaume I, 2006.

Moraes, Antonio Carlos Robert y Messias da Costa, Wenderley. *Geografía crítica, la valorización del espacio*, Itaca, México, 2009.

Mumford, Lewis. *La cultura delle città*, Biblioteca Einaudi, Torino, 2007.

Musto, Marcello. “Dissemination and reception of the Grundrisse in the world: introduction” en *Karl Marx’s Grundrisse, Foundation of the critique of political economy 150 years later*, Edited by Marcello Musto, Routledge, Oxon, 2008.

Musto, Marcello. *Ripensare Marx e i marxismi*, Carocci, Roma, 2012.

Oliver Costilla, Lucio F. *Estado capitalista, movimientos sociales y proyectos políticos: consideraciones teóricas*, mimeo.

Oliver Costilla, Lucio F. “Discutir la coyuntura en América Latina”, en *Medio siglo de transformaciones en América Latina*, numero 37, UAM-Xochimilco, México, 2012.

Osorio, Jaime. “América Latina bajo el fuego de las grandes transformaciones económicas y políticas”, en *Medio siglo de transformaciones en América Latina*, numero 37, UAM-Xochimilco, México, 2012.

Painceira, Juan Pablo. “Developing countries in the Era of Financialization: from Deficit Accumulation to Reserve Accumulation”, discussion paper n. 4, *Research on Money and Finance*, SOAS, UK, 2009.

Pirenne, Henri. *Mahoma y Carlomagno*, Alianza Editorial, Madrid, 1979.

Pirenne, Henri. *Historia económica y social de las Edad Media*, Fondo de Cultura Económica, México, 1986.

Pirenne, Henri. *Le città del Medioevo*, Editori Laterza, Roma-Bari, 2007.

Plihon, Dominique. “Desequilibrios mundiales e inestabilidad financiera: la responsabilidad de las políticas liberales”, en François Chesnais (coordinador), de *La mundialización Financiera. Genesis costos y desafíos*, Editorial Losada, Buenos Aires, 1999.

Procacci, Giuliano. *El Partido en la URSS, 1917-1945*, Editorial Laia, Barcelona, 1977.

Ribas, Pedro y Pla Leon, Rafael. “Cuba, Argentina, Spain and México”, en *Karl Marx's Grundrisse, Foundation of the critique of political economy 150 years later*, Edited by Marcello Musto, Routledge, Oxon, 2008.

Romero, José Luis. *La revolución burguesa en el mundo feudal*, Siglo XXI, México, 1989.

Romero, José Luis. *Crisis y orden en el mundo feudoburgués*, Siglo XXI, Argentina, 2003.

Romero, José Luis. *La ciudad occidental*, Siglo XXI, Argentina, 2009.

Romero, José Luis. *Las ciudades y las ideas*, Siglo XXI, Argentina, 2011.

Rosdolsky, Román. *Génesis y estructura del Capital de Marx (estudios sobre los Grundrisse)*, Siglo XXI, México, 2004.

Rostovtzeff, Mijail. *Historia social y económica del Imperio Romano*, Espasa, Madrid, 1998.

Salama, Pierre. “La financiarización excluyente: las lecciones que brindan las economías latinoamericanas, en François Chesnais (coordinador), *La mundialización Financiera. Genesis costos y desafíos*, Editorial Losada, Buenos Aires, 1999.

Sanchez de Carmona, Manuel. *Traza y Plaza de la Ciudad de México en el siglo XVI*, Tilde editores, UAM, México, 1989.

Santos, Milton. “Espacio y método”, en *Geocrítica, Cuadernos críticos de geografía humana*, Año XII, Número 65, Universidad de Barcelona, Barcelona, Septiembre 1986.

Santos, Milton. *Metamorfoses do espaço habitado*, Editora Hucitec, São Paulo, 1988.

Santos, Milton. *Por una geografía nueva*, Espasa-Calpe, Madrid, 1990.

Santos, Milton. *De la totalidad al lugar*, Oikos-Tau, Barcelona, 1996.

Santos, Milton. *El presente como espacio*, biblioteca básica de geografía, series traducciones I, facultad de Filosofía y Letras, UNAM, México, 2002.

Santos, Milton. *Pensando o Espaço do Homem*, Edusp, São Paulo, 2007.

Santos, Milton. *O Espaço Dividido*, Edusp, São Paulo, 2008.

Sassen, Saskia. *Cities in a world economy*, Pine Forge Press, California, 2000.

Semo, Enrique. *Historia mexicana. Economía y lucha de clase*, Serie Popular Era, México, 1981.

Serfati, Claude. “El papel activo de los grupos predominantemente industriales en la financiarización de la economía” en François Chesnais (coordinador), *La mundialización Financiera. Genesis costos y desafíos*, Editorial Losada, Buenos Aires, 1999.

Shaik, Anwar. *An Introduction to the History of Crisis Theory*, 1978. En <http://www.contra-versus.net/uploads/6/7/3/6/6736569/crisis_theories.pdf>

Singer, Paul. *Economía política de la urbanización*, Siglo XXI Editores, México, 1998.

Spriano, Paolo. *Storia del partito comunista italiano*, vol.1, Giulio Einaudi Editore, Torino, 1982.

Staerman E.M., *La esclavitud en la Italia Imperial*, Akal, Madrid, 1979.

Stalin, J. *Sobre el materialismo dialéctico y el materialismo histórico*, 1938. En [http://www.marx2mao.com/M2M\(SP\)/Stalin\(SP\)/DHM38s.html](http://www.marx2mao.com/M2M(SP)/Stalin(SP)/DHM38s.html)

Sweezy, P.M.; Dobb, M.; Takahashi, K. (etc.), *La transición del feudalismo al capitalismo*, Ediciones Prisma, México, 1983.

Tula, Jorge. Prefacio a Henryk Grossmann, *La ley de la acumulación y del derrumbe del sistema capitalista*, Siglo XXI, México, 1979.

Weber, Max. *La ciudad*, Las Ediciones de La Piqueta, Madrid, 1987.

Imágenes:

Portada, *ciudad global*, Gastone Savoia, Bologna, 2013.

P. 4, dracma ateniense, 510, A.D.

P. 17, Albrecht Durer “*Jacob Fugger*”, Nuremberg, siglo XVI.

P. 75, Giorgio De Chirico “*L’archelogo*”, Roma, 1925-1926.

P. 176, portada de la primera edición de Thomas Moore “*Utopia*”, 1516.

P. 209 Vik Muniz “*Narcissus*”, São Paulo, 2005.